

INMA
CHACÓN
MIENTRAS
PUEDA PENSARTE



Lectulandia

«No sé quién soy».

A los cuarenta años, Carlos, un publicista de éxito, descubre que quienes creía que eran sus padres no lo son. Él fue dado en adopción de forma ilegal con la complicidad de un médico, una monja y un taxista.

Cuarenta años antes, en una casa cuna de Valladolid, María Dolores, una joven soltera, da a luz un bebé. A las pocas horas del alumbramiento, le comunican que el niño ha muerto de una extraña infección. Pero algo en su interior le dice que las cosas no son lo que parecen.

Lectulandia

Inma Chacón

Mientras pueda pensarte

ePub r1.0
macjaj 29.11.13

Título original: *Mientras pueda pensarte*

Inma Chacón, 2013

Diseño de la cubierta: Sadria Dios

Editor digital: macjaj

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Inma Chacón



Mientras pueda pensarte

*A todos los que siguen buscando,
a los que ya los encontraron,
y a los que se quedaron en el camino*

Mientras pueda pensarte
no habrá olvido

ÁNGEL CAMPOS PÁMPANO

PRIMERA PARTE

1

No sé quién soy. Tengo casi cuarenta años, un trabajo estable y bien remunerado como creativo de una de las agencias publicitarias más solventes de Europa y un currículum que acredita cada paso de mi vida laboral.

Mi nombre figura en mi expediente universitario, en los certificados de mis másteres, en mis notas del colegio, mi DNI, mi pasaporte y el libro de familia de mis padres, con mi fecha y lugar de nacimiento, el número de tomo y la página del registro donde me inscribieron al nacer.

Todo oficial, todo correcto, todo legalmente constatado.

Pero no sé quién soy.

Quizá debería conformarme con lo que me han dicho siempre y seguir ejerciendo como el soltero de oro que muchas madres desearían como yerno.

Dedicarme a disfrutar del éxito; de un ático con terraza en la milla de oro de una de las capitales de provincia con más renta per cápita del país; de mis novias itinerantes, mis fiestas, mis viajes de negocios, las escapadas a Nueva York y la colección de corbatas de seda.

Al fin y al cabo, somos lo que hemos conseguido ser —unos con más dificultades que otros, eso sí—, pero a nadie le preguntan por los primeros pasos si los últimos lo han llevado hasta la cima.

Y ahí estoy yo. Instalado en el último peldaño. Mi nombre aparece con frecuencia en los periódicos, y no siempre por motivos de trabajo —que también—, sino porque algunas de mis compañías femeninas son asiduas a esa prensa que se empeñan en llamar del corazón y que mi padre compraba todas las semanas para hacer un álbum de recortes y, de paso, echarme en cara que era la única forma que tenía de verme. Y la verdad es que no le faltaba razón. En los últimos tiempos, mis visitas a su casa se espaciaron tanto que podían pasar varios meses sin que la pisara. Pero así es la vida. Los padres echan de menos a los hijos cuando estos abandonan el nido, y hay polluelos que olvidan el camino de vuelta cuando extienden sus alas y descubren que hay otro horizonte mucho más allá del que les mostraron. Yo soy uno de esos. Me encantan los altos vuelos y los saltos que parecen imposibles. Así que no dejo de lanzarme al aire.

Mis compañeros suelen mirarme con envidia cuando les presento a las modelos o a las aspirantes a actriz que me acompañan en las fiestas que organizo en mi terraza, entre los macetones de prunos, lilos y naranjos que son el orgullo del portero del edificio, quien me los cuida dos veces por semana por una módica propina con la que engrosa su nómina.

Mis jefes me consienten porque, a pesar de mi arrogancia, mis cuentas de resultados superan con creces los objetivos que me marcan en los *briefings*.

Mis subordinados me respetan, mis vecinos me soportan, mi peluquero me adula y mis amantes se resignan cuando me canso del juego y decido abandonar la partida.

A veces, sólo a veces, me arrepiento de no haber sido sensato y haber formado una familia como Dios manda, tal y como le habría gustado a mi padre, que soñó con tener nietos hasta su último suspiro. Pero el arrepentimiento casi nunca combina con el color de mis corbatas italianas, de manera que, cuando asoma la cabeza, suelo guardarlo en la mesilla y le doy varias vueltas a la llave.

Son muchos años los que llevo ya en este paraíso. Y me gusta. Me gusta demasiado. No tendría sentido darle la espalda. Vivo muy bien así.

Pero no sé quién soy.

El Hogar Cuna, una maternidad de beneficencia que atendía a muchas jóvenes solteras embarazadas, se encontraba situado a las afueras de la ciudad, en la margen derecha del río, ocupando un antiguo convento secularizado durante la desamortización de Mendizábal. Para obtener su personal sanitario, se nutría de la escuela de enfermeras perteneciente a una congregación de religiosas muy extendida por la zona.

Los pasillos eran largos y anchos, fríos, desapacibles, grises, como la piedra centenaria de sus muros. Sus techos altos y abovedados devolvían el eco de los tacones de las enfermeras de guardia, aumentando la sensación de enormidad que producía el edificio.

En la habitación número once del tercer y último piso, la noche había transcurrido en un completo desconcierto, y la mañana no se presentaba muy distinta. Había estado nevando y el viento helado se colaba por las rendijas de los ventanales, por cuyos cristales sin visillos asomaba una completa oscuridad.

—El niño no ha dejado de llorar en toda la noche, y la nueva madre no acaba de decidirse. Habrá que hacer algo.

La monja acunaba al recién nacido, paseándolo a grandes zancadas de un lado a otro de la habitación, mientras el médico se pasaba las manos por la cabeza una y otra vez en un gesto de impaciencia que no hacía sino aumentar el nerviosismo de los dos.

—¿Ha informado ya a la recién parida?

—Aún no.

—Entonces no habrá más remedio que hacer lo de la última vez.

En poco menos de una hora, el hospital se inundaría de gente. Las enfermeras del turno de mañana estaban a punto de fichar; los pasillos se llenarían de pacientes externos que acudían a las consultas; y las salas de visita pronto rebosarían de familiares de los enfermos ingresados. No había mucho más tiempo que perder.

—¡Lléveselo! Si conseguimos que lo duerma, podremos sacarlo de aquí sin hacer ruido. Está claro que la madre no lo quiere. Habrá que hacer algo. Llamaré a la inclusa.

La monja le ofreció el dedo meñique al bebé, que buscaba desconsolado el pecho de su madre desde que había llegado al mundo hacía seis horas.

—Entonces ¿se lo llevo con el pañuelo?

—Sí. Pero no se separe de ella. Que no pase como con el último.

—Descuide. Anoche le dije lo de la infección. Se quedará tranquila sólo con poder ponérselo al pecho.

Momentos después, la monja entraba en la habitación de al lado con el bebé, a quien había tapado la carita con un pañuelo que sólo dejaba al descubierto su boca hambrienta.

La madre se incorporó al verlos y extendió los brazos para coger a su hijo, pero la monja dio un paso atrás, apretando al niño contra su pecho como si quisiera protegerle, e hizo el gesto de no entregárselo.

—Recuerda que no debes tocarlo si no quieres que se contagie.

—¿Y los calostros? ¿No le harán daño?

—¡Todo lo contrario! Le protegerán. Lo peligroso es el contacto con la piel.

—¡Déjeme verle la cara! No lo tocaré.

—Tú sabrás lo que haces. Pero si te ve y luego se te retira la leche por la infección, no querrá los biberones.

—No lo entendí, ¿sabe usted?, pero lo dijo con tanta seguridad... Yo sólo tenía diecisiete años, y el doctor entró detrás de ella y me dijo lo mismo: que había cogido una infección en el quirófano que podría transmitirle al niño y que los recién nacidos identifican la cara de la madre con el pecho, y si se acostumbran a ella desde el principio, no quieren otra cosa y no podría destetarle si se me pudría la leche.

»Le habían puesto unas manoplas que le llegaban por encima de las mangas del jersey, porque tenía las uñas muy largas y se arañaba la carita. No consintieron en quitárselas para que por lo menos le besara las manos. Me dijeron que por ahí era por donde más podía entrarle la infección y me quedé sin verle ni siquiera un trocito de la piel.

»Ella me arrimó a mi niño al pecho mientras él me sujetaba los brazos para que no cayera en la tentación de quitarle el pañuelo de la cara, y después se lo llevaron.

—¿Tiene usted pruebas?

—No, señorita, no las tengo. Pero yo estaba sana, y el niño también.

—¿Algún testigo que pueda ratificarlo?

—No, señor, no los tengo. Mi abuela no pudo venir para el parto, no podía dejar la viña sola. No había nadie que se encargase de la mula.

—¿Vio al niño en algún momento?

—Nunca lo vi. Me explicaron que había que dejarlo en la incubadora porque se había puesto muy malito, y luego me enseñaron una caja de cartón y me dijeron que el entierro era muy caro, que ellos se encargarían de todo.

—Déjeme ver las partidas de nacimiento y de defunción.

—¿Las partidas, dice usted? Pero si no me dieron nada. ¡Nada! Ni siquiera la ropita que yo había llevado.

—¿No las pidió en su momento?

—Me dijeron que le enterrarían como un feto abortado y que no hacía falta que yo tuviera ningún papel. Aquella monja se había portado tan bien conmigo que la creí a pies juntillas. Se la recomendó a mi abuela una chica de mi pueblo a la que le había pasado lo que a mí. ¡Cómo iba yo a figurarme nada de una monja! Ella me buscó una habitación en un piso con otras chicas, me consiguió trabajo como limpiadora en un colegio y me firmó la cartilla del Servicio Social para que no tuviera que hacerlo.

»Si hubiera sabido yo entonces lo que hacían... Pero a los dos días me pusieron en la puerta y nunca más supe de ellos. Y yo soñaba todas las noches que el niño me llamaba. Me despertaba envuelta en sudor y después ya no me podía dormir. Y así llevo casi cuarenta años. Durmiendo a ratos. Porque yo no he podido olvidar. ¡No,

señor!

—¿Y el padre?

—El padre no se hizo cargo. Desapareció cuando yo me vine a la ciudad. Me casé con un ferretero después de esperarlo cinco años, ¿sabe usted? Y tuve dos hijos como dos soles, que me han dado cinco nietos. Quién sabe si del primero tengo también alguno...

—¿Y por qué está tan segura de que ese hombre es su hijo?

—¡Ay, señor juez! ¡No me pregunte usted eso! ¡Lo sé! ¡Tiene que ser! ¿Cómo si no habría dado conmigo?

—Igual que habrá dado con otras madres. Probablemente, la suya no sea la única puerta que haya tocado.

—Pero será la única en la que haya dicho mi nombre.

—¿Y cuántas María Dolores González Rodríguez cree usted que habrá en España?

—¡Es mi hijo, señoría! ¡Tiene que ayudarme a encontrarlo! No puedo perderlo otra vez. Por lo que más quiera, ayúdeme a dar con él. Necesito verle. Por favor. Me lo arrancaron con malas artes. Por favor. Yo le quería.

—¡Está bien, no se ponga usted así! No llore. Si está en lo cierto, volverá a preguntar por usted.

—Pero ¿y si no vuelve? Ya va para un mes que preguntó por mí. ¡Dios mío! ¿Por qué me iría yo a la playa? ¡Un capricho de mis hijos! ¡Con lo bien que habría estado yo en mi casa...! Si me viera así mi difunto, que no consentía en que derramara una lágrima... ¡Mi santo sí que era un buen hombre! Pero se me murió hace un año. ¡Ayúdeme! En el hospital me han dicho que usted puede abrir una investigación. ¡Por lo que más quiera, señor juez!

—¡Vamos! Tranquilícese. Tome un poco de agua.

—No quiero agua. ¡No, señor! Yo lo que quiero es que me ayude a buscar a mi hijo. Porque sí, habrá muchas María Dolores González, seguro que sí, pero dígame usted cuántas habrán parido a los diecisiete años en el Hogar Cuna.

—Sí, lo comprendo, señora, pero se lo he dicho todas las veces que ha venido: sin pruebas no puedo hacer nada. Si le dijeron que murió sin cumplir las veinticuatro horas, lo inscribirían como legajo en el registro de abortos. Tráigame eso, al menos.

La única persona del pueblo que supo que María Dolores se había quedado embarazada a los diecisiete años recién cumplidos fue su abuela materna.

Se llamaba Camila, aunque en el pueblo la conocían como la abuela Mila. Vivía en una casilla a la que todo el mundo llamaba La cabañuela de la Ventolera, situada a unos kilómetros del pueblo, junto a las viñas que había heredado de sus padres.

La casilla había sido previamente una especie de chamizo de ramas de árboles que su marido construyó cuando se acercaba la vendimia de 1936, para vigilar que nadie le robase la uva.

El abuelo Vicente trabajó en el ayuntamiento como mozo para todo hasta que le ofrecieron el puesto de alguacil, que él aceptó siempre y cuando le permitiesen ausentarse en la época de la vendimia.

Sus suegros habían plantado el viñedo con el único propósito de obtener un buen vino para el uso familiar, pero sin ningún tipo de orden. Unas cuantas hectáreas salpicadas de cepas de verdejo, tinta y viura en medio de la meseta pedregosa que rodeaba el pueblo. El terreno se distinguía de las fincas vecinas por un surco en barbecho permanente que actuaba como linde, de forma que, hasta que alcanzaba la vista, todas las fincas parecían una sola, una enorme extensión de verde que se perdía en el horizonte. Un mar tranquilo, sin olas, suspendido sobre los cantos rodados entre los que se enraizaban los plantones.

Nada más heredar el terreno, el abuelo ingresó en la cooperativa que había fundado un grupo de vecinos unos años atrás para comercializar la uva, y decidió transformar la viña en un auténtico majuelo, como habían hecho los demás cooperativistas, un viñedo limpio y ordenado, mucho más fácil de vendimiarse, cuyas cepas se agrupaban según el tipo de uva, alineadas en paralelo. Por un lado, el verdejo, de racimos apretados y pequeños; por otro, el viura, de uva grande y brillante; y por último, el tinto, con sus hollejos de color negro azulado.

Todos los años, cuando los racimos empezaban a pintar, el abuelo Vicente construía su cabaña y se instalaba allí desde que salía el sol hasta que se ocultaba en aquel horizonte de cepas, con la única compañía de un botijo y una petaca en la que guardaba su tabaco de liar y su mechero chisquero.

A mediodía, la abuela Mila le llevaba un cocido recién hecho y permanecía con él hasta que pasaban los calores de la siesta.

A veces, cuando la solana se estrellaba contra los guijarros, el abuelo echaba unas ramas sobre el suelo de la cabaña y le pedía a la abuela que se tumbase a su lado. Mientras el sol apretaba, ellos aprovechaban la sombra de la cabañuela para perderse

el uno en el otro.

A la abuela le encantaba decir que allí, sobre las ramas secas, habían engendrado a la madre de María Dolores a los pocos meses de casados. La niña nació el 29 de julio de 1931, el día de san Urbano, por lo que, según mandaba la costumbre, con ese nombre debían bautizarla. Pero el gobierno de la República estaba preparando una orden ministerial que abría la posibilidad de asignar a los recién nacidos nombres de cosas o ideas que no tenían por qué proceder del santoral, señalando, por ejemplo, que tan buenos eran los nombres de Libertad o Constitución como el de Rosa, y que el único límite a respetar, para poder inscribirlos en el registro, era el del buen gusto.

La madre de la abuela Mila había sido maestra antes de casarse, y solía contarle a su hija leyendas antiguas sobre lugares lejanos. Una de las que más le gustaba a la abuela Mila era la de la hermana del rey Arturo, pelirroja como ella, la reina de Avalón, la discípula del mago Merlín, que podía transformarse en cualquier cosa y curar las enfermedades: la reina Morgana. Y así fue como le pusieron a la niña, Morgana. Un bebé pelirrojo y feúcho que a la abuela le parecía el más bonito del mundo, con la piel tan clara que casi parecía transparente. La abuela Mila se pasaba horas mirándola mientras dormía. Olía como los cachorrillos de los animales, a pura inocencia. Muchas veces, cuando estaba muy quietecita, la madre acercaba la oreja a su boca para comprobar si respiraba. Había nacido tan pequeña que apenas tenía fuerzas para mamar, pero ella se sacaba la leche y se la metía en la boca con una cuchara hasta que se vaciaba los pechos. Y así consiguió que engordase, poco a poco, con mucha paciencia, la misma que tuvo que emplear a medida que crecía, porque cada cucharada que le acercaba a los labios suponía un desafío. Cada comida era un llanto que le duraba hasta la siguiente, y una negociación detrás de otra para acordar cuántas porciones podían quedarse en el plato. Sin embargo, a pesar de su desgana permanente, aunque nunca llegó a tener el tamaño de los otros críos de su edad, la niña creció sana y bien proporcionada. Parecía una muñeca, pequeña y feliz, con la piel clara y llena de pecas.

Desde el día en que nació, no dejó de acompañar a su madre a la cabañuela donde su padre cuidaba las viñas. Apenas fueron unos años, pero siempre que pensaba en él, lo veía en La Ventolera con su botijo y su tabaco de liar, encendiendo un cigarro con el chisquero mientras contemplaba las cepas que se perdían en el horizonte, soñando con el momento en que todo aquel verde se llenase de vendimiadores.

Hasta que este murió, no había época del año que le gustase más a la abuela Mila que la de la vendimia.

A la salida del sol, el pueblo entero se congregaba en la plaza para despedir a los jornaleros que se iban en sus carros, y a mediodía y por la tarde, en la calle Real para verlos de vuelta.

Cuando empezaba a oscurecer, los carromatos formaban una caravana que

recorría todo el pueblo —desde el camino que daba a los majuelos hasta la última casa, junto a la que se situaba el lagar de la cooperativa.

Por las fisuras de los carros rebosantes, se filtraba un reguero de mosto que escurría calle abajo dejando tras de sí un olor fresco y dulzón que lo impregnaba todo.

Las mujeres y los niños, entre risas y empujones, seguían a la caravana con botellas y calderos que llenaban directamente de los chorros de mosto. Con él harían su vino del año.

Una vez terminada la vendimia, las mujeres lavaban en el río los cestos de mimbre y, luego, cada uno en su majuelo, quemaba las cabañuelas y los sarmientos de la poda. Ese mismo día, al atardecer, empezaba una fiesta para darle la bienvenida al otoño, en la que no faltaban la romería y los fuegos artificiales.

Era la época más alegre del año. Todos parecían felices. Todos soñaban qué comprarían con lo que habían sacado de la venta de la uva, porque hasta la siguiente vendimia no volverían a encontrarse con los bolsillos medio llenos. Unos, una pelliza nueva; otros, las legumbres y el aceite para el invierno, la lana para un colchón, una manta, un cobertor, unas polainas o la almendra y la miel para los dulces de las Navidades.

El ritual se repetía año tras año. Desde que comenzaba a amarillear la uva hasta que cada cual se cubría con su abrigo, sus medias o su manta recién comprada, después de quemar sus cabañuelas.

Sin embargo, la vida cambió de un día para otro, cinco años después del nacimiento de Morgana, cuando se produjo el golpe de Estado de mil novecientos treinta y seis.

El mundo se vino abajo y se lo llevó todo por delante.

Los militares rebeldes a la República se hicieron con el control de Valladolid nada más pronunciarse el Alzamiento. Las consignas de José Antonio Primo de Rivera sobre «los puños y las pistolas», alentadas por Onésimo Redondo, habían calado en la capital vallisoletana, donde se había producido la unificación de las dos formaciones falangistas.

La represión comenzó el mismo 18 de julio, al atardecer. Numerosos civiles afiliados a partidos políticos y sindicatos fueron capturados en la Casa del Pueblo, donde se habían refugiado para tratar de organizarse contra la sublevación militar.

El gobernador civil, el alcalde y el diputado socialista fueron pasados por las armas. Las calles, los parques y las tapias del cementerio comenzaron a sembrarse de decenas de cadáveres que algunas veces permanecían expuestos durante horas, antes de acabar en las fosas comunes que poblaron las cunetas y los montes de la provincia.

Algunos alcaldes socialistas de pueblos cercanos a la capital se habían desplazado hasta allí para recibir órdenes. Muchos de ellos no volvieron nunca; tampoco el del

pueblo de la abuela Mila.

En seguida se propagó el rumor de que todo el que hubiera trabajado en el ayuntamiento, fuera en el puesto que fuese, sería considerado desafecto al nuevo régimen.

El mero hecho de que el abuelo Vicente hubiera sido alguacil municipal durante la República y le hubiese puesto a su hija un nombre ajeno al santoral podía llevarlo a la cárcel o a la muerte. De manera que, por lo que pudiera pasar, en un intento desesperado de esconderlo, o por lo menos de quitarlo de la vista, la abuela Mila le pidió a su marido que sustituyera las ramas de la cabaña por ladrillos y echara una capa de cemento en el suelo. Después, la acondicionó con un catre, una mesa con dos sillas, una cocina de carbón y una lámpara de carburo, y se trasladaron con su hija a vivir allí, de donde la abuela no se mudaría nunca más.

Al abuelo Vicente lo mataron antes de que terminara la vendimia del 37, dos meses después de que Morgana cumpliera seis años. Una de tantos huérfanos que creció sabiendo que nunca podría enterrar a su padre en lugar sagrado, aunque conocía con exactitud el hueco que ocupaba en la parte exterior del muro del cementerio, adonde acompañaba con frecuencia a su madre para llevarle flores, siempre a hurtadillas, para que nadie supiera que ellas sabían.

La abuela Mila murió cincuenta y seis años después, en su cabaña de La Ventolera, tan encogida y arrugada que nadie diría que aún no había cumplido los ochenta. Durante toda su vida, soñó que algún día podría recuperar los restos del abuelo y trasladarlos al otro lado del muro para ponerle una lápida con su nombre, su apellido y las fechas de su nacimiento y de su muerte. Un sueño que nunca vería hecho realidad.

Su nieta María Dolores pasó con ella una parte muy importante de aquellos años. De ella aprendió a respetar el único medio de vida que conocía la abuela cuando se quedó viuda con una niña de seis años que sacar adelante: los majuelos. Que nadie los pisara, porque la viña no pisada demostraba que había sido bien cuidada; respetar los tiempos; comprobar si la uva ha clareado cuarenta días antes de la vendimia; cortar algunos racimos para que otros cobren fuerza; no recogerlos húmedos ni por lluvia, ni por niebla, ni por rocío para que el agua no afecte a la calidad del mosto; recogerlos uno a uno, cuando el sol aprieta, para que no se adelante la fermentación.

La abuela sabía cuándo tenía que empezar la recolecta sólo con mirar las vides. Si el raspón había empezado a ponerse marrón, significaba que entre la hoja y el racimo ya no circulaba la savia. Entonces, estrujaba una uva entre los dedos y decía:

—¡Pegajosa! ¡Doce grados, seguro! ¡Ya no prospera más!

Y empezaba de nuevo el ritual. Se humedecían los cestos para que no estuvieran demasiado secos y no se rompiera el mimbre. Se pisaba la viña por primera vez desde que la uva empezó a pintar, y se cortaban los racimos para colocarlos en el carro de

modo que no se aplastasen unos a otros, con suficiente aire, en un montón esponjoso que María Dolores y su abuela llevarían a la cooperativa a la caída de la tarde, cuando el último tractor de la caravana de vendimiadores estuviera ya limpio y encerrado. Sin fiesta, sin algarabía, sin chiquillos que corrieran tras los chorros de mosto que derramaba su remolque.

Porque aquel final del ritual, en el que la abuela había participado un año tras otro desde que tenía memoria, se acabó para ella la noche en que oyó el sonido de una ráfaga de fusil que llegaba desde el muro del cementerio y, a los pocos segundos, siete tiros de pistola que ella contó abrazando a su niña, con el corazón hecho pedazos, sabiendo que uno de ellos la dejaba viuda, sin muerto al que velar.

Al día siguiente, las llevaron a ella y a Morgana a la iglesia, bautizaron a la niña con el nombre que le correspondía por su fecha de nacimiento y después las condujeron a empujones al cuartelillo de la Guardia Civil.

Al verlas llegar, el teniente se levantó de su silla, cogió unas tijeras que tenía sobre la mesa y se colocó frente a la abuela Mila.

—¡Rojas pelirrojas! —exclamó como si hablara para sí mismo—. Siempre me he hecho una pregunta que nadie ha sabido contestarme hasta ahora.

Y le dirigió a la abuela Mila una sonrisa de lascivia mientras le subía la falda con la punta de la tijera y le indicaba con un gesto que se bajase las bragas ella misma.

—Si eres tan amable... Me gustaría saciar mi curiosidad.

El resto fue silencio y dolor. Un silencio que sólo se rompía con el sonido metálico de las tijeras, que se abrían y se cerraban mientras el suelo se llenaba de vello. Y un dolor que hubiera sido soportable si los ojos del teniente no hubieran buscado los suyos, recreándose, con una sonrisa que no abandonó hasta que las sacó a las dos del cuartelillo completamente rapadas y las obligó a recorrer la calle Real mientras los vecinos cerraban las contraventanas, algunos presos del miedo, y otros para no aumentar su humillación.

Desde entonces, nadie volvió a ver a la abuela Mila ni a su hija Urbana con la cabeza descubierta. Si tenían que bajar al pueblo, lo hacían a deshoras, cuando las tiendas estaban a punto de cerrar y las calles empezaban a vaciarse. Siempre tapadas con un pañuelo y vestidas de negro, pero siempre erguidas, con la cabeza levantada y mirando de frente.

En el pueblo nadie habló nunca de aquel episodio. Jamás volvió a mencionarse la guerra. La victoria se impuso como un salto en el tiempo que podía borrar lo vivido. Un paréntesis cerrado que nadie se atrevía a abrir. Una venda que tapaba la sangre. Un duelo sin llanto. Un pecado sin culpa y sin reparación.

La abuela continuó cuidando del majuelo del abuelo Vicente, produciendo su uva tinta, su verdejo y su viura con la misma pasión que aprendió de él y sin dejar de pertenecer a la cooperativa. Pero, en la época de la vendimia, en lugar de participar

en la caravana que inundaba de mosto la calle Real, ella esperaba a que los carros de los otros majuelos hubieran descargado su uva, se dirigía con el suyo hacia la cooperativa e iniciaba su propio ritual.

Avanzaba en su carro calle arriba cuando el sol ya se estaba poniendo, dejando un rastro de mosto al que nadie acercaba ninguna botella. Ella sabía que la observaban desde el interior de las casas cerradas, desde que entraba por el camino de los majuelos en dirección a la cooperativa hasta que regresaba de vuelta y bajaba la calle con el carro vacío, arreando a su mulo a golpe de riendas, callada, erguida, de luto, con su dignidad intacta, recordándoles a todos que, por mucho silencio que se hubieran impuesto, su grito retumbaría siempre a su paso. Mudo, sí, pero tan ronco y tan fuerte como si no se lo estuviera callando.

María Dolores González salió del juzgado con la misma respuesta que había obtenido las cuatro veces anteriores que había acudido al juez. Y con las mismas lágrimas.

Un mes atrás, coincidiendo con el primer aniversario de la muerte de su marido, supo que habían preguntado por ella en la ferretería. El esposo había muerto de un día para otro de una hepatitis aguda fulminante, y los hijos quisieron apartarla de los recuerdos llevándosela con ellos para que conociera el mar. Y aquel viaje supondría el principio de una pesadilla de la que no conseguía despertarse.

A la vuelta del viaje, en el piso de la capital donde vivía desde que se casó, María Dolores encontró una nota del dependiente de la ferretería, en la que este la informaba de que un joven había preguntado por ella y por una caja de cartón.

No le hizo falta más. En aquel instante supo que su hijo la estaba buscando, y el desasosiego con el que había vivido desde que lo trajo al mundo se convirtió en esperanza.

¡Cuántas noches en vela preguntándose dónde estaría su hijo! ¡Si sería feliz! ¡Quién lo habría amamantado! ¡Quién le habría puesto la mano en la frente cuando tuviese calentura! ¡Quién lo habría llevado al colegio y vestido con su traje de almirante en su primera comunión! ¡Quién habría sido su madrina de bodas! ¿Quién?

Pero nunca encontró las respuestas. Así que se guardó sus preguntas sólo para ella y esperó.

Después de dar a luz, continuó como limpiadora del colegio que le había buscado la monja. Se imaginaba cómo sería su hijo y buscaba sus facciones en las de los niños que crecían a su alrededor. Porque su sexto sentido le decía que tenía que estar vivo.

En el colegio conoció al hombre más bueno de la tierra, Santiago Sanz, un ferretero viudo, zurdo y tartamudo, que, nada más volver del parto, la contrató para que recogiese a su hija de tres años en la guardería y se la llevase a la tienda. ¡Su santo! Tímido y dulce como nadie. Siempre vestido con el mismo mono azul con el que despachaba los tornillos y los clavos. Guapo hasta decir basta. Y con las manos tan grandes que, cada vez que se las metía en los bolsillos del mono, reventaba las costuras que María Dolores zurcía una y otra vez hasta que no le quedaba más remedio que añadirles unos parches.

Habían pasado treinta y cuatro años desde que se dieron el «Sí quiero» en una antigua colegiata cercana al domicilio del que María Dolores no debería haber faltado en el primer aniversario de su muerte. Y casi treinta y cinco desde la primera vez que Santiago la invitó a las fiestas de san Pedro Regalado, el patrón de la ciudad, un monje franciscano al que se le atribuían numerosas curaciones milagrosas. ¡Treinta y

cinco años! Pero María Dolores lo recordaba como si hubiera sucedido el día anterior. Nunca podría olvidar cuando la sacó a bailar, le rodeó la cintura con sus manos enormes y le dijo que tenía los ojos más tristes del mundo. Hacía casi cinco años que se conocían pero, excepto sobre temas relacionados con la niña, a quien María Dolores seguía recogiendo en el colegio para llevarla a la ferretería, nunca habían hablado de nada personal. Ella sonrió y bajó la vista simulando que no quería perder el ritmo del pasodoble. Y él bailó en silencio hasta que, a mitad de la canción, le acercó su boca a la oreja.

—Tu pelo es igualito que las cepas en otoño, cuando las hojas se ponen todas naranjas.

María Dolores no sabía de dónde sacaba su santo la habilidad para decirle aquellas cosas —sin tartamudear, de corrido, como si las hubiera ensayado—, porque delante de los demás no era capaz de construir una frase sin arrastrar cada sílaba de cada palabra y, mucho menos, de enseñar aquella vena romántica que guardaba sólo para ella.

—¡Eres un poeta! —le decía María Dolores entre risas cada vez que él le dedicaba un piropo.

Y a él se le subían los colores y volvía a su tartamudeo.

Antes de cumplir el año de casados ya tenían dos hijos, la niña que aportó su marido al matrimonio, que para entonces tenía nueve años y en seguida empezó a considerarla su madre —aunque la suya estaba presente en una fotografía de novia sobre el aparador del comedor—, y un varón al que María Dolores no pudo darle el pecho porque, cuando se lo acercaba al pezón, le venían a la mente la carita envuelta en el pañuelo que sujetaba la monja y los brazos del médico forzándola a estarse quieta.

Santiago conocía la historia desde su noche de bodas, cuando le bajó los tirantes del camisón y ella le confesó llorando que no era el primero.

—No estoy entera. Te lo tenía que haber dicho, pero cada vez que lo intentaba se me ponía un nudo en la garganta que no me dejaba respirar.

Y le pidió perdón una y otra vez por no haberle contado antes su secreto, sin dejar de llorar, sujetándose el camisón para tapar su cuerpo desnudo, como si no tuviera derecho a aquella noche.

Santiago la abrazó, le besó la melena del color de las cepas en otoño y la echó sobre la cama. Y mientras le secaba las lágrimas con la mano derecha, metió la izquierda por debajo del camisón y la acarició despacio, muy despacio, con la misma ternura que si estuviese acariciando una flor a punto de deshojarse. Y buscó las humedades que iban a desbordarse para los dos aquella noche.

Después, sin dejar de besarla, se puso sobre ella y dejó que sintiera su peso, su olor, su sudor y su aliento.

Y ella se dejó querer por el hombre más bueno del mundo. El de las manos enormes, el que se olvidaba de su tartamudeo y su timidez para convertirse en poeta para ella, el que se despertó abrazado a su espalda y volvió a llenarla de besos. ¡Su santo! La única persona que supo escucharla cuando le contó el presentimiento de que su hijo vivía.

—Me lo dice mi alma, Santiago. Me mintieron todos, y no entiendo por qué.

Al día siguiente, sin decirle nada a su mujer, Santiago se dirigió al registro del hospital donde María Dolores González había dado a luz, se acercó a la ventanilla y le preguntó al funcionario por el niño, por el médico y por la monja que había ayudado en el parto.

—¿Se hace usted una idea de cuántas mujeres han parido aquí desde enero de 1965? —le respondió el funcionario en un tono que, más que contestar su pregunta, parecía que le estaba reprendiendo por haberla hecho—. ¿Y de cuántas pierden a su bebé y se niegan a reconocerlo?

—Si por lo menos pudiera darme el nombre del médico... Puede que él recuerde...

—¡Los médicos van y vienen! ¡Me está usted hablando de hace más de cinco años, muy señor mío! ¡Tendría que bajar al archivo general! Y no puedo dejar la ventanilla sola. Vuelva usted dentro de una semana, aunque dudo que pueda ayudarlo.

Santiago regresó una semana después, y luego otra, y otra, y otra, pero siempre obtuvo la misma respuesta, en el mismo tono y con igual contundencia. Hasta que, un día, se encontró con que habían sustituido al responsable de la ventanilla y el nuevo funcionario estaba al tanto de sus idas y venidas al hospital.

El sustituto parecía más comprensivo que el anterior, y su tono mucho más amable, pero sus palabras no distaban demasiado de las de su compañero.

—¡Créame! No le hace usted ningún bien a su señora fomentándole las figuraciones. Yo que usted la ayudaría a olvidar y no perdería ni un minuto más de mi tiempo. La pobre no pudo con la pena de perder a su niño. Hay que entenderla, una cosa así va contra natura. Pero negándolo no cambiará lo que no tiene vuelta de hoja. Seguramente ni tan siquiera haya hecho su duelo como Dios manda. Llévela al cementerio y rece con ella por el difunto, verá como así consigue que lo acepte.

Santiago supo entonces que no había nada que hacer. Nunca sacaría nada en claro del hospital. Por otro lado, aquel funcionario podía tener razón. Había que mirar hacia delante. Santiago tenía que hacerle entender a María Dolores que había que dejar atrás el pasado y pensar en los hijos que podrían venir. No había más consuelo que ese. Hubiese ocurrido lo que hubiera ocurrido, había que ponerle el único remedio que le habían aconsejado. Y aquella misma mañana se lo propuso a su mujer.

—Esta tarde vamos al cementerio y llevamos un ramo de flores. Si el niño está ahí, bendito sea el ramo, y si no está, a otro le servirá.

Y así, año tras año, en el aniversario de la supuesta muerte del bebé, ambos acudían a la fosa común del cementerio para depositar su ramo de flores y rezar un padrenuestro, él creyendo que ayudaba a esposa, y ella para que su marido creyese que la estaba ayudando.

Mis padres me llevaron por primera vez al colegio cuando cumplí los seis años. Aquel mismo día, aprendí que en la selva sólo sobrevive el más fuerte. Entonces no lo entendía, claro está, pero aquel colegio fue mi primer campo de entrenamiento. Cada vez que un compañero de clase me llamaba zanahoria o cara de lenteja, con la sana intención de insultarme, yo empezaba a gritar como un poseso llamando al cura de turno y señalando al abusón. La jugada era perfecta, porque al susodicho le caía un castigo sin que yo hubiera tenido que mover un dedo o, mejor dicho, con sólo mover mi dedo acusador.

Mis pecas, mi pelo de panocha y yo siempre salíamos bien parados. Ni que decir tiene que, aun así, a lo largo de mi vida he tenido que escuchar muchas veces las consabidas preguntas insidiosas de los listillos: que si tomaba el sol con un colador, que si había confundido la colonia con la salsa de tomate o que si era el hijo del butanero. ¡En fin, para qué seguir!

Yo aprendí a sortear a los pelmazos perfeccionando la técnica de las rabetas hasta alcanzar lo sublime. Aquello no era lo malo, lo peor era cuando venían mis padres a recogerme al colegio y los recalitrantes se tomaban la revancha preguntándome que dónde había salido yo.

—¡Eres adoptado! ¡Eres adoptado! —coreaban una y otra vez rodeándome y empujándome como a una vaquilla acorralada en la plaza.

Y contra eso sólo me quedaban los golpes. Porque mis padres me habían jurado, por activa y por pasiva, que era igualito que mi abuelo Lorenzo, el padre de mi padre, que desapareció en la guerra civil y del que no tenían una sola fotografía. Es más, yo tenía una mancha de nacimiento en la muñeca derecha que también había heredado de él.

No sé cómo lo hice, pero conseguí que mis compañeros me dejaran en paz y yo me olvidé de mis dudas durante un tiempo. Aunque mi tranquilidad no duró demasiado porque, recién empezado el bachillerato superior, me encontré de bruces con las leyes de Mendel: de guisantes amarillos y lisos, guisantes amarillos y lisos; de guisantes verdes y rugosos, ya se sabe.

Entonces volví a preguntarle a mi madre por lo de siempre. Pero ella volvió a jurar y perjurar que yo era la viva imagen de mi abuelo desaparecido.

¿Y qué le iba a hacer? ¡Crearla! Al fin y al cabo, las leyes de la herencia también decían que hay saltos que se producen espontáneamente. El mío podía ser uno de ellos. La ciencia nunca es exacta, eso lo sabe hasta el más ignorante.

Sin embargo, en mi caso, parecía que la genética se empeñaba en llevarme

siempre la contraria. Un día, después de besar a una de las primeras novias que me aceptaron con mis pecas y mi pelo colorado, la chica torció la lengua y se la apretó con los dientes.

—¿Sabes hacer esto?

Yo lo intenté por complacerla, pensando que aquel juego era una soberana estupidez.

—Es hereditario, *nen*. Si no sabes, es porque alguno de tus padres tampoco lo hace.

Y, claro, nada más llegar a casa, me empeñé en comprobarlo.

Si me hubiera quedado quietecito y hubiese mandado a paseo a la colega de la lengua retorcida, estoy seguro de que me habría ido mejor. Pero la chica era un bombón, y la curiosidad es el peor enemigo del gato. ¿O es del ratón? Ahora no estoy seguro, pero da igual: ratón o gato, no podía quedarme de brazos cruzados.

Por supuesto, mis padres cayeron en la trampa. Los dos torcieron la lengua y se la apretaron entre los dientes cuando yo se lo propuse, como si de una broma inocente se tratara. Y a los dos se les congeló la sonrisa cuando les confesé que acababan de fallar en una prueba genética. Pero, aun así, siguieron jurando por lo más sagrado que yo era su hijo y que me parecía a mi abuelo, rechazando rotundamente que aquella habilidad de retorcer la lengua fuese hereditaria.

Yo, por mi parte, para qué voy a negarlo, me sentía mucho más cómodo creyéndoles, aunque, en el fondo de mi alma —y si fuese sincero tendría que decir que más bien en la superficie—, supiera que me estaban mintiendo.

Los dos se murieron sin que yo consiguiese arrancarles la verdad, al menos no toda la verdad, a pesar de que, cada cierto tiempo, volvía a la carga sobre el tema.

Y ahora, con casi cuarenta años a la espalda, me planteo si debería conformarme con lo que sé.

¡Sí! Somos lo que hemos conseguido hacer de nosotros mismos. Probablemente, mi vida no sería distinta si encontrase el punto de partida. No me cabe duda de que yo seguiría siendo un hombre de éxito que colecciona corbatas de seda.

Pero no sé quién soy.

Aún no habían fichado las enfermeras de la mañana cuando la monja salió del Hogar Cuna rumbo a la inclusa.

Todavía era noche cerrada, pero la ciudad ya comenzaba a desperezarse en medio de la niebla que subía del río.

Las luces de las casas se fueron encendiendo poco a poco. De los portales de los edificios empezó a salir el goteo de la gente que pronto abarrotaría las calles, en cuyos cubos de basura rebosaban los envoltorios de los juguetes que los Reyes Magos habían dejado la noche anterior.

Sobre las aceras y las superficies de los coches que habían dormido a la intemperie se condensaba la humedad en una fina película de agua.

La monja andaba tan deprisa como le permitía el peso del capazo, completamente cubierto por una toquilla de punto blanca en cuyos volantes resaltaban bordadas las iniciales «C.G.».

Aún permanecían colgados los adornos de Navidad, enredados en los árboles y atravesando las calles de un lado a otro, a modo de luminosas metas de una carrera que ya no esperaba a los corredores.

Un par de operarios del ayuntamiento se afanaban por descolgarlos, todavía encendidos, y los amontonaban en la acera en una extraña pila multicolor que indignaba a los viandantes.

—Pero ¿no ve usted la humedad que hay? ¡Nos vamos a electrocutar!

—¡Eso dígaselo al ayuntamiento! ¡A mí me han dicho que los descuelgue, y eso es lo que hago!

—Pero podría apagarlos antes, ¿no?

—¡Podría! Pero ese no es mi trabajo. El apagado se hace desde la Junta Municipal. Yo no tengo la culpa si al alguacil se le han pegado las sábanas.

La monja bordeó el montón de luces de colores y pensó en aquel absurdo. Estaba claro que los eslabones de cualquier cadena debían engranarse correctamente; de lo contrario, podía provocarse un desastre y hacer que todo estallara por los aires.

Tenía que darse prisa.

El doctor ya había telefoneado al taxista que siempre se encargaba de los traslados para que la esperase en la puerta trasera de la inclusa con los padres a bordo. Unos minutos antes, había salido del Hogar Cuna el celador que llevaría al cementerio la caja de cartón. Los documentos estaban preparados y firmados. Y, afortunadamente, del capazo no se escapaba ni un solo gemido.

Cada eslabón con su tarea resuelta. Cada problema previsto y solucionado. Todo

medido. Todo en su sitio.

Cuando llegó a la inclusa, el taxista se apeó del coche y le entregó un sobre que ella cogió después de preguntar:

—¿Les ha explicado bien las opciones?

—Sí, hermana, como siempre.

—¿Y?

—Una vez al año. En verano.

La monja abrió el sobre, le echó un vistazo al contenido y sacó un par de billetes de cien pesetas para entregárselos al conductor.

—¿Está correcto?

—Correcto, hermana.

—¡Bien! Arranque en cuanto le dé el capazo a la madre y no se detenga en todo el camino.

A los padres los habían derivado a la inclusa desde una pequeña clínica de la otra margen del río, donde la mujer había dado a luz a un bebé que murió en la incubadora a los tres días de nacer y que la propia clínica se encargaría de hacer desaparecer sin sospechas y sin ruido. En su lugar, se llevarían al niño que estaba a punto de nacer en otra maternidad a la que llamaban el Maternal, un hospital anexo a la inclusa, donde parían las madres que pensaban dejar a sus hijos en el orfanato.

Pero el parto del Maternal se había complicado y no había podido hacerse la entrega. De ahí que se activara inmediatamente la solución de urgencia, ya que los padres a los que se había adjudicado el bebé del Hogar Cuna se habían arrepentido en el último momento.

No era la primera vez que sucedía. A veces los padres no se presentaban y había que pedir ayuda, de manera que el apoyo mutuo entre los tres centros los había sacado a todos de más de un apuro.

Por supuesto, las matronas del Maternal y de la clínica privada eran de la máxima confianza del tocólogo de la maternidad de beneficencia. Este había iniciado su carrera de médico en las cárceles de la posguerra siguiendo las teorías de uno de sus más respetados maestros, el primer catedrático en Psiquiatría de la universidad española, el doctor Vallejo-Nájera.

En principio, las transacciones sólo afectaban a las presas, mujeres republicanas y prostitutas que parían en prisión y que, de no haberlo solucionado, tendrían que haber visto crecer a sus hijos entre barrotes. Un sufrimiento que se podía evitar proporcionándoles a las criaturas una familia decente que los educaría como mandaban la Santa Madre Iglesia y los Principios Fundamentales del Movimiento.

Su maestro había demostrado, en varios trabajos científicos en los que estudió a presos y presas republicanos, que «el marxismo era una enfermedad mental que producía entre sus filas a verdaderos psicópatas antisociales». Aseguraba, además,

que «la perversidad de los regímenes democráticos, favorecedores del resentimiento, promocionaba con políticas públicas a los fracasados sociales, a diferencia de lo que sucede con los regímenes aristocráticos, donde sólo triunfan socialmente los mejores».

A las mujeres republicanas se les había atrofiado la inteligencia. La segregación de sus hijos desde la infancia podría liberar a la sociedad de una plaga terrible. Aquellos niños eran portadores de un gen que era preciso extirpar, o al menos evitar su desarrollo, por su propio bien y por el de los demás.

Los primeros casos vinieron prácticamente rodados. Había tanto hacinamiento en las cárceles y las condiciones de las parturientas eran tan penosas que a nadie le extrañaba que los bebés no sobreviviesen.

Por otra parte, las familias receptoras estaban totalmente entregadas. Algunas no sabían de dónde procedían los niños, y otras cerraban los ojos con tal de no saberlo. La impunidad estaba garantizada, de manera que el engranaje fue perfeccionándose y en seguida surgió la oportunidad de ampliar el radio de acción a las maternidades de beneficencia y a las clínicas privadas, donde con frecuencia parían jóvenes solteras que no habrían sabido qué hacer con el bebé, y casadas cargadas de hijos a las que les iría muy bien ahorrarse una boca que alimentar. Todos salían ganando.

La monja tuvo sus reparos en la primera ocasión en que se lo propusieron, pero pronto llegó al convencimiento de que, después de todo, hacían un doble favor: en primer lugar, a las parturientas, a quienes les ahorraban un problema de difícil solución; y, en segundo, a aquellas pobres buenas cristianas que darían lo que fuera por quedarse embarazadas y no llegaban a conseguirlo.

—No llore usted, madre, ya verá como vuelve a ponerse en contacto con nosotros.

—Si por lo menos hubiera dejado un número de teléfono.

La hija de María Dolores la abrazó intentando calmarla. No había parado de llorar desde que volvió del juzgado con las manos vacías. Cinco veces había realizado aquel viaje, y en las cinco se había encontrado con la misma pared: sin pruebas no podía haber investigación. El nombre de la monja y del médico los tenía grabados en la memoria, sor Ángela y don Luis, pero nunca conoció sus apellidos ni volvió a verlos.

Nada más recibir la nota de la ferretería, había ido a preguntar por su caso al antiguo Hogar Cuna, convertido en hospital provincial desde que se instauraron las Comunidades Autónomas. Los celadores más antiguos recordaban vagamente a la monja.

—De vez en cuando salía a deshoras del edificio con un capazo en las manos. Ella decía que llevaba a los niños de las madres solteras a la inclusa, pero todos nos preguntábamos por qué tenía que salir medio a escondidas. Aquello era bien raro, ya lo creo.

—Me han dicho que hay un registro de abortos, ¿podría verlo?

—Siga la línea verde hasta el final y pregunte en admisiones. Supongo que allí podrán informarla.

María Dolores recorrió el laberinto de pasillos con el corazón al borde del infarto. Cuando llegó al final de la línea verde, la atendió un funcionario que apenas sobresalía una cuarta de la ventanilla de admisiones, un hombre pálido y delgado que parecía tener que haberse jubilado hacía tiempo y que la recibió echando mano de la normativa vigente.

—Lo siento, señora, ese archivo es confidencial.

—¡Por favor! Estoy buscando a mi hijo. —A María Dolores se le humedecieron los ojos. Era la primera vez que pronunciaba aquellas palabras, la primera de un rosario de búsquedas que se empeñó en iniciar ella sola, sin ayuda de nadie, ni siquiera de sus hijos, porque sola había perdido a su niño y sola tenía que encontrarlo —. Nació en este hospital en la madrugada del 6 al 7 de enero de 1965. Pero me dijeron que había muerto a las pocas horas de nacer. ¡Se lo pido por caridad!

—Vaya usted al Registro Civil y tramite una solicitud. Se la enviarán por correo en menos de quince días. Nosotros no podemos facilitarle esa información directamente.

María Dolores no se movió. No podía. Las manos y las piernas se le habían

agarrotado. El único movimiento que podía apreciarse en ella era el temblor de sus labios, luchando por no llorar, y dos lagrimones que le rodaron por las mejillas mientras le repetía a aquel hombre que, por caridad, la ayudase a buscar a su hijo.

—¿Cómo me ha dicho usted que se llama?

—María Dolores González Rodríguez, para servirle.

—Espere un momento.

El funcionario le hizo una señal con la mano para que lo esperase y salió de la oficina de admisiones. Al cabo de unos minutos, regresó con un cuaderno que abultaba más que él y empezó a pasar las hojas al tiempo que murmuraba para sí.

—¡Por Dios santo! ¡Diez abortos en diez días! ¡Todos sietemesinos! ¡Y todos firmados por el mismo médico!

Dolores se inclinó hacia el interior de la ventanilla con el mismo gesto de espanto, mientras el funcionario continuaba pasando las páginas del carpetón sin dejar de invocar a Dios a medida que su dedo recorría las filas de nombres.

—Es la primera vez que veo esto. No son sólo los abortos. En enero de 1965 murieron nueve niños en una epidemia de otitis.

—¿Puedo verlo?

—Lo siento, señora, me lo pidió por caridad y por caridad le voy a decir lo que ha venido a saber. Pero sin una orden del juez no puedo enseñarle nada más. Aquí dice que su embarazo no llegó a término. Los restos se inscribieron como legajo en el Registro Civil y los llevaron a la fosa común de los nonatos el día 4 de enero de 1965.

—Pero yo estaba cumplida. Me había pasado de cuentas una semana. Y la fecha no coincide.

—Le aconsejo que tramite la solicitud de la partida en el registro y se la lleve al juez para que investigue. Hace años circularon algunos rumores sobre ese médico. Pero lo trasladaron antes de que el asunto llegara a más. Quién sabe si allá adonde fuera siguió con sus tejemanajes. Vuelva usted con la orden del juez y le haré todas las copias de este archivo que hagan falta.

Pero el juez no quiso darle la orden. María Dolores consiguió el certificado de inscripción como legajo de su hijo y el que demostraba que lo habían llevado a la fosa común de los nonatos, pero estos sólo constataban que la joven había abortado. Nada más. Un aborto como muchos de los que las madres se niegan a aceptar. Un mal paso de la vida que había que olvidar y seguir adelante.

Y por más que la madre insistió en que su hijo la estaba buscando, no consiguió que el juez ordenase abrir aquel cuaderno que le había enseñado el funcionario de admisiones y con el que podría demostrar que su caso no era el único y que sus sospechas tenían más fundamento que el sexto sentido que no la dejaba dormir.

La monja sacó al niño del capazo, abrió la portezuela del taxi y le enseñó el bebé a la mujer que ocupaba el asiento trasero, quien la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Puede decirme algo de la madre?

—Ha muerto en el parto. Era una buena mujer. Le agradecerá desde el cielo que cuide a su hijo como si fuese ella misma.

—¿Y el padre?

—Abandonó a la madre cuando se quedó embarazada. La pobre criatura está sola en el mundo.

—¿Y no sería mejor adoptarlo?

Sor Ángela arqueó las cejas e hizo un ademán de devolver el fardo al capazo.

—Pensé que había quedado todo claro. La adopción tardaría por lo menos dos años, y usted tiene leche para alimentarlo ahora.

—Pero...

—O lo toman o lo dejan. Hay lista de espera. —Y añadió mirando al marido, que se encontraba sentado junto a su mujer—: ¡Usted verá!

—¿Y esa mancha? Parece de un golpe.

—Es un angioma, un nudito de venas. Se le irá aclarando con el tiempo y apenas se le notará.

Habían perdido a su hijo tras un parto prematuro en el que tuvieron que extirparle los ovarios a la madre. Durante tres días, el marido había procurado controlar las lágrimas pero, cuando la monja lo apremió a tomar una decisión, miró a su mujer con los ojos húmedos y extendió los brazos para que la religiosa le entregase a él el bebé.

En ese momento, la madre sintió la subida de la leche como una quemazón, una especie de latigazo que le recorrió el vientre, inútil ya para siempre, sin posibilidad de engendrar.

El marido le pidió a la monja que se retirara para que pudieran quedarse a solas y dejó la portezuela del taxi entreabierta. Después, se colocó al niño en el brazo izquierdo y, con la mano libre, le desabrochó a la madre el abrigo y los primeros botones de la blusa. Luego le bajó la cazuela del sujetador y arrimó la carita del niño al pecho humedecido.

Al olor de la leche, el bebé comenzó a buscar el pezón como un cachorrillo abandonado, moviendo la cabeza a un lado y a otro hasta que lo encontró y comenzó a succionar.

Cuando la madre escuchó el sonido que producía la garganta del niño con cada trago, sintió un nuevo latigazo, un estremecimiento que se irradiaba desde el cuello

del útero hasta los conductos que se le llenaban de leche.

Durante un momento, le asaltó una extraña sensación de animalidad que la desconcertó. Aquella especie de corriente eléctrica le provocaba unos espasmos que no había sentido nunca. Una serie de contracciones en sus partes más púdicas que aumentaban a medida que el niño le sacaba la leche y que, por un lado, la colmaban de un placer que no podría describir y, por otro, la hacían sentir como si fuese un animal amamantando a sus crías.

Nadie que no hubiera sentido la boca de un recién nacido obedeciendo a su instinto podría explicar lo que ella sentía.

Por la rendija que había dejado la puerta semiabierta del taxi entraba un frío penetrante y húmedo, mientras que el cuerpo del niño desprendía un calor tierno y suave que se extendía por el interior del automóvil como una oleada.

Poco a poco, el pecho del que mamaba el pequeño se le fue vaciando y ablandando, al tiempo que el otro se endurecía y tensaba, rebosante de leche.

El bebé había apoyado su mano abierta junto al pezón y, de vez en cuando, pellizcaba la piel de la madre en un gesto de intimidad que habría conmovido a cualquiera pero que ella trató de ignorar levantando la vista, deseando que todo aquello terminase cuanto antes.

De la boca del recién nacido se escaparon algunas gotas blanquecinas que permanecieron en la comisura de sus labios sin llegar a derramarse.

Ella no quería mirar, pero miraba. Su cuerpo no quería sentir, pero sentía. Su mente quería evadirse de los espasmos que la convertían en mujer y animal al mismo tiempo, pero no lo conseguía.

Jamás había experimentado aquel cúmulo de sensaciones en las que se habría deleitado si las circunstancias hubieran sido otras, otro el momento, otro el lugar, otros los dedos que la pellizcaban.

Pero aquel no era su bebé. No era su boca la que tendría que haberle provocado aquella mezcla de sensualidad y de atavismo; ni sus labios los que deberían haber derramado aquellas gotas blanquecinas que se le acumulaban en las comisuras.

¡Aquella locura tenía que terminar!

Junto a la puerta entreabierta del coche, inclinada hacia el interior del vehículo, la monja los observaba con una sonrisa que abandonó al ver que la madre trataba de quitarse al niño del pecho, visiblemente nerviosa, mientras el pequeño tiraba del pezón para no soltarlo.

—¿Se da cuenta? —preguntó para tranquilizar a la madre mientras acariciaba la carita del bebé—. Es él el que la ha elegido a usted. El Señor Todopoderoso la ha puesto en su camino para que no tengamos que devolverlo a la inclusa como a un pobrecito expósito.

Pero las palabras de la monja no hicieron sino aumentar el desconcierto de la

madre. ¡No! ¡El Señor no podía pedirle aquella insensatez! Si hubiera dependido sólo de ella, en ese mismo momento le habría devuelto el fardo a la monja y todo se habría terminado. Pero su marido la miró con tanta pena en los ojos, y el recién nacido tiraba con tanta fuerza del pezón, que se sintió incapaz de contradecir a la religiosa y permitió que el niño continuase mamando.

El día había empezado a clarear. La monja cerró la puerta del coche y le hizo un gesto al taxista para que arrancase. El conductor miró al padre como si necesitara su permiso para ponerse en marcha, este a la madre para que diese su conformidad, y ella bajó la cabeza y cerró los ojos para no tener que decidir.

Y así inició su camino de vuelta a Valencia, con un niño que no era su hijo en los brazos.

Durante los primeros doscientos kilómetros, ninguno de los ocupantes del taxi emitió un solo sonido. El bebé, envuelto en su toquilla blanca, dormía tranquilo en los brazos de la madre después de haberle vaciado los dos pechos. El taxista conducía con la mirada fija en la carretera, concentrado en llegar cuanto antes a la dirección que le había dado la monja. Y el matrimonio se miraba de vez en cuando, tratando de adivinar lo que sentían el uno y el otro, pero sin atreverse a compartirlo.

Hasta que, tras dos horas y media de viaje, la madre reparó en las letras bordadas de la toquilla.

—¡Mira! —le dijo a su marido en un susurro—. Seguramente sean sus iniciales. Su nombre empieza por «C».

El marido miró entonces el certificado de nacimiento que había firmado el director de la clínica y observó que la mayor parte de los datos estaban en blanco.

—Le pondremos Carlos, entonces. Si a ti te parece bien.

—¿Por qué no? Es un nombre como otro cualquiera.

Y ambos volvieron a mirarse con una expresión que, más que a ninguna otra cosa, se parecía al dolor.

—Yo quería ver al nuestro —susurró de nuevo la mujer, con la voz entrecortada y lágrimas en los ojos—. Si al menos nos hubieran dicho dónde lo han enterrado.

—No pienses en eso. Este es nuestro hijo.

—Pero ¿y si alguien averigua lo que hemos hecho?

Había pasado todo tan rápidamente que no había podido asimilarlo aún. Ni siquiera tendría que haber estado en Valladolid cuando se le presentó el parto. Le faltaban casi dos meses para cumplir. Pero aquel año el marido había cogido unos días de vacaciones para pasar la Nochevieja y el Año Nuevo con unos parientes que acababan de volver de Francia aprovechando un indulto que afectaba a los prófugos nacidos antes del 1 de enero de 1935. El gobierno había concedido esta medida como apoyo para la campaña de los «25 Años de Paz», que se había celebrado en abril del año anterior para presentar la dictadura del general Franco como un éxito de buen

gobierno.

El día 4 de enero deberían haber tomado un tren para Madrid y, desde allí, otro que los devolvería a casa, pero la mujer rompió aguas nada más levantarse y acudieron al servicio de urgencias de una clínica situada justo enfrente del hotel.

La durmieron en cuanto el médico le hizo la primera exploración, ya que el niño venía de nalgas y había que intervenirla.

Permaneció semiinconsciente durante tres días y, cuando se despertó, su marido le comunicó que el bebé acababa de morir en la incubadora, pero que el tocólogo le había ofrecido una segunda oportunidad y tenían que decidirse en seguida si no querían perderla, porque ya no podrían tener más hijos. La clínica se encargaría del entierro y ellos se llevarían a un niño de la inclusa como si fuese el suyo.

Ella nunca habría aceptado aquella oferta si no hubiese sido por su esposo. La tristeza por la muerte de su propio bebé no podría aliviarla otro bebé. Ni siquiera sucede así cuando pierdes un animal doméstico. Aquel médico había perdido la razón. Deberían haberle denunciado cuando les ofreció una alternativa que les obligaba a cometer una irregularidad.

¿Por qué tanta prisa? ¿Por qué no esperar un tiempo y plantearse después una adopción? ¿Por qué no podían enterrar a su niño como estaba mandado?

Pero ya no había marcha atrás. El médico les firmó el certificado que debían entregar a otro facultativo en una clínica de Valencia, donde ingresarían la madre y el niño en cuanto llegasen. Al día siguiente, lo inscribirían en el Registro Civil con los datos que ellos mismos elegirían para completar la partida de nacimiento.

A todos los efectos, había llegado al mundo en Valencia, en la madrugada del día 8 de enero de 1965. El parto había sido prematuro, pero el neonato alcanzaba suficiente peso para no tener que ingresarlo en la incubadora. Se llamaba Carlos Miranda Rodríguez, se parecía a su familia paterna y tenía los mismos dedos de pianista que su madre.

En el mismo colegio que yo, estudiaba el hijo del director del banco donde trabajaba mi padre con la categoría de oficial de primera.

Nuestras familias se conocían desde siempre y nosotros nos habíamos criado prácticamente como hermanos. Pero, de todas formas, aunque no nos hubiéramos conocido de antes, seguro que en el colegio nos habríamos hecho amigos, porque los dos sufríamos el mismo tormento: algunos de nuestros compañeros de clase se empeñaban en provocarle a él las mismas dudas sobre sus orígenes que me provocaban a mí, y con la misma intención de hacerle polvo.

Conmigo no tuvieron éxito —al revés, me sirvió para espabilarme—, pero al otro pobre lo hundían en la miseria. Llevaba gafas desde que tenía cuatro o cinco años y le corrigieron un estrabismo que le obligó a llevar un ojo tapado durante un tiempo. Y los recalcitrantes se aprovechaban también de eso para llamarle de todo.

Yo no sé qué manía tienen los aprendices de chulos con buscar siempre a una presa para amargarle la vida. Como decía mi primer jefe de la agencia publicitaria, «tendrá que ser así», ya que los niñatos no se cansaban de agobiar a mi amigo con sus tonterías.

—Dice mi madre que la tuya nunca estuvo embarazada. ¡A ti te encontraron debajo de un puente, cuatro-ojos!

Y a él se le activaba la glándula lagrimal y empezaban a caerle unos chorros que le empapaban el babi y traspasaban hasta el uniforme, mientras yo iniciaba la maniobra de los gritos y los aspavientos que nos rescataban de los listillos que se parecían a sus padres.

A mi amigo le pasaba lo contrario que a mí: era moreno y oscuro como los gitanillos de la feria, y sus padres, rubios y altos como los aristócratas. Con frecuencia me he preguntado por qué estos tienen siempre niños rubios de ojos azules. No hay más que verlos para saber que, detrás de esa piel sonrosada y feliz, hay un apellido compuesto. Pero, en fin, a lo que vamos. El caso es que, si ya éramos amigos, en el colegio no había quien nos separara. La desgracia compartida es así, o te une o te mata, y a nosotros nos hizo uña y carne.

La zanahoria y el café con leche no parecen muy compatibles, pero sólo hay que batir la primera para que los que van de modernos consideren la combinación un desayuno exquisito.

Mi amigo se llamaba José Luis. A medida que fue creciendo, se le fue aclarando la piel hasta llegar a un tono tostado que le daba un aire de *latin lover* con el que me quitaba a todas las novias. Se compraba siempre unas gafas de diseño que le daban

también un aire de intelectual tímido con el que yo no podía competir.

Yo tampoco era feo, esa es la verdad. Cuando crucé la horrible frontera de la adolescencia, aún conservaba algunas pecas, pero nada que ver con el aspecto de colador que me caracterizaba en la infancia. El pelo se me había oscurecido bastante y, de no ser por la barba, que me delataba si no me afeitaba aunque fuese un solo día, podría haber pasado por un rubio oscuro o por un moreno cobrizo.

Dicen que la auténtica humildad está en reconocer las propias virtudes, y en eso nunca he tenido problemas, siempre he sido de lo más humilde. Desde luego, no alcanzaba el atractivo de José Luis, pero en lo que él no podía competir conmigo, de ninguna manera, era en el tono de mis ojos verdes, que les guiñaba siempre a la fea porque a la guapa ya se la había camelado mi amigo.

Fue él precisamente el que me dio la noticia que iba a poner nuestras vidas patas arriba.

Mi amigo se presentó el día de su cumpleaños en mi agencia. Era lunes y hacía tiempo que habíamos decidido tomarnos esa semana libre para celebrar su aniversario a lo grande con dos modelos de infarto. Era año bisiesto y la semana terminaba justamente el 29 de febrero, cosa que nos pareció de lo más evocadora. Él tenía que recogerme en la agencia y desde allí nos iríamos al aeropuerto, donde habíamos quedado con las chicas para coger el primer vuelo que saliese hacia el Caribe, daba igual el país, el destino decidiría por nosotros.

Pero él no traía maleta, se me quedó mirando y, después de decirme que se anulaba el viaje porque tenían que operar a su madre de la cadera, me soltó a bocajarro:

—¡Tenían razón! ¡Los niños del colegio decían la verdad!

Y yo me preparé para escuchar lo que, tarde o temprano, tenía que salir a la luz. El secreto mejor guardado de nuestra niñez, del que yo decidí olvidarme cuando comprendí que sólo me traía quebraderos y más quebraderos de cabeza.

Él, como siempre, había activado sus glándulas lagrimales sin el menor pudor y, en aquella ocasión, consiguió que también las mías se volvieran locas.

—¡Tenían razón, Carlos! ¡Pero no somos adoptados! ¡Nuestros padres nos compraron!

—¿De qué estás hablando?

—Me lo acaba de confesar mi madre. Ella no podía tener hijos y tus padres la pusieron en contacto con una clínica privada donde le dieron la solución.

—¡La someterían a algún tratamiento de fertilidad!

—¡Sí! Un tratamiento que les costó más de doscientas mil pesetas de la época. ¡El precio de un piso!

—Pero ¿qué barbaridad estás diciendo? ¡A tu madre se le ha ido la olla!

—¿Te acuerdas de los viajes que hacían todos los veranos tu padre y el mío en el

Seat 600 cuando decían que se iban de pesca? —Y se sumió en un llanto contagioso que, entre convulsión y convulsión, le colocó al borde de un precipicio del que no podrían librarlo ni mis gritos ni mis estrategias de colegial—. ¡Joder, Carlos! —añadió como si quisiese arrastrarme a mí también hacia la nada—. ¡Nos compraron a plazos! ¡No iban a pescar! ¡Iban a pagar las anualidades!

A mí se me humedecieron los ojos, abiertos como platos, y a punto estuve de descontrolarme cuando él se derrumbó y se sentó en el sofá tapándose la cara con las manos y entre lágrimas y convulsiones.

Yo siempre había tenido claro que me habían adoptado, lo tenía asumido desde hacía años. Es más, muchas veces había imaginado mis orígenes, fantaseando después de que mis padres me jurasen una y otra vez que ellos me habían traído al mundo.

Cuando era un chaval, en la oscuridad de mi habitación, después de cada metedura de pata de mis compañeros de colegio, me recreaba en las posibilidades que me ofrecía mi imaginación desbordada: que me encontraron en un cesto abandonado en la puerta de un convento; que alguna mujer de esas que llaman de la vida les había entregado el fruto de su trabajo, incapaz de determinar el número de padres que podía adjudicarme; que había aparecido envuelto en una manta entre los escombros de alguna demolición después del último desbordamiento del Turia, que yo situaba ocho años después de cuando se produjo la riada para que me cuadrasen los tiempos, pues de tanto escuchar historias sobre aquella inundación la recordaba como si realmente la hubiera vivido en primera persona; o que los dueños de un circo me habían dejado en la basura nada más terminar las Fallas, antes de irse de Valencia en sus carrromatos de colores, con sus fieras en sus jaulas y su carpa bien doblada.

Sin embargo, si era cierto lo que decía José Luis, aquello superaba todos los límites de mi fantasiosa imaginación.

—¡Nuestra vida es una mentira! —me dijo mirándome a los ojos después de recomponerse.

Y yo, mirándole también fijamente y señalándole con el dedo como si él fuera el culpable de aquella monstruosidad, le grité:

—¡No quiero saber nada de esta mierda!

La madre de José Luis, doña Amparo, enviudó cuando su hijo acababa de cumplir diecinueve años. Su marido, don Antonio Moreno, dirigía la sucursal del banco donde trabajaba don Martín Miranda, el padre de Carlos.

El día 9 de enero de 1965, los señores Moreno acudieron a la clínica donde, supuestamente, el día anterior había nacido el hijo del mejor oficial de primera de la oficina de don Antonio, quien tenía a gala confraternizar con cada uno de sus empleados y velar por su bienestar. No había Navidad en que él mismo no les entregase la cesta que el banco le regalaba a su plantilla; ni *Nit de la cremà* en la que no los invitase a su balcón para contemplar cómo ardían los *ninots* que los artistas falleros colocaban frente a su casa; ni recién nacido que aumentase la que él llamaba su «pequeña familia bancaria» que llegase a este mundo sin que él se ofreciese a apadrinar.

Si a cualquiera de sus empleados se le presentaba algún problema, fuera del tipo que fuese, don Antonio era, según sus propias palabras, el jefe al que sus empleados podían acudir, en la confianza de que él trataría de ayudarles como si fuese su padre. Un padre solícito y preocupado, avalado por el poder que el banco depositaba en sus manos.

No obstante, la relación entre don Antonio Moreno y don Martín Miranda iba más allá de la del superior con su subordinado. Se conocían desde niños. Habían estudiado en el mismo colegio, desde el parvulario hasta el bachillerato elemental, y, una vez aprobada la reválida cuando apenas tenían catorce años, los dos ingresaron como botones en la misma entidad de crédito. Cuatro años después, en la misma oposición restringida para subalternos, pasaron al cuerpo administrativo, donde ambos fueron ascendiendo, en razón de los años de servicio, desde auxiliar hasta oficial de primera.

Sus carreras profesionales se bifurcaron cuando ascendieron a don Antonio y le nombraron apoderado de una oficina en la que pronto ejercería el cargo de director.

Durante un tiempo, los dos amigos trabajaron en sucursales diferentes, hasta que, cuando el señor Moreno se sintió consolidado en su puesto, reclamó a su amigo para que ocupase la plaza de cajero de su sucursal, que se había quedado vacante.

No había mejor oficial de primera en todo el banco que don Martín, y con esa categoría se quedaría hasta que llegó a la edad de jubilarse.

Para cuando volvieron a compartir oficina, don Antonio llevaba cuatro años casado con doña Amparo, una joven regordeta, rubia y dicharachera que le presentaría a don Martín a la que se convertiría en seguida en su mujer, doña Angustias. Las dos señoras mantenían una amistad equiparable a la de sus parejas.

Juntas habían ido al colegio de monjas, juntas hicieron la primera comunión y juntas iban a su misa de doce, a la compra, a la peluquería, a merendar cada tarde y al médico si hacía falta. O sea que, cuando doña Angustias se convirtió en la señora de Miranda, no había matrimonios mejor avenidos que los suyos.

Desde que se casaron don Antonio y doña Angustias, las dos parejas vivían en el mismo edificio. Su bloque formaba parte de un conjunto de viviendas construido por el banco para sus trabajadores. Podían optar entre comprar un piso u ocuparlo en régimen de alquiler, opción por la que se había decantado don Antonio, ya que no podía afrontar los plazos de la hipoteca pese a las condiciones especiales que les ofrecían.

Cuando don Antonio y don Martín se conocieron en el colegio, empezaron a llamarse por sus apellidos, tal y como hacían los profesores, y desde entonces, a pesar de la estrecha amistad que los unía, nunca abandonaron aquella costumbre.

—Es tu vivo retrato, Miranda —le dijo don Antonio a su amigo con la clara intención de alegrarle el oído.

Al padre le cogió por sorpresa el comentario y respondió sin poder evitar el titubeo.

—Pues... no sé... yo...

Si el señor Miranda no hubiese visitado a tantos padres primerizos, no le habría extrañado su reacción. Era el primero que no se enorgullecía con aquella frase hecha. Pero don Antonio no le dio mayor importancia, los nervios son los nervios y el momento era para estarlo. Así que continuó con su repertorio.

—¡Y qué abiertos tiene los ojos!

—Sí... es que... los tenía ya abiertos al nacer... a mí también me extrañó... pero... el médico dice que no es tan raro...

En ese momento, sucedió algo que al señor Miranda le extrañó tanto como la reacción de su amigo: la madre se echó a llorar y se tapó la cara con el embozo de la sábana. Don Antonio trató de buscar una explicación y recurrió de nuevo a las frases que había utilizado cada vez que uno de sus empleados había traído a un niño al mundo.

—No te preocupes —dijo dirigiéndose al padre—. Las madres primerizas se vuelven muy sensibles los primeros días. Es una cuestión de responsabilidad.

Pero la tristeza que se respiraba en aquella habitación podría haberse atravesado con una lanza. Aquel llanto no parecía de posparto, sino más bien de desesperación.

A don Antonio no le había pasado desapercibida la mirada que intercambiaron los padres de la criatura antes de que la madre rompiese a llorar. Parecían asustados, como si guardasen un secreto que él hubiese estado a punto de rozar al comentar lo de los ojos abiertos del niño. Lo había dicho sin pensar, pero lo cierto era que la mayoría de los recién nacidos tardaban unos días en abrir los ojos y, cuando al fin lo

hacían, siempre suponía una buena noticia para todos.

Estaba claro que allí pasaba algo. Doña Angustias lloraba con un desconsuelo que don Antonio no podía entender. En ningún momento miró hacia la cuna del niño y, en las miradas que le dirigía a su marido, no había el menor asomo de alegría.

Don Antonio acarició la carita del bebé, un niño precioso que sería la envidia de cualquiera, con la piel tan clara que casi parecía transparente y una pelusilla anaranjada en la cabeza que le daba el aire de un angelito, como los que aparecían en las postales navideñas.

—¿O es a ti a quien se parece, Angustias? No sabría decirlo —le dijo a la madre tratando de rebajar la tensión—. ¿Hay algún pelirrojo en tu familia? Porque en la de tu marido yo no recuerdo ninguno.

Doña Angustias no contestó, continuó tapada con el embozo de la sábana sin mirar en ningún momento a su hijo y sin dejar de llorar.

La tristeza que reinaba en aquella habitación era tan evidente que don Antonio se planteó si no deberían marcharse antes de que la tensión explotara por algún lado. Su mujer, que parecía haberse contagiado del ambiente y se le acababa de escapar una lágrima, se secó los ojos con el pico de un pañuelo y suspiró mirando alternativamente al padre y a la madre.

—Para mí que se parece a los dos. —Y luego le preguntó directamente a doña Angustias—: Pero ¿no estabas de siete meses? Está muy hecho para ser prematuro, ¿no?

El silencio se hizo entonces negro y espeso, como si en lugar de estar celebrando el nacimiento de un niño se encontrasen en sus funerales.

Doña Amparo pensó que, si era cierto que la cara era el espejo del alma, su amiga debía de estar pasando un tormento, y el rostro del nuevo padre tampoco podía ser más elocuente. Nunca en su vida había visto a unos padres tan angustiados. Allí estaba pasando algo. Quizá la causa de tanta tristeza se debiera al recién nacido.

—¿Está bien el bebé?

—Sí... sí... —contestó don Martín—. No pasa nada. Sólo estamos cansados del viaje.

Pero no había más que mirarlos para darse cuenta de que no era cierto. Sus miradas huidizas, sus facciones contraídas, el titubeo del padre, el llanto de la madre y, sobre todo, por encima de todo, algo en lo que doña Amparo también había reparado: su amiga no había mirado una sola vez hacia la cuna del niño.

Es más, lo natural habría sido que la madre de la parturienta hubiera estado a su lado, pero cuando le preguntó por ella, doña Angustias contestó que de momento no habían avisado a las familias porque necesitaba descansar.

Y qué sería más lógico que pensar que las madres estaban precisamente para eso, para estar al lado de sus hijas recién paridas y descargarlas del trabajo que supone la

llegada de un bebé.

Doña Amparo se guardó para sí sus reflexiones. Le hizo un gesto a su marido para que entendiera que tenían que marcharse y, cuando le dio un beso a su amiga, se ofreció para ayudarla en cualquier cosa que le hiciese falta.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, se presentó en la clínica para cumplir con su ofrecimiento. Cuando entró en la habitación, don Martín acababa de marcharse al Registro Civil y doña Angustias estaba cambiándole los pañales al niño.

Era tan grande que hasta con un embarazo cumplido habría llamado la atención. Aquellas argollitas en las piernas... aquella piel sonrosada... aquellos bracitos...

Doña Angustias trató de taparlo cuando la vio aparecer, pero no pudo evitar que su amiga comprobara con sus propios ojos lo que resultaba a todas luces incuestionable.

—No es el tuyo, ¿verdad? —le preguntó mirándola a los ojos y poniéndole una mano en el hombro para darle a entender que guardaría su secreto.

La madre dejó al niño en la cuna y se abrazó a su amiga envuelta en lágrimas, tratando de tragarse el nudo que tenía en la garganta.

Pero hay nudos que no pueden deshacerse si no se expulsa hasta el último remordimiento, el último pecado, el que sólo puede pronunciarse una vez, sólo una, porque el mero hecho de nombrarlo es volver a cometerlo.

—No te preocupes —continuó doña Amparo sin dejar de abrazarla—, nadie lo sabrá nunca por nosotros.

Siempre he sabido que mi madre no me quería. No puedo decir que me tratase mal, ¡para nada!, pero lo que se dice querer, como la madre de José Luis le quería a él, desde luego que no.

Mi padre, en cambio, me quería querer como a un hijo, aunque yo creo que no podía: querer y saber hacerlo son cosas distintas.

Los dos eran buena gente, eso no lo pongo en duda, pero mi madre, haciendo honor a su nombre, se pasaba el día llorando, y mi padre, procurando contentarla y llevándola de médico en médico para tratarla de sus múltiples enfermedades, la mayoría imaginarias. Siempre iba vestida de negro, porque cuando no se le había muerto un pariente se le había muerto otro. Algunas temporadas se ponía un vestido morado con un cordón que hacía de cinturón. Decía que era un hábito, pero yo, la verdad, no lo entendía, porque todos los hábitos que había visto, tanto de los curas como de las monjas, eran negros y llegaban hasta el suelo.

Si no tenemos en cuenta el tiempo que mi padre se pasaba en el trabajo y mi madre en misa o en la visita de por la tarde a la iglesia, podría decirse que apenas salían de casa más que para ir de una consulta a otra. El resto del tiempo, mi padre se entretenía con su mayor afición: desarmar relojes y volver a armarlos, y mi madre en su cuarto rezando el rosario, porque no había día que no tuviera que seguir una novena en honor de algún santo o de alguna de las muchas vírgenes de las que era devota.

No recuerdo que ella me besase nunca. Seguramente lo hizo, lo supongo, pero sólo es eso, una suposición, una forma de concederle el beneficio de la duda, porque si tuviera que jurar sobre la Biblia —o prometer sobre la Constitución, que sería la fórmula que yo elegiría— el perjurio estaría más que asegurado. Por mucha memoria que haga, no me viene a la mente ni un solo beso de su boca.

Mi padre sí me besaba, aunque procuraba no hacerlo delante de mi madre. Se le notaba. Es curioso, porque yo lo atribuía a que ella había desarrollado una especie de celos extraños que yo no podía entender.

Recuerdo que el día de mi primera comunión, cuando nos reunimos toda la familia para desayunar un chocolate con dulces en el salón de mi casa, mi padre dijo que yo era el mejor hijo que habría podido desear, y ella, en lugar de sumarse al halago, se largó llorando a su dormitorio y no volvió a salir hasta que todos se marcharon.

Entonces no lo entendí, pero ahora sé que durante toda la vida me estuvo comparando con un fantasma. No sabría cómo explicarlo. Sentía esa comparación un

día sí y otro también y, por supuesto, siempre salía perdiendo.

Yo deseaba con todas mis fuerzas que se sintiera orgullosa de mí, sorprenderla con algo, no sé... Pero por más esfuerzos que hacía, ¡nada!, absolutamente nada le parecía suficiente. Mi trabajo me costaba, ya lo creo, pero no conseguía arrancarle una felicitación así me dejara la vida.

En el colegio sacaba un expediente brillante todos los cursos, el mejor de mi clase. Si José Luis hubiera tenido mis notas, su madre habría bailado encima de la mesa para celebrarlo. Pero la mía me miraba con una sonrisa forzada y guardaba los boletines en un cajón después de darme una palmadita en el hombro y decirme que siguiese así.

En casa de José Luis, sin embargo, todo se celebraba a lo grande. Cada vez que pasaba de curso le compraban un regalo que era la envidia de todo el colegio: un tren eléctrico, un Scalextric, un coche teledirigido, una miniatura de lancha motora que daba la vuelta cuando se encontraba algún obstáculo, una bicicleta plegable y un montón de juguetes más que siempre compartía conmigo. En fin, una colección que no le cabía en su cuarto, en el que, por cierto, yo dormía más noches que en mi propia casa. Vivíamos puerta con puerta, y su casa para mí era como el reverso de la mía. Si en mi casa triunfaba la cruz de la moneda, en la suya sólo existía la cara. Si mi madre iba siempre de negro, la suya se ponía unos vestidos floreados que eran la alegría de la huerta. En fin, el blanco y el negro, la luz y las sombras. El derecho y el revés.

Muchas veces, pretextando que habían encontrado una oferta —de esas de dos por uno que empezaron a lanzar los grandes almacenes—, también me caía un regalo a mí.

La madre de José Luis parecía una madona recién sacada de un cuadro de Rubens, con sus manos regordetas y su cara redonda. Abultaba dos veces lo que su marido, no sólo porque le sacaba por lo menos un palmo de estatura —y eso que a mí él ya me parecía un gigante, con su más de 1,75—, sino porque debía de pesar el doble de lo que le correspondía.

Doña Amparo, al igual que mi madre con sus angustias, hacía honor a su nombre. Debe de ser cierto lo que dicen de que el nombre hace a la persona, aunque yo siempre he pensado que es al contrario: cada uno adapta su personalidad a su nombre para darle sentido a la arbitrariedad. Pero, bueno, sea como sea, doña Amparo era para mí como un hada madrina, con su varita mágica, sus besos a todas horas y sus esfuerzos por hacerme sentir uno más de la familia.

Cuando el matrimonio Moreno conoció el origen del bebé de sus amigos, inmediatamente se plantearon la posibilidad de convertirse en padres utilizando la misma fórmula. Llevaban cinco años intentando sin resultado que doña Amparo se quedase embarazada.

Le estuvieron dando vueltas a la idea durante más de un mes. Al principio tuvieron algunos escrúpulos. Desviarse de los cauces reglamentarios no había sido nunca la conducta de don Antonio, ni en su vida personal ni en la profesional. Pero los Miranda les habían asegurado que no había nada ilegal en el asunto. De manera que concertaron una entrevista con el tocólogo de doña Angustias, cansados de esperar que la naturaleza hiciera su trabajo.

Habían acudido a las consultas de los doctores más prestigiosos, tanto de pago como de la Seguridad Social, donde se sometieron a un examen detrás de otro, siempre con el mismo diagnóstico: no padecían impedimento físico alguno que justificara su infertilidad. Tenían que tener paciencia, porque a veces el problema real no es otro que la obsesión.

Y la tuvieron, esperaron pacientemente, pero lo único que les demostró la paciencia fue que Dios no les bendeciría con un hijo.

También les dijeron que el problema podía radicar en el exceso de peso de doña Amparo. Sin embargo, por mucho que se sometió a los regímenes más estrictos, no consiguió sentir nunca la plenitud de su vientre abultado.

Hasta que, poco a poco, decepción tras decepción, se plantearon la posibilidad de adoptar. No obstante, el papeleo, los plazos excesivamente largos —podían dilatarse varios años— y la falta de seguridad respecto a que les entregasen un bebé sano, los habían echado para atrás.

Conocían a un matrimonio que había adoptado a un niño sin saber que padecía una enfermedad congénita, cuya vida se había convertido en un ir y venir de hospitales, operación tras operación, que estaba muy lejos del sueño que se habían forjado los Moreno al plantearse acudir al Registro de Adopciones.

En cambio, la entrevista con el tocólogo de la clínica de su amiga resultó de lo más satisfactoria. Podrían elegir el sexo del bebé y se les garantizaba tanto su salud como la de la madre biológica. Además, el médico les aseguró que, aunque el papeleo se llevaría a cabo de forma extraoficial, la legalidad del proceso estaba fuera de cualquier duda. No eran los primeros padres adoptivos, ni serían los últimos, en querer acortar los plazos que la Administración les imponía. La única diferencia entre elegir un camino u otro estribaba en que el niño llevaría sus propios apellidos y que

nadie, bajo ninguna circunstancia, podría revelarle nunca a la criatura su verdadera procedencia.

—Eso significa —les explicó el doctor— que tienen que estar ustedes en absoluta sintonía desde este mismo momento y para siempre. Es más, ante el menor resquicio de duda de cualquiera de los dos, cancelaremos la operación.

La discreción del personal de la clínica estaba garantizada. Sólo cuatro personas conocerían los pormenores de la adopción: un conserje que los esperaría en la puerta trasera de la clínica cuando llegase el momento, un notario que se encargaría de que todo resultase legal, la matrona que supuestamente atendería a doña Amparo en el parto y un contacto de toda confianza en el archivo del hospital y en el Registro Civil.

El dinero que debían entregar serviría para sufragar los gastos de la clínica y abonar una pequeña cantidad a la madre biológica para ayudarla a recomponer su vida.

—Es muy importante que lo entiendan ustedes. La clínica no puede afrontar el coste económico de estas adopciones, y la madre biológica suele llegar a nosotros sin apoyos familiares. De ahí que nos sintamos en la obligación de ayudarla.

Ambos comprendieron que el precio sería alto. Si fuese barato nadie se metería en un lío de tamaña magnitud y, por supuesto, una nimiedad no bastaría para sellar todas las bocas que debían permanecer cerradas para siempre.

Era mucho dinero, pero merecía la pena teniendo en cuenta el resultado. De manera que, a medida que el médico les explicaba los detalles del asunto, los prejuicios que arrastraban desde que decidieron seguir el ejemplo de los Miranda se fueron diluyendo como el hielo a pleno sol.

La suerte, incluso, estaba de su parte. Una vez aceptaron las condiciones económicas, el doctor les informó de que había disponible en una inclusa un niño de padre desconocido cuya madre estaba pensando en renunciar a su custodia y a la patria potestad. Doña Amparo podría ingresar, en breve, en la misma habitación en la que había visitado a su amiga Angustias y, dos días después, salir de allí como la madre biológica del niño.

—Se trata de un bebé prematuro, pero nadie lo diría, goza de una salud extraordinaria. Lleva ya un mes y medio en la incubadora y estamos a punto de sacarlo. Si están ustedes de acuerdo, procederíamos al traslado mañana mismo.

También existía la opción de hacerlo todo más verosímil: esperar a que apareciese una embarazada que no pudiese hacerse cargo de su hijo, simular el embarazo de doña Amparo con un cojín que iría aumentando de volumen conforme crecía la tripa de la madre donante e ingresar al mismo tiempo que ella cuando se presentasen las primeras contracciones.

—Esa opción siempre nos da muy buenos resultados. Pero, en ese caso —continuó explicando el tocólogo, dirigiéndose esta vez directamente a don Antonio—,

tendrían que esperar ustedes al menos siete meses, para que la gestación de su esposa fuese creíble.

Pero doña Amparo estaba demasiado impaciente. Había tenido en los brazos al bebé de su amiga, con sus muslos rollizos y su cara de ángel. No. No podía esperar.

—¿Seguro que el niño de la incubadora está bien? —le preguntó al doctor.

—Perfectamente. Si no fuese así, no me atrevería a ofrecérselo.

—¡Nos lo quedaremos! —dijo la madre antes de que el marido pudiera reaccionar.

—¿Y el embarazo? —preguntó don Antonio.

—Ya me encargaré yo de explicarle a todo el que quiera saberlo que, entre los desarreglos que tengo desde jovencita con el período y que últimamente estoy más gorda que nunca, no me di cuenta de nada hasta que me llegaron las contracciones.

Dos días más tarde, de acuerdo con las instrucciones del tocólogo, los señores Moreno entraron por la puerta trasera de la clínica, donde les esperaba un conserje que llevaba una bolsa en la mano. Una vez en la habitación, doña Amparo se puso un camisón de blonda que había comprado la tarde anterior y se metió en la cama.

Acto seguido, ante la mirada atónita de don Antonio, el conserje depositó el contenido de la bolsa en la papelera del cuarto de baño.

—Es por si viene alguien a visitarlos —le dijo guiñándole un ojo—. Las cambiaré todas las mañanas hasta que les den el alta. Hagan ustedes lo mismo en su casa durante cuarenta días. Cualquier tipo de filete les servirá para mancharlas.

Y se marchó cerrando la puerta tras él.

Pasados unos minutos, en un silencio que ni el marido ni la mujer se atrevían a romper, apareció el doctor con unos documentos que depositó a los pies de la cama de la supuesta parturienta, mientras le tendía a don Antonio una pluma estilográfica.

—Como verán, he puesto como fecha de nacimiento el día 23 de febrero, coincidiendo con el momento en que debería haber nacido. Tendrán que inscribirle con ese dato. Así no levantaremos las sospechas de nadie. ¿Están ustedes de acuerdo?

Doña Amparo miró a su marido como si temiese encontrar en sus ojos un atisbo de duda que les obligase a dar marcha atrás. Pero los dos habían ansiado tener hijos desde el día de su boda, y sufrido la misma decepción cada vez que doña Amparo manchaba de sangre sus paños. De manera que no les hizo falta hablar. Sólo mirarse. Mirarse y asentir con la cabeza. Constatar en el otro la misma determinación, el mismo anhelo, el mismo autoconvencimiento de que el cariño con el que criarían a aquel bebé abandonado compensaría las irregularidades burocráticas en las que estaban a punto de participar.

Don Antonio tomó la pluma que le ofrecía el doctor y miró de nuevo a su mujer. Y los dos volvieron a hablarse con la mirada para decirse que no había nada que les impidiera firmar.

Una vez listos los documentos, la madre fue conducida en una camilla a un paritorio donde, unos minutos más tarde, apareció el doctor arrastrando una cunita de ruedas que colocó junto a la cama de la supuesta recién parida.

Doña Amparo se incorporó, miró al niño conteniendo la respiración y lo cogió en brazos. Era morenito de pelo y de piel, tenía los ojos tan negros que apenas se le distinguía el iris de la pupila, y la miraba como si quisiera decirle algo. Parecía tan frágil que le daba miedo que se le cayese de las manos.

Había deseado durante tanto tiempo experimentar aquella sensación, la había imaginado tantas veces y soñado con tanta vehemencia que, cuando acercó el dedo meñique a la mano del bebé y este se lo agarró como si ya la hubiera adoptado como madre, doña Amparo sintió una especie de desvanecimiento. Jamás había tenido tanto miedo a no merecer la felicidad con la que acababa de bendecirla el Señor en su infinita misericordia. Durante un instante, creyó que el suelo se abría bajo la camilla. Los oídos comenzaron a pitarle. La habitación se difuminó en una niebla densa que lo cubría todo, mientras el mundo desaparecía para dejarle su sitio a aquella mano que se aferraba a su dedo. Su dedo de madre, abrazado por aquella manita de hijo.

Desde que empecé a pensar por mi cuenta, deduje que los viajes de mi padre y el de José Luis no tenían nada que ver con los peces. Al principio lo sospeché porque lo único que traían de vuelta eran las cañas, siempre nuevas y relucientes, igual que se las habían llevado. Ningún trofeo para presumir delante de los amigos, ninguna foto con un salmón del tamaño de un bonito del norte, ninguna pieza que saboreáramos en la mesa. ¡Nada! A lo más, una conversación sobre el tamaño de los peces que habían picado sus anzuelos, que no podían compararse con los que nadaban en el Turia.

Después, cuando me decidí a preguntarles por qué no traían nunca a casa lo que habían pescado, me extrañó que volviesen de cada viaje con unas lubinas que tenían los ojos tan resecos como la piel de un burro, y mucho más hundidos. No es que yo supiese demasiado de peces, pero me resultaba raro que siempre regresaran con la misma lubina —o eso era lo que me parecía a mí, siempre la misma, y, para colmo, envuelta en hojas de periódicos atrasados, igual que se las preparaban a mi madre en la pescadería de la esquina.

Por último, había algo más en aquellos viajes que no me parecía normal. Cualquier padre se habría sentido orgulloso de compartir con sus hijos aquellas artes que tanto parecían gustarles a ellos, pero ni José Luis ni yo los acompañamos nunca.

Por supuesto, jamás pensé que los viajes estuvieran relacionados con mi nacimiento o con el de mi amigo. Yo creía que escondían las particulares canitas al aire de nuestros padres, pero me extrañaba que sus mujeres no protestasen cada vez que desaparecían en el coche de don Antonio, con sus cañas a cuestas, un agosto sí y otro también, mientras sus familias se quedaban sin vacaciones.

Don Antonio había comprado el Seiscientos gracias a la retribución voluntaria con que el banco recompensaba su exquisita dedicación a la empresa, una cantidad a la que entonces llamaban «el sobre» —hoy la llamarían bonus, pero sigue siendo lo mismo— y que mi padre nunca recibió porque, según él, el banco no le había perdonado que dejase de hacer horas extraordinarias para trabajar como contable en una empresa de insecticidas hortícolas.

Después supe que lo que no le había perdonado el banco era que participase activamente en lo que llamaban el Sindicato Vertical, un simulacro de organización de trabajadores y empresarios al que era obligatorio pertenecer durante el franquismo, cuya cuota se restaba de la nómina todos los meses sí o sí. Mi padre apareció en varias ocasiones en las listas que simulaban unas elecciones a «jurados de empresa» que siempre estaban amañadas. Por eso se quedó sin los famosos «sobres».

También supe después que el Partido Comunista había conseguido infiltrarse en

las filas del sindicato para tener cierto control sobre lo que se hacía allí y, a pesar de que mi padre nunca se había significado políticamente, siempre resultó sospechoso a los ojos del banco. Su padre fue un republicano al que fusilaron nada más empezar la guerra civil por pertenecer a un partido separatista, y su sombra se proyectaba sobre el hijo como una mancha «roja» en su expediente. No me cabe la menor duda de que eso fue lo que decidió que todas las Navidades recibiese su sueldo mondo y lirondo, aparte de las pagas extraordinarias que le correspondían por derecho.

Algo de cierto debía de haber, porque recuerdo que, años más tarde, cuando estaba saliendo de la edad del pavo, me encontré en la calle una billetera que tenía el carné de un alférez provisional de la División Azul. Tiré la cartera, guardé el carné como un tesoro y se lo enseñé a todo el mundo diciendo que era mi abuelo. Un día, mi padre me lo vio en la mochila del colegio, cuando yo estaba buscando no sé qué, y se le cambió la cara. No le había visto nunca tan enfadado. Trató de quitármelo para romperlo allí mismo, pero yo fui más rápido que él y me lo guardé en el bolsillo del pantalón. Él me dijo que tirase aquella porquería a la basura, pero, por supuesto, yo no le hice ni caso, y cada vez que me lo veía ponía el grito en el cielo.

Pero, en fin, que me aparto del asunto, como de costumbre. El caso es que, cuando me di cuenta de que había algo que no cuadraba en sus excursiones de pesca, empecé a reclamar mi derecho a veranear.

—¿Por qué no podemos ir nosotros con papá? —le preguntaba a mi madre cada vez que él se iba con su amigo en el Seiscientos.

Y ella siempre me respondía lo mismo:

—Es un gusto de don Antonio. Nosotros tenemos la Malvarrosa ahí mismo. ¿Qué más veraneo quieres que ir todos los días a la playa? Además, no cabemos todos en el coche.

Pero yo estaba harto de ver llegar a Valencia a familias enteras con los coches abarrotados hasta la boca, bicicletas y neveras portátiles incluidas. Así que pronto empecé a interpretar aquellos viajes como un abandono, una especie de traición de mi padre, que prefería dar gusto a su jefe antes que compartir conmigo su afición a la caña, como habría sido natural.

Además, a medida que pasaban los años, comencé a sentir en la mirada de don Antonio una especie de recelo hacia mí que no me gustaba ni un pelo.

Desde hacía algún tiempo, entre las dos familias se había establecido la costumbre, probablemente para evitar mis preguntas sobre los peces, de reunirse en el comedor de mis padres para compartir la susodicha lubina —a la que, por cierto, empecé a aborrecer desde que asomó su cabeza de ojos secos por mi casa.

La primera vez que noté cómo me clavaban los ojos los dos, el pescado y el pescador, yo debía de tener unos nueve o diez años.

Fue una sensación de lo más desagradable. La lubina me miraba sin párpados

desde la fuente en la que acababa de salir del horno, y don Antonio me taladraba desde su silla, justo en el lado opuesto de la mesa al que yo ocupaba. La verdad es que no entendí muy bien lo que había dicho o hecho para provocarle, pero recuerdo que en la televisión estaban dando el informativo y que, en aquel momento, la locutora estaba comentando el estreno de *Tiburón*, una película que se había lanzado con una campaña publicitaria que había roto moldes y un *merchandising* que para sí lo querría cualquier director de cine —creo que entonces fue cuando se me despertó a mí el interés por la publicidad.

La película había supuesto un éxito de taquilla sin precedentes en Estados Unidos, y había provocado un miedo generalizado hacia aquellos bichos que se sentían atraídos por las piernas de los incautos batiendo en el agua. La psicosis había sido tal que, aquel año, la caída de veraneantes en las playas había sido significativa.

Toda una revolución en la industria cinematográfica, apoyada por un cartel que mostraba la cabeza de un escualo gigante a punto de devorar a una bañista.

En el momento en que la boca abierta de aquella enormidad se quedó congelada en la pantalla de la tele, con sus dos hileras de dientes afilados, yo comparé las dimensiones del tiburón con las de nuestra lubina, aparte de cuestionar la destreza de sus captores y lo inútil de sus viajes.

—¡Eso sí que es un pez! ¿En serio que vosotros vais a pescar? —Y añadí muerto de risa señalando a la sin párpados—: Yo creo que si fuese verdad traeríais algo más que eso.

Don Antonio miró a mi padre, reprochándole claramente a él mi impertinencia, y después a mí, con una mirada a la que no hubo que añadirle ninguna frase, porque sus ojos decían, con una claridad meridiana, que cerrase mi boca de niño repelente.

Desde entonces, cada vez que don Antonio se presentaba en mi casa con las llaves de su Seiscientos y los avíos de pesca, yo lo miraba con una sonrisita con la que le decía, también sin decir ni mu, que le aprovechase la aventura a la que arrastraba a mi padre. Y él me miraba como si yo fuese un enemigo que lo acechaba desde la retaguardia.

Yo sólo era un chaval, y él un hombre hecho y derecho, pero aquella mirada, que yo le mantenía como diciéndole «sé que eres un embustero y cuando quiera te reviento la coartada», llegaba a inquietarle tanto que siempre terminaba por apartar sus ojos de los míos.

Cuando María Dolores González regresó al hospital, al día siguiente de escuchar la quinta negativa del juez a iniciar una investigación, al menos hasta que le presentase una prueba que la justificara, se encontró con que el funcionario que la había atendido la semana anterior ya no estaba en la ventanilla. En su lugar había una joven vestida con el uniforme de enfermera, que se negó a facilitarle cualquier tipo de información.

—¿Puede decirme cómo se llamaba el médico que me atendió en el parto?

—Lo siento, señora, me está pidiendo usted que infrinja las normas.

—Pero el señor que había antes aquí lo encontró en un cartapacio que trajo del archivo. ¡Por lo que más quiera, señorita, compruébelo usted!

Pero no hubo nada que hacer. La joven no cedió a sus ruegos. Dolores regresó otra vez a su casa con la misma sensación de impotencia que la perseguía desde que había recibido la nota del dependiente de la ferretería.

Hasta ese momento no había consentido que sus hijos se implicasen en la búsqueda, pero se encontraba tan abatida que no tuvo más remedio que ceder.

—Así se va a matar, madre. Usted sola no puede. Déjenos que la ayudemos. También es de nuestra familia.

La hija del marido de María Dolores había crecido llamándola madre. Aunque sabía que la suya había muerto de parto, para Charito, como la llamaba la familia, la mujer de su padre era la única madre que había conocido. A la biológica la tenía en un altar gracias a las anécdotas que le había contado su padre para que no la olvidase, pero a María Dolores la quería y la admiraba aún más, porque nunca había hecho diferencias entre su propio hijo y la niña que había aportado su marido al matrimonio.

Nada más cumplir los catorce, recién aprobada la reválida del Bachillerato Elemental, Charito empezó a trabajar en la cocina del colegio donde había conocido a María Dolores once años antes, cuando su padre la había contratado para que la recogiera de la guardería y la llevase a la ferretería.

Con los sueldos del matrimonio apenas llegaba para cubrir los gastos de la casa, de forma que Charito no se planteó otra cosa que no fuera colaborar en la economía familiar. Había que trabajar y, a ser posible, procurar que su hermano no tuviese que hacerlo cuando le llegase el momento y pudiera ingresar en la universidad.

Cinco años después, cuando Charito ya había cumplido diecinueve, el dueño de la ferretería decidió jubilarse y traspasarle el negocio a su empleado en unas condiciones más que ventajosas. Santiago no lo dudó. Solicitó un crédito y les propuso a su mujer y a su hija que dejasen el colegio para ayudarle en la tienda. Sin salarios que pagar y ampliando la oferta de productos, la tienda podía resultar

rentable.

Poco a poco, la ferretería fue creciendo y, de vender tornillos, alcayatas, hembrillas y clavos, pasó a especializarse en productos derivados de la agricultura, fertilizantes y aperos de labranza. Al cabo de otros cinco años habían rentabilizado la inversión y se habían liberado de las deudas. Santiago solicitó entonces otro crédito, aprovechando que el local contiguo se había quedado vacío, y amplió el negocio para probar con el mercado de la maquinaria hortícola.

Y así, de vivir siempre endeudados, mirando hasta la última peseta que gastaban, pasaron a regentar un negocio que cada día les ofrecía más beneficios. Una vida holgada con la que nunca habrían soñado.

Hacia unos años que la universidad había abierto la posibilidad de que los mayores de veinticinco años pudieran ingresar en ella a través de un examen específico. Charito esperó a cumplirlos y se matriculó en la Universidad a Distancia para cursar Ciencias Empresariales y terminar como gerente del negocio familiar.

Se había casado a los veintitrés años con un funcionario de la administración autonómica, Pedro, con quien tuvo dos hijos que también acabarían trabajando en la ferretería. El mayor, Diego, había cumplido ya dieciocho años y estaba a punto de empezar la carrera de Diseño Industrial. El pequeño, Miguel, aún no había cumplido los diecisiete y pensaba matricularse en la misma carrera que había estudiado su madre. Diego tenía las manos tan grandes como su abuelo Santiago, y Miguel, la misma visión para los negocios que había sacado a la familia de las estrecheces económicas.

Pedro trabajaba en la Consejería de Educación, por lo que no tenía acceso a los datos de Sanidad, pero podía recurrir a algunos contactos para ayudar a su suegra.

De hecho, la mañana en que Dolores volvió a su casa con la enésima negativa del juez, Charito tenía ya las claves que les permitirían acudir a la fiscalía y forzar una investigación.

—Pedro me ha dicho que conoce a un inspector de Sanidad que podría echarnos una mano —le dijo a su madre limpiándole las lágrimas—. ¡Ande! ¡Déjenos que la ayudemos y vamos a llamarlo!

Y así fue como María Dolores González Rodríguez empezó a sistematizar la búsqueda. Primero en el Registro Civil, donde había conseguido el certificado de inscripción como legajo del supuesto aborto sufrido hacía cuarenta años. Después en el hospital, donde tendría que conseguir el historial clínico del niño y de la madre. Si el juez no le daba la orden, acudirían a instancias más altas. Luego, en el cementerio, para el certificado de inhumación de los restos. Y, por último, la denuncia en la policía, en los juzgados y en la Fiscalía Provincial.

El hijo pequeño de María Dolores también estaba casado, pero no vivía en la ciudad, sino en el campo de los abuelos maternos, en la cabañuela de La Ventolera. Tenía treinta y tres años.

Se había licenciado como enólogo a los veintisiete, después de haber cursado los estudios de Perito Agrícola. El mismo verano de su graduación, se había casado con una compañera de la universidad con quien había tenido tres hijos: los gemelos Gonzalo y Eduardo, de seis años, revoltosos y peleones, y María, de cuatro, una niña preciosa, dulce, pequeñita y proporcionada como su bisabuela Urbana, con los mismos rizos pelirrojos y la misma aversión por la comida que su madre le obligaba a ingerir.

El joven había heredado el majuelo de la abuela Mila y, junto con su mujer, consiguió independizarse de la cooperativa y expandir el mercado de sus caldos a nivel internacional.

María Dolores lo había bautizado con el nombre que había elegido para el hijo que perdió. Si era niño, Camilo, y si era niña, Camila, como su abuela, con quien María Dolores se había criado gran parte de su infancia.

A su madre no la conoció. Murió tres meses después de que ella naciera, a causa de unas fiebres tifoideas.

Su padre se llamaba Rufino. Tenía un puesto en la cooperativa como ayudante del químico que analizaba la uva, y no sabía qué hacer con la niña cuando se iba a trabajar. Así que, a pesar de que detestaba a la abuela Mila y lo que él llamaba «su rencor republicano», se la mandaba con frecuencia al majuelo. Al principio, sólo durante la jornada de trabajo, después, cuando María Dolores empezó a ir a la escuela, durante los períodos de vacaciones, y luego, poco a poco, hasta que la niña prácticamente se instaló en La Ventolera.

María Dolores nunca tuvo trato con la familia de su padre. Los llamaban los Caliles, extensión del apodo del patriarca de la familia, Odilón González, el tío Calile, aunque nadie sabía de dónde procedía el sobrenombre. El abuelo de María Dolores era el hijo menor de Odilón, y todos le conocían como el abuelo Calile.

Cuando el abuelo Calile supo que su hijo Rufino iba a casarse con Urbana, la hija de un «cobarde rojo marxista», le retiró la palabra a su hijo para no devolvérsela nunca más.

El abuelo Calile había pertenecido al bando contrario al de sus consuegros en la guerra civil y, a pesar de que habían transcurrido casi ocho años desde que terminó la contienda, la herida sangraba todavía, mal cerrada y repleta de pus.

Los Caliles vivían en el mismo pueblo del que la abuela Mila había salido para instalarse en su cabañuela, y tenían un majuelo que no distaba más que un par de kilómetros del de ella. Pero, para el abuelo Calile, la distancia entre los dos viñedos era totalmente insalvable.

Cuando estalló la contienda, su padre y su hermano mayor se habían presentado como voluntarios en el Cuerpo de Ejército de Castilla, integrado en el Ejército del Norte y comandado por el general Varela Iglesias.

La guarnición a la que pertenecían los Caliles había participado en la batalla de Teruel, que se desarrolló hacia la mitad de la guerra en unas pésimas condiciones climatológicas.

Las tropas leales a la República habían aislado la capital turolense del resto del territorio sublevado, y acumulado un gran número de efectivos militares en torno a la ciudad. Tras duros enfrentamientos, antes de que los rebeldes consiguieran romper el cerco y tomar la plaza, a la guarnición del tío Calile y de su hijo no le quedó otro remedio que rendirse. Las últimas noticias que la familia tuvo sobre ellos fueron que el padre había muerto en el cerco de Teruel y que el hijo había caído prisionero y lo habían llevado de una cárcel a otra hasta el final de la guerra, para terminar en un reducto republicano conocido como la Bolsa de la Serena, donde los milicianos se habían hecho fuertes y de donde el hermano mayor de los Caliles no regresaría.

Los nombres del padre y del hijo estaban grabados en el muro exterior de la iglesia del pueblo, junto con los de otros paisanos caídos en su mismo bando, considerados por los vencedores como «mártires de la Cruzada Nacional».

Cuando se proclamó la victoria de los sublevados, llegaron al pueblo muchas noticias sobre las atrocidades cometidas por los milicianos en su huida de la Serena, masacrando a decenas de presos que sacaron de las cárceles para cubrir su retirada y utilizarlos como escudos humanos. El hermano del abuelo Calile se encontraba entre aquellas víctimas, cuyos restos exhumaron y fotografiaron los vencedores nada más terminar la guerra, para darles cristiana sepultura y que nadie olvidara lo que eran capaces de hacer las hordas del comunismo.

Desde entonces, los Caliles aplicaban a todos los republicanos el mismo calificativo que al abuelo Vicente: cobardes rojos marxistas.

Si alguna vez coincidían en el pueblo, o camino del majuelo, la abuela Mila y el abuelo Calile volvían la cabeza en sentido contrario y continuaban su camino. Nunca se miraron a la cara. Nunca se dijeron una palabra. Nunca se hicieron un gesto de saludo. Y, sobre todo, por encima de todo, nunca imaginaron que sus hijos podrían pasar por alto el origen de su enemistad.

Ni la abuela Mila ni el abuelo Calile habían contado con que Urbana y Rufino coincidirían en el río el primer día de la vendimia de 1946, a la caída de la tarde, ni con que después de aquel encuentro vendrían muchos más.

La primera vez que la vio aparecer, Rufino acababa de lavar las seras y los cuévanos de goma con que habían sustituido los suyos de mimbre para que no se escurriera el mosto entre las hebras.

La joven bajaba hacia la orilla sobre una mula cargada de cestos, con el pelo suelto y el sol a su espalda. Era tan menuda que su cabeza apenas sobresalía de la de su caballería. Parecía una hoguera al contraluz. Rufino dudó entre apartar la mirada y seguir contemplando cómo bajaba hacia el río, erguida sobre su mula, mirando al frente, controlando las riendas para no derrapar.

La había visto muchas veces con su madre en la cooperativa. La llamaban Urbana la de La Ventolera, y siempre llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo, desde que era una niña que no levantaba dos palmos, llena de pecas y con una mata de pelo rizado que parecía un estropajo de cobre, hasta que creció y se recogió la melena en una trenza.

¡Sí! La había visto muchas veces, pero nunca le había parecido lo que aquella tarde: un ser que no podía pertenecer a esta tierra, un duendecillo a lomos de una mula, una criatura envuelta en un halo incandescente que abrasaría a cualquiera que osara rozarla.

Urbana no le reconoció. Casi nunca levantaba la cabeza cuando acompañaba a su madre a la cooperativa, de manera que a Rufino no le extrañó que se acercase hasta la orilla y, sin bajarse de la mula, entablase conversación con él, sorprendida al ver los serones.

—¿Vais a vendimiar con eso?

—¿Por qué? ¿Te parece mal?

—Ni mal ni bien. Pero no veo por qué tienes que lavarlos. Están relucientes.

—Es para quitarles el polvillo de la goma. Los acabamos de comprar.

—¿Y no hay en tu casa mujer que pueda hacerlo? ¡No es tarea de hombres!

—¿También eso te parece mal?

Urbana se encogió de hombros, torció la boca en un gesto de indiferencia y descabalgó sin contestar. Una vez los pies en el suelo, se recogió la melena en una trenza y se la cubrió con un pañuelo que llevaba enrollado en el brazo. Después acarició la cara de la mula, le dio un beso en la frente y la miró a los ojos como si le estuviera diciendo algo y la mula lo entendiese. Acto seguido, metió la mano en un saco que colgaba de las albardas, rebosante de alfalfa, y le ofreció un ramillete al animal. Cuando este cogió el cereal con los dientes, agradecido por la recompensa con que su dueña le premiaba el esfuerzo, ella volvió a besarlo en la frente y empezó a descargar las alforjas.

Llevaba los cestos atados por las asas con una cuerda, agrupados en dos grandes manojos que depositó en el suelo para separar un cesto de otro y lavarlos uno por uno. De vez en cuando, volvía al saco de alfalfa, besaba de nuevo al animal y le ponía

otro manojó en la boca.

Se movía muy despacio, sin mirar a Rufino, abstraída en sí misma, ajena a cuanto la rodeaba, salvo a su mula, su río y sus cestos.

Y Rufino la seguía con la mirada, abstraído en ella, en cada uno de sus movimientos, en cada nudo de sus cuerdas, en cada gota que escurría de los mimbres, en cada rama que le ofrecía a su mula y en cada brizna de aire que desplazaba al andar.

¡Un duende! ¡Rufino había visto un duende aquella tarde! Un personaje de cuento, diminuto y proporcionado, que, después de lavar todos sus cestos y anudarlos de nuevo con las cuerdas, volvió a subirse a su mula muy despacio, sin decir una sola palabra, y desapareció cuando el sol ya se estaba poniendo en el horizonte.

A la misma hora del día siguiente, Rufino regresó a la orilla. No había que lavar de nuevo las seras hasta que terminase la vendimia, de manera que ninguno de los dos tenía que volver. Pero él sabía que ella lo haría, erguida en su mula, con la melena suelta y el sol rojo a su espalda.

Rufino lo sabía. Ella iría. Y caminaría despacio hacia el río, muy despacio. Como si flotase en el aire.

Y no se equivocó.

—Me ha dicho mi madre que no tenga tratos con los Caliles —le dijo nada más verle, antes de bajarse de la mula.

—Me llamo Rufino.

—Rufino *el Calile* —insistió ella enfatizando el apodo, que se había convertido para todos en un apellido—, te conozco de sobra.

—Soy Rufino González.

Y él enfatizó su auténtico apellido. No le gustaba aquella costumbre que le adjudicaba un mote que le había marcado desde que era un chaval, cuando leyó por primera vez los nombres de su abuelo y su tío en la fachada de la iglesia, delante del alias que le convertía a él en «el chico de los Caliles». En su casa no se hablaba nunca de ellos. Pero no hacía falta: el lugar que ocupaban en aquella lista grababa en la piedra lo decía todo. Los Caliles eran una institución. Y él formaba parte de ella, lo quisiera o no. Y también, lo quisiera o no lo quisiera, debía sentirse orgulloso. Sin embargo, a veces le pesaba aquella obligación. Nunca había verbalizado sus sentimientos, y probablemente no sabría explicarlos si tuviera que hacerlo, sólo sabía que no le agradaba que le llamasen Calile.

No obstante, cuando Urbana pronunció su alias con un tono que a él le sonó a reproche, tomó conciencia de que no sólo le pesaba porque le robaba su apellido, sino porque, con el sobrenombre, había heredado también las historias que hicieron a su abuelo y a su tío merecedores de ocupar un lugar en el muro de la iglesia. Unas historias de las que no se hablaba nunca, ni para bien ni para mal, pero que seguían

grabadas en el recuerdo de todos, en los que las vivieron y en los que no tenían edad para entenderlas o ni siquiera habían nacido. Aquella herencia le situaba obligatoriamente en un espacio que él no había elegido, un bando que le marcaba y le posicionaba. Habían pasado ya siete años desde que esculpieron aquellos nombres en el muro de la parroquia. Demasiado tiempo para seguir arrastrando las desgracias de unos y de otros, sin poder hacer borrón y cuenta nueva.

Rufino no se había parado a pensar en aquellas cosas hasta que Urbana le lanzó el apodo de los Caliles como una acusación. Sólo entonces entendió por qué no le gustaba que le llamasen así. Porque, en aquel instante, comprendió que ella ocupaba justamente la posición contraria y que su mote la marcaba tanto como a él.

—¿Y tú? ¿Eres Urbana la de La Ventolera? —le preguntó acentuando también el sobrenombre—. ¿O eres Urbana Rodríguez?

Urbana no le respondió, pero no se encogió de hombros ni hizo ninguna mueca. Al contrario, sonrió como si la pregunta de Rufino se contestase a sí misma y a ella le agradase la respuesta, y a continuación se apeó de la mula. Luego se acercó hasta el río, puso las manos sobre el agua, sin rozarla, y se quedó muy quieta. A Rufino le pareció que sólo quería sentir la fuerza de la corriente y dominarla. La joven mantuvo las manos a ras de la superficie con los ojos cerrados y, al cabo de un rato, se volvió para mirarle.

No hicieron nada más. Sólo mirarse. Enredarse en los ojos del otro y dejar que pasara la tarde. Y así un día detrás de otro hasta que terminó la vendimia. Aquel día, Rufino se presentó en La Ventolera y le pidió a Urbana que le acompañase a la romería.

Se casaron cuatro meses después, en contra de la opinión de la abuela Mila y para escándalo del abuelo Calile, a las siete de la mañana de un 6 de enero nevado y oscuro. Sin invitados. Sin ceremonias y sin celebración. Urbana no había cumplido aún diecisiete años y ya se le notaba un embarazo que se convirtió en la comidilla de unos y otros.

Ni la abuela Mila ni el abuelo Calile volvieron a dirigirles la palabra. El abuelo murió de repente a los pocos meses de la boda. Estaba jugando una partida de dominó en la taberna, cuando se llevó la mano a la frente y se apoyó en la mesa. Y ahí se quedó, igual que si estuviera dormido. En el pueblo se decía que habían sido la pena y el bochorno los que se lo habían llevado por delante. El hijo de un caído por la patria teniendo que casarse con la hija de un traidor. No hay vergüenza que no traiga otra detrás.

Las habladurías se extendieron por los majuelos como el olor del azufre con el que combatían las enfermedades de las viñas, un olor amarillo y podrido que llegaba hasta el pueblo y se colaba por todos los rincones de las casas, maldiciente y voraz.

Rufino lo soportó centrándose en su trabajo en la cooperativa, pero Urbana

lloraba constantemente, no tanto porque notara los chismorreos a su espalda —a eso estaba acostumbrada desde que era una niña—, sino porque su madre no le permitió volver a pisar La Ventolera.

La abuela Mila era incapaz de perdonarla. No podía entender que hubiese olvidado el paseíllo por la calle Real, ni las visitas a la tumba sin lápida de su padre, ni el silencio que se había impuesto en el pueblo sobre él, la única losa que cubría sus restos.

La abuela Mila no podía olvidarlo. El olvido no. El olvido es un parásito que anida en las raíces de la memoria para destruirla desde dentro. Una plaga que se extiende, oculta de la vista, invadiéndolo todo hasta dejarlo seco y estéril. No. La abuela Mila no permitiría que esa plaga prosperase.

Su hija se había tapado los ojos con una venda invisible el mismo día en que regresaron rapadas al majuelo. Nunca habían hablado de aquel episodio. Nunca se habían refugiado la una en la otra para aliviar su humillación, mientras el pelo les crecía cubierto por un pañuelo, incluso dentro de la casa. Nunca habían llorado.

Pero la madre vivió toda su vida temiendo el día en que volvieran los guardias civiles, porque ellos tampoco habían olvidado.

Cuando Urbana sintió las primeras contracciones, la comadrona envió a Rufino a La Ventolera para que informase a su suegra de que el parto se presentaba difícil. El bebé venía de nalgas, y era tan grande que la comadrona no entendía cómo un cuerpo tan pequeño como el de la parturienta había podido soportar aquel embarazo.

Ya había empezado a caer la tarde. La vendimia estaba en pleno apogeo, los remolques salían cargados de las viñas y enfilaban hacia la calle Real dejando a su paso sus regueros de mosto.

La abuela Mila estaba poniendo las seras en su carro cuando vio cómo se acercaba Rufino por la vereda que daba a la cabañuela montando a todo galope la mula de Urbana, la única cosa que le había permitido llevarse a su hija, porque ella misma se la había regalado poco antes de que la deshonrase un Calile.

Rufino debía de haber recorrido a pie la calle Real, porque traía los bajos de los pantalones manchados de mosto.

—Dice la comadrona que no sabe si su hija Urbana soportará el parto.

—Mi hija se llamaba Morgana, y murió el mismo día en que se casó contigo —contestó ella mientras descargaba en una sera el contenido de un cesto pequeño, un cuévano de esparto de los que casi nadie utilizaba ya, debido a que su falta de rigidez hacía más difícil su manejo que el de los de mimbre.

Rufino se bajó de la mula y se colocó entre su suegra y los cestos que aún le faltaban por colocar.

—Ese día la mató usted en vida, y le juro que no sabe cuánto daño le hizo. Pero hoy puede morirse de verdad.

Ella le apartó con el brazo y continuó con su labor como si no le afectase lo que acababa de escuchar.

—¡Nadie puede morir dos veces!

—Su hija está allí abajo, esperándola, y no pienso moverme de aquí sin usted.

Pero no hubo manera de convencerla. Rufino esperó a que terminase de cargar las seras y la siguió hasta el lagar de la cooperativa, donde descargó su uva como siempre, la última, para no coincidir con los demás.

Urbana parió a su hija sola, mientras su marido esperaba en la cooperativa un gesto de su suegra que indicase que iba a cambiar de opinión. Pero la abuela Mila se marchó sin mirarle, por el mismo camino por el que había llegado.

En contra de lo que esperaba la comadrona, la niña nació sin complicaciones, pelirroja como su madre y con la misma piel arrugada. Urbana se la puso en el pecho antes de que le cortaran el cordón umbilical, manchada de sangre y de sebo, recién

llegada a la vida para compensarla de todas sus lágrimas.

—Le pondremos Dolores —le dijo a un Rufino emocionado, incapaz de cerrar la boca desde que vio a su mujer con su hija en brazos.

—Pero si hoy no es el día de los Dolores.

—Su santo será todos los días. Si a ti no te parece mal.

Y él la miró sonriendo y las besó a las dos.

Dos meses más tarde, cuando Rufino supo que su mujer se estaba muriendo de tifus, cogió a su hija en brazos y se subió con ella en la mula para llevarla a La Ventolera.

—Urbana me ha pedido que la cuide usted cuando ella falte —le dijo a la abuela sin bajarse de la mula.

Y ella extendió los brazos para coger a la niña sin decirle al padre una palabra.

Ni una sola vez preguntó por su hija durante los cuarenta días que duró la enfermedad. Nada había cambiado para ella.

Cuando llegó el momento de enterrarla, se colocó frente a su yerno y le soltó a bocajarro:

—Se llamaba Morgana, ¿estamos?

Rufino la miró sin entenderla, pero asintió con la cabeza igual que si fuese un autómatas, como si no pudiese hacer otra cosa, y dejó que continuara hablando:

—Con ese nombre nació. Y ninguna ley puede obligarme a que grabe otro sobre su tumba. No puedo enterrarla con su padre, tú ya sabes por qué, pero he comprado un nicho al otro lado del muro. ¿Estamos o no estamos?

Él asintió de nuevo, sin fuerzas para llevarle la contraria, y se colocó junto a su suegra para formar el cortejo, ella con la niña en los brazos y él sin dejar de llorar. Delante de ellos caminaban el párroco y su monaguillo, quien tocaba una campanilla al paso del carro que portaba el ataúd.

Al llegar al cementerio, la enterraron en un nicho sobre el que colocaron una lápida donde había grabados dos nombres: el primero, sólo el de pila, y el segundo, con el apellido que les correspondía a los dos: Vicente y Morgana Rodríguez.

Mi padre era un pedazo de pan, ¿sabe usted, señorita? Pero le tocó vivir entre dos bandos y tuvo que defenderse de los dos, como si fuera un delito no querer estar en ninguno. Y a mí me ocurrió un poco igual. Pasaba tanto tiempo con mi abuela Mila que todo el mundo empezó a llamarme María Dolores la de La Ventolera. ¡Ya ve usted! ¡Cosas de los pueblos! Porque el caso es que yo era más una Calile, pero nunca me consideraron así.

De la pobre de mi madre no tengo recuerdos. Ni siquiera una fotografía, y no sabe la pena tan grande que me da. Sólo sé los rumores que corrían sobre ella y que se murió a los tres meses de nacer yo.

Ni mi padre ni mi abuela me contaron la historia que los tenía enfrentados, pero, aunque no hubiera oído nada, sólo había que sumar dos más dos para saber que no se soportaban. Nunca vi al uno en casa del otro. Procuraban no coincidir en el colegio ni en la cooperativa y, cuando se nombraban porque no les quedaba otro remedio, en lugar de utilizar sus nombres o decirme «tu padre» o «tu abuela», siempre decían «él» o «ella». Es curioso, ¿no le parece? Era como si se hubieran puesto de acuerdo en dejar de ser parientes.

Mi pueblo era muy pequeño por entonces: la plaza Mayor, la calle Real y poco más. Yo vivía al final de la calle, muy cerca de la cooperativa, en una casa que tenía un corral en la trasera, como casi todas. Mi padre criaba allí un cochino que mataba para san Martín.

Me acuerdo de que, desde que era bien pequeña, iba yo con un cubo de puerta en puerta a recoger las mondas y los desperdicios para echárselos al cerdo. Los que más le gustaban eran los de los melones amarillos. No sabe usted lo grandes que eran aquellos melones. ¡Y cómo olían! ¡Puro néctar! Eso decían los de los carros que venían a venderlos a la plaza Mayor y los apilaban en el suelo de los soportales. Y era verdad, porque toda la plaza se llenaba de aquel olor dulce de los melones amarillos.

¡Ya no se siembran melones así, porque se necesita casi una mata para cada uno y no compensa! Mi padre era capaz de comerse uno entero. Luego le daba un torzón que no se puede usted ni figurar. Ni moverse podía el pobre. Yo le cuidaba como si fuese mayor y él un niño pequeño. Le hacía un caldito suave y un puré de patatas, y a los dos días ya estaba en la cooperativa otra vez. A mí me encantaba cuidarle y que se dejase cuidar.

Hambre, lo que se dice hambre, la verdad es que, que yo recuerde, nunca pasé. Con el sueldo de mi padre como ayudante del químico y lo que sacábamos con la venta de la matanza, teníamos más que de sobra para los dos.

Pero necesidades sí que había muchas. No como ahora, que parece que los billetes de cincuenta euros brotan de los árboles y cualquiera diría que nos sobra de todo. Yo se lo digo mucho a mis nietos cuando dejan la mitad de la comida en el plato. A mí me enseñaron que no había que dejar ni una miga de pan en la mesa. Pero la vida ha cambiado tanto... ¡Fíjese, por ejemplo, en la escuela! Yo aprendí a escribir con un pizarrín y una pizarra que tenía un trapo atado en un pico. Me encantaba borrar con aquel trapo.

Por aquel entonces, a la cartera la llamábamos el cabás. Casi todos eran de cartón o de madera, pero algunos niños los llevaban de hojalata pintada de colores. El mío era de los de cartón y tenía pegado un papel con un dibujo a cada lado. Por el derecho había unas niñas jugando a la comba, y por el revés unas cenefas azules y verdes. Era precioso.

El recuerdo más antiguo que tengo es precisamente del primer día que fui a la escuela de párvulos con mi cabás de cartón, toda contenta. Me llevó mi padre antes de irse a la cooperativa y luego vino mi abuela a recogerme para comer en el majuelo. Había hecho un cocido de los suyos, pero yo estaba tan nerviosa que no pude ni catarlo.

Se me ha quedado grabado aquel día. A lo mejor es porque todos los demás fueron muy parecidos. La maestra siempre llevaba puesto el uniforme de la Sección Femenina y nos enseñaba un montón de canciones con las que empezábamos la lección cada mañana. A mí me encantaban aquellas letras sobre montañas nevadas y novios de la muerte. Pero cuando llegaba al majuelo y se las cantaba a mi abuela, ella se tapaba los oídos y me mandaba que me callase. Y luego nos perdíamos entre las cepas y me enseñaba a distinguir los tipos de uva y cómo cuidarla. No había nada con lo que disfrutase más. A veces, se me quedaba mirando, me acariciaba el pelo y se le nublaban los ojos. Antes de que se le cayera una lágrima, se recomponía y decía que le había entrado una mota, pero yo sabía que estaba pensando en mi madre.

A mi abuela Mila nunca le gustó la maestra, y a ella tampoco le gustaba mi abuela. Se les notaba a la legua a las dos. Yo no sabía por qué. En aquellos tiempos nunca se hablaba de nada, por lo menos en voz alta, porque cuchichear bien que cuchicheaban algunas cuando mi abuela pasaba cerca. A mí me daba una congoja... Porque en seguida me di cuenta de que no era sólo a la maestra: mi abuela no le gustaba a nadie. Ni siquiera a mi padre. Ella siempre andaba sola. Me acuerdo de que, por vendimias, la costumbre era que los vinateros se ayudasen unos a otros para ahorrarse algunos jornales de los vendimiadores, pero mi abuela siempre se empeñaba en contratarlos de fuera. Muchos eran estudiantes que venían de Salamanca o de Valladolid. ¡Ay, qué recuerdos! Se me pone malo el cuerpo, porque algunos son muy bonitos, pero otros no pueden ser más tristes. Los peores son de cuando veía a mi abuela camino de la cooperativa con el carro cargado de uvas. Ella

sola, cuando todos habían terminado ya de vaciar sus remolques. ¡Qué pena me daba la cantidad de azumbres que se desperdiciaban! ¡Litros y litros de mosto que caían directamente al suelo! ¡Cómo me habría gustado a mí perseguir aquel carro con una botella, como hacía con los demás! Pero, ya le digo, yo estaba como mi padre, siempre con la sensación de encontrarme en el medio de dos bandos, sin ser ni de uno ni de otro y, a la vez, siendo de los dos. Porque mi padre tampoco le gustaba a nadie, y eso que era un Calile, pero se había casado con una de La Ventolera y aquella traición no se la perdonaron nunca. Y yo, para qué contarle, viví siempre entre esas dos aguas. La maestra me miraba con recelo y me sentaba en la última fila, y a las madres de mis amigas no les hacía ninguna gracia que yo saliera con ellas de paseo los domingos o que bailáramos juntas en las fiestas. No decían nada, pero ni falta que hacía, eso se nota. Pero yo me lo echaba todo a la espalda y hacía como que no me enteraba. Aquellos paseos calle arriba, calle abajo y aquellas fiestas de la vendimia los recordaré toda la vida.

El día de mi primera comunión fue otro de esos días que no olvidaré nunca. Habíamos ido en procesión a la parroquia desde la escuela, todas las niñas vestidas con nuestros trajes y nuestros velos largos, con una vela en una mano y el misal de nácar en la otra envuelto en un rosario. Después de la misa, cada cual se fue a su casa con su familia para desayunar chocolate con dulces. Pero a mí sólo me acompañó mi padre. Creo que fue la primera vez que le vi llorar. Ni los Caliles ni mi abuela Mila consintieron en ir siquiera a la iglesia. Él debería habérselo figurado. Pero ya le digo que era un trozo de pan. Se había hecho ilusiones de que aquel día sería otra cosa. Sin embargo, yo, ¡fíjese!, con siete años recién cumplidos, no me vine a engaños en ningún momento. Sabía lo que iba a pasar. Y cuando mi padre se apoyó en la mesa tapándose la cara con las manos para que no le viera llorando, me quité el vestido, le serví un vaso de vino y le relaté un refrán que le había escuchado muchas veces cuando brindaba: mala es la llaga que con vino no sana. Y él se echó a reír, me llamó zascandil y nos tomamos nuestro chocolate y nuestros dulces los dos solos, tan ricamente. Siempre me llamaba zascandil cuando le hacía alguna gracia.

Aquella misma tarde lo celebré con mi abuela en La Ventolera con otra taza de chocolate y más dulces. Al final, fue un día precioso para mí, distinto al de las demás, pero precioso. Y podría contarle muchos más, pero sólo le diré que mi abuela me crio como si fuese mi madre, y que entre ella y mi padre habría lo que fuese, ¡que lo había, ya lo creo que sí!, pero nunca me hablaron mal del otro ninguno de los dos. ¡Eso también se lo digo!

A los dieciséis años empecé a trabajar en la cooperativa, como casi todas las muchachas de mi edad. Y allí conocí al hombre con el que hubiera querido hacerme vieja, sin despreciar a mi santo, que Dios lo tenga en su gloria.

No puedo decir que mi vida en el pueblo haya sido mala. Si echo cuentas, tengo

más recuerdos bonitos que de los otros. Será por eso que dicen que las cosas malas se olvidan. Yo guardo aquellos años con mucho cariño. Los viviría otra vez si me dieran a elegir. Día por día los reviviría, sobre todo el último año, si no hubiera sido por lo que pasó antes de que tuviera que marcharme.

A los pocos meses de empezar a trabajar en la planta embotelladora pegando las etiquetas que identificaban los caldos, a María Dolores comenzó a rondarla un forastero de un pueblo vecino que a su padre no le gustaba. Un viudo de muy buena planta llamado Zósimo, doce años mayor que ella, que había vivido en Francia y que, según decían, había vuelto cuando murió su mujer. El viudo parecía formal; no obstante, Rufino receló de aquella relación desde que sospechó de ella.

Corría el año 1963. Aquella temporada, el Consejo Regulador había recomendado una vendimia temprana. La primavera se había presentado demasiado templada, lo que había adelantado la brotación de las vides, y la maduración se había acelerado debido a las altas temperaturas que se habían alcanzado en el verano.

Para la última semana de septiembre, con un calor que no acababa de remitir, se habían limpiado ya todas las viñas y quemado los sarmientos y las cabañuelas.

La fiesta empezó el día de las Mercedes, una quincena antes de lo acostumbrado. Ese mismo día, María Dolores había participado en un festejo con el que, desde hacía algún tiempo, se recordaban las costumbres del pisado de la uva de antaño, antes de que se instalara la prensa vertical de la cooperativa, cuando los pies de los vendimiadores prensaban el fruto en una suerte de baile ancestral.

A tal efecto, en la plaza Mayor se construía un escenario donde se colocaban varias tinajas de madera para que los mozos del pueblo procedieran a la pisa en parejas. Las chicas con las chicas y los chicos con los chicos, todos vestidos de blanco y con un pañuelo rojo anudado en el cuello, bailando al ritmo de los tambores de la banda municipal.

El mosto salía por unos orificios perforados en la base de los cubas, para caer sobre unas tinajas donde se elaboraría el caldo que se consumiría en las fiestas del año siguiente. Si la añada había sido generosa, como había sucedido aquella temporada, el vino de las próximas fiestas correría por cuenta de la cooperativa, y si había resultado mediana, el ayuntamiento sufragaría el gasto.

Una vez pisada la uva, se separaban los raspones de la pulpa con la que se formaba la madre del vino, una masa compuesta por las impurezas del fruto, que se añadía al mosto para que este fermentase.

El calor se pegaba a las ropas y a la piel. María Dolores ya se había metido con su pareja en una de las tinajas, descalza, sujetándose la falda a la altura de la rodilla, cuando descubrió a Zósimo entre el público que abarrotaba la plaza, apoyado en una columna de los soportales.

A la joven le impresionaban sus ojos, de un color difícil de definir, entre el verde

y el mar. La primera vez que le vio fue en la planta embotelladora, a primeros de septiembre de ese mismo año. Ella trabajaba concentrada en sus etiquetas, comprobando que estuviesen correctamente pegadas, cuando sintió un cosquilleo en la nuca que la obligó a levantar la cabeza y volverse para buscar a alguien a su espalda. Y ahí estaba él, con los ojos más claros que María Dolores había visto, sonriendo como si le acabasen de descubrir cometiendo una falta. María Dolores no fue capaz de mantenerle la mirada. Giró la cabeza y volvió a sus etiquetas y a su pegamento, como si ellos pudieran protegerla de la sacudida que acababa de recorrerle el cuerpo desde la cabeza hasta las uñas de los pies.

Desde entonces, cada noche, cuando se metía en la cama, volvía a temblar pensando en él. Y cada día, cuando comprobaba el etiquetado de las botellas, tensaba su cuerpo deseando, y temiendo al mismo tiempo, sentir un cosquilleo en la nuca que la obligara a darse la vuelta.

Pero él no volvió a la planta embotelladora.

Diez días después, una tarde de domingo, mientras paseaba con sus amigas arriba y abajo por la calle Real, le distinguió entre un grupo de vendimiadores que les sonreía desde la puerta de la taberna. Cuando pasaron junto a ellos, los jóvenes levantaron sus vasos de vino para brindarles un trago.

Él llevaba una gorra con visera que casi le tapaba los ojos, pero ella sabía que la estaba mirando de la misma forma que en la planta embotelladora.

Al día siguiente, como cada mañana, antes de irse a la cooperativa, María Dolores fue a por agua a la fuente de la plaza, donde un grupo de mujeres aguardaba con sus cántaros haciendo cola.

María Dolores esperó en la fila charlando con unas y con otras, y cuando sólo le quedaban dos mujeres para que le tocara su turno, volvió a sentir la mirada de Zósimo en la nuca, clavada como un aguijón.

Él esperó a que llenase sus cántaros para seguirla después a media distancia hasta un recodo de su calle, donde la abordó para preguntarle su nombre.

—María Dolores. ¿Y tú?

Zósimo se acercó hasta quedarse a un palmo de ella, tomó una bocanada de aire como si quisiera llevarse su olor, y le rozó la manga de la blusa con un dedo.

—Yo me he vuelto loco perdido.

No dijo nada más. Se quedó mirándola un instante y luego se marchó dejándola con la sensación de que aquel dedo, que sólo había rozado su blusa, le había acariciado cada palmo de la piel. Todavía no había cumplido diecisiete años, pero ya sabía que el deseo y el miedo con frecuencia se experimentan al mismo tiempo.

Desde aquel día, Zósimo se convirtió en su sombra, en sus sueños y en sus pesadillas. Lo presentía cuando paseaba con sus amigas por la calle Real, en la embotelladora, en su casa, y en el camino de La Ventolera mientras se dirigía a ver a

su abuela Mila.

Su cuerpo se estremecía al entrar y al salir de cualquier lado, al levantarse y al acostarse, cuando se miraba al espejo para peinarse, y mientras iba a por agua al caño de la plaza con sus cántaros en la cadera.

No volvieron a verse hasta dos semanas después, el día de las Mercedes, cuando le descubrió apoyado en una columna de los soportales, sonriéndole y recorriéndola entera con la mirada.

En ese momento, habría salido de la tina y echado a correr, pero su amiga la cogió de las manos y la obligó a bailar con ella. Y a medida que levantaba las rodillas al ritmo de los tambores, se sentía más y más vulnerable. Era como si todo su cuerpo se abriese. Como si la mirada de Zósimo fuera una llave que encajaba en todas sus cerraduras. Como si aquellos ojos sonrientes hubieran abierto todas sus compuertas. Todas sus ventanas. Todos sus pozos.

Las ropas blancas de los pisadores se teñían de morado al tiempo que el mosto salía por los orificios de los lagares y llenaba las tinajas. Zósimo sólo la miraba a ella. A María Dolores, el sudor le brillaba en la cara y en los brazos. Por sus piernas corrían las salpicaduras pegajosas y dulces que levantaban sus pies desnudos con cada redoble de tambor. Zósimo continuaba observándola. Los vecinos coreaban a los jóvenes para que acelerasen el ritmo de las pisadas, cada vez más fuertes, más profundas, más hacia el fondo de la tina. Empujando para que el líquido saliera y la madre se formara en la base. Zósimo la coreaba a ella sólo con mirarla.

Hasta que, de repente, los tambores se callaron y todos dejaron de moverse. Exhaustos. Con la respiración entrecortada. Empapados. Plenos. Jadeando como si hubieran disputado una carrera y acabasen de llegar a la meta.

La plaza entera rompió en una ovación mientras se llenaba de pañuelos rojos ondeando al aire. Todo el pueblo gritaba y saltaba contagiado de la misma alegría, vitoreando a los chavales. Todos menos Zósimo, que seguía recostado en su columna, sonriendo a María Dolores y aplaudiendo muy despacio, deteniéndose un segundo entre palmada y palmada, con los ojos medio tapados por la visera de la gorra.

A partir de aquel día, no hubo paseo por la calle Real en que no le encontrase en la puerta de la taberna y él le brindase un trago levantando su vaso. Y ella recogía su mirada y volvía a sentir su dedo en la manga de la blusa, abriéndole todos los poros del cuerpo.

Cuando pasaban de largo, las amigas cuchicheaban entre ellas y le daban codazos para que se volviera y le sonriese. Y ella lo habría hecho si hubiera podido. Pero su cuerpo se tensaba y la obligaba a mirar hacia delante y alejarse de él.

Hasta que, al comienzo de la primavera siguiente, un día en que María Dolores estaba azufrando el majuelo de la abuela, le vio acercarse al galope en un mulo, entre las dos hileras de viñas que ella estaba espolvoreando. Llevaba puesta una pelliza de

pana marrón y su gorra de siempre.

Cuando lo tuvo delante, María Dolores extendió los brazos hacia el suelo, soltó los sacos de azufre como si le faltasen las fuerzas y le miró con las palmas de las manos abiertas hacia arriba, estirando los brazos y separándolos del cuerpo, intentando retener un minuto más el torbellino que llevaba guardado desde que él la miró por primera vez. Luego inspiró hasta llenar sus pulmones, esperó a que él descabalgara para soltar todo el aire en un solo suspiro y se lanzó contra su pecho.

Él la envolvió en su pelliza y le besó la cabeza. Luego la cogió en volandas, la acurrucó como a una niña pequeña y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo diciéndole una y otra vez que se había vuelto loco.

Y allí, sobre los cantos rodados cubiertos de polvo de azufre, mientras se hundía en su cuerpo, Zósimo le pidió que se casase con él.

José Luis se presentó en mi ático unos días después de darme la noticia que podía volver del revés nuestras vidas, o por lo menos la suya, porque la mía prefería que no la tocara nadie. Como ya he dicho en alguna otra ocasión, vivo muy bien así.

Lo hacía muchas veces —lo de venir a buscarme—. Era viernes y podía tratarse de lo de siempre: tomarnos el fin de semana libre y olvidarnos del mundo, ya que el viaje con el que habíamos pensado celebrar su cumpleaños se había anulado.

No sé si he mencionado antes que José Luis estudió Derecho y que se casó con otra abogada. A él le habría encantado dedicarse a la música, y podría haberlo hecho si hubiera querido, porque tenía un oído prodigioso —siempre presumía de que podía recordar la voz de cualquiera con oírla sólo una vez—. Su madre le apuntó a unas clases de piano en el colegio cuando descubrió su habilidad, pero en una de las fiestas de fin de curso, cuando estaba a punto de deleitar al respetable con una sonata de Mozart, se quedó paralizado y no fue capaz de tocar una nota. Desde entonces, nunca más volvió a ponerse delante de las teclas.

En fin, como decía, estudió Derecho y se casó con una monada que terminó la carrera con él. Entre los dos montaron un bufete que les iba de lujo —el bufete nada más, porque el matrimonio fue un desastre desde el principio, aunque duraron juntos una eternidad—. Ella no quería tener hijos, le encantaba la marcha nocturna para despejarse del trabajo y salir los fines de semana a navegar en un barquito que se había comprado después de hacer un montón de cursos de vela. Él, para llevar la contraria, quería formar una familia a toda costa, y el tiempo que tenía libre también lo dedicaba a navegar, pero por las aguas inabarcables de Internet.

Se habían divorciado hacía unos meses y él buscaba el amor desesperadamente, como si tuviera que demostrarle a su ex mujer que habría sabido quererla si se lo hubiera permitido.

A veces, nos largábamos detrás de nuestra última aventura sentimental y no volvíamos hasta el lunes por la mañana. Nos dábamos una ducha en mi casa y nos marchábamos directos a trabajar. Pero esta vez me sorprendió. Primero, porque habían ingresado a su madre el día anterior para ponerle una prótesis de cadera, y lo normal sería que él estuviese con ella en el hospital, y segundo, porque venía con una colega suya que yo no conocía y que en seguida me dio su tarjeta.

La chavala parecía sacada de aquella serie americana de juicios que triunfó en los años ochenta, «La ley de Los Ángeles» creo que se llamaba. Era un bombón: alta, rubia, vestida con un traje de chaqueta cuya falda se ceñía lo justo para que se le insinuaran las caderas, y unas piernas de vértigo que culminaban en unos altísimos

zapatos de tacón.

Siempre me han encantado las mujeres que llevan esos tacones que repiquetean al andar.

Podría haberla añadido a mi rosario de conquistas sin pensarlo dos veces —o mejor dicho, sin pensarlo ni una sola—, pero la rubia no pudo entrarme con peor pie. Era tan guapa como desagradable. José Luis me la presentó como Alba Cruces. El nombre pegaba con su físico, y el apellido con su carácter. ¡Una verdadera cruz! Sí, una cruz que se me echó a la espalda en cuanto le estreché la mano y me precipité diciéndole que era un placer conocerla. Porque lo que se dice placer, desde luego que no lo fue. Ella me contestó, con cara de pocos amigos, que no era una visita de cortesía y que, si no me importaba, le gustaría ir al grano. Y ya lo creo que lo hizo.

—¡Señor Miranda! —Me hablaba como si estuviera interrogando a un sospechoso: de usted, con la barbilla levantada y los ojos a medio cerrar, tratando de taladrarme con la mirada—. Suponemos que mi cliente y usted nacieron en la ciudad donde los compraron, y que esta se encuentra a 569 kilómetros de aquí.

Me dejó realmente perplejo, casi de una pieza. ¿Cómo podía salir de aquella boca carnosa, perfilada y pintada de rojo, el kilómetro exacto de mi lugar de nacimiento?

Sin apenas tomar aire para respirar, la rubia continuó con su alegato asegurando que tanto ella como su cliente, iban a llegar hasta el fondo del asunto, costara lo que costase. Pero no la dejé terminar. Demasiados humos para una chimenea que yo no había encendido.

—Lamento interrumpirla, señora letrada, pero ya le dije a su cliente que no quería saber nada de este tema. No me interesan sus 569 kilómetros en absoluto. Le diré más, aunque fuesen 570 seguirían dándome exactamente lo mismo.

Y la conduje hasta el recibidor, abrí la puerta de mi casa y le señalé la del ascensor con la mano abierta, invitándola a subir en él.

Pero no iba a resultarme tan fácil, ¡qué va! Aquella chica era más terca que una docena de mulas. En lugar de marcharse, volvió a entrar en mi casa, se cogió de mi brazo y me empujó hacia el ventanal que daba a la terraza, desde el que se divisaba buena parte de la ciudad, con la torre de la catedral al fondo.

Hacía un viento de aquí te espero y, aunque estábamos a finales de febrero, algunos árboles habían empezado a florecer.

Al ver mi terraza, con sus almendros y sus prunos pletóricos, la abogada pareció cambiar de estrategia y empezó a ganar tiempo tratando de adularme.

—Tiene usted una casa preciosa, señor Miranda. La azotea es magnífica. ¿Cuántos metros tendrá?

Yo, en principio, le seguí la corriente para ver hasta dónde llegaba.

—Mucho le interesan las distancias. Más que abogada, parece usted del Instituto Topográfico.

—José Luis me había comentado que era grande, pero es más de lo que había imaginado.

Y por ahí sí que no pasé. A mí me llamaba señor Miranda y a mi amigo por su nombre. Las fuerzas no estaban equilibradas, por muy colegas que fueran. Si aquella abogada recién salida de «La ley de Los Ángeles» pensaba que iba a embaucarme, estaba muy equivocada. Así que volví a cogerla por el brazo y la retiré del ventanal.

—Me dijo usted que quería ir al grano. Pues bien, yo también. —Y la saqué de nuevo a la puerta de la calle. Pero esta vez no la solté hasta que llegó el ascensor y la metí dentro, seguida de José Luis—. Espero no volver a verla por aquí, señorita Cruces.

José Luis había asistido a toda la escena en silencio, mirándonos embobado, como si él no tuviera voz ni voto. Se había quedado tan blanco como un oso polar. Parecía un fantasma siguiendo a su abogada paso por paso. Sin embargo, antes de que se cerrasen las puertas del ascensor, las sujetó, se sacó del bolsillo un papel amarillento y me lo enseñó como si fuese un tesoro que debía sorprenderme.

—¡Mi madre guardó la factura del taxi que me trajo hasta aquí!

Antes de que pudiera decirle que aquella factura no significaba nada, me enseñó su certificado de nacimiento y señaló las fechas que aparecían en ambos papeles.

—¿Te das cuenta? ¡No coinciden! —Y los dos salieron del ascensor.

José Luis pasó del blanco al rojo, como cuando era un chaval y los niños del colegio se burlaban de él. Pero yo no estaba dispuesto a continuar con aquella conversación.

—¿Y qué?

—Que falsificaron mi fecha de nacimiento. Seguro que tu padre guardaba algo que pueda servirnos.

—Te dije que no quería saber nada de esta mierda.

Habría preferido no gritar —y menos delante de la rubia estirada que no había perdido la compostura—, pero mi voz resonó en el descansillo con tanta fuerza que hasta los vecinos del primero tuvieron que enterarse de que yo pasaba de todo aquello. José Luis, sin embargo, continuó hablando como si no me hubiese oído.

—Tu padre era muy meticuloso con sus cosas. ¡Un contable lo registra todo!

—¡Mira, José Luis! Si quieres que vuelva a abrirte la puerta de mi casa, vete ahora mismo y no vuelvas a mencionarme este puñetero tema.

Se me debía de notar muy alterado, porque la abogada tiró de la manga de la chaqueta de mi amigo y le obligó a meterse otra vez en el ascensor. Y yo, para que se quedase tranquilo —y para que, de paso, me dejase a mí en paz—, le recordé que, tres meses después de la muerte de mis padres, metí en un camión todo lo que había en su piso y lo mandé al vertedero municipal.

María Dolores supo que algo le pasaba a su cuerpo mucho antes de cumplir la primera falta. Antes de que las aureolas de sus pezones se oscurecieran y sus glándulas se inflamasen. Antes de que su cintura comenzase a desaparecer y el sueño y las náuseas la sorprendieran a cualquier hora del día. Antes de que su abuela la abordase una mañana y le dijese que tenían que hablar.

Lo supo mucho antes. Antes incluso de que Zósimo volviera a montarse en su mulo y ella recogiese las bolsas de azufre para seguir espolvoreando las cepas. Su cuerpo se lo dijo.

—Lo sentí en las entrañas, ¿sabe usted? Lo supe en el mismo momento. Y no vaya a pensar su señoría que es nada raro. Lo he hablado con otras mujeres. A veces pasa. Notas que algo ha cambiado de repente. Es como si algo dentro de ti empezase a abrirse y supieses que se va a llenar poco a poco. Y ese algo te hace sentir muy ligera, como si pudieras flotar en el aire, y al mismo tiempo te agarra a la tierra igual que una raíz. Y ya todo te parece distinto. No sé cómo explicárselo. Ni siquiera la segunda vez que me quedé preñada volví a sentir una cosa igual. Cuando él desapareció de mi vista montado en el mulo, yo me quedé mirando el majuelo como si no lo hubiera visto antes. El verde me parecía más verde, las piedras más piedras y el azufre más azufre. Hacía frío aquella mañana. Era marzo. A finales. Aquel día se celebraba mi santo. Pero el campo no entiende de fiestas. Yo me había levantado pronto para ayudar a mi abuela Mila. Hacía un par de meses que vivía prácticamente con ella, porque mi padre se había enterado de que Zósimo me rondaba y había querido apartarme del pueblo. Yo no había cumplido los diecisiete y él tenía veintinueve. Si lo pienso ahora, era casi un muchacho todavía. Mi marido me sacaba más. Pero Zósimo había estado casado. Y eso le daba un aire de hombre hecho y derecho que a mi padre le asustó. A mí también me asustaba, claro está, pero yo también me había vuelto loca perdida...

»Aquella mañana terminé de echar el azufre que quedaba en las talegas y luego me fui al río. Mi padre me había contado muchas veces que allí conoció a mi madre y, no me pregunte usted cómo, pero cuando yo necesitaba sentirla, siempre bajaba a la orilla del río y me sentaba en la misma piedra. Lo hacía desde pequeña: me sentaba en la piedra y le hablaba a mi madre de mis cosas. Aquella mañana también fui. Le pregunté si a ella le había pasado lo mismo cuando se quedó embarazada. Si había notado aquella especie de hueco dentro del vientre, aquella sensación de que ya no había nada más importante en el mundo que lo que iba a crecer en su cuerpo. Dicen que es un instinto como el de los animales. No sé si lo será. Pero yo, desde luego, lo

sentí, ¿sabe usted? Creo que no he vuelto a tener tanta ternura hacia algo en mi vida. Tanto deseo de protegerlo. Y al final lo perdí.

—¿Qué le dijo el padre cuando supo que se había quedado embarazada?

—No se lo dije, señor juez, no pude.

—Pero, en su anterior declaración...

—Le dije que desapareció. Y no le mentí, pero tampoco le conté toda la verdad. Él quería casarse conmigo en seguida. Si hubiera podido, ese mismo día nos habríamos ido a la parroquia. Pero yo era menor de edad, mi padre no lo habría consentido. En mi pueblo empezaron a mirarle de reajo cuando vieron que yo me dejaba querer. Recelaban de los forasteros aunque vinieran del pueblo de al lado. Si fuera por ellos, ninguna muchacha se habría casado con alguien que no hubiera nacido en la calle Real. Era un pueblo muy pequeño.

»En aquellos días, ni siquiera había agua corriente en las casas, ni cuarto de baño, y en muchas ni electricidad. Nunca habíamos visto una lavadora o una plancha que no fuera de hierro, de esas que había que calentar en el fogón. La gente vivía muy para adentro, ¿sabe?, como si tuvieran miedo de lo que no era suyo. No sé cómo decirlo, como recogida, como si todo tuviese que ser siempre igual, siempre todo tan triste. Porque había mucha tristeza. Mucha gente de negro. Habían pasado muchos años desde la guerra, pero las mujeres nunca se quitaron el luto. Y también había mucha necesidad. Yo creo que el pueblo sólo se reía en las fiestas de la vendimia. Y no piense que exagero. Era la única época en que la gente veía dinero contante y sonante. Me acuerdo de que mi abuela, cada dos o tres temporadas, me compraba un retal de paño para hacerme un abrigo crecedero. Cuando no había que comprar el paño, podía caer un vestido o una falda y una blusa de confección. Para mí no había lujo más grande. Yo los guardaba siempre para estrenarlos el Domingo de Ramos. Por aquello del dicho, ya me entiende usted. También ese día era alegre. Todo el mundo colgaba palmas secas y ramos de olivo en los balcones, atados con lazos de colores. Las muchachas nos poníamos nuestras mejores ropas para la procesión, con nuestros velos de encaje y la cara lavada, porque en aquellos tiempos no nos pintábamos como hacen ahora. Si acaso, un poquito de carmín y una pizca de sombra azul en los ojos, y no todas. Aquel domingo fue la última vez que le vi. Había amanecido un día muy claro, pero se fue arrugando conforme se acercaba la hora de procesionar. Se barruntaba la lluvia, pero al final escamparon las nubes y la mañana no se deslució. Yo había estrenado un vestido cortado a la cintura, de flores azules y verdes y con mucho vuelo en la falda. Lo recuerdo como si fuera hoy. Hacía unos días que habían pegado un montón de carteles en la calle Real para recordarnos que pronto se cumplirían veinticinco años del Día de la Victoria. La procesión arrancaba en una ermita de las afueras, donde se bendecían las ramas de olivo que llevaba la gente en la mano. Desde allí se trasladaba al «Jesús de la borriquilla» hasta la

parroquia. Delante del paso marchaba el cura con los monaguillos y los simpecados, después iban los penitentes de la santa Vera-Cruz y, cerrando la procesión, las autoridades municipales seguidas por toda la gente del pueblo con sus ramas en alto, para acompañar al Nazareno en su entrada triunfal. Pero aquella entrada no tuvo nada de triunfal. No puede usted imaginárselo. Alguien había aprovechado que el pueblo se quedaba desierto para pintar unas aspas negras sobre los carteles de los veinticinco años de paz. No habían dejado ni uno vivo. Impresionaba ver todas aquellas cruces chorreando pintura negra. El párroco se paró en seco y se negó a pasar por allí hasta que no quitasen los carteles. ¡Y ya lo creo que los quitaron! Pero tardaron más de una hora y, en ese tiempo, dio para muchas elucubraciones y muchas sospechas: que si uno había visto a mengano quedarse en la taberna; que si fulano había dicho que estaba malo; y que si zutano esto o lo otro o lo de más allá. Pero el nombre que más se escuchaba era el de Zósimo, porque había venido de Francia, porque nadie sabía cuándo ni por qué se había marchado y porque desde que había vuelto no se le conocía ni oficio ni beneficio.

»Por descontado, todas las miradas se volvieron hacia mí. Pero lo peor no fue eso. Lo peor fue que dos guardias civiles me cogieron uno de cada brazo y me llevaron a empujones al cuartelillo. Y allí estaba él. Molido a palos. Atado a una silla. Echando sangre por la boca y por la nariz. Con los ojos tan hinchados que casi no podía abrirlos cuando me colocaron enfrente de él y le dijeron que me mirase. No he vuelto a tener más miedo en mi vida; el mismo, sí, cada vez que lo recuerdo, pero más, nunca. El capitán me miró como si no fuese la primera vez que me tenía delante. Me tocó el pelo y le sonrió al cabo diciéndole algo que no entendí. Porque yo sólo tenía ojos y oídos para Zósimo, que no paraba de decir que me soltasen porque yo no tenía nada que ver. Pero no me soltaron, no señor. Me ataron a otra silla y me pusieron enfrente de la suya. No le voy a contar lo que pasó porque sólo de pensarlo se me revuelven el miedo, la humillación y la vergüenza. Todavía no sé cómo pude soportarlo y cómo no perdí a mi niño. Pero Zósimo no pudo. Acabó confesando todo lo que ellos quisieron y más, diciendo que sí a todas las mentiras que le pusieron en la boca: que había vivido en París, que los comunistas habían discutido entre ellos porque algunos querían volver del exilio y otros no; que él pertenecía a un grupo que apoyaba la lucha armada; y que detrás de él vendrían otros que no se conformarían con pintar cruces negras en los carteles. A mí soltaron al día siguiente, pero a él se lo llevaron y no volví a saber nada de él por más que pregunté. Diez años después me mandó una carta al majuelo de mi abuela diciéndome que había salido y que quería verme. Pero yo ya estaba casada. El resto ya lo conoce casi todo. Mi abuela lo arregló para que me fuese a tener a mi niño a Valladolid, a un hospital que algunos llamaban por entonces la Gota de Leche y otros el Hogar Cuna. A mí me habría encantado quedarme toda la vida en el majuelo esperando a que mi Zósimo viniera a buscarme,

pero no pudo ser. Ahora es mi hijo Camilo el que vive allí. La abuela se lo dejó en herencia cuando murió, hace más de diez años, porque él se pasaba la vida allí con ella. Cuando le dijo que se lo iba a dejar, le recomendó que nunca sacase un caldo peor que el anterior. «Igual es ganar —le dijo la pobre—, y mejor es triunfar». Mi hijo quería estudiar para ingeniero agrícola y experimentar con el grado de acidez de la uva. Mi abuela ya había subido las cepas a espalderas y se había quedado con algunas de vaso. Daba gusto ver el majuelo tan limpio. Tan iguales unas filas a otras, cargadas de racimos, con las ramas enredadas en aquellos alambres que hacían de guía, orientadas al oeste para que les diera bien el sol. ¡Lo que es el progreso! Ya no había que agacharse para recoger la uva porque había unas máquinas vendimiadoras que lo hacían todo. Dejaban los líneos desnudos a una velocidad increíble. Mi hijo vive allí desde hace unos años. Ahora está casado con una enóloga que conoció en la universidad, porque también estudio para enólogo, después de hacerse ingeniero. Él fue el que sacó la nota de mi buzón cuando volvimos de la playa. ¡Por lo que más quiera, ayúdeme!

—Yo no puedo hacer nada, ya se lo he dicho varias veces. Sin pruebas documentales, no hay nada que hacer. Si por lo menos pudiera traerme el historial clínico...

—El historial no me lo dan sin una orden suya, señorita, y en el registro y en el cementerio me han dicho que no encuentran nada de nada. Sólo he conseguido el legajo de aborto.

»¿Tiene usted hijos?

SEGUNDA PARTE

El cielo se estaba cubriendo de nubes negras procedentes del este cuando José Luis Moreno y Alba Cruces salieron del apartamento de Carlos Miranda. El edificio se encontraba en una de las avenidas que nacían en el puerto de Valencia y corrían en dirección al río Turia, a unos metros de distancia del piso que José Luis había alquilado tras su divorcio.

—No te preocupes, yo sabré convencerle —le dijo la abogada a su cliente nada más salir del portal.

José Luis había contactado con ella a través de un bufete que asesoraba a parejas que se disponían a iniciar los trámites para una adopción. Ella misma era adoptada. Lo supo a los dieciséis años. Su madre se lo confesó cuando le diagnosticaron una enfermedad medular y Alba quiso someterse a las pruebas de compatibilidad, para donarle su médula en un posible trasplante. Pero su madre ni siquiera le permitió que se las hiciera. No podían ser compatibles. Por esa razón, la joven orientó su carrera a ayudar a futuros padres adoptivos.

Aunque no habían mantenido el contacto, Alba y José Luis habían sido compañeros en la universidad. Él conocía su historia desde entonces y, en no pocas ocasiones, le había confesado que sospechaba desde niño que la suya tenía que ser muy parecida.

A lo largo de su carrera, algunos hijos de padres adoptivos habían acudido a ella para buscar a sus padres biológicos. En aquellas búsquedas, descubrió a algunas madres que también trataban de encontrar a sus hijos, a las que les habían enseñado una caja de cartón que sospechaban que estaba vacía. Desde entonces, Alba se había metido de lleno en esos casos.

El día estaba empeorando por momentos. Alba cogió a José Luis del brazo y caminó unos pasos con él.

—Ahora deberías volver con tu madre. ¿Quieres que te lleve? Tengo el coche aquí mismo —le dijo señalando la acera de enfrente.

José Luis miró hacia los nubarrones que el viento arrastraba tierra adentro y asintió con la cabeza, visiblemente apesadumbrado.

Siempre se había sentido orgulloso de la ciudad en la que creía haber nacido, con su luz mediterránea y su aire cosmopolita. Cuando era pequeño, soñaba con ser el capitán de uno de los cruceros que salían del puerto, auténticas ciudades flotantes que arribarían a lugares lejanos y exóticos para volver siempre a Valencia, donde los pasajeros eran recibidos como héroes que regresaban a casa después de numerosas aventuras. Si le hubieran dado a elegir, jamás habría pensado en nacer en otra ciudad

que no fuera la suya, tan viva, tan blanca, tan llena de historia. La ciudad en la que el Cid Campeador ganó su última batalla, muerto, a lomos de su caballo y empuñando su espada.

Sin embargo, ahora que sabía que su origen estaba a cientos de kilómetros, Valencia se presentaba ante él como la constatación de una traición. Ya no la identificaba con *Babiaca*, *Tizona* y el Cid, sino con esos nubarrones negros sobre su cabeza, a punto de descargar, y con el sol tapado por aquella neblina. Valencia era ahora la amenaza, la inseguridad, la traición de sus padres cada vez que le juraron que los niños del colegio mentían, la falsedad. Falsos eran su fecha y su lugar de nacimiento; la palabra hijo en los labios de su madre, y la de madre en los suyos; los abrazos, los mimos y las fiestas de cumpleaños. Falsa era su vida. Falsa su identidad.

El viento de levante se alimentaba a sí mismo, convertido en ráfagas de humedad, en un día gris y mortecino que no podría haber empezado peor. Porque Valencia también era para él su amigo Carlos. La niñez compartida, segura, cálida. La amistad que protege y que no entiende de individualidades. Los problemas comunes y las soluciones buscadas hombro con hombro.

Carlos siempre había sido para él la tabla que lo salvaba de cualquier naufragio. Admiraba su forma de reaccionar ante las agresiones de los otros, volviendo la amenaza contra ellos y riéndose siempre el último, triunfal, mientras a los agresores no les quedaba otra cosa que lamerse sus heridas.

En el colegio se hizo famoso por lanzar a los curas contra los niños que se metían con ellos. Con sus gritos consiguió que llegase el momento en que Carlitos y José Luis fueran intocables.

Y no eran sólo los gritos; José Luis estaba seguro de que no le habrían hecho falta. Le habría bastado con una de sus miradas desafiantes para dejar clavado en el suelo a cualquiera, sin ayuda de los curas y sin necesidad de hacerse la víctima.

Pero a él no le bastaba con ganar la batalla, necesitaba ver al enemigo aplastado, a ser posible, suplicante y bebiendo de su propia humillación. Como aquella vez que se enfrentó a un grupo de neonazis que se envalentonaron cuando el capitán general de la III Región Militar sacó los tanques a las calles.

Ese mismo día, José Luis cumplía dieciséis años, y habían decidido celebrarlo haciendo pellas por la tarde, con dos chicas de un colegio de monjas que había frente al suyo.

Después de comer, en lugar de regresar al colegio, cogieron el tranvía a la playa de la Malvarrosa y pasaron la tarde persiguiéndose unos a otros, buscando abrazos fortuitos y besos robados.

Ya había anochecido cuando tomaron el camino de vuelta. Las calles estaban desiertas. La visión de los tanques avanzando hacia ellos por la avenida de Pérez Galdós, una de las más anchas de la ciudad, les hizo pensar que se habían colado en

el rodaje de una película.

Ninguno sabía quién era Antonio Tejero, ni que poco antes había interrumpido, pistola en mano, la votación del Congreso de los Diputados para la investidura de Calvo Sotelo como sustituto del presidente Suárez.

El silencio era imponente. El único sonido que se escuchaba era el del rugido de la columna que avanzaba hacia ellos. A los cuatro les resultó fascinante presenciar aquel despliegue: ambulancias militares, camiones repletos de soldados, vehículos todoterreno y tanques, muchos tanques, con sus cañones apuntando al frente y sus ametralladoras levantadas.

Se habían escondido para que nadie pudiera privarlos de aquel espectáculo, y de pronto, a su espalda, oyeron el crujido de los nudillos de unos puños que se preparaban para embestir.

Los cuatro se dieron la vuelta al mismo tiempo, seguros de que aquella fiesta iba a terminar mal, y se encontraron con que los dueños de los puños vestían ropas militares de camuflaje, adornadas con emblemas de las SS. El que parecía el líder se colocó frente a ellos con los brazos en jarras para exclamar, agresivo y amenazante:

—¡Me encantan estas parejitas!

Carlos respondió encarándose con él sin necesidad de pensar, señalando la columna de vehículos blindados:

—¡Y más te vamos a gustar cuando sepas que mi padre es el que dirige esos tanques!

Los nazis se miraron entre sí y soltaron una carcajada mientras se envolvían las manos con unas cadenas que acababan de sacar de un macuto militar.

En ese momento, a José Luis se le paró el corazón. Se ajustó las gafas, como solía hacer cuando se ponía nervioso, y confió en que Carlos no estuviera empeorando la situación.

Las chicas del colegio de monjas dieron un paso hacia atrás y empezaron a temblar y a gimotear. Pero Carlos se cuadró, se metió la mano en el bolsillo, sacó su carné de la División Azul y se lo puso delante de los ojos al cabecilla del grupo.

—¿No creerás que te estoy mintiendo?

—¿Qué cojones es esto?

—Los de mi padre en la División Azul —le mintió Carlos—, que se le van a hinchar más de la cuenta cuando le diga que te he visto, Manolito Cervera.

El nazi se quedó perplejo al oír su nombre. José Luis también lo había reconocido, tenía una voz difícil de olvidar: tajante y desabrida. Se trataba de un antiguo alumno del colegio, hijo de un guardia civil, al que habían expulsado por sus constantes faltas de disciplina.

Si Carlos hubiera querido, todo podría haber terminado ahí, porque los nazis guardaron sus cadenas tan deprisa como las habían sacado e intentaron replegarse.

Pero Carlos quería al enemigo vencido y humillado.

—¡No tan deprisa, camaradas! ¿Es que no pensáis disculparos con las damas?

Manolito Cervera le miró atónito, sin poder creer lo que estaba viendo. Debíó de hacerle gracia aquel pelirrojo que parecía más chulo que él, con su carné amarillento y su desparpajo, porque le sonrió con gesto de admiración y le hizo un guiño de complicidad.

—¡Me gustas, tío! ¡Volveremos a vernos!

Y se marcharon después de hacerles una reverencia a las chicas, que ellas agradecieron insultando a Carlos una vez los nazis desaparecieron detrás de los tanques.

—¡Tú no estás bien de la cabeza, *nen!*

Y los dejaron allí plantados, con el cumpleaños a medio celebrar y con una historia sobre qué estaban haciendo el 23 de febrero de 1981 que repitieron decenas de veces a lo largo de su vida.

Si la confianza de José Luis en su amigo era grande, a partir de entonces pasó casi a idolatrarlo. Tenía en él una fe ciega que no se había roto jamás, y que ahora, veintitrés años después, en relación a un asunto tan trascendental para ambos, empezaba a resquebrajarse.

Mi abuela Mila se quiso morir cuando me vio aparecer en La Ventolera, tapada con una manta, en una moto con sidecar que mi padre se había comprado hacía un par de años, cuando se murió la mula que había sido de mi madre.

Los civiles habían avisado a mi padre para que fuese a buscarme al cuartelillo y, tal y como me entregaron, así me llevó él al majuelo en la moto.

Llevaba los puños apretados sobre el manillar igual que si quisiera romperlo, la mirada fija en el camino y la cabeza agachada hacia delante. De vez en cuando se volvía para mirarme y luego apretaba todavía más los puños. Estoy segura de que tenía que hacerse daño y de que no lo notaba. Los había apretado nada más verme salir al pasillo que daba a la puerta de salida del cuartel, donde él me estaba esperando. El capitán me obligó a colgarme de su brazo como si no me hubiera hecho lo que me había hecho, y así me llevó por todo lo largo del pasillo hasta que nos colocamos enfrente de él. Yo, con el vestido roto y manchado. Fue entonces cuando mi padre apretó los puños y ya no volvió a aflojarlos. El capitán le miró como si le diera lo mismo lo que él hiciera o dejase de hacer, y le dijo que me atara más corto y que vigilase mis amistades. Luego, me soltó, nos señaló la puerta para que saliéramos y nos dijo que no quería volver a vernos por el pueblo. Y mi padre apretó más los puños.

Yo no sé quién daba más lástima, él o yo. Me abrazó sin decir palabra, me envolvió con la manta que siempre llevaba en el sidecar y me ayudó a montarme.

Yo no dejé de pensar en todo el camino en qué le pasaría a mi Zósimo, porque había firmado todos los papeles que le habían puesto delante para que me soltasen a mí, y a él se lo habían llevado para los calabozos, hecho un guiñapo.

A mi padre se le debían de ir amontonando la ira y la desesperación. Cada vez que me miraba y veía cómo me habían dejado, apretaba la boca como si se estuviese sujetando los pensamientos. Y cuanto más nos acercábamos a La Ventolera, más deprisa iba la moto y más cerrados llevaba los puños.

Cuando llegamos, paró el vehículo y, en vez de bajarse para ayudarme a mí, levantó la cabeza y la echó para atrás. Abrió mucho la boca y los ojos y empezó como a gritar. Pero el grito no le salía. Se le quedó atascado en la garganta y no le dejaba expulsar el aire. Estaba igual que los niños pequeños cuando no pueden romper a llorar y se van poniendo cada vez más encarnados. Gritaba y gritaba sin voz, con los ojos muy abiertos y los puños muy prietos. Y yo le miraba sin poder moverme, aterida de frío y de miedo.

No sé lo que habría pasado si mi abuela no llega a salir. Porque ella, siempre que

oía la moto, se quedaba en la cabaña para no verle y no me abría hasta que oía que se alejaba el ruido del motor. Pero se conoce que aquel día le extrañó que tardase tanto en marcharse y se asomó a la puerta. Lo tengo grabado en la mente como si fuera una película de esas de cámara lenta. Dicen que así son algunos recuerdos. Ella se abalanzó contra él y le dio un golpe seco en la espalda. Y a mi padre le salió el grito de pronto, como un vómito. ¡Dios Santo! No puede usted figurarse aquel grito. ¡Retumbó en el cielo! Yo seguía mirándole sin moverme, pero empecé a tiritar, por el miedo que había pasado y por el que estaba pasando viéndole a él, que no cerraba la boca ni los ojos y parecía que se le iba a estallar la garganta de lo que se le marcaban las venas.

Fue un solo grito, pero el más largo que he oído en mi vida. Tan ronco que parecía una fiera salvaje, y tan fuerte que, cuando se le acabó el aire, se desmadejó como un muñeco de trapo y se dejó caer sobre el manillar con la mirada perdida.

Mi abuela nos miró sin saber a quién atender primero, a él, que se había quedado como ausente, o a mí, que seguía tiritando aterrada en el sidecar.

Pero ya le digo que él era un muñeco sin vida, y el propio peso del cuerpo le empujó hacia un lado hasta casi caerse de la moto. Mi abuela tuvo que arrastrarlo hasta la casa y lo dejó en un sillón. Desde aquel día no volvió a hablar ni a valerse por sí mismo. Era como si el alarido que había lanzado se hubiese llevado todos sus pensamientos. Como si le hubiera vaciado la mente y dejado sin voluntad. ¡Lo que son las cosas! Él, que nunca había querido entrar en La Ventolera, ya no volvió a salir de allí. Y mi abuela, que nunca le había abierto la puerta, le preparó un catre y le llevaba todos los días de la cama al sillón. Le cuidó mientras el pobrecito fue apagándose poco a poco hasta que un día no amaneció.

A mí también tuvo que cuidarme, porque estaba casi tan ausente como él. Me sacó del sidecar, me llevó a la cabaña y me bañó para quitarme todas las inmundicias que traía del cuartelillo. Pero eso prefiero no recordarlo.

Ella se dio cuenta en seguida de que me había quedado preñada, y me mandó a Valladolid para no darle al capitán la satisfacción de saberlo. Pero yo estaba segura de que el niño era de Zósimo. Tan segura como de que ahora mismo estoy aquí con usted.

Minutos después de que José Luis se marchase de mi ático con su abogada, los suficientes como para darles tiempo a salir del edificio, bajé a la planta del sótano, atravesé el garaje hasta la puerta que daba a los trasteros y rescaté del mío un archivador metálico compuesto por tres cajones llenos de documentos.

Le había mentido a mi amigo sobre el contenido del camión que mandé a la basura. Fue una mentira necesaria, dadas las circunstancias, porque, de haber mencionado aquella cajonera, la rubia y su cliente no habrían parado hasta meterme en un lodazal en el que yo no tenía la menor intención de rebozarme. Ellos estaban más perdidos que el barco del arroz, como decía mi jefe, que era de Cádiz, donde parece ser que cuando alguien pierde el norte se le compara con un barco lleno de arroz que se hundió en los años cincuenta —para desgracia de los gaditanos, que pasaban una hambruna de órdago a la grande, como casi todos en aquella época.

Pero yo no estaba dispuesto a señalarles el rumbo, ni siquiera a insinuarles cómo corregirlo. Y sabía que aquel mueble metálico podía convertirse en una brújula que los devolviera a la posición correcta.

José Luis tenía razón: mi padre era de lo más organizado con sus papeles. Los clasificaba todos en carpetas que colgaba de los rieles de los cajones y que ordenaba alfabéticamente por temas: «Alquiler», «Bancos», «Colegio», «Facturas», «Hacienda», «Médicos», «Recibos», «Seguros» y un largo etcétera.

Cuando vacié su casa, guardé el mueble archivador por si algún día me hacía falta algún documento. Seguramente fue un signo de debilidad, un sentimentalismo que disfracé de precaución para no plantearme lo que significaba tirar todas sus cosas sin mirarlas. Pero el hecho es que los guardé en el sótano, junto a mil trastos que dormían allí el sueño de los justos y que algún día también acabarían en el vertedero.

En el tercer cajón del archivador, en su lugar correspondiente, había una carpeta titulada «Varios», en la que, entre otros documentos, mi padre guardaba un cuaderno de contabilidad en cuya tapa había escrito las siglas «C.G.».

Lo cierto es que yo, cuando tenía catorce o quince años, le había visto apuntando algo en aquel cuaderno después de una de sus excursiones de pesca. «Contabilidad general», me dijo que significaban las letras de la tapa antes de guardarlo bajo llave en su archivador. A mí me extrañó que fuese la única carpeta que no titulaba con su nombre completo y que no ordenaba alfabéticamente. La contabilidad general tenía suficiente importancia como para ocupar su sitio en la «c», en lugar de en la «v» de «Varios», pero no quise preguntarle más. Él era el contable, y yo sólo un chaval que no tenía ni idea de nada. Aunque sí es verdad que, desde aquel día, decidió guardar el

archivador en el armario de su dormitorio y esconderse cada vez que tenía que apuntar algo. A mí aquellas siglas se me quedaron ronroneando durante mucho tiempo, y también fantaseé con que tenían algo que ver conmigo.

Por supuesto, la llave del archivador debía de estar sepultada bajo toneladas de cosas, incluso entre las que tiró el camión que vació la casa de mis padres. De manera que tendría que abrirlo a lo bruto. Pero el trastero era minúsculo y, además, no quería atraer la atención de los vecinos con mis golpes, así que arrastré el mueble hasta el ascensor, me lo llevé a mi ático y allí lo descerrajé.

Mi amigo José Luis se habría deshecho en lágrimas si hubiera visto aquel cuaderno con sus columnas del «Debe» y el «Haber» repletas de cifras colocadas junto a las fechas de cada asiento. La primera demostraba que mi amigo no iba desencaminado: 7 de enero de 1965, un día antes de nacer yo. Las demás oscilaban entre el 1 y el 5 de agosto. ¡Coincidencias de la vida! ¡La época en que los dos bancarios pescaban sus dichosas lubinas! La cantidad era siempre la misma, ni un céntimo más ni uno menos, en total 1725,50 pesetas distribuidas en dos columnas diferentes —1500 aparecían como amortización de capital y 225,50 en la columna de intereses.

La suma final alcanzaba 250 000 pesetas de capital amortizado y 7500 de intereses satisfechos en trece pagos de periodicidad anual. En aquellos años, por mucho menos podrían haberse comprado un ático mejor que el mío.

Pero los asientos no terminaban con la cancelación de la deuda. A partir de mis trece años, la cifra subió a 2500 pesetas anuales, que fueron aumentando gradualmente conforme subía el IPC.

¡Sí! José Luis habría llorado amargamente si hubiera visto aquella especie de condena a cadena perpetua que cumplían nuestros padres y que para los míos terminó en el verano de 2001, cuando los dos murieron en la autopista por la que regresaban —supongo— de realizar el único pago que mi padre no pudo apuntar en su cuaderno. El último alcanzaba ya la cifra de 253 000 pesetas. El siguiente deberían haberlo satisfecho en euros, que se implantaron en España en enero del año siguiente, pero mis padres murieron sin conocer la moneda que los habría llevado de cabeza.

Desconozco si la madre de José Luis, desde que murió su marido, continuó atada a aquella condena —que, para mí, se había convertido en un chantaje en toda regla. Vete tú a saber de quién y por qué—. Supongo que sí, porque las excursiones de pesca se cambiaron por un viaje que realizaba con mis padres, siempre a principios de agosto, para tomar unos baños en el Balneario de Alange —un pueblecito lleno de cuevas de la provincia de Badajoz—, y a la vuelta presumían de haberse bañado en una auténtica terma romana restaurada.

Doña Amparo se salvó en el accidente de puro milagro, pero desde entonces arrastró los problemas de cadera que la habían llevado al hospital para implantarle

una prótesis justo cuando nosotros tendríamos que haber estado tomando el sol en el Caribe. La pobre debió de intuir que no saldría del quirófano, por eso le confesó a su hijo la mentira que la estaba corroyendo.

Mi padre estuvo a punto de hacerlo conmigo en una ocasión, porque estaba claro que aquello les había podrido por dentro —por lo menos a mi madre—, pero yo no le dejé. ¿Cómo iba a imaginarme una cosa así?

Dos días después de la operación de cadera, doña Amparo sufrió un fallo multiorgánico y falleció sin haber salido de la Unidad de Cuidados Intensivos y sin haber vuelto a hablar con José Luis del tema que más le preocupaba.

Carlos acompañó a su amigo a lo largo de todo el proceso, desde que José Luis le llamó para decirle que su madre se moría hasta que llevaron a doña Amparo al tanatorio y después al cementerio.

También le había acompañado durante la operación de su madre, pero no habían vuelto a hablar del tema a pesar de que el ejecutivo sabía que la conversación tendría que producirse tarde o temprano. Y así fue. José Luis le abordó en el crematorio, poco después de que el féretro desapareciese tras la cortina que separaba los hornos de la pequeña capilla donde se habían celebrado las exequias.

—Por favor —le dijo cuando se quedaron solos en el primer banco de la capilla, tras haber estrechado las manos de los parientes y amigos que le habían presentado sus condolencias—, dime que no tiraste los papeles de tu padre. Él lo guardaba todo.

—No insistas en eso, y menos ahora, no creo que sea el momento ni el lugar.

—No te entiendo, Carlos, ¿es que no quieres saber quién eres?

—Sé perfectamente quién soy. Y tú también deberías saberlo. Has tenido unos padres que siempre se han desvivido por ti. ¿Qué más quieres?

—Quiero la verdad.

—La única verdad es que tu madre está ahí dentro ahora mismo. Y que tendrás que llorarla como lo que ha sido siempre: la única madre que has conocido.

—La que me mintió toda la vida.

—No, José Luis, la que te dio todo lo que tenía.

—Menos la verdad.

—La verdad puede ser una maldita trampa infectada de veneno. No le des más vueltas. Ella intentó protegerte. ¿O qué te crees? ¿Que la verdad va a ser un cuento de hadas? No seas iluso. Será tan negra que lo más probable es que no la soportes.

—Lo que no soporto es esta sensación de que he vivido una vida que no era la mía. No sé cómo tú puedes actuar como si no hubiera pasado nada. ¡Nos compraron a plazos! ¿No te parece lo suficientemente fuerte como para querer saber por qué y a quién? ¡Ya es duro pensar que tus padres te abandonaron, pero que te vendieron...! ¡Eso es insoportable! ¡No sé cómo puedes...!

Y rompió a llorar sin terminar la frase. Carlos le abrazó en silencio y dejó que se desahogara.

—Deja las cosas como están —le dijo cuando se calmó—. Has tenido una vida

que cualquiera envidiaría. Quédate con eso y sigue viviéndola. Hazme caso.

En ese momento, Alba Cruces entró en la capilla y se encaminó hacia el primer banco. Llevaba un abrigo negro abotonado hasta el cuello y unos zapatos de tacón que resonaban contra el parqué con cada pisada. Carlos la saludó con un gesto de la cabeza que ella respondió extendiéndole la mano para estrechársela. Luego abrazó a su cliente.

—Lo siento mucho. No he podido llegar antes. Hay novedades. —Llevaba un paquete en el bolso y lo sacó mirando alternativamente a los dos amigos para hacerles entender que el contenido les incumbía a ambos—. Tenéis que ver esto.

A José Luis se le saltaron de nuevo las lágrimas y miró a su amigo con una especie de sonrisa que parecía una súplica. Pero Carlos no se dejó conmovir. Sabía que si su amigo continuaba investigando podía encontrar más dolor del que era capaz de imaginar. Y aquel dolor sí que le resultaría insoportable. Porque Carlos sí conocía la verdad, o al menos una parte de ella, hacía años que la había averiguado pese al silencio de sus padres.

—Ya sabéis lo que opino de toda esta locura. —Y después se dirigió a José Luis señalando la cortina que daba al crematorio—. Tu verdadera madre está ahí, y la mía se mató en un accidente con mi padre. No cuentes conmigo para que piense otra cosa.

—Pero...

—Sin peros, José Luis. Respétame en esto. ¿O piensas que no tengo derecho a seguir con mi vida porque tú quieras echar la tuya por la borda?

Carlos se marchó antes de que José Luis pudiera contestarle, lanzándole a Alba Cruces una mirada con la que le recriminaba que alentara a su amigo a continuar con aquella historia, en contra de sus advertencias.

En la víspera de mi dieciocho cumpleaños, escuché a mi madre llorar en su dormitorio, cosa que no me sorprendió lo más mínimo, puesto que siempre lloraba cuando se acercaba aquella fecha, la más importante para mí, que a ella, sin embargo, parecía horrorizarla. Pero aquella vez fue diferente, porque la oí lamentándose de que no había podido cogerme en brazos cuando nací.

—Si por lo menos hubiera podido darle un beso —le decía a mi padre creyendo que se encontraban solos en casa.

Y mi padre, que nunca le había gritado delante de mí, me sorprendió con un berrido que retumbó en todo el piso.

—¡Tienes que olvidarte ya de eso! ¡Llevas machacándote con lo mismo desde hace dieciocho años!

—Si hubieras insistido más... No sé por qué no le exigiste al médico que nos lo enseñase.

Yo estaba en el salón. Acababa de llegar a casa después de un partido de baloncesto. Jugaba como base en el equipo del polideportivo de mi barrio, porque, aunque ya medía el 1,85 que sigo midiendo ahora, el resto de los jugadores me sacaba la cabeza.

Me estaba quitando las deportivas sentado en el sillón orejero que había frente al aparador, donde mi padre guardaba las piezas que le sobraban de sus relojes, ya que siempre le quedaba alguna que otra sin colocar.

Encima de aquel mueble, mi madre tenía puestas las fotos de rigor: su boda, su viaje de novios a Sevilla, mi bautizo, mi comunión de marinerito y no sé cuántas horteradas más. Entre ellas había una en la que se la veía bastante embarazada y que debía de ser su preferida, porque destacaba en un marco de plata que tenía siempre reluciente —los otros eran de alpaca, y se notaba la diferencia.

El caso es que aquel día, al oírlos discutir por algo que no entendí, no sé cómo ni por qué, ya que a mí aquellas fotos me daban una especie de grima casposa insoportable, cogí la foto de embarazada y la saqué del marco.

Entonces lo comprendí todo. Estaba más que claro que aquel día mi madre no lloraba por mí, y que en mis anteriores cumpleaños tampoco. Ya no me cabía ninguna duda. Los chicos de mi colegio tenían razón. Y la monada que sabía retorcer la lengua también. La prueba había estado siempre delante de mis narices sin que yo le hiciera caso.

En el reverso de la foto, grabado en bajorrelieve, se veía estampado el sello del fotógrafo con el lugar y la fecha en que fue tomada: Valladolid, 4 de enero de 1965.

En aquel momento, sólo pensé que la sensación que me perseguía desde siempre no eran imaginaciones mías. Era cierto que tenía que competir con alguien por el cariño de mi madre. Aquel fantasma existía, por lo menos en el recuerdo de aquella casa.

Mi padre me había enseñado aquella foto muchas veces cuando le preguntaba si yo era adoptado, para acallar las bocas de los cretinos de mis compañeros.

—Esta es tu madre el día en que naciste —me decía para convencerme—. Ahí dentro estás tú —y señalaba el vestido abultado como si fuese una prueba irrefutable.

Ella, por su parte, nunca tomaba partido: asentía con la cabeza y procuraba evitar mi mirada.

Supongo que ahora, a veintiún años vista, podría tratar de entender lo que debió de sufrir. Pero, a punto de cumplir los dieciocho, ¿quién se para a pensar en alguien que no sea uno mismo? ¡Desde luego, yo no! Y menos en unas circunstancias como aquellas. Así que cogí la dichosa foto, me presenté en el dormitorio con toda mi furia en alto y le coloqué a mi madre delante de sus ojos llorosos la prueba de que me estaban mintiendo.

—¿Quieres explicarme qué significa esto?

Creo que aquella fue la primera vez que le levanté la voz. Después vinieron muchas otras, y casi siempre acababa llorando en su cuarto lamentándose de su vida. Yo, por mi parte, terminaba dando un sonoro portazo y dejándola con su autocompasión y con mi padre, que el pobre tenía que soportarnos a los dos.

Desde entonces, las broncas fueron en aumento, o mejor dicho, se convirtieron en aluvión, porque no había día en que yo no saliera de casa dando el do de pecho. ¿El motivo? Cualquier estupidez que me sirviera de excusa para echarles en cara que no se atrevían a admitir que habían perdido a su hijo y que siempre me habían visto a mí como un sustituto.

Ella no sabía qué hacer cuando yo volvía a casa y la retaba para que apartase la mirada, como siempre. Y él intentaba poner paz donde sólo era posible mantener una *entente cordiale* en la que triunfaba una frialdad imposible de templar.

Cuando les enseñé aquella foto, que fue tomada en Valladolid cuatro días antes de que, supuestamente, yo naciera en Valencia —a los famosos 569 kilómetros de la aspirante a topógrafa—, se justificaron diciéndome que fue precisamente aquel viaje lo que le provocó a mi madre las primeras contracciones. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Otra patraña imposible de creer. Aquella historia no se sostenía por ninguna parte. En aquella época, desde Valladolid hasta Valencia había por lo menos un día de viaje. Tendrían que haber parado en Madrid y coger allí otro tren. ¡569 kilómetros! Si mi madre ya tenía dolores de parto, ¿por qué no quedarse en Valladolid en lugar de arriesgarse a parir en un vagón? Pero, sobre todo, ¿por qué me había mentado mi padre cada vez que me había enseñado la fotografía? ¿Por qué me decía que era del día en que nací,

en lugar de cuatro días antes?

Tenía ya demasiados indicios como para seguir haciéndome el tonto. Mi pelo de zanahoria y mi incapacidad para torcer la lengua podían deberse a un salto de la genética, mis conocimientos científicos no me bastaban para poder rebatirlo, pero lo de la foto no había quien se lo tragase.

En realidad, la verdad me perseguía desde que tenía recuerdos. Como he dicho en más de una ocasión, tendrá que ser así, como diría mi jefe, que no sabía el favor que me estaba haciendo cuando pronunció la frasecita, porque, con lo sencilla que parece, yo creo que explica todos los misterios del mundo.

Hay muchas maneras de preguntarse de dónde viene uno, pero sólo una de contestar, y a mí aquella respuesta no me la habían dado todavía.

Pero, bueno, sigamos con lo importante, que tengo demasiada tendencia a convertir lo anecdótico en el quid de la cuestión y perderme desbarrando —eso también me lo decía mi jefe.

El caso es que no me creí una palabra. Y aquel día, después de tirarle la foto a mi madre a la cara, me acerqué a mi padre con los puños cerrados, manteniendo los brazos a lo largo del cuerpo, rígidos, tensos, concentrados en no moverse ni un centímetro porque el más mínimo desplazamiento podría convertirse en algo definitivo, y le pregunté sin más contemplaciones lo que me imaginaba desde que los cretinos del colegio sembraron mis primeras dudas.

—Mi verdadera madre es una puta, ¿verdad?

Y él se quedó desarmado, me miró con los ojos más tristes que le había visto nunca y me contestó:

—No, hijo. Murió en el parto.

Y mi madre escondió la cara entre las manos, incapaz de soportar la verdad. No sé cuál de los dos me dio más lástima: si ella, que no podía mirarme porque aquella confesión confirmaba que no había sabido quererme, o él, que lo intentó con todas sus fuerzas.

Recuerdo la sensación que me produjo saber al fin la verdad. Fue como si me hubieran metido una aspiradora en la boca del estómago y la hubiesen hecho funcionar hasta dejarme completamente hueco. Lo más extraño fue que no sentí dolor. Al contrario. Relajé los brazos y los puños y respiré hondo para llenar el vacío.

Mi padre me miraba con los ojos empañados y mi madre continuaba con la cara tapada, escondiendo su vergüenza.

Debería haberlos odiado en aquel momento, pero no me salió. Me sentí aliviado, descargado del peso. Ya no tenía que darle más vueltas al asunto. Hasta me alegré de que mi verdadera madre hubiera muerto. Había vivido dieciocho años con las malditas dudas a cuestas, y aquello supuso una auténtica liberación. Ni siquiera tenía que plantearme si me gustaría conocerla. ¡Muerto el perro, se acabó todo lo demás!

Mi padre se acercó a mí y trató de ponerme la mano en el hombro, pero yo di un paso atrás —el primero de los muchos que siguieron hasta que me alejé totalmente de ellos— y le pregunté señalando la foto:

—¿Y ese niño?

—Murió en la incubadora a los tres días de nacer, el mismo día que te adoptamos a ti.

—¿Por qué no me lo dijisteis?

Él se encogió de hombros como si no tuviera respuesta, como si lo que estaba sucediendo justificase lo que estaba a punto de decir:

—Nos daba miedo tu reacción. —Y por fin dejó que se le escaparan las lágrimas.

—¿Todo esto tiene algo que ver con la carpeta de contabilidad general? —le pregunté señalando el armario donde guardaba el archivador.

Él hizo ademán de ir a por ella. Pero yo le paré en seco y le dije que no quería saber los pormenores. Algunos pensamientos se cruzan por la mente durante un instante y se olvidan al siguiente, y eso fue lo que me pasó a mí con aquellas siglas, una vez que supe que mis sospechas eran ciertas.

—¿Sabes algo de mi padre?

—Parece ser que abandonó a tu madre cuando supo que estaba embarazada.

No me esperaba otra cosa, la verdad, así es que pensé que mejor que mejor. Un hombre que había abandonado a una mujer preñada no merecía que yo gastase un minuto de mi pensamiento en él.

Desde aquel instante, todos estuvieron muertos para mí. Los unos y los otros. Los de verdad y los que trataron de serlo pero no lo consiguieron.

A los pocos meses, me fui de casa y me busqué la vida como pude. Me matriculé en Publicidad y Relaciones Públicas y trabajé aquí y allí hasta que en mi agencia me dieron la primera oportunidad como becario en prácticas, dos años antes de licenciarme.

Por supuesto, de vez en cuando no pude evitar preguntarme lo clásico: quién era yo, de dónde venía, qué pinta tendrían los que me habían traído a esta mierda de mundo y todas esas cosas que, tengo que reconocer, a veces llegaron a agobiarme. Pero logré dominar a las fieras cuando decidí que yo mismo construiría las respuestas. Mi vida era yo mismo, sólo dependía de lo que hiciera con ella. El pasado no es más que una sogá que puede arrastrarnos hasta el fondo, y yo tenía que liberarme de ella.

De manera que, cuando José Luis se presentó en mi casa con su abogada la primera vez, lo último que se me pasó por la cabeza fue seguirle el juego y empezar a hundirme en las dudas otra vez. Me daba igual si en lugar de adoptarme me habían comprado, el caso fue que yo había tenido que hacerme a mí mismo cuando descubrí la primera mentira. Y no estaba dispuesto a tener que reinventarme otra vez.

A él no pudo sentarle peor, pero qué se le va hacer. Una vez más, la respuesta estaba clarísima: tendrá que ser así. En la oscuridad no se ve un carajo, y ¿para qué encender la luz si lo que nos espera es más negro todavía?

Como ya he dicho, entré a trabajar en la agencia antes de terminar la carrera. Fue gracias a unos trabajos que a mis profesores de diseño multimedia y de introducción a la creatividad les parecieron de lo más innovadores.

Cinco años después, ya controlaba una de las cuentas más suculentas de la agencia y nadie descartaba la posibilidad de que, en breve, entrase a formar parte del consejo de dirección —la ambición está muy minusvalorada en general, pero en mi agencia sabían que es un valor a tener en cuenta, y yo, la verdad, nunca he ocultado mis ganas de comerme el pastel de un solo bocado.

A mis veinticuatro años, ya le había demostrado a todo el mundo cuánto se me podía pedir y hasta dónde estaba dispuesto a llegar. En relación a esto último, todos los directivos sabían que yo no me marcaba límites: cuanto más alto, mejor.

Sin embargo, en cuanto a qué se me podía pedir sí había trazado desde el principio una línea roja que no cruzaría nunca, le pesara a quien le pesase. Aquello también lo sabía todo el que hubiera trabajado conmigo. Desde el primer día en que pisé la agencia con mi beca de prácticas, amén de hacerles entender que no estaba allí para hacer fotocopias ni para ordenar los papeles de nadie, les dejé bien claro a todos que ni al mismísimo director general le permitiría que modificase una coma de mi trabajo como creativo.

A decir verdad, y para ser todo lo sincero que puedo ser, el mérito de que en seguida me considerasen algo más que un becario no fue exactamente mío. La casualidad se puso de mi lado y conjugó una serie de circunstancias que me vinieron al pelo: una campaña que se les había caído en el último minuto; un director de creación que clamaba por nuevas ideas; otro de arte que se había quedado en blanco; un bocetista y un redactor que ídem de ídem; gritos a diestro y siniestro de todos y cada uno de ellos, mientras el cliente esperaba una propuesta en el despacho del director general —en treinta minutos a más tardar—; y yo, que parecía haber sobornado al destino para que me colocase en aquel maremoto, con mis casi veinte años y un disquete en el que llevaba los trabajos por los que me habían concedido la beca y que, ¡bendita casualidad!, se centraban en el mismo producto cuyo fabricante les había concedido media hora para no dejarlos colgados.

Ni que decir tiene que aproveché la ocasión. Metí el disquete en el primer ordenador que vi encendido y les demostré a todos que las nuevas tecnologías multimedia acababan de aterrizar en la agencia para sacarlos del apuro.

Me había inspirado en un videoclip de Michael Jackson que el año anterior se había convertido en récord de audiencias. Más de quinientos millones de personas

habían visto cómo el cantante se transformaba en pantera, en medio de un estudio de grabación, para bailar después con unos movimientos pélvicos y unos tocamientos que escandalizaron a un montón de pacatos.

Para mis prácticas, me había centrado en una parte del estribillo en la que sucesivamente aparecían, de hombros para arriba, personas de razas distintas bailando y mirando a cámara mientras se transformaban unas en otras. La idea central del videoclip era romper con las barreras raciales y con la violencia que llevan aparejada; la de mis anuncios, rechazar la dictadura de los cuerpos atléticos. Cualquiera, fuera de la talla que fuese, midiera lo que midiese y pesara lo que pesase, podría embutirse en los vaqueros y abrocharse las camisas que fabricaba mi supuesto cliente.

No sé si fue por las prisas o porque al director creativo le gustó de verdad mi trabajo, lo que sí sé es que lo único que hizo fue ponerles a mis anuncios la marca del cliente que acababa de amenazarlos con retirarles la cuenta. Cuando el hombre vio mi propuesta y movió la cabeza en un gesto afirmativo, todos respiraron aliviados. Habían sobrevivido a un huracán.

En aquel mismo instante decidí que terminaría mis prácticas con un puesto de plantilla en la firma y creando anuncios que serían siempre míos.

Lo conseguí sin tener que dar un solo codazo. Había caído en gracia y no lo iba a desaprovechar. Mis ideas triunfaron en un momento en que los cambios tecnológicos se producían tan rápidamente que aún no había dado tiempo a asimilarlos cuando ya habían cambiado otra vez, y yo aquilaté mis pasos para adelantar mis jugadas lo más posible.

Me salió bien, aunque también podría haber sucedido lo contrario. Al cabo de dos años ya había ganado mi primer premio de jóvenes creadores, al que siguieron muchos más. Cuando me dieron el título de licenciado en Publicidad y Relaciones Públicas, ya había firmado mi contrato blindado y con un sueldo de ejecutivo con el que mi padre nunca habría soñado en toda su trayectoria bancaria.

Aprendí mucho a lo largo de aquellos años. Entre otras cosas, que el éxito prematuro se cobra unas servidumbres a las que no hay más remedio que someterse. La envidia, el recelo y las zancadillas se encuentran entre las más comunes, pero no son las más importantes. Si consigues pasar por encima de ellas sin que te afecten, siempre sales reforzado. Lo verdaderamente difícil del éxito es no caer en la tentación de creértelo. Asumirlo como algo transitorio y dejar que la vida te enseñe que lo efímero siempre goza de la misma condición: el drama de tener que despedirse. Lo queramos o no, en cada triunfo hay una pequeña porción de algo parecido a la muerte, un regusto a final, un sabor definitivo que no sabemos si empieza fuera o dentro de nosotros, pero que acaba por envolvernos y marearnos.

A mis veinte y pocos años no lo habría sabido explicar, pero lo sentía. Percibía

aquella especie de náusea que siempre acompañaba a cada premio y a cada reconocimiento, aquel olor a verde resentido que me salía al encuentro cada vez que mi nombre se colaba en algún palmarés. Y cuantos más escalones subía yo, más intensa se hacía aquella pestilencia que se desparramaba a mi alrededor. Pero yo me tapaba las narices y seguía mi camino. Al fin y al cabo, me había acostumbrado desde pequeño a que ni siquiera mi madre celebrase mis éxitos. Aquel hedor no me afectaba. El que me hacía temblar era el que parecía salirme de dentro cuando me quedaba solo y me dejaba llevar por el sabor de la victoria: una mezcla de atracción por el abismo y de autocomplacencia en la que me gustaba recrearme, sentado en el salón del maravilloso ático con terraza que había comprado a tocateja gracias a las comisiones de mis campañas. ¡Y pensar que mi padre nunca tuvo un piso en propiedad después de tantos años de trabajo y que yo, con sólo unos pocos, había podido comprarlo al contado!

No hay comparación de la que no resulte un ganador. Y no hay victoria que no vaya acompañada de un olor dulce y balsámico que emana de todos los poros de la piel y se expande hasta envolverte. Un aroma fresco y agradable, como el de las frutas recién cogidas del árbol, que madura a una velocidad de vértigo hasta que fermenta y se vuelve ácido y tramposo, como el aliento de los que no saben perder. Era entonces cuando yo me echaba a temblar. Porque, cuando mejor me estaba sintiendo, cuando más estaba disfrutando de aquel éxtasis, me asaltaba aquel hedor que procedía de mí mismo, junto con la idea de que la muerte acechaba de mil formas, también en la del éxito.

A comienzos de octubre de 1992, a punto de cumplir veintidós años, el hijo de María Dolores González, Camilo Sanz González, se trasladó a Tarragona para iniciar la primera licenciatura en Enología que se ofertaba en España, en una universidad que había nacido el año anterior y que debía su nombre al historiador Antoni Rovira i Virgili, presidente del Parlamento catalán durante la II República.

Camilo había obtenido el título de Ingeniero Técnico Agrícola el curso anterior, y ya había ganado algún premio que otro con las uvas del majuelo que había heredado de su bisabuela Mila.

Unos días antes del viaje de Camilo a Tarragona, la familia se encontraba reunida frente al televisor después de cenar, cuando, de repente, María Dolores se levantó del sofá y se marchó a su dormitorio visiblemente excitada.

Estaban viendo un programa especializado en buscar personas desaparecidas, que estrenaba su segunda temporada después del éxito rotundo de una primera que había iniciado su andadura a principios de año.

En el momento en que María Dolores se levantó de su asiento, la pantalla mostraba a una mujer de mediana edad abrazando a su hija, mientras el presentador explicaba que, en la clínica donde había dado a luz hacía veintiocho años, a la madre le habían asegurado que su bebé había muerto a las pocas horas de nacer, debido a una infección en el oído interno. Ambas lloraban y se besaban agradeciéndoles a Dios y a la labor de los redactores el milagro de haber podido encontrarse.

Todo el plató, incluidos el presentador, los cámaras y los regidores, se había contagiado de las lágrimas de las dos mujeres.

La joven se había puesto en contacto con la productora hacía unos meses, durante la primera temporada del programa, tras averiguar por casualidad que su grupo sanguíneo no coincidía con los de sus padres.

El presentador había introducido su caso en un debate previo con algunos especialistas, informando sobre las leyes de adopción que regían hasta entonces, que amparaban el anonimato de las madres biológicas y negaban el derecho de los hijos a conocer a sus progenitores, hecho que, según opinión de uno de los expertos, posiblemente también había condicionado la actitud de la mayoría de los padres adoptivos, que solían ocultarles a los niños el origen de su filiación, bien por miedo al rechazo, bien por evitarles la sensación de abandono que podía generarles.

El debate se había centrado en la capacidad de percepción de un gran número de hijos adoptados que, aparentemente sin motivos, sospechaban desde pequeños sobre su verdadera identidad, y en el tesón de algunos de ellos al intentar averiguar sus

orígenes.

La invitada de aquel programa cumplía todos los requisitos: la sospecha desde niña de que era adoptada, la negativa sistemática de los padres adoptivos a confirmárselo y el empeño de ella en llegar hasta el fondo y conseguir que le confesaran la verdad.

Los padres adoptivos también estaban en antena y juraban por lo más sagrado, llorando y abrazando a su hija y a la madre biológica, que antes de firmar los papeles de adopción el médico les había enseñado la partida de defunción de la madre biológica y les había asegurado que la niña acabaría en la inclusa si no la adoptaban.

Santiago se levantó detrás de María Dolores y la siguió hasta el dormitorio, donde ella empezó a caminar de un lado a otro como un animal enjaulado. Las fechas coincidían, y la historia no podía ser más parecida a la suya.

—¿Te das cuenta, Santi? Yo tenía razón. Mi hijo vive.

Se movía a grandes zancadas alrededor de los muebles, con los brazos cruzados sobre el pecho y rodeándose a sí misma como si quisiera deshacer el vacío que había sentido en sus brazos durante veintiocho años.

—¡Lo sabía, lo sabía! —exclamó como si acabasen de confirmarle algo que era más que evidente. Se detuvo delante de la ventana y su excitación se transformó en una especie de reencuentro consigo misma que la hacía parecer ausente de todo, ajena al mundo, incluso a su marido, que la miraba sin saber cómo reaccionar.

La luna apenas era un trazo dibujado en cuarto menguante, una línea delgada y expresiva que indicaba que su ciclo estaba a punto de cumplirse. Al día siguiente comenzaba el otoño, melancólico y rojizo, con sus arboledas desnudas y su promesa de regeneración. Dolores pensó en aquella coincidencia. Todo tiene un principio y un fin. Los ciclos siempre se abren y se cierran. No hay luna nueva sin cuarto menguante, ni primavera que no haya visto previamente las hojas muertas de los árboles desperdigadas por el suelo.

María Dolores miró hacia arriba, alzó las manos con los dedos cruzados y volvió a pronunciar una y otra vez «lo sabía, lo sabía», como si con aquella doble afirmación estuviera agradeciéndole al más allá que, por fin, hubiera atendido sus plegarias. También para ella empezaba un nuevo ciclo.

Santiago nunca la había visto tan llena de vida, tan exultante y, al mismo tiempo, tan ensimismada, tan hacia dentro, como si quisiera recoger su alegría y guardarla en lo más profundo, porque lo que acababa de ver en la televisión confirmaba a ciencia cierta su propia historia. Aquella madre y aquella hija, que lloraban en medio del plató, no eran sino la viva encarnación del sueño que ella acariciaba desde hacía más de un cuarto de siglo. Alguien parecía haber abierto una puerta que ella podría cruzar con la certeza de que al otro lado le esperaba lo que estaba buscando.

Y tenía razón: para María Dolores, la escena que acababan de presenciar suponía

todo aquello y mucho más, porque aquella madre que había arrancado el llanto de todos, aquella mujer de mediana edad que temblaba besando a su hija por primera vez, demostrándole al mundo que el tiempo, tarde o temprano, acaba por hacer su trabajo, era ella misma, María Dolores González Rodríguez, abrazando a su hijo, reconociéndose en él, desprendiéndose del desconcierto de sus brazos vacíos.

Siempre he huido de los programas lacrimógenos. Detesto ver cómo los periodistas escarban en las heridas de los invitados para arrancar la compasión de los televidentes y obligarlos a seguir pegados a la pantalla. Pero el *share* es el *share*, qué se le va a hacer; su tiranía nos afecta a todos los que nos dedicamos a provocar necesidades de las que cualquiera podría pasar olímpicamente.

Pero allí estaba yo, viendo uno de aquellos programas, precisamente por culpa de la dichosa cuota de pantalla. Era principios de diciembre. Estábamos en plena campaña de Navidad para unos grandes almacenes cuyos anuncios se habían insertado en los programas de *prime time* de las televisiones privadas, que se estaban consolidando después de dos años de rodaje, y yo andaba zapeando de un canal a otro para informar del resultado.

La verdad es que no hacía falta que lo hiciera, porque, como toda firma publicitaria que se precie, teníamos contratado el servicio de una empresa que nos informaba al detalle sobre cada paso del proceso: cada anuncio, su impacto, cómo y cuándo se había emitido, los *ratings* de programas, las curvas de audiencias y mil cosas más que nos servían para planificar los medios en los que queríamos estar presentes.

Pero así soy yo, me gusta comprobar las cosas con mis propios ojos. Sé que es un defecto que me ocupa más tiempo del que debiera, en mi trabajo y en todo lo demás, pero disfruto como un niño jugando a cazar mis anuncios como si no conociera exactamente la hora, el minuto y el segundo en que van a aparecer.

En aquella época, todavía no me había hecho el hueco que ocupo ahora en la empresa. Había subido ya los primeros escalones, eso sí, pero me quedaban unas cuantas cimas por coronar. Mirando hacia atrás, podría decirse que era uno de esos recién salidos de la facultad que necesitan impresionar a su jefe para que le den una palmadita en la espalda. Pero lo cierto es que no era así. Llevaba ya nueve años en la agencia, y mis jefes confiaban en mi trabajo más que en el suyo propio.

Pero, bueno, no quiero desbarrar, que ya he vuelto a irme por las ramas. El caso es que aquella noche había invitado a cenar en mi casa a mi última conquista, la modelo que protagonizaba la campaña navideña de mi mejor cuenta. Nos disponíamos a celebrar que al día siguiente volaría con ella a Nueva York —en mi primer viaje con cargo al presupuesto del comité de dirección—, cuando me encontré de bruces con un programa de máxima audiencia que había dedicado varias emisiones a la desaparición de tres adolescentes que no habían vuelto a sus casas después de asistir a las fiestas patronales de un pueblo de Valencia.

Como aperitivo para la cena, yo había abierto una caja de caviar de beluga que me había regalado un cliente. Ni excesivamente salado ni seco. Como debe ser. Con la consistencia adecuada para que sus granos se separen fácilmente en la boca. Sin grasas suplementarias ni olor a pescado. Lo preparé como mandaba el protocolo: bien frío en su nicho de hielo y con su cucharita de nácar.

Le estaba ofreciendo a la modelo la última cucharada de las preciadas huevas de esturión, cuando el locutor presentó a una mujer pelirroja que aseguraba, conteniendo las lágrimas, haber tenido un hijo hacía casi veintiocho años en el mismo hospital de Valladolid donde le habían robado a la suya a la invitada de un programa emitido hacía un par de meses.

El caso ofrecía tantas similitudes, a pesar de que la mujer pelirroja sólo presentaba sospechas, que parecía evidente que las dos mujeres habían pasado por el mismo trance: una joven soltera embarazada, un hospital de beneficencia, una monja y un médico desaprensivos, un niño al que dieron por muerto, la complicidad de algunos funcionarios igualmente desaprensivos, y una madre que no había dejado de pensar en que la habían engañado.

Hasta esa noche, yo había creído la historia que me contó mi padre cuando los pillé en el renuncio de la fotografía: mi madre había muerto en el parto y ellos no se habían atrevido a decirme nunca nada para que no los rechazase. Pero cuando vi a aquella mujer con el pelo rojo y rizado, que había parido el día anterior al de mi nacimiento y en el mismo sitio donde se tomó la fotografía de mi madre embarazada, el estómago se me volvió del revés.

No quería creer lo que estaba delante de mis ojos. No podía. No sabía cómo procesarlo. ¡No!

Mi cabeza era una olla a presión. Me excusé con la modelo diciéndole que me estaba sentando mal el caviar y le pedí un taxi por teléfono para que la llevase a su casa.

Nunca he soportado tener que volver a pensar en algo que ya considero zanjado. No hay nada que me moleste más que esa frasecita sobre los flecos sueltos con que algunos pretenden marear la perdiz cuando no saben pasar página. ¡Joder, joder, joder! ¡Hay que ser más resolutivos!

Hacía diez años que me había hecho a la idea de que no tenía padres. Punto final de una historia que habría preferido ignorar. Un libro cerrado que se empeñaba en abrirse por sorpresa para colocarme en un disparadero.

La mujer aparentaba unos cuarenta y cinco años. Se comía la cámara como si hubiera nacido en un plató de televisión, explicando su historia con los labios y las manos temblorosos, pero con una rotundidad capaz de taladrar el cemento armado y convencer al más incrédulo.

Estuve a punto de apagar el televisor en varias ocasiones, pero no pude. Aquella

mujer era más fuerte que yo. Mucho más.
Fue la noche más larga de mi vida.

El público se había puesto en pie para darle una ovación. Momentos antes, el presentador le había sugerido que se dirigiera a su hijo como si él pudiera escucharla detrás de la cámara. Ella levantó la voz y miró directamente al objetivo sin moverse de su silla.

—Quiero que sepas que no te abandoné. Que estés donde estés, y te haya criado quien te haya criado, yo te he llevado siempre en mi corazón. —La cuota de pantalla se disparó hasta rebasar el pico más alto de las estadísticas de la cadena. La centralita comenzó a colapsarse mientras ella permanecía mirando hacia el piloto rojo, que continuaba encendido—. Siempre te he querido. Y te seguiré queriendo, aunque no te encuentre.

Desde el control de realización, a través del pinganillo de audio que llevaba en la oreja, el presentador recibió órdenes del director para que la forzase a seguir hablando.

—¡Que no pare! ¡Hazle una seña sin entrar en el plano! ¡La cámara la quiere!

Pero a ella no le hacía falta ninguna señal. Continuó hablando con su hijo como si de verdad le tuviese delante, mirándole con los ojos vidriosos, sin derramar una sola lágrima.

—Me dijeron que habías muerto.

En el plató reinaba un silencio absoluto. El público contenía la respiración. El director ordenó que bajasen la intensidad de los focos de la grada hasta dejarla casi en penumbra.

—¡Luz cenital sobre ella! ¡Más volumen en los hombros y en el pelo!

—Si pudiera saber si estás bien, si te han dado cariño...

—¡Que siga hablando! —insistió el director al tiempo que se dirigía a los cámaras y a los técnicos de luces—: ¡Abre a plano medio! ¡Que se le vean las manos! ¡Cuidado con esa sombra en los ojos y en la nariz! ¡Más luz frontal!

—Me conformaría con poder darte un abrazo. Porque para ti tiene que ser muy difícil. No creas que no lo entiendo. Pero no te preocupes si no puedes.

—¡Vuelta a primer plano! ¡Lástima de brillos! ¿Es que nadie ha maquillado a esta mujer?

La boca le temblaba ligeramente. Se diría que estaba reteniendo lo que verdaderamente quisiera decirle a su hijo, como si midiese las palabras para no hacerle daño.

—Sólo quiero saber adónde te llevaron y si has sido feliz.

—¡Regidor! ¡Aplausos! ¡Ahora! ¡Luces en todo el plató y barrido de cámaras por

el público! ¡Enfoca a los que están llorando! ¡Así! ¡Bien! ¡Busca otro más, un hombre! ¡Vale! ¡Vuelta a primer plano de ella! ¡Fíjalo! ¡Bajando luces y cerrando plano hacia los ojos! ¡Que se vea que están húmedos! ¡A la de tres, cortamos y vamos a publicidad! ¡Uno... dos... tres!

Las maquilladoras salieron al plató para quitarle los brillos de la frente. Nadie se movía. Nadie hablaba. Nadie veía cómo ella se tragaba las lágrimas mientras el director felicitaba a su equipo, exultante después de recibir la enhorabuena de los altos mandos.

—¡Comprobad las llamadas, a ver si hay alguna que encaje para que entre en directo a la vuelta!

No hay sufrimiento más insoportable que el que produce la duda, esa alimaña que le clava los dientes a su presa y se ensaña con ella cerrando la mandíbula y apretando con fuerza para no soltarla. ¡Dios mío de mi vida! Yo había sentido tantas veces aquel dolor que me revolvía contra mí mismo para liberarme de él. Y no es que de pronto se hubiera despertado en mí el amor filial por aquella pobre señora que podía poner mi mundo patas arriba. Nada parecido. No era eso. Era que mis cimientos volvían a tambalearse. Que no sabía cómo reaccionar. Si llorar o gritar. Si seguir a mi instinto y protegerme o exponerme a una bomba que me explotaría en la cara.

Hacía una semana que a los ejecutivos de la agencia nos habían dado unas charlas sobre la asertividad, un concepto que se había puesto muy de moda por entonces y que yo siempre pensé que estaba de más para mí. Sin embargo, en aquel momento en que mi estómago se retorció como una culebra, no hacían más que venirme a la mente las frases con las que nos habían bombardeado durante días: «todos tenemos derecho a decir que no, sólo hay que aprender a decirlo».

Y yo sabía hacerlo. Lo había dicho muchas veces en mi vida, sin ambigüedades y sin sentimentalismos. Pero aquella mujer me había impresionado como nadie. Es curioso, porque no fueron sus palabras ni su mirada las que tocaron mi fibra más sensible —mi única fibra sensible, diría yo—. No fueron sus ojos vidriosos, ni su emoción contenida, ni la forma en que movía las manos —como si pudieran explicar mejor que ella su impotencia de los últimos veintiocho años y las esperanzas que había depositado en aquel programa de *prime time*—. No. No fue eso. Lo que a mí me volvió del revés fue su cuerpo erguido en la silla, con la cabeza alta, la espalda recta y las piernas cruzadas por los tobillos, ligeramente ladeadas a la izquierda. Un cuerpo digno, sereno, seguro, capaz de contradecir a sus ojos, a su boca y a sus manos, que tenían que esforzarse por no perder la compostura mientras el cuerpo se mantenía, sin esfuerzo alguno, donde tenía que estar y como tenía que hacerlo, tranquilo, sabio, confiado, demostrando a todo el que quisiera entenderlo que en aquella silla estaba sentada la verdad más absoluta. Una verdad irrefutable que no necesitaba que su boca, sus ojos o sus manos trataran de explicarla. La misma verdad que yo les había reclamado a mis padres durante años.

Puede que suene a exageración, y seguramente lo sea, no lo sé... Pero lo que yo sentí en aquellos momentos excede a toda lógica. Las fechas eran muy significativas: ella había parido el 7 de enero en Valladolid y, según mi certificado de nacimiento, yo había nacido al día siguiente en Valencia. Todo parecía encajar. De Valladolid a Valencia había un día de viaje. Pero no fue sólo aquel dato. Fue algo más. Porque

aquel cuerpo erguido sobre la silla, digno, inequívoco, estaba diciéndome con toda la serenidad del mundo, más allá de la razón y de las fechas y con una claridad en la que no asomaba la menor sombra de duda, que yo había estado dentro de él.

Por mi mente pasaron todas las preguntas sin respuestas. Todas las mentiras. Todas las señales que la vida había intentado mandarme a través de unos y de otros. Los niños del colegio, las leyes de la genética, la falta de parecido con mis padres, el rechazo manifiesto de mi madre y todos los etcéteras que me habían obligado a diseñar por mí mismo una personalidad con la que estaba la mar de a gusto. Cínica, sí, y prepotente. No lo niego. Es más, presumo de ello como el que presume de su coherencia y de su moral intachable. Mi insolencia y mi desfachatez forman parte de mis señas de identidad, jamás renegaría de ellas. Pero aquella noche, después de haber visto el cuerpo de aquella mujer diciéndome, por extraño que parezca, que me había tenido dentro, me olvidé de mi cinismo y de mi prepotencia y empecé a debatirme entre el quiero y no quiero, entre el debería y el qué más da. Actuar o quedarme parado.

Porque aquella mujer tenía derecho a saber la verdad, pero yo también lo tenía a no removerla.

Después del entierro de su madre, José Luis desapareció sin decirle nada a su amigo.

Excepto cuando alguno de los dos se encontraba en viaje de negocios, era la primera vez que no se habían visto casi a diario, aunque sólo fuera para tomarse unas cervezas al final de la jornada laboral. Carlos intentó llamarle por teléfono en varias ocasiones, pero o bien su móvil se encontraba fuera de cobertura, o bien José Luis dejaba que saltase el buzón de voz y no respondía a sus mensajes. A Carlos no le extrañó su comportamiento, lo achacó a la forma en que se habían despedido en el tanatorio. Quizás él hubiera estado demasiado agresivo en un momento en que José Luis necesitaba todo su apoyo. Así que, tras varios intentos de hablar personalmente con él, le dejó un mensaje en el contestador.

—Me imagino que necesitas tu tiempo para pensar. Llámame cuando quieras.

Carlos había ido a buscarle a su bufete en varias ocasiones a distintas horas del día, pero no le encontró. El abogado tenía unos clientes en Madrid con los que solía reunirse cada cierto tiempo, así que probablemente se encontrase en la capital encerrado en la concha en la que solía meterse cuando el viento le venía de cara.

Durante más de una semana, Carlos aguantó sin llamarlo y sin volver a enviarle mensajes. Al fin y al cabo, a ninguno les iría mal estar un tiempo sin verse, ya que la tensión entre ellos parecía aumentar con cada encuentro.

A punto de cumplirse dos semanas de su marcha, decidió enviarle otro SMS para preguntarle si estaría en Valencia el domingo siguiente, en que se celebraban las elecciones generales. Desde que habían cumplido la mayoría de edad, tenían la costumbre de acercarse en familia al colegio electoral para depositar sus votos en las urnas, un hábito que habían instaurado don Martín y don Antonio desde que ellos eran unos críos, en las primeras elecciones democráticas, y que se había convertido en una tradición.

José Luis no entendería un domingo de elecciones sin ir a desayunar con él antes de dirigirse a ejercer su derecho al voto. Carlos lo sabía, porque tampoco él podría haberlo entendido. En todas las votaciones en las que habían participado habían seguido el mismo ritual: desayunar todos juntos en una cafetería cercana a la Estación del Norte, votar e irse después a cualquiera de sus casas para seguir la jornada electoral. Cuando sus padres vivían, siempre terminaban en casa de don Martín, que consideraba aquellos días como una auténtica fiesta. Aquel año sería el primero en que los amigos votarían los dos solos, de manera que Carlos pensó que sería una buena ocasión para que José Luis rompiera su silencio de los últimos días.

Y no se equivocó. El abogado le envió un SMS diciéndole que se encontraba de

viaje y que le llamaría el domingo para quedar. El mensaje fue tan seco que Carlos decidió olvidarse de él hasta que volvieran a verse. Cada cual lleva su cruz como puede, y José Luis había decidido llevarla sin hablar con él.

Sin embargo, a primera hora de la mañana, cuando Carlos llegó a la agencia, se encontró con una noticia que convulsionó a medio mundo y que le obligó a volver a intentar localizarle: en Madrid se había cometido un atentado terrorista que había convertido cuatro estaciones de la red de cercanías en un verdadero infierno. Varios artefactos explosivos habían estallado simultáneamente en hora punta, provocando decenas de víctimas mortales y cientos de heridos.

Carlos intentó localizar a su amigo con el mismo resultado de los días anteriores: o tenía el teléfono en silencio o no quería contestarle. Las cuatro veces que le llamó, después de escuchar varios tonos de llamada, saltó la voz de la operadora pidiéndole que grabase un mensaje.

En las oficinas de la agencia había un caos absoluto. Las televisiones de los despachos estaban encendidas y el personal se arremolinaba a su alrededor, estupefacto y con lágrimas en los ojos. Los informativos de todas las cadenas ofrecían imágenes dantescas de los escenarios del atentado. Los teléfonos no dejaban de sonar. Un creativo acababa de recibir la noticia de que uno de sus familiares iba en el tren que saltó por los aires en la estación de Atocha. Las primeras sospechas apuntaban a ETA. Eran tantas las víctimas que habían tenido que habilitar un hospital de campaña para los heridos y llevado a los muertos a un recinto ferial.

Carlos volvió a llamar a José Luis y de nuevo escuchó a la operadora, con su tono impersonal y su frase enlatada.

A medida que avanzaba la mañana, el recuento de víctimas iba aumentando. Ya se hablaba de más de cien muertos y un millar de heridos. Todo Madrid se había volcado para ayudar a los supervivientes. En algunas cadenas empezaba a relacionarse el atentado con el que había sufrido Nueva York unos años atrás.

Carlos seguía sin tener noticias de su amigo, así que, a mediodía, después de haberse puesto en lo mejor y en lo peor, decidió llamar a su abogada, quien le tranquilizó informándole de que no se encontraba en Madrid.

A los cinco minutos de colgar, por fin sonó el teléfono y vio el nombre de José Luis en la pantalla.

—¿Se puede saber dónde te metes? Estaba a punto de irme para Madrid a buscarte. ¿Tú sabes el susto que me has dado? ¿Es que no has visto las noticias?

—Lo siento, Carlos, ya sabes que no veo nunca la tele. Me acabo de enterar. Llevo tantos kilómetros en el cuerpo que me he quedado dormido hasta la una.

—¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Sí, sí. No te preocupes. A la vuelta te lo cuento todo. Vuelvo pasado mañana. Aún me quedan algunas cosas que hacer.

A Carlos le habría gustado decirle que no, que necesitaba verlo aquella misma tarde. Pero él no era de los que se dejaban llevar por los sentimientos. Reconocía que se había puesto nervioso. Pero si había estado a punto de coger el coche, era porque no podía soportar las dudas. Prefería una mala noticia a la incertidumbre de esperarla. Antes saber que sospechar. Enfrentarse a los hechos antes que temerlos. Siempre era mejor atacar que defenderse.

—Está bien. Nos vemos el domingo para desayunar en la cafetería de siempre. Enfrente de la Estación del Norte.

—¿Me llamas de usted por protocolo o para impresionarme?

—Siempre llamo de usted a mis clientes.

—Yo no lo soy.

—Pero lo será.

Carlos observó con descaro el escote de la abogada y después la miró a los ojos. La joven llevaba un atuendo bastante informal: zapatillas de deporte, pantalones vaqueros ajustados, de un tono gastado que se había puesto muy de moda, chaqueta negra de cuero y un jersey de hilo del mismo color, cuyo cuello en forma de pico dejaba asomar levemente sus pechos. Apenas el borde de una redondez que insinuaba más que mostraba.

—¿Y por qué tuteas a José Luis? Me siento injustamente tratado con ese agravio comparativo.

—Él es un colega, no cuenta.

Eran las nueve de la mañana. Estaban desayunando en la cafetería donde Carlos había quedado con José Luis, frente a la Estación del Norte. A Carlos le fascinaba aquella estación, una joya modernista inspirada en la huerta valenciana, en cuya fachada principal, entre numerosos escudos de la ciudad, brillaban azulejos en forma de naranjas, flores de azahar y guirnalda de hojas verdes.

—Siempre me han encantado esas naranjas —le dijo Carlos a la abogada cambiando de conversación—. Cuando era pequeño creía que eran de verdad.

—Te entiendo mejor de lo crees, ¿sabes? —le contestó ella con un tuteo al que ya no hicieron más referencias en la conversación.

—¿También a ti te gustan las naranjas?

—No. También fui comprada y tampoco quiero conocer a mi madre biológica.

Alba Cruces miró a su acompañante en busca de algún signo de emoción o de sorpresa, pero, lejos de sentirse conmovido por su revelación, Carlos volvió a mirarle el escote descaradamente.

—Las naranjas son las frutas más refrescantes del mundo. Deberían pagarse al precio del oro.

Alba tomó un sorbo de café e ignoró el comentario. La insolencia de Carlos no la amedrentaba; al revés, la estimulaba. Era aficionada al ajedrez y prefería las partidas en las que su contrincante se resistía al jaque mate.

—¿Te importaría ponerte de pie, por favor? —le dijo al tiempo que levantaba la taza de café en un gesto que convertía su pregunta en una orden.

Él la obedeció sin preguntas y sin muestras de extrañeza. Se levantó de la silla, la

retiró hacia atrás y dio una vuelta sobre sí mismo para que la abogada le contemplase a sus anchas.

Alba le observó de arriba abajo como quien evalúa la posibilidad de comprarse o no un abrigo.

—No estás mal. Eso ya lo sabes tú. Pero te alejas demasiado de mi tipo. —Y añadió en un tono que parecía otra orden—: ¡Puedes sentarte!

Carlos se echó a reír y la obedeció de nuevo sin dejar de mirarla.

—Y ahora que nos hemos dado el visto bueno, ¿me dirás qué hacemos aquí?

Era la primera vez que la abogada percibía en sus ojos un atisbo de otra emoción que no se correspondiera con el cinismo. Alba iba a contestarle que en seguida lo sabría, pero, antes de que pudiera hacerlo, apareció José Luis. Llevaba en las manos una cartera que dejó sobre la mesa y que palmeó como si con aquel gesto quisiera reafirmar lo que se disponía a anunciar:

—Esto te va a interesar. Ayer estuve en Valladolid.

A Carlos se le mudó la cara al escucharlo; se levantó de la silla y la empujó hacia atrás con tanta fuerza que acabó tumbada en el suelo. Habían pasado ya dos semanas desde el entierro de doña Amparo, no habían vuelto a verse hasta aquella mañana, y aparecía con la peor noticia que podía darle.

—Creo que os he dejado bien claro desde el principio que yo no participaré en esta mierda. ¡Os lo advierto, no os metáis en mi vida!

Y se marchó sin despedirse de Alba Cruces, increpándole a José Luis que no le perdonaría la trampa que le había preparado.

A primera hora de la mañana le había llamado para confirmar la cita en aquella cafetería, para seguir la tradición, obviando que también estaría allí su abogada.

—Tengo muchas cosas que contarte. He averiguado muchos datos.

A Carlos no le hizo falta preguntar a qué se refería, lo sabía de sobra, pero no estaba dispuesto a escuchar, así que le hizo prometer que no hablarían del tema de sus padres. Desayunarían juntos y después se irían al colegio electoral. Todo indicaba que las expectativas de voto habían dado un vuelco hacia el partido de la oposición y que este iba a convertirse en el vencedor de los comicios. Muchos votantes pensaban que el atentado de Madrid, cometido por un grupo de integristas islámicos y no por ETA, como se había informado en un principio, había contribuido a cambiar la intención de voto y, por este motivo, se preveía una afluencia masiva a las urnas.

Carlos y José Luis habían decidido seguir la costumbre de ir a votar a primera hora, para evitar las colas, y seguir el curso de la jornada en el ático, y de eso era de lo único que quería hablar con su amigo.

Él había tomado una decisión hacía muchos años y, por mucho que las cosas hubieran cambiado —sobre todo después de ver el cuaderno que demostraba que José Luis estaba en lo cierto acerca de la compra a plazos que, según su criterio, después

se había convertido a todas luces en un chantaje—, su postura se mantenía inamovible. No le interesaba el pasado, sus motivos tendría cada uno para hacer lo que hizo.

Después de leer el cuaderno de contabilidad, había guardado la carpeta titulada «C.G.» en su caja fuerte y había dejado la cajonera en el recibidor con la intención de devolverla al trastero en cuanto tuviese un momento. Y ahí seguían ambas cuando salió de su casa para encontrarse con su amigo, cada una en el lugar en que se había quedado: la cajonera en el vestíbulo y la carpeta bien segura en la caja blindada.

En el vestíbulo del edificio, nada más salir del ascensor, se topó con el portero que le cuidaba las plantas cargado con su equipo de jardinería: un paquete de fertilizante, las tenazas de podar, la azadilla, el pico y una enorme bolsa de basura.

—¡Muy buenas, don Carlos! —le saludó el portero tras quitarse los cascos de un radiocasete que llevaba siempre en el bolsillo superior de su mono de trabajo—. Ahora mismo iba para su casa.

—¿Tan pronto?

—Como sé que usted madruga... No le importará, ¿verdad? Es que tengo mucho lío hoy. Por cierto, don Carlos, hace un rato me han preguntado por usted dos señores.

—¿Han dejado sus nombres?

—No. Cuando les dije que estaba usted en casa y que iba a avisarle, se dieron cuenta de que habían dejado el coche mal aparcado y se marcharon. Dijeron que volverían en seguida, pero hace ya media hora larga.

—Está bien. Si vuelven, díles que te dejen su tarjeta.

Carlos recibía con frecuencia a los clientes de la agencia en su ático, convertido desde hacía tiempo en una prolongación de su despacho, para resolver los problemas de última hora de sus campañas publicitarias. De manera que no le extrañó la visita, pero sí que se produjese tan temprano y en domingo.

Es más, mientras caminaba hacia la cafetería donde había quedado con su amigo, notó una extraña presencia detrás de él, una sensación en la espalda que le hizo volver la cabeza varias veces para comprobar si le estaban siguiendo.

La distancia entre su edificio y la Estación del Norte no superaba los dos kilómetros. Hacía buen tiempo y Carlos había decidido pasear en lugar de coger el coche, pero, a medida que avanzaba, la impresión de que no debería haber salido de casa iba creciendo en su interior como una señal de alarma.

A veces el cuerpo nos dice lo que la mente no es capaz de verbalizar. Carlos lo sabía muy bien. Desde que empezó a trabajar en la agencia publicitaria había desarrollado un sexto sentido que nunca le había fallado. No había campaña que no se saldase con un porcentaje de impacto más que satisfactorio que él achacaba, invariablemente, a su capacidad para ver lo invisible. En aquella ocasión no lo veía, pero lo sentía pegado a la espalda como una amenaza. Debería haberse dejado llevar

por su instinto y haber vuelto a su ático, porque sospechaba que aquella especie de delirio persecutorio se lo habían provocado los dos hombres que habían preguntado por él. No obstante, la alarma se apagó cuando llegó a la cafetería y, sin darle tiempo a elegir mesa, la abogada apareció por detrás y le dio un golpecito en el hombro para que se volviese.

El cuerpo también produce señales contradictorias. A la joven no le hizo falta más que dibujar una sonrisa, con sus labios carnosos y perfilados, para que Carlos le adjudicase automáticamente a ella la razón de su neurosis y se olvidase de las visitas.

—*Touché!* —le dijo mientras le acercaba una silla y le miraba descaradamente el escote pensando que ella le sonreía en señal de disculpa.

Alba interpretó la expresión como una forma de asumir que había caído en la encerrona que le había preparado con su cliente.

—Espero que sepa perdonarme, señor Miranda. No suelo perseguir así a nadie.

—Perdón concedido. Sé reconocer cuándo me dan jaque mate. Ya te pediré mi derecho a la revancha.

—Cuando usted quiera. Será interesante ver qué apertura utiliza.

—La de Ruy López.

—Buena elección. Apertura española. Ligera ventaja para las blancas.

—Por algo fue el primer campeón de ajedrez del mundo.

—Me sorprende usted, señor Miranda.

Y se enredaron en la conversación que, poco después, interrumpiría José Luis.

—¿Me llamas de usted por protocolo o para impresionarme?

Aquel día volví a casa echando pestes de José Luis. No tenía derecho a meterse en mi vida, por mucho que quisiera destrozar la suya. Además, había que ser un cobarde para tratar de engañarme con aquella argucia. ¡Un cobarde y un gilipollas! Porque si pensaba que su abogada iba a convencerme cuando él no había podido, conociéndome como me conocía, estaba claro que no había otros adjetivos en el diccionario que lo definieran mejor. Por lo menos a mí no se me ocurrieron en ese momento, porque cuando llegué a mi ático y abrí la puerta me vinieron a la mente muchos otros que ahora no merece la pena mencionar y que tenían más que ver con lo rastroso y execrable que con la estupidez.

Lo vi todo tan claro como el agua cristalina nada más abrir la puerta. No había duda de que lo que pretendían la abogada y su cliente era alejarme del ático. Los hombres que habían preguntado por mí sólo querían cerciorarse de que había caído en la trampa y habían esperado a verme salir para ponerme el piso patas arriba.

Con lo que no debían de contar era con que aquella mañana el pobre de Sergi, mi portero, había decidido arreglar los setos de arizónica.

Supongo que aquellos secuaces no se dieron cuenta de su presencia hasta que terminaron el trabajo, y que él, ensimismado en su música, tampoco oyó el ruido que debieron de hacer los intrusos mientras revolvían todos los cajones de la casa, incluidos los del archivador, y desparramaban el contenido por cualquier parte: papeles, calcetines, sábanas, camisas, libros, ropa interior, cubiertos, mis corbatas de seda y yo no sé cuántas más con las que sembraron el suelo, los sillones, la cama y las encimeras de la cocina, probablemente para simular un robo que no se creería ni el más tonto, porque no se llevaron ni un solo reloj de los que solía dejar en los vacíos bolsillos que todo el mundo tenía la manía de regalarme.

No quiero imaginarme la cara del pobre Sergi cuando los descubrió. Ni el suplicio que debió de pasar cuando lo inmovilizaron y lo metieron en la bolsa de basura que ya había empezado a llenar con la poda de la arizónica.

¡No se puede ser más retorcido! Si llego a quedarme con José Luis y su abogada más tiempo... Sólo cinco minutos más... Estoy seguro de que habría llegado tarde...

El pobre chaval estaba tan asustado que, cuando desaté la bolsa, creyó que los agresores habían vuelto y se tapó la cara con las manos esperando que le descargasen algún golpe.

La policía se presentó en mi casa antes de que me diera tiempo a llamarla. Según me dijeron, los habían avisado los vecinos, alertados por el escándalo.

Para mi sorpresa, el que se iba a encargar de la investigación no era otro que mi

amigo Manolito Cervera, al que hacía más de un siglo que no veía pero cuya trayectoria conocía de sobra: un matón de tres al cuarto que ingresó en la brigada por enchufe, sin oposición y sin dos dedos de frente, como siempre.

Se había abandonado tanto físicamente que parecía que en cualquier momento podrían estallarle los botones de la camisa. Jamás se quitaba una gabardina vieja y arrugada que solía llevar desabrochada, dejando a la vista su barriga cervecera.

Me saludó como si se alegrase de verme, aunque a mí no me hacía maldita la gracia. Se había sacado del bolsillo una libreta pequeña y había empezado a escribir con un lápiz cuya punta se llevaba a la boca cada vez que terminaba una frase.

—¡Hombre! Pero si tenemos aquí al hijo del alférez de la División Azul. ¿Qué tal está tu padre?

—Muerto. ¿Y el tuyo?

—También.

Nos habíamos vuelto a ver en varias ocasiones desde el famoso 23-F, y siempre me saludaba de la misma forma, con su aire de superioridad y de perdonavidas pero tratando de hacerme sentir que me encontraba ante uno de los míos. Yo le seguía la corriente por pura comodidad, porque me traía sin cuidado aquel sucedáneo de Colombo.

Pero aquel día no tenía ganas de juegucitos y decidí ir al grano:

—¿Vas a buscar huellas dactilares?

Él chupó la punta del lápiz y me miró como si acabase de entrometerme en su trabajo.

—Lo primero es lo primero, *chiquet*. Aquí las preguntas las hago yo. ¿Qué crees que andaban buscando los tipos que han hecho esto? ¿Tienes enemigos?

Y yo le dije que sí, que tenía un montón de enemigos y que todos se volverían locos por esparcir mis calzoncillos y mis calcetines por la encimera de la cocina.

—¡Uy, uy, uy! ¡Prueba no superada! —me contestó imitando a los presentadores de un concurso que acaparó la audiencia de los viernes en los años noventa y en el que yo había colocado a más de un patrocinador—. ¿Qué apostamos a que te obligo a colaborar? ¿Dónde está la caja fuerte?

Yo barajé en un momento las posibilidades que me vinieron a la cabeza. Si José Luis y Alba Cruces habían actuado a la desesperada, enviando a aquellos matones a buscar las pruebas que yo me negaba a reconocer que tenía, habían fallado estrepitosamente, porque entre mis muchos defectos está el de ser bastante desconfiado; mi caja fuerte la tenía bien camuflada en el fondo de un armario cristallero que los ladrones ni siquiera habían tocado. Ahora bien, sobre lo que mi amigo ya no tendría dudas sería sobre el destino de los archivos de mi padre, porque lo que sí me habían robado eran las carpetas clasificadas por orden alfabético. En cuanto José Luis las viera, sabría que no habían terminado en la basura y que faltaba

la que más le interesaba. Mi amigo no era tonto. Conocía bien a mi padre, y si el suyo había guardado el recibo del taxi, desde luego que el mío no se habría quedado manco.

Por supuesto, de este tema no iba a contarle a Colombo ni una palabra; lo que él tenía que hacer era encontrar a los indeseables que habían metido al pobre Sergi en una bolsa, nada más. De lo otro ya me encargaría yo.

—No tengo caja fuerte.

—¡Ja! —rio Manolito Cervera volviendo a sacar su libreta y dándole un chupetón al lápiz.

—Lo guardo todo en una caja de seguridad del banco. ¿Te crees que soy tan estúpido como para no saber que las revientan a la mínima?

—¿No tienes caja fuerte pero sí un archivador del año de la pera? ¿Qué guardabas ahí?

—Los apuntes de la universidad. Los ladrones van a disfrutar cuando los lean. ¡La carrera enterita!

Manolito Cervera estaba empezando a cabrearse. Se cruzó la gabardina sobre su barrigón y me miró apretando los dientes como si estuviera cogiendo fuerzas para destriparme. Justo en aquel momento sonó mi móvil y vi que era el número de José Luis.

Entonces le pedí disculpas a Manolito con un gesto y me salí a la terraza para cantarle las cuarenta al ingenioso que había organizado el fallido plan. Pero, antes de que pudiera decirle ni hola, me preguntó hecho un manojo de nervios:

—¿Puedes venir a mi casa? Han entrado a robarme. Me lo han dejado todo patas arriba.

—¿Has llamado a la policía?

—Todavía no.

—No lo hagas. En cuanto pueda voy para allá. Procura mantener la calma.

Y esperé a que Cervera y sus hombres se marchasen para ir a casa de mi amigo y encontrarme con el mismo panorama que en la mía.

La maquilladora había retocado los brillos de María Dolores un segundo antes de que volviera a encenderse el piloto rojo de su cámara. La mujer no se había movido de su asiento durante los dos minutos que había durado la publicidad.

Sentado en la silla contigua estaba Santiago, que le había pasado la mano por el hombro para darle fuerzas.

El presentador retomó el programa agradeciendo las llamadas de apoyo que había recibido la invitada y anunciando que iba a entrar en directo un joven que respondía a las particularidades del caso.

—Buenas noches, ¿con quién hablo?

—Me llamo Antonio Cuesta.

En aquel instante, Carlos empezó a sudar. Se sirvió un whisky solo y se lo bebió de un sorbo.

—¿Desde dónde nos llama?

—Desde Sevilla.

En el plató reinaba un silencio absoluto. La cámara buscó los ojos de María Dolores y fijó la imagen mientras se oía una interferencia.

—Por favor, baje el volumen de su televisor para que no se acople el sonido.

Carlos apagó el aparato, se sirvió otro whisky y se lo bebió de un trago. Después se tapó la cara con las manos, temblando, intentando no imaginar lo que estaba ocurriendo en el estudio. Tenía la boca reseca. El sudor empezó a empaparle la frente y a traspasarle la camisa por las axilas y la espalda.

—Perdone, estoy un poco nervioso.

—No se preocupe. ¡Cuéntenos!

—Pues... Verá... Me he decidido a llamar porque...

María Dolores cerró los ojos y agachó la cabeza. La mano de Santiago apareció por detrás de la imagen abrazándole la nuca mientras el realizador cambiaba a plano general.

Carlos se sirvió otro trago. No le hacía falta ver lo que estaba sucediendo para saber que el cuerpo de aquella mujer estaba diciendo que no en ese mismo momento. Aquel cuerpo sabio y erguido que parecía hablar por sí mismo, aquel cuerpo menudo y seguro, que se expresaba sin necesidad de sus ojos y sus manos, estaba diciendo que no. Carlos lo sabía aunque no lo estuviera viendo, porque su cuerpo también lo estaba gritando, temblando como una hoja y sudando a chorros.

—Verá... Es que...

La llamada se interrumpió segundos antes de que María Dolores se levantase de

su silla y saliera del plató seguida de Santiago, que colocó la palma de la mano delante del piloto rojo para que dejase de enfocarles.

Carlos se quitó la camisa empapada y empezó a beber directamente de la botella. Abrió la puerta de la terraza, se acercó hasta el borde y miró hacia abajo.

Y el abismo tiró de él con fuerza para que viera su fondo negro y hueco, para que lo sintiera debajo de los pies, tan fácil, tan ajeno, tan definitivo; pero también para que los pies se agarrasen a la tierra y se negaran al salto, para que el encantamiento no durase más que una fracción de segundo, un instante entre el vuelo y la quietud, entre los ojos cerrados y la visión de la nada acercándose a cámara lenta.

El abismo es así: predecible, repetido en sí mismo, igual para todos. Para Carlos también.

¿Sabe usted lo que sentí cuando escuché la voz de aquel chico de Sevilla? Mucho miedo, señorita. Un miedo atroz que no me dejaba moverme. Porque yo no quería hablar así con mi hijo. Yo lo que quería era tenerle delante. Mirarle a los ojos y preguntarle si la vida le había tratado bien. Por eso fui a la tele, porque allí se habían encontrado una madre y su hija, y eso era lo que yo esperaba, encontrarme con él aunque fuese delante de media España. Me había costado casi dos meses decidirme, y al final lo hice. Porque aquel programa se había hecho muy famoso con el caso de las niñas desaparecidas y lo veía mucha gente. Pero las cosas no siempre salen bien. Me lo había avisado mi santo antes de salir de casa: «No te hagas muchas ilusiones, porque no siempre dan con los que están buscando». Y con el mío no dieron, no señor. Aquel muchacho de Sevilla también estaba buscando a su madre, era abogado y estaba a punto de casarse. Cuando pidió la partida de bautismo para llevarla a la iglesia, descubrió que había nacido en Bilbao. Eso estaba contando cuando yo me levanté de la silla y me fui. Y no me fui porque supiera que no era mi hijo. Había varias llamadas preparadas, la siguiente podría ser de él. Pero yo no quería conocerle así. ¿Cómo iba yo a figurarme que tendría que ser por teléfono? ¡Ni a rastras me habrían llevado de haberlo sabido!

Ni que decir tiene que aprecié lo que habían hecho los de la tele. Les di las gracias a todos, por descontado, y les dejé los números de mis hijos por si averiguaban alguna pista y no me encontraban en el mío. En aquella época no había móviles como ahora, que te pueden localizar en cualquier parte.

Cuando salí a la calle me eché a llorar como la Magdalena de Nazaret. Me arrebujé dentro del abrigo de mi santo y solté todos los nervios de golpe. Él me apretaba muy fuerte, como si tuviera miedo de que me fuera a pasar algo. Y yo me figuraba que era mi hijo el que me abrazaba, porque ya estaría hecho un hombre. ¡Ay, señorita! Si no hubiera sido por Santiago... Yo no sé...

¿Sabe de quién me acordaba también cuando lloraba? ¡De mi padre! De aquel grito que se le atragantó y no le dejaba respirar. Y de mi Zósimo, que se murió sin saber nada al poco de salir de la cárcel. Dicen que Dios escribe torcido con renglones derechos, o al contrario, no estoy segura, pero algo de eso hay, porque mi Zósimo no habría soportado lo que yo supe el día 2 de enero de 1993.

Estaban dando en la tele uno de esos programas de «Informe Semanal» donde repasan algunos reportajes del año anterior. Me acuerdo de que estaban hablando de una alemana que se llamaba Petra. Yo siempre había pensado que Petra era un nombre español, y me llamó la atención el reportaje. A la pobre mujer la habían

encontrado con un disparo en la cabeza hacía cuatro meses. Había sido muy importante en su país porque había fundado el partido de los verdes. En fin, no lo sé poner bien en pie, pero el caso es que el teléfono sonó cuando estaban hablando de la tal Petra y de su compañero sentimental, que también había aparecido muerto con ella, y de que parecía un suicidio. Mi hijo había venido de Tarragona para las vacaciones de Navidad, pero tenía la costumbre de pasar los primeros días del año esquiando y se había ido con la novia, así que no estaba en casa.

Perdóneme si me pierdo en las ramas, señorita, es que esto quiero contárselo con todo detalle. Además, así me centro en otra cosa y no me emociono tanto. Porque lo que le voy a contar ahora es muy difícil de contar y muy difícil de vivir, como me tocó vivirlo a mí. Usted me va a entender. El caso es que, el día 2 de enero por la tarde, me llamó el director del programa de la tele y me dijo que tenía un mensaje para mí. Yo me quedé tan aturdida después de aquella llamada que ni yo misma sabía si lloraba de alegría, de rabia o de pena, porque las tres cosas se me juntaron en la cabeza y no sabía a cuál atender primero.

Resulta que, esa misma mañana, había llamado a la tele un chico que dijo ser pelirrojo y que estaba a punto de cumplir veintiocho años. No quiso dejar su nombre, pero le había pedido al director que me dijera que había muchas posibilidades de que fuese él a quien yo andaba buscando y que, si era así, que me quedara tranquila. «Me ha dicho que le diga que sus padres adoptivos le han tratado muy bien y que es feliz, que vive muy lejos de su ciudad y que usted tenía razón cuando dijo que para él todo esto sería muy difícil, que si algún día se siente preparado para conocerla se pondrá en contacto con usted a través de la productora, pero que de momento prefiere dejar las cosas como están. También me ha dicho que le pregunte si para usted significan algo las siglas “C.G.”».

Yo creí morirme allí mismo. El corazón se me salía por la boca. Las piernas se me aflojaron y la cabeza empezó a darme vueltas. El director me dijo que me lo tomara todo con mucha cautela, porque hay gente que hace esas llamadas por pura compasión, y algunos desaprensivos por gastar una broma de mal gusto. Había pasado casi un mes desde que yo había aparecido en la tele, y durante ese tiempo se habían recibido bastantes llamadas parecidas. Algunas me las habían contado y otras no. Pero este sabía lo de las iniciales que yo había bordado en su mantilla. Era él. Y la pena de no poder abrazarle no podía ganar a la alegría de saber que estaba vivo. ¡Mi hijo estaba vivo y feliz!

El teléfono se me cayó de las manos y yo estuve a punto de acabar en el suelo. Se me estaba nublando la vista. Sentía como si unas manos muy fuertes me estuvieran apretujando el estómago para que echase hasta la última bilis. Santiago me abrazó y me ayudó a mantenerme derecha. El teléfono se había quedado colgando del cable y daba golpes contra la pared. Mi santo lo cogió y me lo puso en la oreja sin dejar de

abrazarme. Y entonces fue cuando el alma se me hizo pedazos y me vino la rabia, porque el director todavía no había terminado de contarme lo que había hablado con mi hijo. «Me ha dicho que, por si le sirve a usted para identificarle, tiene una mancha de nacimiento en la muñeca derecha».

Y ahí fue donde la rabia se hizo más grande que la alegría y ya no pude aguantarme las náuseas. Me puse de rodillas y, allí mismo, en medio del pasillo, vomité todo lo que mi cuerpo quiso. Los recuerdos me venían a la mente como fogonazos y me quemaban igual que los ácidos que me subían por la garganta: el día que me quedé preñada; el grito de mi padre en el sidecar; mi embarazo en Valladolid; mi abuela Mila, que no pudo estar conmigo en el parto; la Gota de Leche y todo lo que vino después; mi niño tapado con un pañuelo para que yo no le viera la cara... Y aquellas manoplas.

El dolor del alma se me agarró al cuerpo con una desesperación que no se puede explicar. Era como si me estuvieran cortando las mismas entrañas a trozos. Como si se me hubiese metido dentro algo muy negro y muy áspero.

Cuando eché todo lo que tenía en el estómago, me tiré al suelo y empecé a darme cabezazos contra la tarima. Santiago intentó pararme echándose encima de mí, me ladeó la cabeza y me apretó la cara contra el suelo para que no pudiera moverme. Yo le pedía a gritos que me quitara aquel dolor, que me lo arrancase como fuera porque me iba a volver loca. Yo sólo sabía decirle «¡Quítamelo! ¡Quítamelo!». Y él no sabía qué hacer. No me entendía. No podía saber lo que me estaba pasando. Él creía que gritaba porque mi hijo no quería conocerme, y procuraba consolarme diciéndome que él sólo había dicho «de momento».

El pobre de mi santo no podía pensar que se trataba de otra cosa, porque había una parte de mi vida que no le había contado nunca a nadie, ni siquiera a él.

Y es que, cuando el director de la tele me dijo lo de la marca de nacimiento, comprendí muchas cosas, demasiadas. La primera de todas: por qué me habían quitado a mi niño; la segunda: por qué la monja le había tapado las manos con aquellas manoplas; y la peor, la que más daño me hacía: que nunca podría abrazarle, porque, si él se sentía preparado para conocerme algún día, yo nunca lo estaría para contarle toda la verdad. No tenía derecho a trastocarle la vida de aquella manera. Hay dolores que una tiene que guardarse en lo hondo, y el mío tenía que quedarse sólo para mí, como siempre había sido. Nadie más tenía que sentir aquella cosa negra y áspera que parecía que me devoraba las entrañas.

Mi hijo tenía razón, había que dejarlo todo como estaba. De modo y manera que, a la mañana siguiente, llamé a la tele y se lo dije al director.

—¿Qué se han llevado?

—Nada. Está claro que no han encontrado lo que buscaban.

El piso de José Luis era un estudio bastante amplio compuesto por un recibidor, un salón-comedor, una cocina americana y un dormitorio con baño que daba directamente al salón, separadas ambas estancias por unas puertas correderas que José Luis solía mantener abiertas.

Carlos echó un vistazo desde el recibidor y comprobó que estaba tan revuelto como su ático. Habían abierto los armarios y dejado todo por el medio, pero, al igual que en su casa, saltaba a la vista que el objetivo de los intrusos no era el robo. Ni siquiera habían tocado lo poco de valor que José Luis conservaba después de su divorcio, entre otras cosas, las arras de su boda, que se encontraban esparcidas por la alfombra del dormitorio —trece reales de vellón del siglo XIX que habían pasado de una generación a otra de su familia desde la boda de su tatarabuela materna.

—Debieron de entrar cuando estábamos en la Estación del Norte —dijo José Luis mientras recogía las monedas, por las que los ladrones podrían haber obtenido una importante suma de dinero.

Le temblaba la voz y todavía llevaba en la mano el portafolios que había intentado enseñarle a su amigo. A Carlos le conmovió verle tan desconcertado. Los ladrones debían de buscar la documentación que el abogado guardaba en aquella cartera. Si estaba en lo cierto, había llegado el momento de conocer su contenido. No obstante, no quería demostrarle a José Luis su repentino interés por el asunto, de manera que bromeó procurando rebajar la tensión que se había creado entre ellos desde que habían hablado del tema por primera vez.

—Parece que se te ha pegado esa cartera a las manos, *nen*. ¿Puedo verla? Ya que estoy aquí...

José Luis le miró igual que si le hubiera pillado en un renuncio. Conocía demasiado bien a su amigo, no hacía nada sólo porque pasara por allí.

—Si reconoces que te has portado como un c...

Pero él no le dejó terminar la frase.

—Me porto como lo que soy, ya lo sabes. O me lo enseñas o no me lo enseñas, pero no me vengas con jueguitos de adolescentes. —Y le quitó el portafolios de las manos sin que José Luis ofreciese resistencia—. ¿Ves? No era tan difícil.

El abogado le miró igual que se mira a un caso perdido y le dejó hacer.

—¿Qué es esto? —le preguntó Carlos mientras sacaba uno de los documentos y lo extendía sobre la mesa.

Se trataba de un mapa de España en el que resaltaba un círculo cuyo centro se situaba en Valencia, una especie de lupa que iluminaba el área redondeada.

—¿Cómo has sabido cuánto tenía que medir el radio? ¿Te has vuelto topógrafo como tu colega Alba Cruces?

—Tengo una amiga geógrafa en el IEO.

—*Sorry?*

Y por primera vez, desde que Carlos había echado a su amigo de su ático, compartieron una carcajada.

—El Instituto Español Oceanográfico, ¡ignorante!

—¿Y está bien? Digo tu amiga, no el instituto ese.

—Tan guapa y tan dulce que no te la pienso presentar.

—Pero si eres tú el que me levanta siempre a todas las que merecen la pena.

Y volvieron a reírse mientras José Luis sacaba de la carpeta un segundo documento, una tabla de correspondencias donde se calculaban las distancias entre las diferentes capitales de las provincias españolas.

—¡Mira! El taxista fue muy listo. No quería que se supiese de dónde venía. Ninguna capital está a 569 kilómetros de aquí. Pero tuvo que ser de una capital, en un pueblo en seguida se habrían delatado a sí mismos.

Y le señaló con el dedo la línea que mostraba las distancias entre Valencia y el resto de las ciudades. Luego volvió al mapa para mostrarle los detalles. Había subrayado con un rotulador la parte de la circunferencia que abarcaba el territorio peninsular, y redondeado las ciudades que se encontraban tocando el arco resultante o muy cerca de él: Gerona, San Sebastián, Vitoria, Burgos, Palencia, Valladolid, Salamanca, Córdoba y Málaga.

—Son muchas, pero no hay problema —continuó, muy ufano de su trabajo. Después, sacó otra tabla y la señaló con el dedo—. ¡Mira este cuadrante! No coincide con el otro, pero eso es bastante normal. Aquí dice que Valladolid está a 569 kilómetros de Valencia. ¿Por qué te crees que hemos empezado por allí? También he estado en Vitoria y en Burgos. Y pensamos seguir por todas las que están cerca de la raya que he marcado en el mapa.

—¿Y qué se supone que vais a encontrar?

—Historiales médicos y partidas de bautismo, de nacimiento y de defunción. Ya tengo algunos nombres para rastrear. No he parado en estas dos semanas. Ahora hay que casar unas cosas con otras.

—¡Tú no estás bien de la olla! ¿Sabes cuánto tiempo puede llevarte todo esto? Además, no te darán las partidas de nacimiento sin la autorización del interesado.

—¡Me sorprendes, amigo! ¿Para qué te crees que sirve Internet? ¿No eres tú el que últimamente se ha vuelto loco inventando *banners* para personalizar la publicidad? Hemos diseñado una página web para centralizar las búsquedas. Alba y

yo no damos abasto para organizar toda la información que nos llega. No puedes imaginarte la cantidad de gente que está en nuestra misma situación.

—En la tuya, José Luis. Yo no estoy en ninguna situación, no lo olvides. Si he venido es por lo del robo. —Todavía no le había contado lo que había sucedido en su ático. Y no pensaba hacerlo. Pero necesitaba seguir tirándole de la lengua para comprobar hasta qué punto su amigo andaba perdido o no. De manera que continuó hablando—: Todo esto es una locura. ¿De qué van a servirte las partidas de nacimiento de Burgos o de Vitoria? A ti te inscribieron en Valencia.

—Eso es verdad, pero mira —respondió José Luis sacando su certificado de la carpeta—, fíjate bien, no sólo está lo de la diferencia de la fecha con la de la factura del taxi. Es que hay dos tipos de letra. Una la reconozco perfectamente, es la de mi padre.

—¿Y qué?

—Que es más falsa que un euro de madera. Los padres no son los que rellenan estos impresos, y la otra firma es una imitación de la del certificado de nacimiento de Alba. ¿Te ha contado que es adoptada y que llegó desde Cádiz en el mismo taxi que yo? Mucho más tarde, eso sí, pero el taxi era de la misma compañía.

José Luis sonrió. Se notaba que quería impresionar a Carlos con sus hallazgos. Sacó de la cartera la factura del taxi que le había enseñado en el ático y una fotocopia de otra similar que le había proporcionado su abogada. Se trataba de simples recibos de los que se pueden comprar en cualquier papelería en forma de cuadernillo. Sin firma, sin número de licencia y sin dato alguno que pudiera identificar al conductor o a la compañía a la que había pertenecido. Ni un sello estampado, ni una dirección, ni un número de teléfono.

Carlos las observó mientras negaba con un movimiento de la cabeza. En la factura de José Luis, lo único que se leía con claridad era el nombre de su padre —Antonio Moreno—, la fecha del viaje —20 de febrero de 1965— y la cantidad que había abonado el cliente por la carrera de los consabidos 569 kilómetros. En la factura de Alba Cruces sucedía otro tanto.

En aquella época abundaban los conductores que ejercían de taxistas sin ningún tipo de permiso oficial. Generalmente, trabajaban para alguien que contaba con una pequeña flota de automóviles que solía conocerse por el apellido del dueño, como si se tratara de una marca comercial.

Al ver el recibo, Carlos recordó el olor a queroseno que impregnaba el interior de aquellos vehículos. Él conocía el nombre de varios. Estaba a punto de pronunciar uno de ellos cuando José Luis se adelantó.

—Era un Calambuig, estoy casi seguro —le dijo mientras sacaba un cuaderno de la cartera—. Eran los únicos que iban a todas partes, los otros casi no se movían de la Comunidad Valenciana.

Carlos continuó negando con la cabeza y le devolvió los recibos del taxi.

—Los Calambuig son muy recientes y siempre han sido legales.

Carlos se había levantado del sofá y se dirigió hacia la puerta. Ya había escuchado suficiente; si continuaba siguiéndole el juego a su amigo, acabaría descubriendo el suyo propio. Tenía que marcharse.

—Me voy a ver si averiguo qué ha pasado aquí.

Pero José Luis le retuvo sujetándole por el brazo y mostrándole el cuaderno.

—Espera. Tienes que ver esto.

—No insistas más, José Luis. Ya te he dicho que yo sólo he venido por lo del robo. Si te he escuchado es para que me dejes en paz de una vez. Pero no voy a darte más bola.

Carlos intentó zafarse de su amigo, pero este le sujetó con más fuerza y le puso el cuaderno delante de la cara.

—¿Y si te dijera que esto lo demuestra todo? ¡Haz el favor de coger el cuaderno! ¡No voy a dejarte marchar sin que lo veas!

—¡Está bien! —exclamó al tiempo que le quitaba la libreta de la mano—. ¡Miraré el jodido cuaderno! ¡Pero luego te quedarás aquí hasta que yo vuelva! ¿De acuerdo?

Carlos abrió el cuaderno mientras José Luis le miraba expectante. Pasó una hoja tras otra sin hacer comentarios ni detenerse en ninguna y luego se lo devolvió a su amigo. Lo que vio se parecía demasiado a lo que su padre había escrito en la libreta marcada con las letras «C.G.». Después de ver aquella libreta, comprendió que, por mucho esquinazo que le diera a José Luis, este acabaría por averiguar lo que él ya sabía desde hacía años. No obstante, intentó ganar tiempo haciéndole creer que seguía sin interesarle.

—¡Esto sólo demuestra que tus padres eran muy meticulosos en sus gastos! ¡Nada más!

—¡Nada más y nada menos! ¡Venga ya, Carlos! ¡No me creo que pases de todo esto como si nada!

—¡Y yo no me creo que tú quieras rebozarte en la mierda para echar toda tu vida por la borda!

—¡No, Carlos! Me lanzaron por la borda cuando me compraron. ¡Y a ti también, por mucho que no quieras admitirlo! —Y le enseñó otra vez el portafolios donde guardaba sus pruebas—. ¡Si sigues pensando lo mismo después de ver lo que tengo aquí, lo aceptaré y te dejaré en paz! Respetaré tu decisión, sea la que sea, con todas sus consecuencias.

En otros tiempos, habrían chocado las palmas de las manos para sellar el acuerdo, pero en aquella ocasión se miraron fijamente, escrutándose como si cada uno de ellos guardase el as que sentenciaría la partida, y se palmearon el hombro asintiendo con la cabeza. Después, Carlos miró el desorden del estudio y se dirigió hacia la puerta de

salida.

—Volveré dentro de un par de horas. No llames a nadie. Ni a la policía, ni a tu amiguita la abogada, ni a nadie.

Y se marchó con la intención de ir a ver Manolito Cervera y con el convencimiento de que acababa de cometer un error.

Carlos se había tomado su tiempo para decidirse a llamar a la productora. Más de un mes había tardado en hacer la llamada que le rompió el corazón a María Dolores. Un mes intenso en el que habían sucedido muchas cosas.

El día después del programa en el que había aparecido su madre, en plena resaca de la botella de whisky que había dejado vacía, su padre le despertó llamándole por teléfono muy alterado.

—Carlos, hijo, ¿viste ayer por la noche la televisión?

Hacía diez años que se había marchado de casa y, desde entonces, apenas había visto a sus padres más que una docena de veces, las justas para que don Martín Miranda dejase de protestar porque no iba a visitarlos. No obstante, la relación era tan fría por su parte, y las visitas tan tensas, que procuraba olvidarlas en cuanto salía por la puerta.

—¿Estás ahí, hijo?

A Carlos le costó centrarse. Le dolía la cabeza y no podía pensar.

—¿Que si estoy dónde?

—En tu casa.

—¿Adónde has llamado tú?

Carlos colgó el teléfono y se tapó la cabeza con la almohada. Le ardían los ojos. Sentía como si se le hubiese hinchado la lengua y no le cupiera en la boca.

No había pasado un minuto cuando el teléfono volvió a sonar.

—Carlos, tengo que hablar contigo. ¿Viste ayer la tele?

Y de pronto cayó en la cuenta. En ningún momento de la noche anterior había pensado en sus padres.

—¡Carlos!

Los había apartado tanto de su vida que ni se le ocurrió pensar que ellos también podrían estar viendo el programa y que tendrían que haberse hecho preguntas.

—¡Hijo, contesta!

Las imágenes de la noche anterior le llegaron como destellos que se atropellaban unos a otros. La voz de su padre le retumbaba en la cabeza convertida en un eco que salía y entraba del auricular.

—¡Escúchame, tenemos que hablar! ¡Carlos! ¡Tengo que contarte algo!

Pero él no tenía nada que decir ni que escuchar. Volvió a colgar el teléfono, se levantó y se metió en la ducha.

Aquella llamada sonaba a confesión. Pero llegaba demasiado tarde. Su padre había tenido diez años para hacerla y, ahora que no le quedaba más remedio,

pretendía descargarse de la culpa trasladándole el peso a él. ¡Qué camino más fácil! ¡Y qué cobarde! ¿Qué iba a contarle que él ya no supiera? ¿Que les habían dicho que su madre había muerto? ¿Que les perdonase? ¿Que creyeron que le estaban haciendo un favor al adoptarle porque de otra manera habría acabado en un orfanato?

Cuando volvió a la habitación, el teléfono estaba sonando de nuevo. Lo cogió y empezó a protestar sin comprobar de quién era la llamada.

—¡Odio que me despierte el teléfono en medio de una resaca! —Y mintió para tratar de terminar con todo aquello—. ¿Qué pasa con la tele? Ayer estuve de fiesta toda la noche. ¡No! ¡No la vi!

—¡Carlos, no vuelvas a colgarme! Tengo que enseñarte algo.

Pero el joven tampoco quería ver nada de lo que pudiera enseñarle. Probablemente la carpeta con las siglas «C.G.», en la que debía de guardar las pruebas de que a ellos también los habían engañado. Quizá la falsa partida de defunción de su madre, los documentos de adopción y los del hijo muerto al que él sustituyó. ¡No! Hacía diez años que había pasado aquella página. Seguían sin interesarle los detalles. Cada cual que aguantase su vela, como había pasado siempre.

—Voy ahora mismo para tu casa.

Y entonces atajó el problema sin darle más opciones a su padre:

—Lo siento, pero tengo muchísima prisa. Estoy a punto de coger un vuelo. Volveré dentro de dos semanas. No te preocupes, estaré de vuelta para las Navidades, si es eso lo que te preocupa. Cenaré con vosotros en Nochebuena. Hablamos a la vuelta.

Y le colgó sin esperar su respuesta.

Dos horas después se encontraba en el aeropuerto de Manises con la modelo con la que viajaría a Nueva York.

Me quedé de piedra cuando me dijeron que mi madre no quería conocerme. Me había imaginado cualquier cosa menos eso. Fue un jarro de agua helada que me pilló totalmente desprevenido.

Había bailado con el sí y con el no durante todo el mes de diciembre. Y al final, para rematar bien el año, a la vuelta de Nueva York decidí llamar a la productora para aliviar mi conciencia —sí, tengo conciencia, aunque normalmente lo disimule.

El viaje al país de las oportunidades no tuvo nada que ver con lo que había soñado desde que lo aprobó el Comité Ejecutivo. Para nada me sentí el protagonista de una película o de una serie americana, como me habían contado otros compañeros de la agencia que habían ido antes que yo. Ni George Peppard delante de Tiffany; ni Cary Grant esperando en el Empire State a la pelirroja más guapa del mundo —de la que me había enamorado profundamente cuando era un chaval—; ni el capitán Furillo de «Canción triste de Hill Street», que no se había rodado en Nueva York pero que yo siempre había imaginado allí, porque en la serie nunca se citaba la ciudad donde los «polis de azul» habían encandilado a medio mundo durante la década anterior.

A la pobre modelo que vino conmigo debí de darle el viaje. Aunque he de decir, en mi descargo, que intenté fingir todo lo que pude. Ejercí de buen turista y la llevé a todos los sitios de rigor: desde el Edificio Dakota, para venerar a John Lennon, hasta el MOMA. Pero, en fin, eso no es lo importante. La cuestión es que yo estaba más perdido en mí mismo que en la Gran Manzana. Por muchos lugares míticos que me pusiera por delante, no se me quitaba del pensamiento el charco en el que no quería meterme.

Cuando volví del viaje llamé a mi padre y me hice el tonto sobre sus llamadas de hacía quince días. Sólo le pregunté si llevaba langostinos para la Nochebuena y no le dije ni media respecto a la conversación.

Lo mejor fue que él hizo lo mismo. Cuando llegué a su casa, me saludó como si las llamadas no hubieran existido y me enseñó el álbum que acababa de empezar. En las primeras páginas había pegado unas cuantas fotos de la top-model del año, según las revistas, que había viajado a Nueva York con un joven apuesto y desconocido. Ese era yo, claro, y el álbum, el arma arrojadiza que mi padre utilizaría desde entonces para echarme en cara que no me veía el pelo. Creo que ya lo he mencionado en alguna otra ocasión.

No hace falta decir que, en aquella época, yo no sabía que los padres de José Luis se habían metido en el mismo fregado que los míos. Pero supongo que doña Amparo

debió de entrar en pánico igual que mi padre.

Desde que faltaba don Antonio, se pasaba más tiempo en casa de mis padres que en la suya. Así que supongo que verían juntos el programa y que, entre los tres, decidieron continuar tapando su secreto cuando pensaron que yo seguía *in albis*.

José Luis, por su parte, seguro que no lo había visto, porque me habría llamado en seguida igual que hizo mi padre. Pero mi amigo era una de esas personas que llaman a la tele «la caja tonta» y sólo la encendía cuando daban un partido de fútbol en el que jugase el Valencia. A él lo que le encantaba eran los ordenadores personales, que se habían impuesto en las empresas desde hacía unos años y estaban haciendo a un lado a las máquinas de escribir. No paraba de hacer un cursillo detrás de otro. Todo su tiempo libre lo dedicaba a experimentar con las opciones de aquellos cacharros. No había lenguaje de programación que no conociera al dedillo. Me atrevería a decir que sabía más de ellos que muchos de los que habían estudiado Informática en la universidad. Yo utilicé sus conocimientos muchas veces cuando se impuso la publicidad personalizada. Era un fiero programando. Se le ocurrían *banners* que saltaban a la pantalla una y otra vez a la menor. Es más, con el tiempo, su carrera de abogado derivó hacia los casos de delitos informáticos. En resumen, que aquella noche no vio la tele.

Hacía años que pasábamos la Nochebuena todos juntos en casa de mis padres. Por entonces, José Luis ya se había casado, aunque su matrimonio hacía aguas por todas partes. Yo no he conocido nunca a una persona a la que le costase tanto ser feliz como a él. Tuvo todo lo que cualquiera habría envidiado: unos padres estupendos, una mujer maravillosa y un bufete en el que le entraba un asunto detrás de otro. Pero él siempre caminaba un paso por delante de la vida, lamiéndose las llagas que aún no tenía y echando algo de menos continuamente, sin saber qué era lo que le faltaba ni por qué lo necesitaba. Y mientras esperaba ese algo, se encerraba en su mundo informático y cerraba la puerta con llave.

Aquella Nochebuena fue como otra cualquiera: todos hablamos de cosas insustanciales, nos comimos el turrón de la cesta del banco y brindamos con un champán francés que me había regalado un cliente.

Varias veces, a lo largo de la velada, noté la mirada de mi padre buscando la mía, como si quisiera cerciorarse de que no se la estaba dando con queso. ¡Pobre hombre! Debió de pasar las de Caín pensando que había metido la pata con las llamadas. O al contrario, lamentándose de no haber podido contármelo todo y quedarse tranquilo de una vez.

Hoy en día no le habría dejado sufrir tanto. Pero, en fin, lo hecho, hecho se queda.

La siguiente semana la pasé encerrado en mi casa en compañía de mi whisky y de mis dudas. No sabría decir si me mantuve sobrio en algún momento, creo que no. Mi mente funcionaba a mil por hora y no había manera de ralentizarla. Encendí la tele de

mi cuarto para no tener que pensar y empecé a vaciar una botella de malta detrás de otra. Lo que yo quería era que el whisky consiguiera tumbarme y despertarme a la semana siguiente con amnesia. Pero el plan no funcionó en absoluto. Al revés, cuanto más bebía, más veía a mi madre de verdad sentada en aquel plató, hablando a través de la cámara y diciéndome que entendería que no quisiera darle un abrazo, que sólo quería saber si estaba bien y era feliz. «¡Al menos, llámame! —me decía en mi delirio con una voz distorsionada y de hombre—. ¡Llámame!» Y yo me tapaba los oídos y me servía otro trago.

Cuando acabé con la botella del mejor whisky que había visto mi mueble-bar y con los restos de otras que me sobraban de las fiestas, me tapé con la almohada y decidí hacerle caso a mi madre. No le daría ese abrazo, pero tampoco dejaría que siguiera hundiéndose en sus dudas.

Y entonces fue cuando por fin me quedé dormido. Más que dormido, sin conocimiento.

Me despertó la voz de Joaquín Prats despidiendo el año con el mismo entusiasmo con el que presentaba «El precio justo». Yo lo oía como si me estuviera hablando directamente desde ultratumba. Enumeró los éxitos del año que terminaba y siguió con las esperanzas del que iba a empezar. Atrás quedaban el Quinto Centenario, la Expo de Sevilla, las Olimpiadas de Barcelona y Madrid como capital cultural de Europa; y por delante, la libre circulación de mercancías, servicios, personas y capitales. Hablaba con tanta emoción de la Europa sin fronteras que iba a entrar en vigor que no se dio cuenta de que habían empezado a sonar las campanadas y estuvo a punto de equivocarse con las cuentas.

Cuando la Puerta del Sol se volvió loca, yo apagué el televisor y seguí durmiendo la mona.

Dos días después llamé a la productora y les di el recado para mi madre. Me pareció la mejor forma de que empezase el año para ella, aunque era consciente de que estaba abriendo una puerta por la que no sabía lo que iba a entrar o salir. Imaginé que mi madre no se conformaría con un solo mensaje y que, a partir de ese momento, las llamadas se sucederían hasta que consiguiera convencerme de que un abrazo no me haría ningún daño. Y lo asumí. Sabía que tarde o temprano acabaríamos por conocernos.

Con lo que no conté fue que ella se rendiría nada más empezar el partido, ni con que su reacción me dejaría a mí en fuera de juego y con un gol anulado. Lo lógico habría sido que me alegrase, que siguiera con mi vida y que me olvidase de todo. Al fin y al cabo, estábamos de acuerdo en lo fundamental. Pero no me alegré lo más mínimo.

No sé cómo explicar lo que sentí en ese momento. Había estado toda la vida huyendo de la sensación que se apoderó de mí, una fiera mucho más dañina que las

dudas a las que había conseguido burlar, e infinitamente más salvaje.

¡No tendría que haberla llamado! Tendría que haber sido fiel a mi cinismo y haber pensado sólo en mí. En la carrera que tenía por delante. En las top-model. En Nueva York. En mi ático recién comprado.

¡Pero, no! Jugué al buen samaritano. Me metí en la boca del lobo y dejé que me hincara los dientes. ¡Joder, joder, joder! Había dado un salto al vacío y ya no tenía dónde agarrarme. Nada con lo que protegerme de aquella sensación de la que siempre había conseguido librarme y que no sabía explicar.

Y es que no había explicación posible. ¿Cómo explicar el frío sin compararlo con el calor, o la ceguera sin la vista? O el miedo... Las sombras... La soledad... El desamparo...

¡No! ¡No había explicación posible! Porque aquel sentimiento no podía compararse con nada. Si acaso, con el más absoluto de los abandonos, pero ¿cómo explicar que me sentí abandonado por una madre que nunca lo había sido para mí?

Antes de ir a ver a Manolito Cervera, Carlos marcó el número de teléfono de Alba Cruces para citarla en la terraza de la cafetería donde se habían visto hacía unas horas para desayunar.

Había cambiado el viento. El levante que soplabá hacía unos días había dado paso a un aire caliente y cargado de arena procedente de África.

Carlos esperó a la abogada en la misma mesa que habían ocupado con anterioridad y comenzó a fijarse en los transeúntes. La primavera apenas había empezado y, a pesar de que había llegado con un tiempo inestable en el que la lluvia se presentaba por sorpresa en cualquier momento de la mañana o la tarde, muchas mujeres llevaban ya vestidos sin mangas y se veían bastante bronceadas.

Él se había desabrochado el cuello de la camisa y aflojado la corbata. Cuando vio a Alba, se llevó la mano al nudo como si fuese a ajustárselo.

—¡Odio el *xaloc*! —le dijo al tiempo que se levantaba y señalaba la silla de enfrente para que ella tomase asiento.

Alba separó la silla de la mesa y sonrió.

—¿Vamos a hablar del viento? No te pega nada.

Seguía llevando los mismos pantalones ajustados que a primera hora de la mañana, pero había sustituido las deportivas por unos tacones de aguja, y la chaqueta de cuero y el jersey por una camiseta blanca de tirantes, sobre la que se había puesto una blusa vaquera de seda sin abrochar, del mismo tono gastado que el pantalón. Llevaba el pelo medio mojado, recogido en una coleta alta y, aparentemente, nada de maquillaje.

Mientras se acomodaba en su silla, se volvió para colgar el bolso en el respaldo y se tocó la nuca desnuda. Carlos se fijó en el vello que le cubría el principio del cuello, una pelusilla dorada casi imperceptible, mucho más clara que el resto del pelo.

—También podríamos hablar de ti. Me gustan tus tacones y tu cola de caballo.

—Pues a mí me duelen los pies con estos tacones. Y ya nadie llama cola de caballo a una coleta. Te pareces a mi padre. Siempre utilizaba esa expresión.

—Tú pareces una *chiqueta* recién salida de la ducha. Hueles a gel de baño. ¡No! ¡Espera! Mejor dicho, hueles a ese jabón que trae recuerdos bonitos de la infancia. — Carlos se arrepintió al instante de la última frase que acababa de decir, demasiado empalagosa para lo que él acostumbraba a ser, y añadió para suavizarla—: Perdona mi deformación profesional. Las cursiladas no son mi fuerte.

—Perdonado.

A Carlos le pareció que Alba se sonrojaba como una adolescente. El aire le había

secado algunos mechones, que se le escapaban de la coleta y le caían sobre la frente. Ella se los retiraba para colocarlos detrás de la oreja con un movimiento suave y repetido que no le servía de nada, porque el viento volvía a liberarlos al instante.

Se le transparentaba el sujetador a través de la camiseta blanca, cuyo escote dejaba ver el nacimiento del pecho, como siempre, bronceado y sin marcas de bañador o de bikini.

No podía estar más atractiva, con la cara lavada y el pelo indomable, mirándole directamente a los ojos como si ya hubiese caído en sus redes. Se diría que era una modelo ante su primer director de *casting*, tímida e insegura, anunciando ropa juvenil.

Carlos la contempló con la intención de alargar aquella mirada que parecía dejar al descubierto su fragilidad. Pero la abogada de «La ley de Los Ángeles» apareció de inmediato para sacarle de su ensoñación.

—¿Vamos al grano? ¿O prefieres seguir mirándome?

Él movió la cabeza, como si se estuviera sacudiendo los pensamientos, y le tendió la mano para que ella se la estrechase.

—¡Jaque mate otra vez! ¡Vayamos al grano! —Y añadió sin dejar de estrecharle la mano más que como un vencido como si quisiera sellar un trato con el apretón—: He estado pensando en lo que me dijiste esta mañana; quiero que me representes.

Alba Cruces le miró incrédula. Desconocía lo que había pasado en su ático y en el piso de José Luis, pero, aunque lo hubiese sabido, jamás habría pensado que Carlos aceptaría sus servicios como abogada sin que tuviera que convencerle.

—¿Cuál es el truco?

—Ninguno. Quiero contarte lo que sé y que te lo guardes para ti como secreto profesional. Así de fácil y así de complicado.

—Entraría en conflicto con los intereses de José Luis. Lo siento, no puedo aceptar tu caso.

—¿Entrabas en conflicto esta mañana cuando me lo has ofrecido tú misma?

—Esta mañana no pretendías cerrarme la boca frente a uno de mis clientes.

—Sólo quiero protegerlo. Y tú también querrás hacerlo cuando sepas lo que tengo que contarte. La verdad puede ser muy dura.

—A mí la verdad nunca me ha sellado los labios por dura que sea, y menos con un cliente.

—¿Estás segura? Porque no es eso lo que me has dicho esta mañana sentada en esa misma silla. ¿O es que no funciona igual para ti que para los demás?

—No sé de qué me hablas.

—Pues yo creo que sí lo sabes.

—Yo sólo te he dicho...

—No me vengas ahora con la táctica del digo y el Diego. ¡Me decepcionarías! Me

has dicho que eres una niña robada y que no quieres conocer a tus padres. ¡No le des la vuelta ahora!

—Lo has interpretado mal, yo...

Carlos se apoyó sobre la mesa y volvió a interrumpirla. Había ido elevando el tono de voz a medida que avanzaba la conversación, y se le notaba contrariado.

—La verdad no se interpreta.

Se les había echado encima la hora del almuerzo y el viento se había convertido en un vendaval cargado de arena que había dejado la terraza desierta. Carlos miró a su alrededor, arrastró la silla para retirarse de la mesa y se levantó con la intención de marcharse.

—La verdad es la verdad. A algunos se os llena la boca nombrándola cuando os viene bien, y otras veces la escupís porque resulta demasiado ácida. Pero ¡ay, si lo hacen los demás! Entonces os escandalizáis y reclamáis un derecho que vosotros sois capaces de saltaros a la primera de cambio. Conozco vuestras argucias, señora letrada, sois expertos en encontrar el cristal por el que os interesa mirar para que todo se deforme. Pero así es vuestro trabajo, ¿verdad? El mío también, ya lo sé, pero yo por lo menos tengo la decencia de admitirlo. —Y añadió al tiempo que le daba la espalda—: Llámame si cambias de opinión.

En ese momento apareció un camarero con acento andaluz que les preguntó qué iban a tomar.

—¿No prefieren entrar dentro? Las sombrillas van a echarse a volar. Tenemos una paella mixta que quita el sentido.

Carlos le miró desconcertado. Había soltado su perorata sin tomar aire y le había dado la espalda a Alba Cruces sin esperar su respuesta.

Ella se puso de pie, mientras le decía al camarero que tenía razón, y se colgó del brazo de Carlos para empujarle hacia el interior de la cafetería. Así le hizo ver que, desde ese momento, las tornas habían cambiado: ella era una maestra frente a un niño indisciplinado al que había que enderezar.

—Ahora que te has desahogado, me vas a escuchar a mí, ¿de acuerdo, *chiquet*?

Una vez en el interior del local, Alba eligió una mesa, se sentó y le hizo a Carlos un gesto similar al que él le había hecho cuando llegó a la cafetería, añadiendo un «por favor» que sonó a orden.

Carlos volvió a sacudir la cabeza como si quisiera deshacerse de algunos pensamientos, y se dejó envolver por segunda vez en aquel juego en el que Alba Cruces parecía querer medirle las fuerzas.

—Te gusta mandar, ¿eh?

—No me gusta que me tachen de mentirosa.

—¿No es la mentira vuestra mejor baza? ¿El privilegio del acusado?

—Te dije que soy una niña comprada, no robada. Mi madre biológica me entregó

en adopción. Pero, ya que tú pareces saber tanto, supongo que habrás averiguado en qué mercado se convirtieron algunas clínicas durante décadas. No quiero conocer a mi madre porque sé que ella me entregó voluntariamente y luego rehízo su vida. Yo sólo fui un error de cálculo. Pero no la culpo. Ahora tiene otros hijos y yo he tenido unos padres a los que no puedo reprocharles nada.

—Excepto que te inscribieron en el Registro Civil con sus apellidos y nunca te contaron la verdad.

—No, Carlos, ellos también están entre las víctimas.

—¿Te das cuenta de cómo le das la vuelta a todo para justificarte?

—Justifico la inocencia de los que no sabían qué estaban haciendo. Algunos padres utilizaron aquellas clínicas como auténticos supermercados. Incluso se permitían el lujo de elegir a los niños como en un escaparate y devolverlos después si no se sentían satisfechos con el producto. Pero a otros les mintieron. Los derivaron allí desde instituciones oficiales que se aprovecharon de su ignorancia y de unas leyes que protegían a los indeseables que sabían manejarlas en su provecho.

—Y ellos se dejaron engañar porque les resultaba más cómodo soltar la pasta y dejarse de preguntas.

—O porque los convencieron de que todo era legal.

—¡Ja, ja y ja! ¿Y qué me dices de los plazos? ¿También les parecía legal entregar unas anualidades que subían con el IPC?

El camarero les había servido la paella hacía unos minutos. Alba Cruces había ido separando los tropezones en el borde del plato y había cargado el tenedor de arroz para llevárselo a la boca, pero se detuvo y miró fijamente a su interlocutor. Ella no le había contado lo del Índice de Precios al Consumo. Era muy probable que Carlos lo supiera por los documentos de su padre, que, por otro lado, ella nunca había creído que hubieran acabado en la basura.

A Carlos no le hizo falta más que aquella mirada para saber que había hablado de más. Alba le hizo un gesto para que guardase silencio, sacó el monedero del bolso y dejó sobre la mesa un billete de cincuenta euros. Luego se levantó para que Carlos la siguiese y salieron al exterior.

El aire se había convertido en una masa caliente que se aplastaba contra el suelo y había tirado casi todas las sombrillas de la terraza, tal y como había predicho el camarero andaluz.

Una vez en la calle, Alba le preguntó:

—Sabes lo del chantaje, ¿verdad?

Carlos la miró fijamente a los ojos y le contestó con otra pregunta:

—¿Eres mi abogada o no?

—Tengo que pensarlo.

—Son las tres y media —le dijo Carlos mirando el reloj—. Ven a mi casa esta

tarde a las seis. Si te decides, te contaré lo que sé desde hace tiempo.

Mi santo no podía entender lo que me pasaba. Yo me despertaba al punto del día empapadita en sudor, gritando que me quitasen aquella angustia que se me había agarrado al cuerpo, porque sabía que la del alma no me la podría quitar nada ni nadie. El pobre de Santiago se pensó que me había vuelto loca. Y estaba cargado de razón. Loca me volví, señor juez. Él se murió creyendo que era porque mi hijo no quería conocerme. Y yo le dejé que lo creyese para que no ocurriera otra desgracia.

Me pasaba el día y la noche en la cama llorando, porque también lloraba dormida, ¿sabe usted?, y cuando se me secaron los ojos, decidí levantarme y tirarme a la calle para buscar a quien tenía que buscar. Ya no estábamos en los tiempos de antes, cuando no se podía hablar ni protestar. De modo y manera que me eché la manta a la cabeza sin decírselo a Santiago ni a mis hijos ni a nadie, y me puse a buscarle. No le voy a cansar con los detalles, sabía por dónde tenía que empezar. Y lo encontré. Mi marido me había regalado un Seat Ibiza que yo casi no utilizaba, pues no me gusta mucho conducir. Pero el día en que mi hijo cumplía los veintiocho me pasé toda la mañana barruntando. Tenía que hacer algo, no podía dejar que pasara un día más sin que yo me encarase con el culpable de todo. Así que, después de comer, cogí el coche y me fui a buscarlo.

Sabía que no me atrevería a denunciarle, porque entonces tendría que ir a declarar y por nada del mundo quería revivir lo que me había pasado. Usted ya me entiende. Ni revivirlo ni que se enterasen los míos.

Pero quería verle la cara cuando le dijese que lo sabía todo, aunque delante de él no tuviera más remedio que volver a sentir la vergüenza y el asco.

Hacía tiempo que había enviudado y que se había retirado como coronel. Vivía a las afueras de Salamanca, en una finca ganadera cuajadita de encinas. Yo me planté allí sin avisar, porque sabía que estaba en una silla de ruedas y sólo salía de casa para ir a la misa de nueve del pueblo de al lado.

Por el camino, me preparé unas cuantas retahílas para decírselas a quien me abriese la puerta, por si acaso no me dejaban pasar. Pero no me hizo falta.

Me abrió una sirvienta con uniforme. Yo estaba a punto de preguntarle por el dueño cuando apareció él en su silla, empujando las ruedas con las manos. Nada más verme, me dijo que entrase para dentro y que le siguiera al salón.

Yo le seguí sin poder apartar la vista de su muñeca derecha, odiando con todas mis fuerzas su mancha de nacimiento, acordándome de Zósimo, de su cara ensangrentada, de sus ojos de espanto, de su boca. Y del niño que creí que me había salvado la vida, porque tenía que protegerlo por encima de todo lo que me estaban

haciendo.

Cuando paró la silla de ruedas, me señaló un sofá para que me sentase y le ordenó a la criada que cerrara la puerta del salón. Ni que decir tiene que no me senté. No estaba allí de visita.

Él se quedó mirándome de arriba abajo sin decir nada. Estaba tan tranquilo que daba la impresión de que me estaba esperando y no le hacía falta preguntarme qué quería.

Pero a mí sí me hacía falta preguntarle lo que le había ido a preguntar:

—¿Por qué me lo quitaste?

Entonces me dedicó una sonrisa con una maldad... Parecía el mismo diablo venido del infierno.

—Porque era mío.

Eso fue lo que me contestó, porque era mío, y soltó una carcajada que le salió de lo más negro del alma, como si hubiera estado esperando ese momento.

—Así que lo has encontrado. Por eso estás aquí, evidentemente.

Luego me dijo que me había visto muy guapa en la tele y siguió atormentándome con la misma tranquilidad.

—Yo me lo habría quedado, pero no pudo ser. A mi mujer no le gustó que saliera pelirrojo. ¡Entiéndela! Habría sido la comidilla del pueblo. ¡No iba a hacerla pasar por algo tan desagradable! Ella quería un morenito como yo.

No me esperaba paños calientes de él, desde luego que no. La gente mala no cambia, al revés: se envenena con su propia ponzoña y, cuando le llega el final, se muere podrida por dentro y por fuera. Pero lo que no me podía figurar era la puntilla que iba a clavarme acto seguido, con una saña que le salía sin tener que pensarlo:

—¿No te dijo nada tu abuela?

Yo me había estado sujetando la rabia desde que había cruzado la puerta de la finca. No quería darle el gusto de hacerle saber que seguía sufriendo. Pero cuando me dijo lo de mi abuela me debió de cambiar tanto la cara que él aprovechó para rematarme con su sonrisa de demonio:

—¡No! ¡Claro que no! ¡Qué preguntas hago! Si te lo hubiera contado habrías venido antes. Tendrías que haberle visto la cara cuando supo que mi señora se había quedado embarazada al mismo tiempo que tú. Yo creo que se lo imaginó desde el principio, porque sabía que mi señora no podía tener hijos. ¡Ya sabes cómo son los pueblos! Pero la ciencia avanza muy deprisa, y todos se creyeron que con nosotros había hecho el milagro. Todos menos tu abuela. Cuando nos vio paseando al morenito, justo cuando nació el tuyo, se envalentonó tanto que no tuve más remedio que cortarle las alas. ¡Qué mujer! ¡Una auténtica hembra de las de antes! Me amenazó con montar un escándalo cuando le dije que al pelirrojo lo habíamos mandado bien lejos. Pero en seguida entendió que yo no me andaría con chiquitas y

que a ti no te gustaría nada la cárcel.

Para cuando me dijo todas esas cosas, yo ya me había sentado en el sofá porque las piernas no me sujetaban y la cabeza se me estaba quedando como vacía, como si aquel monstruo me estuviera chupando todas las fuerzas que había juntado para atreverme a ir a verle. Me sentía acorralada, igual que si fuera una de esas vacas que había visto en la dehesa, cuando llegan al matadero.

Y la cosa no se quedó ahí, porque yo no era capaz de abrir la boca y él se aprovechó para seguir torturándome:

—¡Por cierto! ¿Te trató bien la monja en el embarazo? Supongo que de eso no tendrás queja ninguna, era la mejor. Lo que no entenderé nunca es cómo tu abuela cayó en el engaño, ¡con lo lista que era...! ¡Claro, que lo que no sabía era que yo tenía ojos y oídos en todas partes, y que no era la primera vez que aquella monjita me echaba una mano! Con la otra chica de tu pueblo no tuve nunca problemas. Se conformó con lo que le dijeron y no sospechó nada. Aquel niño sí le habría gustado a mi señora, pero yo se lo había prometido a un compañero y tuvimos que esperar. ¡Lástima que el tuyo saliera como tú! ¡Y suerte que había un morenito disponible!

Y ahí ya no pude más. Me planté delante de él hecha una hidra y le escupí en la cara. Después le nombré a todos sus muertos y le maldije diciéndole que estaban esperándole en el infierno y que yo misma le mandaría para allá si le contaba algo de esto a nadie.

—¡A nadie! ¿Me entiende? Porque yo me voy a llevar el secreto a la tumba, y si me entero de que alguien más lo sabe, le juro que vendré a por usted aunque sea la última cosa que haga en la vida.

Debería haber hecho caso a mi madre y dejar las cosas como estaban; a fin de cuentas, era lo que yo le había sugerido. Pero, como ya he señalado antes, su respuesta me dejó KO, aparte de hacerme sentir como si me hubiera abandonado dos veces —es curioso, ¿no?, sentí como si fuera la segunda vez que lo hacía, no la primera—. Pero hay más, su negativa a conocerme me sonó a misterio por resolver y, además del sentimiento de abandono, me picó la curiosidad. Y me dejé llevar por lo uno y por lo otro, aunque ninguna de las dos cosas fuese muy propia de mí.

Como gratificación por los excelentes resultados del ejercicio del año 1992, que acabábamos de cerrar, mi agencia se había descolgado regalándome el coche del año, un Citroën ZX gris metalizado que decidí estrenar yéndome a Valladolid. Aunque tal vez no debería utilizar el verbo «decidir», porque lo cierto es que de pronto me encontré conduciendo el coche como si estuviese obedeciendo a un impulso involuntario.

El departamento de medios de mi agencia había colaborado en la difusión de un anuncio en el que raptaban a una chica y la metían en un ZX con los ojos tapados con un pañuelo negro, para buscar un microfilm. Y así era como me sentía yo mientras me alejaba de Valencia: con una venda negra delante de los ojos y con la intención de buscar algo sin saber muy bien por qué.

Podría decirse que en aquellos días ni yo mismo me reconocía. Después de diez años viviendo en la inopia tan a gusto, dejé que la curiosidad y el sentimentalismo se hicieran conmigo y me metieran en aquel ZX en contra de mi voluntad, como a la modelo del pañuelo en los ojos.

En poco menos de seis horas, ya estaba en el Campo Grande, un parque situado en el centro pucelano, donde había un estanque con cascada, un montón de pavos reales paseando a sus anchas y varias fuentes enormes.

Me senté delante de una que simulaba un jardín rocoso. En la base, sentadas cada una en una roca, había seis sirenas con un pez en la mano, del que salía un chorro de agua. Creo recordar que, al lado de las sirenas, había también algunos delfines. En la parte superior, coronando el monumento, se veía un cisne con las alas extendidas y el cuello retorcido hacia arriba, como si fuese a echar a volar.

Había llegado a la hora de comer, pero me había tomado un bocadillo en la última gasolinera donde había repostado y no tenía hambre, así es que me dediqué a calcular mis próximos movimientos, contemplando los chorros como si ellos pudieran aclararme qué hacía yo allí.

Lo primero que se me ocurrió fue irme de cafetería en cafetería para ver si veía a

algún pelirrojo que pudiera darme una pista sobre mi madre. Sólo conocía su nombre y sus dos apellidos —los había dicho el presentador del programa de la tele—, pero ni su dirección ni su teléfono, porque, por supuesto, en la productora no me los habían dado. Lo habrían hecho si les hubiera dicho quién era y para quién trabajaba, pero preferí mantener mi anonimato desde la primera llamada por razones obvias.

Parece una tontería —me refiero a lo de buscar pelirrojos—, pero yo tenía esa costumbre. No sé si les pasará a los demás. A mí me ocurre desde pequeño, cuando llego a un sitio cerrado, lo primero que hago es echar un vistazo para comprobar si hay algún otro pelo de pancha como yo. Es una especie de acto reflejo.

Luego pensé en ir al mercado de abastos. Con tanta fiesta, era lógico pensar que las señoras tendrían que llenar la despensa. Sin embargo, deseché la idea al instante: mejor hacerlo por la mañana, que es cuando suelen ir ellas.

También se me ocurrió darme una vuelta por las tiendas de regalos. Dentro de nada sería Reyes, y seguro que a ella le quedaría algo por comprar, como a todas las madres de este mundo. Pero también lo rechacé. No era cuestión de perder el tiempo a lo loco.

Aunque la verdad es que lo perdí sin enterarme. Cuando miré el reloj, habían pasado casi dos horas y estaba empezando a oscurecer. Hacía frío. Me había dejado el abrigo en el coche y la humedad me estaba calando hasta los huesos, así es que decidí buscar un hotel con encanto y esperar la inspiración al calorcito de una buena chimenea.

Encontré uno en el centro de la ciudad, una casa palacio del siglo XVI que habían inaugurado hacía unos meses, a unos pasos del ayuntamiento y de la plaza Mayor.

Me dieron una habitación con una cama de dos metros de ancho llena de cojines. No sé qué me pasó, pero me tumbé vestido encima de la colcha, con la intención de descansar un poco del viaje y echarme luego a la calle, y me desperté a la mañana siguiente desnudo y tapado con las sábanas y las mantas.

En fin, a lo que vamos, que me fui a Valladolid sin saber muy bien para qué.

Al día siguiente me puse a dar vueltas por la ciudad como un tonto. Deambulé por las calles preguntándome por qué no me olvidaba de todo y me volvía para Valencia, pero no llegué a ninguna conclusión. Quizá lo que me dolía era la sensación de que mi madre había decidido por mí. Como si fuese ella quien hubiera impuesto las condiciones y no yo. Porque, al margen de mi curiosidad y de aquella especie de abandono doble que me empapó como la lluvia fina, también mi orgullo había recibido un golpe que no me esperaba para nada, un mazazo de órdago a la grande.

Sin embargo, la suerte jugó a mi favor, como me ha pasado muchas veces, y la respuesta a la pregunta de qué hacía yo en Valladolid me llegó como caída del cielo. Debía de llevar dos o tres horas andando sin rumbo de acá para allá, cuando de pronto comprendí que aquel viaje iba a cobrar sentido.

Fue uno de esos momentos impactantes de la vida que se quedan grabados a fuego. Mi corazón se puso a bombear sangre como un loco. Tuve que cerrar los ojos y volver a abrirlos para asegurarme de que no estaba sufriendo una alucinación. Luego los volví a cerrar y a abrir varias veces, con el pulso disparado y sin poder creer lo que estaba viendo. Pero era cierto. Sin proponérselo, mis pies me habían colocado delante de lo que jamás se me habría ocurrido buscar.

Rebobiné dentro de mi memoria y encontré la foto de mi madre embarazada. Nunca me había fijado sino en ella, en su cuerpo abultado y en aquella sonrisa de felicidad que a mí no me había dedicado nunca.

Sin embargo, allí estaba, lo recordaba muy bien, justo detrás de su cabeza, en blanco y negro y algo difuminado pero tan real como lo estaba viendo en aquel momento: el logotipo de una clínica que representaba una cigüeña sujetando un pañuelo con el pico. La clínica donde había empezado todo. La misma a la que me habían llevado mis pies.

Cuando me repuse de la impresión, entré por una puerta giratoria por la que se accedía a un pequeño vestíbulo lleno de columnas, todo de mármol. De frente había una de esas escaleras que se bifurcan a los lados en el segundo tramo y, nada más entrar, a la izquierda, entre dos columnas, una garita con un letrero que decía «Información». Se notaba que el edificio se había concebido como vivienda y que lo habían remodelado para alojar la clínica. A la garita se accedía por una puerta que daba a las oficinas, situadas detrás de esta y separadas por una pared con una ventana corredera que estaba cerrada. A través de la cristalera, se veía que había otra mujer trabajando, el resto de las mesas estaban vacías.

Me dirigí a la garita de información y dije lo primero que se me pasó por la cabeza:

—¡Disculpe! Pasaba por aquí y no me he resistido a entrar. Me adoptaron en esta clínica. Mi madre biológica se ha puesto en contacto conmigo y me gustaría llevarle una sorpresa, si pudiera ser. Voy a celebrar mi cumpleaños con ella.

—Usted dirá. ¿Qué tipo de sorpresa?

—Pues... vamos a ver... quizá una foto con la comadrona que la atendió. No sé si todavía estará por aquí. Porque le hablo del año 1965.

La que me hablaba era una chica vestida de enfermera, coqueta como la que más, con los labios pintados de rojo y la blusa abierta hasta bien entrado el canalillo. En el bolsillo de la derecha llevaba un bolígrafo que le había dejado una mancha de tinta. Yo la miré con ojos seductores, le pedí que me hablase de tú y le dije lo bien que le sentaba el uniforme.

—Mi madre adoptiva perdió a un niño aquí el mismo día que yo nací. Y mi madre biológica era muy joven y no podía hacerse cargo de mí. Si tuvieras por ahí los archivos —y le señalé la mancha de tinta—, corazón de sangre azul...

Ella se llevó la mano al bolsillo donde tenía el bolígrafo y fingió que mis chorradas no la impresionaban.

—No sé... esto es muy irregular. Yo no puedo darte los nombres de nadie.

—Pero si no hace falta —le dije con mi mejor sonrisa—. Eso ya lo sé yo: Angustias Rodríguez Martínez y María Dolores González Rodríguez. Por cierto, ¿te han preguntado alguna vez que a quién le has robado esa boca salvaje?

La coqueta soltó una carcajada y se tapó los labios como si no quisiera que la escuchasen; yo insistí en que mirara en los archivos mientras le colaba otro estúpido piropo, esta vez sobre sus ojos de pantera.

Y así, entre piropo y piropo y tira y afloja, conseguí que entrase en la oficina y rebuscara en unos armarios mientras nos dedicábamos miradas a través de la cristalera. La otra mujer ni se inmutó, la miró como si la cosa no fuese con ella y siguió a lo suyo.

Al rato, la chica volvió con un libro de registro que llevaba escrito en el lomo el año de mi nacimiento. Yo le repetí los nombres y ella empezó a pasar hojas con su coquetería en alza, para soltarme la primera bomba de una batería que me dejó descolocado.

—Sí, aquí está tu madre biológica, Angustias Rodríguez Martínez. Estuviste en la incubadora unos días antes de que te adoptaran. ¿Cómo me dijiste que se llamaba tu madre adoptiva?

Yo me quedé sin habla. Pensé que el corazón me iba a estallar. Tenía la garganta seca y empecé a sudar. La enfermera había equivocado los nombres, pero... ¡aquel niño había muerto en la incubadora! Eso era lo que les habían dicho a mis padres. ¿De qué me estaba hablando aquella mujer?

La enfermera debió de ver mi cara descompuesta, porque empezó a mirarme con desconfianza, como si acabase de caer en la cuenta de que se había dejado engatusar y dudara entre cerrar el cuaderno y dejarlo abierto.

El sudor me caía por la frente. Durante un momento, creí que iba a perder los papeles y me iba a desmayar, pero mi instinto me dijo que tenía que hacer algo, que los piropos y las adulaciones ya no me valdrían de nada. Así que no me lo pensé dos veces: me incliné sobre el mostrador de información, le quité el libro de las manos a la enfermera y salí corriendo.

La chica dio un grito que debió de oírse en toda la clínica y levantó a la otra mujer de su mesa, pero, para cuando pudieron salir de la oficina, yo ya había cruzado la puerta giratoria y doblado la primera esquina corriendo, y luego la segunda.

No dejé de correr hasta que llegué al hotel con el corazón en la boca. No podía perder tiempo. Tenía que salir de Valladolid cuanto antes. Si la enfermera denunciaba el robo y le daba mi descripción a la policía, darían conmigo en cuestión de horas. Así que metí el libro en la bolsa de viaje, pedí la cuenta y pagué en efectivo. Por

suerte, había dejado el ZX aparcado en la calle y no en el garaje del hotel. Por ese lado podía estar tranquilo, nadie conocía mi coche ni mi matrícula.

Dos horas más tarde estaba en un motel de carretera a las afueras de Madrid, uno de esos que alquilan las habitaciones por horas y en los que la identidad de los clientes es lo de menos.

Allí repasé hoja por hoja la libreta que me temblaba en las manos.

—¿Se puede saber qué es lo que está pasando?

—Que tu amiguito ha metido las narices en arenas movedizas, eso es lo que está pasando. ¡Escúchame bien! Quedamos hace años en que no husmearías nunca más en el asunto.

—¡Escúchame tú a mí, Manolito Cervera, y diles tú a tus amiguitos que se han pasado de la raya!

Carlos pronunció cada una de aquellas palabras en tono de amenaza, recalcando el término «amiguitos» y señalando con el dedo índice al inspector Cervera.

Le había abordado media hora después de dejar a Alba frente a la Estación del Norte, en un restaurante cercano a la comisaría donde el inspector solía reunirse con sus compañeros para comer.

El detective estaba compartiendo mesa con unos agentes de uniforme cuando Carlos entró en el establecimiento. Nada más verle aparecer, Cervera le hizo un gesto para que le siguiera hasta el servicio de caballeros y, tras comprobar que se encontraba vacío, comenzaron a discutir.

No era la primera vez que se veían en aquel mismo lugar. Hacía doce años, cuando Manolito Cervera todavía era un aspirante a inspector que tenía que hacer méritos para subir de categoría, Carlos también había ido a buscarle a aquel restaurante.

Desde que se conocieron la noche del golpe de Estado frustrado, habían coincidido en varias ocasiones, casi todas en eventos relacionados con el mundo del motor, al que ambos eran aficionados.

La relación entre ellos se había mantenido siempre en un plano bastante superficial; sin embargo, unos días después del regreso de Carlos de Valladolid, tras haber leído la libreta que le había robado a la enfermera de la clínica, acudió a él para pedirle un favor.

En aquella época, el inspector todavía conservaba un cuerpo musculoso y fuerte y aún no había adoptado la gabardina como su seña de identidad. Carlos le llamó para citarle en la cafetería y, al verle, le pidió que le siguiera a los servicios de caballeros y que cerrase la puerta con cerrojo.

—Se trata de un asunto muy delicado. Extremadamente delicado, diría yo. Si te lo pido es porque sé que mantendrás el secreto. Pero tendrías que jurármelo sobre la Biblia.

Manolito Cervera le miró con cara de asombro y torció la boca mientras sopesaba la respuesta.

—¿Y por qué he resultado yo agraciado con ese regalito?

—Porque sí.

El futuro inspector soltó una carcajada y le dio una palmada en el hombro.

—¡Me gusta tu chulería, *nen*, siempre me ha gustado! O sea ¿que no sabré de qué se trata hasta que jure que no abriré la boca?

Carlos sonrió como respuesta. Llevaba en la mano un maletín que no había soltado en ningún momento. Lo apoyó en el lavabo para abrirlo, dejó a la vista unos recortes de periódico que había en su interior y sacó una Biblia que colocó sobre su palma izquierda. Luego levantó la derecha en un gesto ceremonioso, e invitó a Manolito Cervera a que procediese al juramento.

El detective volvió a soltar una carcajada, divertido ante tanta solemnidad, juró sobre la Biblia y añadió que Dios se lo llevase de este mundo si faltaba a su palabra.

—¿Te parece mi vida suficiente como prenda?

Carlos hizo un gesto afirmativo con la cabeza, guardó la Biblia y sacó del maletín un sobre cerrado que le entregó al inspector.

—Te espero mañana en mi casa a las nueve en punto. Quiero saberlo todo sobre el individuo que te he puesto aquí.

Y se dirigió hacia la puerta con la intención de abrir el cerrojo. Pero Manolito Cervera le interrumpió el paso apoyando su espalda contra la puerta.

—No tan deprisa, camarada. Ahora me toca jugar a mí —le dijo mientras le cogía el maletín y sacaba la Biblia, para colocársela en la palma de la mano y adoptar la misma postura ceremoniosa de Carlos—. No abriré este sobre si no me juras que me explicarás punto por punto en qué andas metido.

Carlos había previsto su reacción. Desde que decidió acudir a Manolito Cervera, contaba con que no se conformaría con entregarle la información que iba a pedirle. Por eso no lo dudó: puso la mano sobre el libro sagrado, le contó lo que había sucedido y juró por su vida que era cierto.

No tenía mejor baza que jugar. Acababa de abrir una caja de explosivos que se activarían en cadena si no controlaba bien la situación. Cervera tenía contactos con las fuerzas vivas del régimen franquista, algunos de ellos guardias civiles que habían pertenecido a la trama del golpe del 81 y habían conseguido que sus nombres no apareciesen en las listas de imputados. El mismo Manolito se había jactado, en algunos de sus encuentros, de que si él hablase rodarían muchas más cabezas de las que habían caído en el juicio que mandó a los cabecillas a la cárcel.

Incluso antes de que Carlos le pidiese al inspector que jurase su silencio, sabía que lo tenía garantizado, porque el propio padre de Manolito, un sargento retirado, tan chulo como él, era uno de los que podía terminar entre rejas. Uno de los recortes de prensa que había dejado a la vista de Cervera le citaba en relación a la trama golpista.

Por otro lado, su puesto en la comisaría le permitiría investigar sin levantar sospechas.

Lo que había sucedido en los servicios del restaurante era puro teatro, una forma de implicar a Cervera en la investigación provocándole curiosidad y haciéndole creer que, más que un juramento, estaban sellando un pacto entre caballeros.

A la mañana siguiente, mientras le esperaba en su casa, Carlos repasó el cuaderno que le había robado a la enfermera de la clínica de Valladolid.

En la hoja correspondiente al 4 de enero de 1965, junto a los datos de la paciente que le había enseñado la enfermera —Angustias Rodríguez Martínez, natural de Alicante, nacida el 23 de noviembre de 1940—, aparecía el apunte de que su hijo había ingresado directamente en la incubadora desde el paritorio, y al lado, una anotación en la que figuraban los datos de la adopción: derivado al Hogar Cuna. 7 de enero de 1965. Capitán Podalas.

Lo había leído decenas de veces desde que lo abrió en el motel de la carretera de La Coruña, conmocionado y sin poder comprenderlo. Y cien veces más que lo leyera, seguiría sin comprenderlo y volvería a sentir la misma conmoción. Su madre había llorado toda la vida a un hijo que no había muerto, y había adoptado a otro al que nunca quiso. No tenía sentido.

El nombre de María Dolores González Rodríguez no aparecía por ningún lado. Ella había dicho en la televisión que había tenido a su hijo el 7 de enero de 1965 en el Hogar Cuna, adonde aquel mismo día habían derivado al bebé de la incubadora. Las piezas encajaban. Habían intercambiado a los recién nacidos. Pero ¿por qué? ¿Quién era el capitán Podalas?

Antes de pedirle ayuda a Manolito Cervera, Carlos había buscado en los listines telefónicos de todas las provincias y en los directorios que utilizaba en la agencia. El apellido Podalas no figuraba en ninguno, probablemente era ficticio. Sin embargo, en la hemeroteca había encontrado algunos artículos en los que se relacionaba aquel nombre con el asalto al Congreso del capitán Tejero. De ahí que Manolito Cervera se convirtiese en un recurso a tener en cuenta, una baza que no podía despreciar.

Podría haberle pedido a su padre la carpeta con las iniciales «C.G.», que sin duda guardaría más piezas del puzle, pero de momento prefirió no implicarle para evitar tener que darle explicaciones. Cuantos más datos encontrase por sí mismo, mejor. No podía arriesgarse a estar equivocado. Tenía que averiguar la identidad de ese bebé. Y sólo después se plantearía si lanzaba aquella bomba capaz de destrozar a todos los afectados.

A las nueve en punto de la mañana, Manolito Cervera tocó el timbre de su casa. Carlos le observó por la mirilla antes de abrir. Llevaba en la mano el mismo sobre que él le había entregado la tarde anterior, que blandió cuando se dio cuenta de que Carlos le estaba mirando desde el otro lado de la puerta.

—¡Esto huele que apesta, camarada! —le dijo en cuanto le abrió, y extendió el brazo para que Carlos contemplara el sobre—. Yo que tú me olvidaba del temita ¡ya! Cuanto más he tirado de la cuerda, más porquería ha salido a relucir. —Cervera se tapó la nariz con un gesto de repugnancia y señaló el sobre—. Aquí lo tienes todo. Pero sólo te daré la información si me prometes que no removerás la porquería más allá de lo que voy a contarte yo. —Y extendió la mano para que Carlos se la estrechase antes de explicarle verbalmente la información que contenía el sobre—: Podalas era un nombre de guerra, pero le falta un pequeño detalle: lleva acento en la «o». ¡El capitán Pódalas! Se lo puso él mismo. Él y sus tijeras se hicieron famosos en toda la provincia de Valladolid cuando triunfó el Alzamiento Nacional. Sufrió un atentado que lo dejó en una silla de ruedas a principios de los setenta. Pero, paralítico y todo, continuó en activo hasta que le obligaron a retirarse en la época de la Transición. Ahora vive en una finca de Salamanca. Cerca de la Peña de Francia. Tenía un asistente de toda la vida, un chusquero que le hacía de chófer y le bailaba el agua en sus múltiples hazañas. Se retiró con él y estuvo un tiempo a su servicio en la finca. Pero... Ahora viene lo más grande... —Manolito Cervera hizo una pausa para darle un toque de suspense a lo que iba a desvelar a continuación—. El susodicho montó luego una empresa de taxis aquí en Valencia. ¡A eso lo llamo yo cualquier cosa menos casualidad!

—¿Sabes el nombre del taxista?

—¡Es el dueño de los Calambuig! Ya he hablado con él. ¡Mal asunto, compañero! Le he apretado las clavijas a conciencia. Te ahorraré los detalles, pero te diré que lo único que he sacado en claro es que él obedecía órdenes. ¡Que sí, que traía niños a Valencia! Pero que si tira de la manta se lleva por delante hasta a mi padre. ¡Créeme, camarada, no va a aclararnos nada más! Sólo servía de correo.

Había empezado a nevar. Carlos miró a través de la cristalera que daba a la terraza y observó los copos que flotaban en el aire. Sin peso. Blancos. Resistiéndose a caer. Según su partida de nacimiento, al día siguiente cumpliría veintiocho años, pero si se atenía a los hechos que había averiguado, los había cumplido aquella misma madrugada.

Hay fechas que se quedan grabadas para siempre en el calendario. Y aquel 7 de enero de 1993 se quedaría grabado en el de Carlos como el principio de una cuenta atrás que terminaría veintiún años más tarde.

Cuando Manolito Cervera se marchó, él se subió de nuevo a su Citroën ZX, pero en aquella ocasión no se dirigió hacia Valladolid, sino a la finca donde vivía el coronel retirado.

Unas horas más tarde, cuando ya estaba anocheciendo, tomó el desvío de la carretera de Salamanca que le conduciría a su destino.

Cuando Alba Cruces se quedó sola frente a la Estación del Norte, dudó entre acercarse a votar a su colegio electoral y pasarse luego por su casa, o llamar a José Luis para ir a verle.

Le dolían los pies. Debería cambiarse los zapatos y, de paso, ordenar las ideas y decidirse sobre la propuesta que le había hecho Carlos, una encrucijada que la colocaba en una situación bastante complicada, ya que, por un lado, le interesaba conocer la información que poseía su futuro cliente, y por otro, sus lealtades se verían divididas si aceptaba representar a los dos amigos.

El viento del sur se desplazaba en remolinos a ras de tierra, cargado de polvo del Sáhara. La temperatura estaba subiendo y la calima podía dar paso a una tormenta de un momento a otro. Faltaban dos horas y media para las seis, el plazo que le había dado Carlos, pero no podía tomar una decisión sin hablar antes con José Luis. Si se encontraba con mucha cola en las urnas, no le daría tiempo de ir a ver a su colega, de modo que decidió llamarle y dejar la votación para después.

El abogado había vuelto de Valladolid exultante. Pero Alba temía sus subidas y bajadas de ánimo. Aún no había asimilado su divorcio cuando, en menos de un mes, le sobrevinieron la noticia sobre su falsa adopción y el golpe de la muerte de su madre. Alba estaba preocupada por él. Se conocían desde los tiempos de la facultad, y ya entonces José Luis había dado muestras de un carácter excesivamente emocional: cualquier cosa podía alterarle hasta unos límites muy peligrosos y, en aquel momento, sobrepasado por los acontecimientos, estaba a punto de romperse. Había viajado de acá para allá, obsesionado con encontrar cuanto antes las pistas que le condujesen a sus padres. Demasiados movimientos que no estaban lo suficientemente asentados como para añadir uno más. Hay caminos que se deben recorrer a pasos pequeños porque las grandes zancadas pueden hacerte perder el equilibrio, y José Luis estaba a punto de caerse.

Las cosas habían sucedido tan deprisa que ni ella misma había sido capaz de procesarlas aún. Aquella misma mañana, la joven había desayunado con Carlos siguiendo el plan que José Luis había orquestado para impresionarle con el resultado de su investigación, un plan fallido que se había saldado con una de las salidas de tono a las que Carlos los tenía habituados, y había echado por tierra las ilusiones de su colega.

Durante el viaje de José Luis, el ejecutivo y la abogada se habían visto en varias ocasiones. Alba había llegado a la conclusión de que Carlos no cedería en su postura; su decisión de no participar en la búsqueda era inamovible.

Al contrario de lo que había pasado con el publicista, José Luis había permanecido en contacto telefónico con su abogada en todo momento para informarla de cada uno de sus pasos. En todas sus llamadas, José Luis había insistido en que confiaba en que su amigo cambiaría de opinión cuando conociese los avances de sus pesquisas.

Los abogados habían llegado a la conclusión de que don Antonio y don Martín no sólo compraron a sus hijos a plazos, sino que, cuando estos vencieron, comenzaron a ser víctimas de un chantaje que se dilató hasta la muerte de los padres del ejecutivo. Cuando citó a su amigo para desayunar, José Luis pensaba enseñarle las pruebas que había ido reuniendo en una cartera, entre otras, un cuaderno que encontró junto al testamento a la muerte de su madre, que era lo que había levantado sus sospechas sobre la extorsión que su familia había sufrido durante años. Se trataba de una libreta en la que su padre había ido anotando hasta su muerte, año tras año, una cantidad que iba subiendo conforme lo hacía el Índice de Precios al Consumo. Su madre continuó con los apuntes cuando faltó su padre, pero añadió a las cantidades un dato que don Antonio no había escrito nunca: «taxista», y unas frases que sugerían que la amenaza del chantaje consistía en contarle a su hijo la verdad sobre su procedencia. Doña Amparo había convertido el cuaderno en una especie de diario en el que escribía sus propósitos y sus vivencias, algunas sin importancia y otras que demostraban claramente que había algo que la atormentaba: «Esta mañana me he comprado un vestido de medio luto muy apañado; de hoy no pasa; ayer se fue la luz más de una hora; no he podido, mañana se lo contaré; ha vuelto a irse la luz; han echado al portero y han puesto uno automático; esto tiene que acabar; otra vez nos ha dicho que la del año que viene será la última; he invitado a Angustias a merendar y al cine; hoy tampoco me he atrevido; ¿y si deja de quererme?»

José Luis había guardado el cuaderno en su cartera, junto con todos los documentos relacionados con el tema, entre ellos el paquete que Alba le había entregado en el tanatorio, que contenía los últimos datos que habían conseguido sobre las clínicas que, supuestamente, traficaban con bebés en los años sesenta. También habían averiguado que aquella práctica se remontaba a varias décadas antes y había continuado hasta hacía poco más de quince años. El paquete contenía asimismo información sobre algunos casos que habían aparecido en un programa de los años noventa, en el que participaron varias madres que buscaban a sus hijos. Alba había conseguido algunas cintas de vídeo de aquellos programas y, a través de sus contactos en los juzgados, la dirección de algunas de las madres.

El mismo día del entierro de doña Amparo, al regreso del tanatorio, Alba y José Luis vieron las cintas y descubrieron a María Dolores. Los dos se quedaron petrificados en sus asientos. Los dos la reconocieron al instante. Los dos se miraron con la misma cara de asombro. Y entre los dos decidieron que no se lo contarían a

Carlos hasta que la encontrasen.

Al día siguiente, José Luis empezó a buscarla. Si los padres de Carlos y los suyos los habían comprado a las mismas personas, su madre biológica tenía que guardar alguna relación con la de Carlos. Encontrándola a ella no sólo daría con la madre de su amigo, también encontraría a la suya.

No obstante, la búsqueda resultó infructuosa. José Luis buscó a todas las mujeres de la lista que había elaborado su colega, pero o no se hallaban en la dirección que les habían facilitado, o las fechas no coincidían, o se trataba de madres que buscaban a sus hijos adolescentes huidos de sus casas.

Pese a ello, José Luis volvió entusiasmado. No había conseguido nada, pero había hecho muchas preguntas y estaba seguro de que, cuando le enseñase las cintas a Carlos, este cambiaría de opinión y le acompañaría a buscar las respuestas. Pero se equivocaba, Carlos volvió a negarse a escucharle y él cayó otra vez en el abatimiento y la desesperación.

—No lo entiendo —le dijo a Alba cuando Carlos se marchó de la cafetería—. Somos como hermanos. Él sabe lo importante que es esto para mí. Yo le ayudaría aunque no quisiese saber nada de lo mío.

Después se sumió en un profundo silencio que Alba trató de romper consultándole sobre otros asuntos de su despacho, mientras él se encerraba en sus pensamientos convertido en una concha que se empeñaba en cerrarse.

Alba se encaminó hacia su casa convencida de que iba a encontrarle como le había dejado por la mañana: desconcertado y hundido porque Carlos había vuelto a fallarle. Aún no sabía lo del robo, de manera que, cuando vio las condiciones en que los ladrones habían dejado el estudio, se llevó las manos a la cabeza y comenzó a hacerle preguntas encadenadas, sin dejarle tiempo para responder a ninguna.

—¿Cuándo ha pasado esto? ¿Por qué no me has llamado? ¿Has avisado a la policía? ¿Has hecho recuento de lo que te han robado?

José Luis la miró sonriendo. Había pasado del abatimiento a la euforia por arte de magia, y el desorden parecía no importarle.

—¡Tranquilízate y escucha! En casa de Carlos también han entrado. Él no me lo ha dicho, pero Manolito Cervera acaba de irse de aquí y me lo ha dejado caer. —Y añadió señalando el portafolios donde guardaba sus documentos—: Creo que alguien se ha puesto muy nervioso con nuestras investigaciones. Nos hemos debido de acercar mucho. Esta tarde voy a ir a ver a Calambuig. Tengo cita con él dentro de una hora. Estoy seguro de que es él y de que Cervera lo sabe.

—No me gusta. Todavía no tenemos nada en firme para acusarle.

—Lo sé, pero si no hablamos con él no lo tendremos nunca. Hay que presionarle. Y es mejor atacar por sorpresa.

—Voy contigo, entonces.

—No, Alba, sospecharía. He de ir solo.

Alba no sabía cómo reaccionar. No le gustaban las sorpresas. Nunca le habían gustado. Prefería prevenir y organizar las cosas de antemano, calcular los pros y los contras y evaluar sus riesgos y sus consecuencias. José Luis podía cometer un error visitando al taxista. Como buena aficionada al ajedrez, ella prefería calcular los movimientos antes de poner en peligro sus piezas.

—¿Has visto a Carlos después del desayuno?

—Se ha ido de aquí hace un par de horas. —José Luis seguía sonriendo como un niño a quien se le acaba de abrir un mundo lleno de posibilidades—. ¡Ha visto el mapa y mi certificado de nacimiento! ¡Y me ha prometido que luego le echará un vistazo a todo! Estoy seguro de que, nada más salir de aquí, se ha ido a ver a Manolito Cervera. Le conozco como si lo hubiera parido. Está mucho más interesado en el tema de lo que nos quiere hacer creer.

—Lo sé. Me ha pedido que le represente.

—Eso significa...

—Que tiene un secreto que no quiere compartir contigo. Y que deberías plantearte que está en todo su derecho a no hacerlo.

A la finca del coronel se accedía por una cancela de hierro que María Dolores había encontrado abierta al llegar. En el suelo, de un lado a otro de los puntales sobre los que se articulaban las jambas, había una zanja cubierta por una estructura de cilindros metálicos que se movían al pisarlos, un recurso muy común en la zona, utilizado por los ganaderos para evitar que se escapasen las reses que andaban sueltas por los recintos vallados.

Cuando María Dolores cruzó la zanja con su coche al marcharse, sufrió una especie de ataque de vértigo, un vahído que la obligó a detener el Seat Ibiza y dejarlo al borde del arcén. Por un momento creyó que debajo del automóvil se había abierto un agujero enorme, un hueco que se la tragaría si no se sujetaba con fuerza a la tierra. Entonces se bajó del coche, se agachó para tocar el suelo con las manos y permaneció en cuclillas como si aquella postura pudiera devolverle el equilibrio.

Las revelaciones del coronel no distaban mucho de lo que se esperaba; sin embargo, jamás habría imaginado que su abuela conociese la verdad. ¡La había consolado tantas veces de la muerte de su niño! ¡Tantas! ¡Y con tanto convencimiento! A menudo le decía que olvidase, que tenía toda la vida por delante y que llegarían otros hijos que la compensarían del dolor. Pero no hay consuelo para el árbol que ha perdido una rama, ni siquiera las otras ramas consiguen aliviar el sufrimiento que produce el muñón, que conserva para siempre los nervios al aire, intactos, sensibles, como los miembros que insisten en quedarse después de ser amputados. Y a ella no había dejado de dolerle el muñón.

El vehículo le tapaba la vista del camino que terminaba en la finca. A lo lejos se levantaba la Peña de Francia, una montaña de cima rocosa sobre la que se erguía el monasterio de la virgen que le daba nombre, la virgen de la Peña Francia, cuya imagen, según algunas leyendas, había encontrado un joven estudiante francés en el siglo xv.

Desde su posición, agachada todavía, María Dolores sólo podía ver la sombra del pico de la montaña, recortada contra un cielo azul oscuro que pronto sería completamente negro. Tenía que levantarse, tenía que ir a La Ventolera y decirle a la abuela Mila que ella habría preferido la cárcel a la agonía a la que la habían condenado entre todos.

Pero su cuerpo seguía buscando el contacto de la tierra y permaneció en cuclillas, con las manos apoyadas en el suelo, hasta que el sol se ocultó por completo detrás de la montaña. Minutos más tarde, creyó oír el sonido de un motor en la lejanía. Entonces se levantó, se metió en el coche y se mantuvo alerta durante unos instantes.

Un automóvil se estaba acercando a la finca a toda velocidad, probablemente el de algún empleado. Cuando el rugido se hizo más fuerte, María Dolores se inclinó sobre el asiento del copiloto para ocultarse y esperó hasta oír que el conductor aminoraba la marcha al pasar junto a su coche, y luego frenaba un poco más para traspasar los cilindros metálicos que cubrían la zanja, en dirección a la casa del coronel.

Si se hubiera incorporado, habría comprobado que se trataba de un Citroën ZX gris con matrícula de Valencia. Pero no lo hizo. No se irguió. No levantó la vista. No volvió la cabeza para mirar al conductor. No distinguió al joven que se quedó observando el Seat Ibiza, preguntándose qué hacía en medio de la oscuridad, dudando entre detenerse o seguir su camino.

No. Ella no se incorporó. Y él no se detuvo. Él no dejó su Citroën en el arcén. No se bajó. No se acercó al otro automóvil para averiguar si el conductor necesitaba ayuda. No escudriñó a través del cristal de la ventanilla. No vio a la mujer que se había escondido. No.

Él aminoró la marcha para echar un vistazo y comprobar que el coche estaba vacío, después volvió a frenar para pasar por encima de los cilindros que protegían la zanja y continuar por el camino de arena que conducía a la vivienda.

Y ella arrancó el motor de su coche cuando oyó que el otro se detenía.

Segundos después, él se encontraría con el hombre de la silla de ruedas y con su mancha de nacimiento, mientras ella se alejaba en dirección a La Ventolera para reunirse con su abuela Mila.

El joven llamó a la puerta con los nudillos y esperó bajo el porche, soportado por cuatro columnas de piedra rústica, que protegía el frontal de la vivienda. De la montaña llegaba un viento helado que movía las copas de las encinas y los fanales que colgaban del techo de la marquesina.

Mientras esperaba, Carlos echó de menos el canto de los grillos. El campo y el silencio de la noche no tenían sentido sin ellos. En su lugar, se oía el chirrido de las cadenas de los faroles, un sonido de herrumbre y soledad que, unido a las ráfagas producidas por el vaivén de las luces, le resultó fantasmagórico.

Antes de que le abriesen, oyó el sonido de un motor que arrancaba a lo lejos y, a continuación, las ruedas de la silla y la voz del coronel: una voz atildada que le ordenaba a alguien algo que él no entendió, pero que debió de ser que le dejaran pasar, porque le abrió una criada que le señaló la puerta del salón y se marchó acto seguido hacia la cocina, visible al fondo de un pasillo.

—¿Te has olvidado de...? —preguntó el coronel antes de comprobar que se había equivocado de persona—. ¡Vaya! Esto sí que es una sorpresa. No sabía que habías venido tú también.

Mi abuela ya estaba muy delicada por aquel entonces. Le habían dado varias anginas de pecho y prácticamente vivía de la cama al tresillo, como le pasó a mi padre antes de morir. Pero ella se las apañaba bien. Mi santo y yo quisimos ayudarla muchas veces, pero ella no consintió en coger ni una peseta nuestra. «¡Cosas de vieja —decía—, yo me como lo que yo guiso, no me hace falta más!»

Le habían reconocido una pensión de viudedad, después de mil gestiones y de que el abuelo llevase desaparecido más de cuarenta años, y con eso y lo que sacaba de la uva le había dado para construir otra cabaña y contratar a un rumano que la había ayudado en la última vendimia, para que viviese en el majuelo con su mujer y le cuidase las tierras, y de paso también la atendiese a ella. Fue uno de los primeros que acudieron al pueblo; después llegaron a montones y la gente empezó a desconfiar —a veces con razón, no digo yo que no, porque algunos metían la mano donde no les correspondía—, pero la mayoría venían huyendo del hambre y se habrían conformado con los restos que dejábamos nosotros en la mesa. ¡Pero, en fin, esa es otra historia!

El caso es que aquella noche llegué a La Ventolera pasadas las diez. Mi abuela estaba escuchando la radio y cosiendo. La tele no le gustaba. Decía que le parecía que los que había dentro la miraban y que ella no sabía qué hacer. Yo le había regalado una en color cuando lo del mundial de fútbol que hubo en Madrid, pero la tenía de adorno, llena de figuritas que mis hijos le habían ido llevando de recuerdo de las vacaciones.

Cuando vio que aparecía a aquellas horas, con la cara descompuesta, se me quedó mirando y me dijo que sabía que ese momento llegaría tarde o temprano. Eso me dijo, señor juez. «¡Sabía que llegaría este momento!» Y se echó a llorar pidiéndome perdón con tanta amargura que pensé que iba a darle otro ataque al corazón.

Y yo, que la quería como si fuera mi madre, cuando la vi así, encogida y cayéndosele las lágrimas como nunca en la vida, en vez de perdonarla, la odié con todas mis fuerzas. Porque yo no quería que me pidiera perdón ni que llorase con aquella angustia. No había ido a verla para que fuera ella la que se hundiese en la pena. No tenía derecho a hacerme eso. ¡No, señor! Era yo la que tenía que llorar. La que tenía que gritarle que no debería haberse callado, que había sido cómplice del peor hombre de este mundo y que me habían destrozado la vida. Pero ella no dejaba de llorar y de pedirme que la perdonara, arrugadita en su sillón, estirando los brazos con las manos abiertas, como diciéndome que me acercase para abrazarla. Y yo no podía. ¡No podía! La miraba sin hablar ni moverme del sitio, estribada contra la pared

para no caerme, mordiéndome las ganas de morirme.

Así me quedé hasta que llegaron los rumanos, asustados por los gritos de mi abuela. «¡La va usted a matar!» La mujer se sacó unas pastillas del bolsillo de la bata y le puso una debajo de la lengua. Y el marido se me quedó mirando sin preguntarme nada, como si pudiese entenderme con los ojos. Me ayudó a separarme de la pared, me sujetó hasta que me senté en el sofá, tesa como si me hubieran congelado, y le dijo a su mujer que me preparase una tila. Tenía los ojos muy negros y muy redondos, y unas cejas espesas y separadas, mucho más oscuras que el poco pelo que le quedaba en la cabeza. Me miraba como si supiera que a mí también me habían matado. Como si ya hubiera visto antes la expresión que yo tenía en la cara. Por eso no le hacía falta preguntarme. Porque él ya había visto la muerte en vida. «¡No se preocupe, todo pasa, lo malo también!» Y me obligó a beberme la tila a sorbitos mientras su mujer acostaba a mi abuela.

Eran casi las once cuando me fui sin haber cruzado una palabra con nadie, ni con los rumanos ni con mi abuela. Ella seguía llorando en la cama, muy bajito, como un gato recién nacido. Y yo me fui sin haber podido acercarme, sin un beso, sin un abrazo, sin mirarla. ¡Ay, Señor! ¡Cuánto daño le devolví sin pensarlo! ¡Y cuánto me arrepentí luego! Porque no volví a verla hasta que tres semanas después me avisaron de que había pasado a mejor vida como un pajarito, sin hacer ningún ruido.

Cuando llegué a Valladolid, en vez de irme a mi casa aparqué el coche en el centro y me puse a dar vueltas por las calles. Había empezado a nevar y no se oía ni un alma.

Casi todas las ventanas estaban a oscuras. Yo buscaba las que se veían con luz, me las quedaba mirando y me imaginaba quién viviría allí y qué estarían haciendo. Y ¿sabe una cosa, señor juez? ¿Sabe lo que yo sentía mirando aquellas ventanas? ¡Una envidia que me arrugaba el corazón! ¡Sí! ¡Pura envidia! Porque yo me figuraba que la gente era feliz detrás de aquellos visillos corridos, que sus vidas eran tranquilas, que sus casas estaban calientes y que seguían encendidas las luces porque estaban celebrando un cumpleaños, como tenía que haber celebrado yo el de mi hijo con toda mi familia.

Volví a mi casa pasadas las dos. Mi santo me estaba esperando muy asustado, porque yo no me había encomendado a nadie cuando cogí el coche aquella tarde. El pobre había llamado a mis hijos al ver que yo no aparecía. Todos estaban allí, incluidos los niños de Charito, que por entonces tenían cuatro y seis años. Cuando metí la llave en la cerradura y le di la vuelta para abrirla, oí el revuelo de sus voces en el recibidor. Los críos se abrazaron a mis piernas cuando me vieron entrar, y Santiago, Camilo, Charito y su marido se quedaron mirándome sin decirme nada, igual que me había pasado con el rumano. Pero sus miradas eran diferentes. Como si les diera miedo preguntar. Yo estaba empapada y temblando igual que una hoja. No

había abierto la boca desde que maldijera al coronel, y todavía me retumbaban los juramentos en la garganta, y el llanto de mi abuela en el corazón. Pero cuando les vi a todos esperándome... mirándome tan asustados... No sé... Me pasó algo por la cabeza... Como si de pronto me hubiera dado cuenta de que Santiago tenía razón cuando me decía que había que mirar para adelante...

En fin, qué más voy a contarle, señor juez, la vida empieza tantas veces...

Entendí las razones de mi madre cuando conocí al coronel. Estaba claro que no era a mí a quien esperaba. Al verme, la cara se le transformó en un rictus extraño, parecía la caricatura del muñeco de un ventrílocuo: arrugado como una ciruela pasa, con un mechón de pelo que le cubría la calva de un lado a otro; y con la mitad de la boca, bajo la que sólo le quedaban los restos de un bigotito ridículo y pasado de moda, levantada hacia la nariz.

Me miró atónito, igual que si se le hubiera aparecido un espectro, y empezó a hablarme sin sentido, como si continuase una conversación con otra persona y no hiciera falta que yo contestase.

—¿Puede saberse por qué no habéis entrado los dos juntos? Ya le he dicho a ella todo lo que tenía que decir. Ella, en cambio, ha dicho bien poco. Lo que no me podía imaginar era que detrás iba a mandarte a ti. ¿Qué pasa? ¿Que ha decidido no llevarse el secreto a la tumba?

Yo le dije que no sabía de qué hablaba, que había ido para darle un recado a su hijo. Y él soltó una carcajada con su boca torcida, echando la cabeza hacia atrás como un monigote.

—¡Buena táctica, muchacho! —me dijo mientras arrastraba las ruedas de su silla para acercarse hacia donde estaba yo—. Pero a mí no me engañas. Sé a lo que has venido. Aunque siento decirte que no comparto tu interés. —Y entonces se apoyó sobre los codos, intentó erguir el tronco del cuerpo a pulso y señaló mi mano derecha—. Lo habéis descubierto por eso, ¿verdad?

Sólo entonces caí en la cuenta de lo que estaba pasando. Me fijé en la mano de aquel indeseable y recordé las palabras de Manolito sobre el capitán Pódalas. Toda la sangre se me subió a la cabeza de golpe. Él me miró con una sonrisa que daba escalofríos, como si se estuviera vengando de algo que tenía enquistado y lleno de pus. Me habría encantado lanzarme contra su cuello y partírselo allí mismo sin contemplaciones, pero me quedé paralizado. Él señaló el retrato de un militar que había colgado en la pared y me dijo que me fijase bien.

—Te pareces más a él que a mí. Sólo que mi padre era rubio. Se lo llevaron los rebeldes en julio del 36 y no apareció nunca más. Espero que tus padres hayan sabido educarte. Porque con las prisas, al final le dimos a un rojo el hijo de una roja. ¡Lástima no haber sabido antes que el señor Miranda simpatizaba con los comunistas y tuvo familia en el exilio! Ya se lo he dicho a ella, yo tengo ojos y oídos en todas partes. Aunque he de admitir que en aquellos días me fallaron ligeramente.

A mí se me había secado la boca, me costaba trabajo respirar y se me estaba

nublando la vista, pero conseguí balbucear, más que hablar, para decirle que no entendía nada. Pero sí lo entendía. Las piezas encajaban.

Sentí como toda la sangre que antes se me había subido a la cabeza me bajaba de golpe al estómago y se quedaba allí, helada y sin ganas de circular. Debí de quedarme tan pálido que hasta yo mismo lo noté. Él debió de verme muy mal, porque llamó a la sirvienta y le dijo que me llevase un vaso de agua.

El resto lo recuerdo como en una nebulosa.

La chica me tendió en un sofá de cuero desgastado, me ayudó a beber un sorbo de agua y me abanicó con un periódico. Yo tenía la sensación de que todos los músculos de mi cuerpo se habían convertido en plastilina. Mientras, me llegaba una voz que salía del fondo de la tierra y me decía que mi madre había estado allí minutos antes que yo, para protegerme de aquel indeseable. Las paredes empezaron a deformarse y a bailar ante mis ojos, acercándose y alejándose, repletas de manchas en las que yo veía el coche aparcado en la cuneta, mi marca de nacimiento, las tijeras del capitán Pódalas y al hombre del retrato.

Mientras recuperaba el conocimiento, el coronel aprovechó para contarme el resto de su historia como quien cuenta una hazaña de guerra a sus nietos.

—¿Sabes? —me dijo cambiando radicalmente el tono de voz que había utilizado hasta entonces—. En el fondo agradezco a Dios Todopoderoso que te haya traído a mí. Me va a llamar a su lado dentro de poco y seguro que me tendrá en cuenta que me sincere contigo. Por mucho que tu madre se empeñe en lo contrario. Al fin y al cabo, ya lo sabes casi todo y yo sólo me arrepiento de una cosa: de haberle hecho caso a mi mujer. Se negó en rotundo a tener un niño pelirrojo. Y tenía razón, en el pueblo se habría sabido en seguida. Yo le propuse pedir el traslado, pero no consentía en moverse de allí. ¡Diablo de mujer! No he conocido una más *dominante*. Nos avisaron cuando empezaron los dolores de parto y para allá que nos fuimos con su barriga postiza. Estuvimos en la habitación de al lado toda la noche, pero no hubo manera de convencerla. Quería un morenito a toda costa. Por suerte, en otra clínica había uno y aceptaron el cambio. Yo no conocía los antecedentes de tu padre, porque de haberlos sabido te habríamos buscado otro.

—¿Dónde está el otro niño? —le pregunté yo, mareado todavía, sin poder creer lo que estaba sucediendo ni dónde estaba tumbado.

—El pobrecito no paraba de llorar. Nos quedamos sin él sin cumplir los dos meses. ¡Qué lástima! Mi mujer se quedó destrozada y ya nunca quiso ir a por más.

¡Ir a por más! Lo dijo como si fuese de lo más natural. ¡Ir a por más! A mí se me fue a la boca todo lo que tenía en el estómago y lo vomité en su sofá de cuero.

Luego hice acopio de fuerzas, empujé su silla de ruedas hasta que se estrelló contra la pared y salí de allí horrorizado.

Estuve conduciendo durante horas, sin rumbo fijo y sin parar de llorar, deseando

que se hiciera de día.

Cuando me di cuenta, acababa de pasar a Portugal por la frontera de Badajoz. Es curioso, porque cuando vi los carteles de la autovía en portugués pensé en Joaquín Prats y en su discurso sobre la Europa sin fronteras, que nos iba a convertir en un país del primer mundo.

Me costó mi tiempo procesar todo aquello. En mi mente, retumbaba la historia que me había contado Manolito Cervera sobre el coronel y las tijeras a las que debía su mote. Mi madre biológica había querido protegerme de la verdad y, probablemente, protegerse también a ella y a su familia. Aquel hombre se merecía que cayese sobre él todo el peso de la ley, pero mi madre debía de tener sus razones para decidir mantener en secreto lo que sucedió. Mi mancha de nacimiento había sido la que la había sacado de la duda. Ella no debía de saber que la tenía, porque lo habría dicho en la tele. ¿Quién sabe cuántos padres habría imaginado que podían ser el mío hasta que yo le di la clave? ¿Quién sabe cuánta humillación? ¿Cuántos capitanes Pódalas la habrían violado?

No quería imaginármelo. Ella había decidido callar. Así es que opté por guardar su secreto e intentar volver a reconstruirme, buscar nuevos cimientos, nuevas razones, dar nuevos manotazos al aire para deshacerme de la ira y transformarla otra vez en cinismo. Pero ¿dónde?

Durante una semana vagué por el sur de Portugal como si fuese un muerto viviente. Recorrí sin verlo el Alentejo entero. Elvas, Estremoz, Évora, Santiago do Cacém... ciudades hermosas, protegidas por murallas centenarias que deberían haberme impresionado. Después continué hacia el Algarve. Algezur, Alfambra, Carrapateira, Vila do Bispo... Pero tampoco vi sus playas, sus horizontes de mar abierto y cielos inmensos, sus rocas, su arena, sus ganas de soñar.

Y cuanto más me alejaba, más sentía que tenía que volver. Que el final estaba en el principio y que el principio podía convertirse otra vez en mi único anclaje. La tabla de salvación. El puerto donde amarrar. Las raíces que se aferran en lo hondo.

¡Sí! Tenía que partir del mismo punto, aunque tuviese que levantarme otra vez sobre las arenas movedizas en las que había conseguido no hundirme nunca, a pesar de que a veces hubieran estado a punto de ahogarme.

Y que conste que no es que creyese que más valía lo malo conocido. No, no era eso. Era que necesitaba pararme. Quedarme quieto y reconocer algo, aunque ese algo no fuese más que una enorme y podrida farsa, un cuento de niños en el que el ogro engorda a sus víctimas en una jaula, y la madrastra siempre desprecia a sus hijos advenedizos.

Seguramente habría otra forma de empezar a construirme por enésima vez, pero yo no la encontré. Así que decidí deshacer el camino y regresé a Valencia.

Recuerdo la sensación de cobijo que me produjo ver el nombre de las calles.

Parecerá una tontería, pero me calmaron. Me quedaba mirando las placas cuando pasaba por delante como si ellas fueran mi familia, como si me estuviesen devolviendo algo de mí mismo, como si me entendiesen y pudieran ayudarme a preparar otra vez mi madriguera. Calle del Cid. Avinguda de Pérez Galdós. Gran Vía de Ramón y Cajal, Carrer d'Alacant, y Gran Vía de les Germanies, donde estaba la casa de mis padres.

La última vez que los vi fue en la cena de Nochebuena. Ni siquiera los había llamado para felicitarles el Año Nuevo ni para que ellos me felicitaran a mí por mi cumpleaños. Pero estaban tan acostumbrados que yo creo que ni lo habían echado de menos.

Mi padre estaba en el salón, como siempre, intentando montar las piezas de un reloj, y mi madre en su cuarto, seguramente rezando el rosario de la novena que le tocara.

Él se levantó cuando me oyó llegar, me dio un abrazo y me preguntó si todo andaba bien. Ella me saludó desde lejos sin moverse. Yo, por mi parte, hice lo mismo: a él le devolví el abrazo y a ella el saludo desde el salón.

Luego me senté un rato con mi padre y charlamos de lo de siempre: de los últimos goles del Valencia, de lo caro que se estaba poniendo todo y de que Europa nos iba a convertir en una gran potencia económica. Y mientras hablábamos, yo pensaba en lo poco que nos conocíamos realmente y en los caprichos y la crueldad del destino. Después de todo, había algo de verdad en la historia que me habían contado. Mi madre lloraba con razón a su niño muerto, y yo era clavado a mi abuelo, que desapareció al principio de la guerra civil y nunca más se supo de él.

Han pasado doce años desde aquel día. Durante todo ese tiempo, no he vuelto a contactar con mi madre biológica ni con el coronel. Dejé que se convirtieran en pasado mientras yo buscaba el refugio de mi cinismo y mis estrategias publicitarias. Hasta que José Luis se presentó en mi agencia con la noticia que le daría la vuelta a mi vida otra maldita vez.

Y aquí estoy, repasándolo todo para ver si consigo entender lo que sucedió y lo que no debería haber sucedido. Buscando respuestas. Preguntándome qué debería haber hecho y no hice, para evitar lo que vino después.

Sigo pensando que somos lo que hemos hecho de nosotros mismos. Es verdad. Lo pienso. Sin embargo, ahora dudo si yo soy lo que hice de mí o lo que quise creer que estaba haciendo de mí. Porque, después de todo el camino recorrido, lo cierto es que no sé quién soy.

TERCERA PARTE

Alba Cruces salió de casa de José Luis decidida a escuchar lo que Carlos tuviese que contarle. El caso se estaba complicando demasiado. José Luis podría haber dado varios pasos en falso que entorpecieran la investigación. No debería haber llamado a Calambuig, y mucho menos debería ir solo a verle. Probablemente, tampoco tendría que haber ido solo a Valladolid. El hecho de que hubiesen intentado robar en su casa y en la de Carlos, justo después de que él hubiera dejado sus preguntas por todas partes, sólo podía demostrar una cosa: los ladrones tenían que ver con el robo de los bebés y con el chantaje, y buscaban las pruebas que les incriminaban.

A las seis en punto de la tarde, tocó el timbre del ático y esperó.

De fondo se oía el ruido de la televisión, cuyos informativos seguían a pie de urna los resultados de las votaciones. El volumen del aparato estaba tan alto que probablemente hubiera encubierto el sonido del timbre. Alba volvió a llamar al cabo de unos segundos, pensando que Carlos no lo había oído. Pero el televisor sonó con más fuerza aún. Ella llamó de nuevo, más insistentemente. Entonces oyó al ejecutivo al otro lado de la puerta. Su voz sonaba forzada, como si acabara de despertarse y estuviese disimulando el sonido gangoso del recién levantado.

—Lo siento, Alba, ahora no estoy para nada. Mañana te llamo.

—¡Abre!

Pero Carlos no lo hizo. Le repitió que la llamaría al día siguiente, con la voz cada vez más nasal, entrecortada, como si estuviera llorando o con una copa de más.

—¡Abre, Carlos!

Él subió aún más el volumen de la tele y volvió a decirle que se marchase.

—¡No! ¡No me voy! —Y apretó el pulsador con más fuerza—. ¡Abre o te fundo el timbre!

Carlos apoyó la frente contra la puerta y esperó a que ella se cansase de llamar. Cuando el timbre dejó de sonar, descorrió la tapa de la mirilla y vio que Alba se había quitado los zapatos y se había sentado en el descansillo, frente a la puerta. Se estaba masajeando los pies, recostada contra la pared, con la mirada clavada en aquella especie de ojo de buey diminuto, sabiendo que él la observaba mientras seguía oyéndose el informativo a todo volumen.

La jornada electoral se estaba desarrollando sin altercados, con un porcentaje de participación mayor del habitual, tal y como se había previsto.

Carlos se apoyó de nuevo en la puerta y se dejó llevar por el llanto. De vez en cuando volvía a asomarse por la mirilla para comprobar que ella continuaba allí, mirándole sin verle, encendiendo un cigarro detrás de otro, dejando que pasasen las

horas.

Eran más de la ocho de la tarde cuando se hizo el silencio y se entreabrió la puerta. Alba cogió sus zapatos, se levantó del suelo y se acercó lentamente midiendo sus pasos, casi de puntillas, como cuando alguien quiere atrapar a un pajarillo que se ha hecho daño en las alas, e intenta no asustarlo para que no se le escape.

La casa estaba tan revuelta como la de José Luis. Carlos se había ocultado entre la puerta y la pared. Tenía los ojos y la boca hinchados y, en la mano, el mando de la televisión a punto de caérsele.

—No sabía que fumabas —susurró sin tratar de disimular su voz de nariz taponada.

—Y yo no sabía que tú llorabas —contestó Alba soltando los zapatos y ofreciéndole la mano para que se la agarrase—. ¡Ven aquí!

Él la obedeció. Ella le apretó la mano y le condujo hacia el salón sin dejar de prevenirle sobre los obstáculos que había en el suelo, para que no tropezase. Después, sin soltarle un solo momento, le llevó al cuarto de baño y, con la mano que tenía libre, abrió el grifo de la bañera y comprobó la temperatura del agua hasta que la notó caliente y la templó con la fría.

Por primera vez en su vida, Carlos se sintió seguro, protegido, agarrado a aquella mano que sujetaba la suya con fuerza. Una mano tan firme y segura que, si alguien hubiera podido verlos en aquel momento, no podría haberse planteado que, en aquel cuarto de baño, estuviera ocurriendo otra cosa que lo que estaba sucediendo. El consuelo es así, voluntarioso, desprendido, indefenso, a veces inútil; pero en otras ocasiones se convierte en una mano a la que aferrarse como a una raíz.

Ella puso el tapón de la bañera, le ayudó a sentarse en el borde y comenzó a desnudarle. Primero le desabrochó los zapatos y se los quitó muy despacio, como si quisiera evitar hacerle daño. Luego los calcetines y la camisa. Y, por último, le ayudó a levantarse y le quitó todo lo demás.

A Carlos le calmaba el sonido del chorro del grifo. Agua contra agua. Calor contra calor. Tiempo sin medir. Intimidación. La capacidad de dejar que lo malo se vaya por el sumidero mientras el cuerpo se llena de caricias que limpian.

Alba le metió en la bañera con el mismo mimo con que le había desnudado. Luego se colocó detrás de él, con sus pantalones vaqueros, su camiseta y su blusa de seda, le mojó la cabeza con la ducha y empezó a enjabonarlo. Y mientras lo hacía, le llamaba «corazón» y le decía que estuviese tranquilo. «Tranquilo, corazón. Tranquilo, corazón». El agua le caía sobre la cara y le obligaba a cerrar los ojos. Alba empezó a frotarle la espalda con una esponja, después siguió con las axilas, los brazos y las manos. Luego le pasó la esponja por delante de la cintura y le enjabonó el pecho. Y mientras le bañaba, le seguía diciendo «Tranquilo, corazón, tranquilo...». Y él se abandonó a ella, a sus manos, a su voz, a su camiseta pegada a la piel, a sus piernas

rodeando las suyas, envueltas en sus pantalones vaqueros, a su boca, a los besos que le dio en los hombros hasta que se colocó a horcajadas sobre él y comenzó a quitarse la ropa mojada.

—Tranquilo, corazón.

Y le llenó de besos. Unos besos pequeños y dulces que él recibía sin devolvérselos. Dejándose hacer.

No volví a tener noticias de mi hijo hasta que supe que me estaba buscando y empecé a recorrer los juzgados. Porque yo sabía que era él, señor juez. ¿Quién iba a ser si no? Y lo peor es que estaba segura de que le hacía falta, porque de otro modo no habría intentado dar conmigo. Eso también lo sabía.

Desde que llamé a la tele para que le dijese que tenía razón, que era mejor dejar las cosas quietas, no volvió a ponerse en contacto con ellos ni conmigo. Otra cosa es que yo no le echase de menos y que no me muriera de ganas de verle. Y también de pena, no voy a mentirle. Por eso llamé a la productora, aunque no hacía ninguna falta decirle que estaba de acuerdo con él. Pero era una manera de sentirle y de que él me sintiera, porque, en el fondo de mi alma, estaba deseando que hiciera por conocerme. Varias veces más llamé a la productora por si se había arrepentido de hacerme caso, pero siempre colgaba antes de que me cogieran el teléfono. No podía amargarle la vida. Al fin y a la postre, el que más iba a sufrir era él, porque lo mío ya lo tenía yo medio dormido, de tanto tiempo y de tanta vida que había tenido que vivir.

Años después, supe que el coronel se había muerto y me quedé más tranquila pensando que ya estaría donde le correspondía, pagando por todos sus pecados.

Mi marido se murió sin saber nada de esto. Pero, cuando leí la nota de la ferretería, les conté a mis hijos lo que nadie sabía. Los llamé a la mañana siguiente y me desahogué con ellos en el salón de mi casa. Porque si aparecía mi hijo y me pedía cuentas, ya no habría manera de que me siguiera callando. Y yo no quería, por nada del mundo, que Camilo y Charito se enterasen por nadie que no fuera yo. De modo y manera que no me quedó más remedio que contárselo de principio a fin.

Camilo se quedó mudo y Charito se echó a llorar. Yo también lloré. A mares me salían el llanto y la inquina que me había guardado todos aquellos años.

Mi hijo no lo entendió. Apretó los puños, igualito que había hecho mi padre en el sidecar, y se puso muy colorado. Yo me arrodillé delante de él, me abracé a sus piernas y le pedí que me perdonara, temiéndome que abriese la boca como su abuelo y se quedase con el grito dentro. Pero no pasó así. Apretó los dientes y, casi sin mover los labios, me preguntó por qué no lo había denunciado.

Luego miró a su hermana y le dijo que no era cosa de lamentarse, sino de actuar. Yo no paraba de llorar y de decirles a los dos que me perdonaran. Pensé que a mi Camilo le daba algo allí mismo.

—No pida perdón, madre. No le corresponde a usted.

Me lo dijo gritando, con los dientes todavía apretados y cogiéndome muy fuerte por los brazos para que le soltase las piernas y me levantara. ¡Hijo mío de mi vida!

¡Cuánto sufrimiento le hice pasar! No sé cómo se me pasó por la cabeza que su daño iba a ser diferente. Porque él había tenido un buen padre. Un hombre bueno y decente en el que fijarse. El más bueno y el más honrado que he conocido.

El otro, en cambio, llevaba la simiente del mismo demonio.

¡Virgen Santísima! Yo pensaba que iba a limpiarme por dentro contándoles todo, y lo único que conseguí fue pasarles mi rabia a ellos.

Mi hija se levantó como un resorte cuando vio cómo me agarraba Camilo, tan colorado y con los ojos tan fuera de las órbitas.

Y lo que yo no había visto nunca en mi casa lo tuve que ver aquella tarde. No le echo la culpa a ninguno por haberse enzarzado con el otro, Dios sabe que no, la culpa fue nada más que mía. ¿En qué hora se me ocurrió que había pasado suficiente tiempo y que ya se habían muerto los más implicados?

Pero para algunas cosas el tiempo no cuenta. ¡No, señor juez! ¡No pasa! Se queda como dormido, como se me había quedado a mí, y se despierta a la menor ocasión.

Cuando nos calmamos todos, les obligué a prometerme que no harían nada, porque sola había perdido a mi hijo y sola iba a encontrarle. Y así lo hice al principio, pero de poco me sirvió, hasta que Charito me convenció de que su marido podría conseguir algo.

Y ya ve usted, ha tenido que pasar lo que ha pasado para que yo esté hoy aquí, contándole a usted lo que ya les he contado a otros jueces como se lo estoy contando a su señoría.

Pocos minutos después de que Alba Cruces saliera de la casa de José Luis, el abogado cogió su cartera y se dispuso a ir al encuentro con Calambuig. Las cosas se estaban enderezando, tras la decepción que había sufrido cuando Carlos se marchó de la cafetería de la Estación del Norte, con cajas destempladas. Después de todo, el intento de robo había colocado en su sitio algunas piezas fundamentales del puzle que estaba construyendo.

Aquella mañana, después de que Carlos se marchase del estudio haciéndole prometer que no llamaría a la policía, había dejado el desorden como estaba y había encendido el ordenador para consultar su página web. La había diseñado para aunar sus esfuerzos con los de otras personas que pudieran encontrarse en su misma situación, y estaba dando sus primeros resultados.

Por las visitas recibidas en sólo unos días, sospechaba que los casos similares al suyo se contaban por cientos, quizá por miles. Alba Cruces no era partidaria de dar a conocer el resultado de sus investigaciones hasta que encontrasen un testigo que pudiera ratificarlas, pero él no estaba de acuerdo. Cuanta más gente conociera su caso, más posibilidades tendrían de llegar a la verdad. Y el resultado era evidente, en un par de días había recibido tanta información que le llevaría horas trasladarla de forma ordenada a la web: lugares y fechas de adopción, descripciones físicas de hijos que buscaban a sus madres y de madres que buscaban a sus hijos, y algunos certificados de nacimiento en los que se apreciaban irregularidades o firmas similares a las suyas.

Para ganar tiempo, creó tres nuevos enlaces: uno para los hijos, otro para las madres y el último para documentos. En cada uno colgó la información correspondiente, tal y como le había llegado, con la intención de ordenarla a la vuelta de su cita con Calambuig.

Había colgado su foto y su certificado de nacimiento en la página de inicio. Los nombres del médico y de la comadrona apenas se entendían, pero había llegado a la conclusión de que entre Valencia y Valladolid había un triángulo muy sospechoso, en cuyos vértices se encontraban tres centros médicos: un hospital de beneficencia y una clínica privada de la capital vallisoletana, y la clínica donde supuestamente nacieron Carlos y él en Valencia. Había varios datos que le habían llamado la atención desde que empezó a investigar. Por supuesto, en ninguna de las clínicas le facilitaron información, pero tenían algo en común, las comadronas que atendían los partos pertenecían a la misma congregación religiosa, pero, por mucho que preguntó, nadie recordaba sus nombres ni sus apellidos. Únicamente sabía que una de ellas se llamaba

sor Ángela y que en los dos hospitales de Valladolid la recordaban vagamente.

José Luis sospechaba que también Alba Cruces había llegado a Valencia en un Calambuig; su madre también conservaba el recibo de la carrera y, cuando le confesó que era adoptada, le dijo que una monja se la había entregado sin bajarse de un taxi, probablemente, la misma monja de la que todos tenían un vago recuerdo. Pero había algo más. Alba sabía que había nacido en Cádiz, sin embargo, en su certificado de nacimiento figuraba la misma firma que en el de José Luis, lo cual, unido a todo lo demás, les llevó a sospechar que había una trama muy bien organizada, en la que el taxista actuaba de correo y los médicos se habían puesto de acuerdo para utilizar la misma rúbrica ilegible y proteger así su verdadera identidad.

Si le contaba a Carlos sus sospechas, no le creería. Parecía demasiado rocambolesco para ser cierto. Pero tenía sentido. Algunos historiadores estaban investigando sobre lo que había sucedido en las cárceles durante la posguerra — calculaban más de treinta mil niños separados de sus madres por cuestiones ideológicas— y sostenían que aquellas prácticas se habían extendido después, durante décadas, a las mujeres solteras o sin recursos, hasta convertirse en un mercadeo que abarcaba todo el territorio nacional. Es más, para borrar posibles pistas, procuraban adjudicar los bebés a familias que viviesen en lugares muy distantes al del nacimiento. Por lo tanto, no era tan descabellado pensar que los médicos estuvieran conectados. Unos se tapaban a otros y todos se sentían a salvo. Ahora bien, desde el punto de vista de José Luis, habían cometido un fallo al confiar los traslados siempre al mismo taxista. Este no debió de conformarse con la cantidad que le pagaban para mantener su silencio. Se volvió avaricioso y comenzó a extorsionar a los padres cuando estos finiquitaban sus deudas con las clínicas. El taxista no podía ser otro que Calambuig. José Luis estaba seguro. Lo sospechó desde el principio, por la razón que le había dado a Carlos: era el único que en aquella época se movía fuera de Valencia y sus alrededores. Había otros coches, de los llamados piratas, que cubrían las provincias que constituían lo que entonces se denominaba Región de Valencia: Castellón de la Plana, Valencia y Alicante. Pero mucha gente sabía que los Calambuig podían llevarles a cualquier lugar de España. Los demás, como mucho, hacían algún que otro viaje a Madrid, casi siempre relacionado con los veraneantes. En aquella época, un coche era un lujo que no podía permitirse cualquiera, pero las playas de Valencia ya empezaban a llenarse con veraneantes que procedían de la capital. Eran tantos los madrileños que elegían Valencia como destino de sus vacaciones, que algunos la llamaban «la playa de Madrid», lo cual generó en la carretera nacional un trasiego en el que los taxistas también encontraron su agosto. Pero los Calambuig eran los únicos que se movían por todas partes.

Durante los quince días que José Luis estuvo viajando de allá para acá, confiaba en encontrar algún dato que le confirmase sus sospechas sobre el taxista. Pero fue en

vano, en ninguna de las ciudades que visitó encontró a nadie que le recordase o, al menos, que quisiera reconocerlo. De modo que, a su regreso de Valladolid, decidió llamarle para concertar una cita con él. José Luis le había investigado desde su ordenador. Con el beneficio que obtuvo de su flota de taxis, había constituido una red de autobuses interurbanos que conectaban la capital con algunos pueblos de la costa levantina, un negocio boyante al que sumó poco después una empresa constructora que especuló con los terrenos de decenas de huertas, para convertirlos en urbanizaciones orientadas al veraneo.

En poco tiempo acumuló tanto patrimonio que ni él mismo debía de poder calcularlo, pero aun así continuó sangrando con sus chantajes a dos familias que vivían de sus sueldos. La avaricia siempre es cicatera, pensó José Luis mientras consultaba su trayectoria en Internet.

Su despacho estaba situado en la última planta de uno de los edificios más altos de la ciudad, donde se hallaban las oficinas centrales de sus empresas, una torre acristalada que emulaba los grandes rascacielos de Manhattan y que Calambuig apenas pisaba, porque acostumbraba a cerrar la mayoría de sus negocios en varios restaurantes en los que también figuraba como socio capitalista.

Fue precisamente en uno de aquellos restaurantes donde fijaron el encuentro. José Luis le había dicho por teléfono que actuaba como representante legal de un grupo inversor cuyos miembros preferían mantener el anonimato.

—Mis clientes están dispuestos a arriesgar una parte importante de sus fondos en una de las promociones de su constructora. Pero tendríamos que vernos mañana mismo, si no le importa trabajar en domingo, porque el lunes salgo para Ginebra y mis representados querrían que les llevase una respuesta, aunque sea verbal. Si le parece, podríamos quedar para tomar un café y hablamos con más detalle.

En un primer momento, Calambuig se mostró reacio, pero, cuando escuchó la cantidad de la que hablaba José Luis y este le dejó entrever que la confidencialidad se refería también al montante de la inversión y al origen de los fondos, aceptó reunirse con él.

Eran casi las cinco de la tarde cuando el abogado le preguntó por él al jefe de sala. En el comedor principal, los últimos clientes alargaban la sobremesa delante de sus tazas de café.

El *maître* le condujo hasta un reservado donde Calambuig le esperaba sentado a una mesa que, pese a lo intempestivo de la hora, estaba dispuesta para dos comensales.

El constructor le extendió la mano sin moverse de la silla. Aparentaba la edad que habría tenido su padre si viviera, suficiente para haberse jubilado hacía años y haber delegado sus responsabilidades, pero él continuaba dirigiendo sus empresas a la antigua usanza: controlándolo todo, llevando las riendas de cualquier asunto por

pequeño que fuese y supervisando cada detalle.

—Perdone que no me levante, mis huesos ya no me responden. Pero, por favor, siéntese. ¿Ha comido usted? Comprendo que no son horas, pero, qué quiere que le diga, los viejos ya no tenemos que vivir dominados por los horarios.

Tenía aspecto de bonachón. En su cara redonda, llena de manchas, resaltaban unas pequeñas verrugas agrupadas sobre las ojeras, y una nariz rotunda y sonrosada, como si hubiera sido un gran bebedor. Se apreciaba que había gozado de una constitución fuerte, de hombros anchos y rectos, que ahora cargaba ligeramente hacia delante.

—Tengo entendido que sus inversores prefieren que no conozca sus nombres, pero imagino que eso no irá también con usted... señor...

Hablaba muy despacio, mirándole a los ojos, con una voz templada que buscaba inspirar confianza.

Sin embargo, aunque no hubiese sabido de quién se trataba, a José Luis le habría disgustado desde el principio. Había algo en él que denotaba que estaba fingiendo. Se escuchaba a sí mismo al hablar y, entre frase y frase, se miraba las uñas de la mano derecha para comprobar el resultado de su manicura, primero con la palma extendida y, acto seguido, doblando los dedos hacia él.

—El caso es que me recuerda usted a alguien. ¿O quizá nos conocemos ya?

José Luis se ajustó las gafas tratando de templar los nervios, y le dedicó una sonrisa forzada. Llevaba el móvil en el bolsillo de la chaqueta, preparado para darle al botón de grabar y registrar toda la conversación. Tenía que ir directo al asunto si quería sorprenderle.

Se trataba de un móvil de última generación, pero debía situarlo estratégicamente para que el micrófono recibiera la voz del taxista sin distorsiones. Por ello, colocó la cartera sobre la mesa como si fuese a sacar unos documentos y la dejó abierta. En el momento en que Calambuig desvió la mirada hacia el portafolios, él se sacó el móvil del bolsillo y lo ocultó bajo su servilleta.

Después metió la mano en la cartera, extrajo las facturas del taxi y la libreta donde estaban anotados los pagos, y le contestó al taxista la pregunta que se había quedado en el aire, procurando modular la voz para que entendiese que había caído en una trampa.

—A mí, no. Pero a mi padre le conoció muy bien. Se vieron ustedes regularmente durante muchos años. Mi madre me lo contó todo antes de morir. —Y añadió con otra sonrisa, al tiempo que le mostraba el contenido de la libreta—: Voy a mandarle a la cárcel, señor Calambuig, para que le cuiden allí los huesos.

Al empresario le cambió la expresión. Se diría que las palabras de José Luis le habían contrariado. Pero, lejos de negarlas y de mostrarse ofendido, el constructor se recostó sobre el respaldo de su asiento y le lanzó una mirada fría y despectiva,

después de haber ojeado por encima el cuaderno y la factura.

—¿Con esas pruebas quieres mandarme a la cárcel? Mis abogados te comerán vivo. ¿Sabes cuántos años tengo?

Era cierto, aquellas pruebas no serían suficientes ante un tribunal y, aunque lo fuesen, Calambuig nunca entraría en prisión debido a su edad. El abogado lo sabía, pero la partida acababa de empezar. El taxista había descubierto sus cartas sin haber planteado siquiera la primera apuesta, y él lo había registrado en su móvil. Era mucho más de lo que esperaba de aquella cita. De manera que decidió marcarse un farol con las copias de los vídeos que llevaba en el portafolios.

—Debería haber delegado usted en otro para el cobro. Mi madre grabó la última entrega enterita —le dijo mientras sacaba una de las cintas y la movía con pequeños giros de la muñeca, como si fuese la carta que completaba su póquer.

Cualquier otro en su situación se habría puesto nervioso con el as que el abogado se acababa de sacar de la manga, pero Calambuig no era como cualquier otro. Se notaba que estaba acostumbrado a ganar. En lugar de mostrarse sorprendido, lanzó otra pregunta, que José Luis no acertó a comprender, y le dirigió de nuevo su mirada de desprecio.

—¿Seguro? Entonces ¿por qué has tardado tanto tiempo en venir a verme?

Acto seguido, el constructor cogió la carta del restaurante, con la clara intención de dar por terminada la conversación, y llamó al *maître* para decirle que ya podían tomarles la comanda y que avisase al cocinero y al sumiller.

José Luis continuó en su silla, perplejo por la pregunta del taxista, sin dejar de mirarle y sin saber qué decir.

Calambuig, sin embargo, no volvió a levantar la mirada hacia él en ningún momento. Se colocó unas gafas para leer de cerca, que llevaba colgando de unos cordones ajustados a las patillas, y le dijo sin apartar la vista del menú:

—Le aconsejo la fideuá negra con sepia. No encontrará ningún restaurante en el mundo donde la sirvan mejor que aquí.

El abogado se había quedado con el vídeo en la mano, mirando a su oponente con la terrible sensación del jugador a quien acaban de superarle un *full* de ases y reyes.

En ese momento, aparecieron en el reservado el jefe de cocina y su primer ayudante, ambos con su uniforme blanco y su sombrero alto y abombado. Tras ellos, entró el sumiller con un pequeño catavinos de plata colgado sobre el pecho como un medallón.

Calambuig les saludó desde su asiento uno por uno. A José Luis le dio la impresión de que, en lugar de saludarles, les estuviera pasando revista. En ningún momento volvió a mirarle ni a dirigirse a él.

—¿Tomará lo de siempre, señor Calambuig? —preguntó el jefe de sala mientras se inclinaba con una pleitesía a la que Calambuig respondió levantando las manos y

los hombros, dándole a entender que la respuesta era evidente.

Después, el *maître* se dirigió a José Luis inclinando de nuevo el torso hacia delante.

—Supongo que el señor Calambuig le habrá sugerido ya nuestro plato estrella...

Pero, antes de que pudiera terminar, el constructor le interrumpió para decirle que la reunión había terminado y que el señor se marchaba. Después le dedicó a él un movimiento de cabeza, como si estuviese despidiendo a un empleado con el que había terminado de despachar un asunto que no le había satisfecho.

Los empleados del restaurante debían de haber presenciado escenas parecidas con anterioridad, porque se apartaron a ambos lados de la puerta y formaron una especie de pasillo humano por el que tenía que pasar José Luis.

El empresario actuaba como si fuese un reyezuelo que hubiera llamado a su corte para que presenciase su humillación. Pero aquello no terminaba allí.

Prácticamente, Calambuig había confesado su participación en un delito continuado de extorsión y de amenazas, que el abogado había tenido la previsión de grabar en su móvil.

Tenía que darle la vuelta a la situación, así que guardó la cinta de vídeo en el portafolios, levantó la servilleta y dejó el móvil a la vista de todos. Después, miró uno por uno al *maître*, al cocinero, a su ayudante y al sumiller y, para dejar constancia de que él no había perdido el juego, le dio al *play* para que escuchasen el principio de la grabación.

Cuando se oyeron las primeras palabras de Calambuig, detuvo la grabadora, cogió su portafolios y le dijo antes de marcharse:

—Nos veremos las caras en un tribunal.

Era mi amigo. Mi amigo del alma. La persona que había confiado en mí desde siempre. La única que yo sentía que me quería tal como era, sin esperar otra cosa. Mi amigo incondicional. El que soportaba mi descreimiento como si fuese una virtud más que una carga. Mi compañero de toda la vida. Los mejores recuerdos de mi infancia. El que se atrevía a quitarme las novias. Mi cómplice. Mi hermano.

Si el día del robo hubiera vuelto a su casa después de comer con Alba Cruces, en lugar de ir al bar donde sabía que estaba Manolito Cervera, habría impedido que fuese a su cita con Calambuig. Habría visto las cintas con él y me habría inventado alguna historia para hacerle entender que yo no necesitaba saber nada de mi madre. Pero no volví, entre otras razones porque yo ya conocía el contenido de los vídeos. Me lo había enseñado Alba.

Mientras José Luis estuvo de viaje, la abogada y yo nos habíamos visto en varias ocasiones. La primera fue al día siguiente del entierro de doña Amparo, la misma mañana en que José Luis empezó su periplo siguiendo el mapa que le había dibujado su amiga del Instituto Oceanográfico.

Alba me estaba esperando en la puerta de mi casa y me dijo que la siguiera hasta su coche. Prácticamente no hablamos en todo el trayecto. En la radio estaban informando sobre el inicio de la campaña electoral. Ella hizo algún comentario sobre los carteles que habían inundado las calles en una sola noche, siempre llamándome de usted, como desde que nos habíamos conocido. Yo le respondía de tú, sabiendo que estaba forzando la conversación, y le miraba las piernas con algo de disimulo, sólo algo, porque ella hacía como que no se daba cuenta, pero se notaba que le gustaba gustar.

Conducía con una elegancia... con aquellos zapatos altísimos...

Pisaba el embrague de puntillas, ejerciendo presión con la pierna doblada, tensando los muslos y relajando los hombros. Para soltar el pedal, hundía el tacón de aguja en la alfombrilla y desplazaba la punta hacia el lado izquierdo, dibujando un pequeño arco que iba y venía al compás del otro pie. Del acelerador al freno y del freno al acelerador. El tacón clavado siempre en el mismo sitio y la punta recorriendo un arco de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. ¡Un auténtico baile!

Media hora después, estábamos los dos en su despacho. Alba me pidió muy amablemente que me sentase frente al televisor y me ofreció un café —también muy amablemente, en exceso, diría yo—. Luego cogió el mando del vídeo y colocó el dedo en el botón del *play*.

—No pensábamos enseñarle esto hasta estar más seguros. Pero le he estado dando

muchas vueltas esta noche y creo que debe verlo, señor Miranda.

Lo dijo suavizando todavía más el tono de voz, como si fuese a darme una noticia que iba a dolerme.

La verdad es que yo no podía imaginarme de qué se trataba. Cuando pulsó el *play* y comenzó a pasar la cinta, me levanté del sofá y le pedí que la detuviese. Pero ella, en lugar de darle al botón de *stop*, pulsó el *pause* y señaló la imagen de la mujer que se había quedado congelada en la pantalla, mirando a cámara, con su cuerpo erguido y digno.

—José Luis ha ido a buscarla.

Alba me miraba con cara de angustia, esperando una reacción diametralmente opuesta a la que se encontró. Porque, desde luego, a mí se me hizo un nudo en el estómago con sólo oír la sintonía de presentación, pero intenté no mover un solo músculo y le dije que sentía echarle por tierra la sorpresa, porque conocía aquellas imágenes desde hacía más de una década.

En menos de un segundo, ella pasó de la preocupación al desconcierto y del desconcierto a la indignación. Levantó las cejas, abrió mucho los ojos y la boca y tomó aire mientras buscaba las palabras con las que yo pensé que iba a llamarme de todo. Pero no le di tiempo a encontrarlas.

—No salió bien. Te contaré la historia si me prometes que convencerás a José Luis de que deje todo esto. Puede sufrir una decepción de caballo, como me pasó a mí.

No sé por qué le di explicaciones. Estuve a punto de dejarla plantada allí mismo, pero dudé un segundo, apenas un segundo que ella aprovechó para mirarme achinando los ojos y retomar el aire de letrada con el que solía dirigirse a mí, siempre de usted, por supuesto.

—¿Y cree que él no lo sabe? Perdona, señor Miranda, pero se diría que lo subestima. ¿No se ha parado a pensar que quizá la madre de su amigo también le esté buscando a él? ¿Cuántas veces cree que él ha deseado que fuese así? ¿Cuántas veces piensa que se ha preguntado por qué su madre no lo buscó? ¿O por qué lo dio en adopción?

Alba Cruces continuó hablando de José Luis como si lo conociese mejor que yo, reclamando su derecho a recuperar su identidad y acusándome de estar negándoselo con mi silencio y mis constantes negativas.

—No estaría de más que, aunque sólo fuese por una vez, pensara en alguien que no sea usted mismo. Sabemos que los padres de José Luis utilizaron la misma vía que los suyos para comprarlo. Encontrando a su madre es fácil que demos con la del que usted llama su amigo. Pero es una amistad de la que yo empiezo a dudar, ¡francamente!

Utilicé la táctica de dejarla hablar hasta que se desfogase. Pero ya estaba a punto

de perder los nervios con el desahogo de la abogada. Por todo lo que largó, cualquiera diría que, poco más o menos, la solución a todos los males del mundo dependía de mí.

Aun así la dejé que continuase. Y ya lo creo que lo hizo. Siguió con su alegato igual que si estuviese presentando el último recurso ante un tribunal de apelación y, luego, para rematar la faena, me soltó señalando la imagen de la tele:

—Ha sido usted muy injusto ocultándole a su amigo esta información, sabiendo como sabe que para él es de vital importancia.

Y ahí ya sí que se me hincharon las narices y la vena del cuello, por no decir otra cosa, porque aquella puntilla había tocado en hueso y terminó por cabrearme. Así que me levanté y le grité llamándola también de usted y señalando la pantalla:

—¡Esto, que usted llama información, es mi puñetera vida! Hagan el favor de no entrometerse en ella ni usted ni su cliente, o tendré que denunciarlos por intromisión en mi derecho a la intimidad. ¿Y me llama usted injusto a mí, señora letrada?

No dije más. Abrí la puerta y salí de allí dando un sonoro portazo. Al día siguiente, me llamó por teléfono a la agencia para disculparse y me preguntó si podíamos vernos. Yo acepté sus disculpas y le di largas para una nueva cita, a pesar de que me habría encantado verle la cara mientras me pedía perdón.

Después me llamó un par de veces para decirme que prefería dejar claras algunas cosas. A mí no me quedó más remedio que aceptar que no iba a darse por vencida. Pero se lo iba a tener que currar. La chica me gustaba, no podía negarlo; sabía que detrás de su pose había algo que yo entendía muy bien. Algo en lo que yo mismo me reconocía.

Las siguientes veces que telefoneó, por lo menos media docena, le dije a mi secretaria que estaba muy liado y que cogiera ella el recado. Es una táctica muy burda, pero a los huesos duros de roer les va muy bien un poquito de maceración. Ya sé que soy un imbécil, pero disfrutaba pensando que ella estaría mordiéndose el orgullo cada vez que mi secretaria le decía que no podía pasarme la llamada.

Al cabo de unos días, los suficientes como para pensar que había interpretado bien mis intenciones, la esperé en la acera de enfrente de su bufete. Cuando salió del portal, crucé la calle y me hice el encontradizo. Llevaba el mismo abrigo negro que en el entierro de doña Amparo, sobre un traje de chaqueta oscuro y una camisa blanca sin cuello. Tan atractiva como siempre, con sus tacones de aguja, e igual de altanera.

—Ya era hora de que respondiese a mis llamadas.

—No he respondido a ninguna llamada. Sólo pasaba por aquí. —Por supuesto, no se creyó que el encuentro fuese casual. Se le notaba que estaba enfadada conmigo y, la verdad, aquello me motivó: la semanita de remojo había dado resultados—. ¿Vas a llamarme de usted toda la vida?

—Lo siento, señor Miranda, tendría que haberme llamado antes de venir. Tengo

una vista en la Audiencia Provincial dentro de media hora.

Caminaba muy deprisa. Su taconeo era un redoble de tambor que invitaba a la marcha. Un, dos, un, dos... Y su cara enfurruñada, con la mirada hacia el frente y la barbilla levantada, invitaba a la reconciliación.

—Tengo la mañana libre. Voy contigo y espero a que termine el juicio.

Ella ignoró mi propuesta, guardó silencio hasta que llegamos al coche y, cuando se subió —sin darme opción a acompañarla—, bajó la ventanilla, puso la llave de contacto y, al girarla, me miró achinando los ojos y me dijo que se pondría en contacto conmigo cuando tuviera un hueco en su agenda. ¡Qué mujer! ¡Cuando quería parecer profesional, le salía su lado más borde, y cuando quería ser borde, resultaba adorable!

Por supuesto, no me llamó. Y yo decidí no hacerlo y dejar que se le pasase el mosqueo.

No volví a verla hasta el día de las elecciones, cuando José Luis me llamó para desayunar juntos en la cafetería de enfrente de la Estación del Norte. Aquel día la sentí detrás de mí y creí que me estaba siguiendo. Luego vino lo de los robos, mi encuentro con ella en la misma cafetería —donde medio comimos una paella antes de irme a ver a Manolito Cervera— y la desesperación que me estaba esperando después.

El levante se había convertido en siroco de la mañana a la tarde, y cargado la atmósfera de una electricidad pegajosa que acabó convertida en tormenta. O al menos así es como lo recuerdo yo, porque también puede ser que aquel día, el más intenso y más extraño de todos los de mi vida, hubiera amanecido luminoso y sin viento y se hubiese mantenido sin cambios. La memoria es así de caprichosa, a veces nos hace recordar lo que no hemos vivido, y otras veces lo transforma para que todo cobre el mismo significado.

Al salir del restaurante donde se había encontrado con Calambuig, José Luis decidió dar un paseo hasta su colegio electoral, ya que aún no había votado. Necesitaba despejarse y reflexionar sobre lo que le había dicho el antiguo taxista. Hasta las ocho de la tarde no cerrarían las urnas. Le sobraba tiempo para ir caminando tranquilamente y llamar a Carlos para votar juntos. Después le enseñaría las cintas y le informaría sobre lo que había averiguado.

Se habían cumplido apenas quince días desde que murió su madre. No entendía a qué se refería Calambuig cuando le preguntó por qué había dejado pasar tanto tiempo, a menos que hubiera creído que él, con el farol de las cintas, le estaba hablando de los pagos a plazos y no del chantaje posterior. Porque lo cierto era que no había pronunciado aquella palabra.

No cabía duda de que el empresario había formado parte de la trama, pero había algo en lo que José Luis no había pensado hasta ese momento. Quizá alguno de sus conductores hubiera participado también, su flota de taxis ya contaba con media docena de vehículos en aquella época.

Por la mañana, había sospechado que Manolito Cervera tenía que ver con todo aquello, y entonces, después de la conversación con Calambuig, tenía que volver a darle vueltas a la idea.

Cervera se había presentado de improviso en su estudio con otro policía, minutos después de que Carlos se hubiese marchado tras hacerle prometer que no llamaría a nadie. Por eso sospechó. Si él no les había llamado —y por supuesto, Carlos tampoco—, ¿cómo sabían que se había cometido un robo allí?

Llevaba mucho tiempo sin ver a Manolito Cervera. Presentaba un aspecto muy alejado del joven musculoso que él recordaba, pero la voz no le había cambiado apenas, algo más ronca y gastada, pero el mismo desafío y la misma chulería. La reconoció al instante.

El inspector entró en el estudio junto a su compañero, mucho más joven que él pero igual de desafiante, y ambos se metieron hasta el dormitorio sin que él les hubiese invitado a pasar. Ninguno de los dos dio muestras de sorpresa cuando entraron en el piso y observaron el desorden. Más bien al contrario, el más joven se dedicó a inspeccionar las cosas que había por el suelo y Cervera se volvió sobre sí mismo, sacó una libreta y un lápiz del bolsillo de la gabardina, y exclamó:

—¡Me lo temía!

José Luis les miró perplejo, extrañado por la visita y por la forma de comportarse. No se habían presentado ni saludado, únicamente le habían mostrado las placas de

identificación y habían cruzado la puerta sin más.

—¿Qué es lo que se temía y por qué, inspector? —le preguntó mientras metía en su portafolios a toda prisa los documentos que acababa de enseñarle a Carlos.

Cervera miró fijamente el portafolios y, haciendo caso omiso de la pregunta, le sorprendió nuevamente.

—¿No te lo ha dicho tu amigo?

—¿Qué amigo?

Por la forma de mirarse el uno al otro, los dos percibieron que ambos sabían ante quién se encontraban. Sin embargo, continuaron tratándose como si no se hubieran reconocido.

—El que acaba de irse de aquí. ¿O te crees que la policía es tonta?

Manolito Cervera se rio de su propia gracia soltando una carcajada y miró a su acompañante, quien parecía estar haciendo inventario de todo lo que encontraba, mientras su jefe mojaba la punta del lápiz con la lengua y apuntaba en su libreta cada objeto que el otro levantaba del suelo.

En un momento determinado, como quien no quiere la cosa, el inspector alargó la mano y le hizo un gesto a José Luis para que le entregase el portafolios.

—¿Qué es lo que has guardado ahí con tanta prisa?

Pero José Luis se lo ocultó detrás de la espalda, se aferró a él con fuerza y decidió que era el momento de pararle los pies a Cervera:

—¿Has venido para investigar un robo o para hacer un registro domiciliario? Porque lo primero no lo he denunciado, y para lo segundo necesitas una orden judicial.

—Has cambiado mucho desde la última vez que te vi, camarada —le dijo situándose a un palmo de su nariz—. Pero yo me guardaría esos humos, porque tu juegucito puede llegar a ser muy peligroso.

Si hubiera sido más joven, la actitud de Manolito Cervera le habría impresionado, incluso paralizado, porque el inspector se había retirado la gabardina a la altura del cinturón para dejar la pistola a la vista. En aquel momento, el compañero de Cervera dejó lo que estaba haciendo y se acercó al que parecía su jefe.

—¡Vámonos! ¡Ya es suficiente!

Eran las primeras palabras que pronunciaba el segundo policía desde que habían irrumpido en el estudio. Por el tono, no parecía un subordinado, sino el jefe de Cervera. A José Luis no le sonaba su cara, pero recordaba su voz. Sabía que la había oído en varias ocasiones.

Llevaba puesta una gorra de béisbol con la visera hacia atrás. No pasaría de los treinta años, por lo que no podía tratarse de un compañero de la facultad ni del colegio, pero a él no se le escapa un timbre de voz, y menos uno como aquel: metálico y vivo, sin llegar a ser agudo pero acercándose.

Antes de que se marcharan, José Luis quiso volver a escucharlo:

—¿Nos conocemos? Sé que sí, pero ahora no recuerdo dónde nos hemos visto antes.

—¿Ha estado usted alguna vez en la comisaría?

—Nunca.

—Pues entonces va a ser que no.

Y ahí fue cuando la identificó. No era su voz la que recordaba, sino la de un taxista que tenía la parada cerca de su estudio, probablemente el padre del policía.

—¿Conoce a un taxista que opera por esta zona?

En aquel momento no le dio importancia, pero a Manolito Cervera no le hizo ninguna gracia que su compañero contestase a sus preguntas, porque le cogió por la manga y le empujó hacia la puerta diciéndole que ya estaba bien de cháchara. A continuación, se marcharon.

José Luis estaba agotado, no físicamente, sino por todo lo que había ocurrido en apenas un mes. Quizá por eso no le dio importancia a que el policía pudiera ser hijo de un taxista. En otra época, era muy frecuente que las dos profesiones estuvieran relacionadas. Muchos policías y guardias civiles retirados acababan conduciendo un taxi.

El día anterior había vuelto muy tarde de Valladolid, no le había dado tiempo a trasladar a su página web el resultado de sus investigaciones, así que encendió el ordenador y se puso a trabajar en ello hasta la hora de la comida.

Poco después de comer llegó Alba Cruces y le dijo que Carlos le había pedido que fuese su abogada, lo que parecía echar por tierra su esperanza de que participara en la investigación. No obstante, Carlos le había prometido que vería el material que guardaba en su portafolios. El abogado estaba seguro de que el vídeo le removería tanto que no podría quedarse de brazos cruzados. Carlos era más sensible de lo que todos creían, incluido él mismo. José Luis le conocía mejor que nadie. Vivía su vida como si fuese una película en la que él actuaba como protagonista y los demás como actores secundarios, que le servían para perfilar el carácter de su personaje. Interpretaba muy bien su papel. Fingía que era feliz con su éxito profesional, sus conquistas femeninas y su ático de lujo, pero en el fondo, por mucho que tratase de disimularlo, José Luis sabía que estaba tan solo como él. Y la soledad puede ser una mochila muy pesada cuando se convierte en aislamiento.

¡Sí! Carlos cambiaría de actitud cuando viera las cintas. Pero quería llevarle alguna prueba más, el hilo por el que empezar a desenredar la madeja, por eso decidió grabar a Calambuig y por eso tenía que encontrar al taxista de la voz metálica. La parada se encontraba a pocos metros del colegio electoral. Antes de llamar a Carlos para cumplir con la tradición de votar juntos, intentaría hablar con el padre del policía.

Lo que no podía imaginarse el abogado era que nunca llegaría a la parada ni a ejercer su derecho al voto.

Nada más salir del restaurante, advirtió la presencia de una motocicleta que parecía estar esperándole. Se trataba de una supermotard, una fusión entre las motocicletas de *motocross* y las de velocidad, adaptada con ruedas de carretera para circular por el asfalto. La máquina arrancó cuando él puso el pie en la calle y tomó la acera de la izquierda.

El abogado llevaba el portafolios en la mano derecha. Por precaución, cuando oyó que la moto arrancaba, se lo pasó a la otra mano y procuró caminar lo más arrimado posible a la pared.

El rugido del tubo de escape le acompañó desde el mismo lugar durante los primeros metros. Se quedaba atrás conforme él se alejaba, pero aceleraba y desaceleraba convirtiendo el sonido en una advertencia. Cuando dobló la primera esquina, miró con disimulo hacia la izquierda y comprobó que la moto no se había movido de la puerta del restaurante. Aun así, apretó el paso y continuó pegado a la pared.

Lo más sensato habría sido tomar un taxi o un autobús y olvidarse del paseo, ya que, si el motorista pretendía asustarle, había conseguido su objetivo. José Luis estaba temblando, le sudaban las manos y las gafas se le resbalaban a cada paso mientras miraba a la derecha, temiendo que la moto apareciese en cualquier momento.

Y así sucedió. Se colocó a su lado y redujo la velocidad para mantenerse a su altura hasta que se acercaron al primer cruce de calles, donde José Luis no tenía más alternativa que abandonar la protección de la pared. El cruce estaba controlado por un semáforo que en aquel momento se encontraba cerrado para los peatones. José Luis se detuvo, pero, en lugar de situarse junto al semáforo, esperó a que este se abriera sin apartarse del edificio que tenía a la izquierda. A su derecha, el rugido del tubo de escape le decía que la moto continuaba allí.

Según la pantalla que indicaba los tiempos de apertura y cierre del semáforo, faltaban diez segundos para que este cambiase de color. Cuando la luz roja se apagó y se encendió la verde, el abogado se fijó en los segundos de que disponían los peatones para cruzar, y esperó sin moverse del sitio. La moto también esperó.

Si actuaba deprisa, podría darle esquinazo cruzando en el último segundo, de manera que el semáforo le bloqueara el paso a ella y no pudiese arrancar.

De modo que se recostó contra la pared simulando que buscaba un número en el móvil y, mentalmente, comenzó a contar los segundos hacia atrás, sin mirar hacia el semáforo, mientras el motor de la máquina aceleraba y desaceleraba.

El cruce se había llenado de gente, una pantalla de espaldas que le tapaban la vista de la otra acera, y entre la que tendría que camuflarse en el último segundo.

Cuando terminó la cuenta atrás, se guardó el móvil en el bolsillo, se ajustó las gafas y echó a correr. Pero no llegó a cruzar la calle. La supermotard hizo un quiebro a la izquierda para invadir la esquina que él acababa de abandonar, otro a la derecha para colocarse en paralelo a su cuerpo y agarrar el portafolios, y uno más para retomar la dirección del restaurante, arrastrándole hasta que soltó la cartera y su cabeza se estrelló contra el bordillo.

En un instante, a su alrededor se formó un tumulto que clamaba por un médico y una ambulancia, mientras él oía cómo se alejaba el sonido de la motocicleta, entre insultos y exclamaciones de los testigos.

Eran las cinco y media de la tarde. Para entonces, Carlos ya había vuelto a su casa después de mantener una fuerte discusión con Manolito Cervera, en los servicios del bar donde el inspector solía comer con otros policías.

Nada más empezar a discutir, cuando el ejecutivo le señaló con el dedo como si le estuviese amenazando, el inspector había inmovilizado a Carlos contra la pared de los urinarios.

Cervera le había sujetado los hombros con los brazos extendidos, y también las piernas, haciéndole con las suyas una llave de defensa que le obligaba a mantenerlas abiertas, como si fuese a cachearle.

—¡Te lo dije hace muchos años, Miranda! ¡El temita tenía que cerrarse y punto! Pero tu amiguito se ha metido a detective y está sacando otra vez toda la mierda.

Carlos tenía la cabeza ladeada, con media cara aplastada contra las baldosas del lavabo y la otra media roja de ira.

—¿Por eso nos habéis puesto las casas patas arriba?

—¡Escúchame, listillo! —Cervera le dio la vuelta para mirarle fijamente a los ojos y lo inmovilizó de la misma forma que cuando lo tenía de espaldas—. Me cogiste por los huevos con lo de mi padre y te salió bien. Pero hicimos un trato. Te di la información que me pediste. Pero ya basta. ¡O convences a tu amigo para que lo deje o se encontrará con una mierda mucho más grande que la tuya!

—¿De qué coño hablas?

—No me obligues a hacer un chiste fácil, Miranda, contigo me gusta mirar más alto.

Cervera estaba fuera de sí. Tenía sujeto a Carlos contra las cuerdas, apretándole contra la pared, y vociferando a un palmo de su cara. Cualquiera diría que era él quien dominaba la situación, pero el publicista terminó por sacarle de sus casillas hablándole con un sarcasmo que consiguió enervarle aún más.

—Y tú no me obligues a mí denunciarte a tus superiores. Con la mitad de lo que sé te retirarían del cuerpo. Y, de paso, a tu padre le quitaban el galón de sargento a título póstumo.

—Y con la cuarta parte de lo que yo sé, os hundiría en la miseria a tu amigo y a ti. ¡No me provoques!

—¡Si supieses algo más, lo habrías largado echando leches! ¡Siempre has sido un fanfarrón, Cervera! Ni siquiera has conseguido llegar a inspector. ¡Yo también sé muchas cosas! Te has quedado en ayudante porque no hay manera de cerrarte la boca.

—¡Te la estás buscando y te la vas a encontrar, gilipollas!

—¿Sabes cómo te conocen en comisaría? —le mintió para seguir provocándolo—. Como el Chusquero Fantasma. Supongo que sí lo sabes. Lo de chusquero no es

ninguna deshonra, tiene su mérito; también tu padre lo era. Pero comprendo que te duela. Llevas tanto tiempo en el cuerpo que hasta los recién salidos de la academia te pasan por delante en el escalafón. Pero lo de fantasma me recuerda a... —El inspector le puso las manos en la garganta para hacerle callar, pero Carlos consiguió darle un rodillazo en la entrepierna y que perdiera el equilibrio. Entonces le empujó hasta tirarle al suelo, se echó sobre él y continuó con su sorna—: Lo de fantasma me recuerda a aquella serie... ¡Ah, no! Que el fantasma no era un bocazas, era un capullo y un...

Pero no pudo continuar. Manolito Cervera ya estaba otra vez sobre él, le había dado un puñetazo en el estómago y le había levantado y colocado la cabeza contra uno de los urinarios.

—Debería habértelo contado todo hace doce años. Pero me diste pena, ¡cabrón! Ahora que... si sigues hinchándome las narices...

—No tienes lo que hay que tener, chusquero de mierda.

Cervera se había puesto tan rojo que parecía que le iba a estallar la cara. Le dio la vuelta para mirarle de frente, le sujetó otra vez los hombros con los brazos extendidos y le gritó:

—Tú lo has querido, ¡hijo de tu madre! —E hizo una pausa para utilizar el mismo tono sarcástico que su contrincante—. ¡Ah, no! ¡Que tu madre no era tu madre, a ti te adoptó la de tu amigo!

Carlos le miró sin entenderle, blanco como la pared, horrorizado al comprobar que Manolito sonreía, satisfecho del golpe que acababa de asestarle. En aquel momento, recordó las palabras que le había dicho Alba Cruces hacía unas horas, «se permitían el lujo de elegir a los niños como en un escaparate y devolverlos después si no se sentían satisfechos con el producto», y también las que le había dicho el coronel hacía doce años, cuando el propio Manolito Cervera le puso sobre la pista del capitán Pódalas, «Mi mujer quería un morenito. El pobre no paraba de llorar. Nos quedamos sin él sin cumplir los dos meses». ¡Sin cumplir los dos meses! El tiempo que se llevaban José Luis y él. ¡No podía ser! ¡No podía haber nadie tan perverso! El corazón comenzó a palparle fuera de control. Sentía una presión insoportable en las sienes, como si se las estuviesen apretando entre los troqueles de una prensa. La garganta se le había cerrado y el aire no le llegaba a los pulmones. Las piernas se le doblaron y todo su peso cayó sobre los brazos del inspector, desmadejado, sin fuerzas para mantenerse de pie.

Manolito Cervera le sacó de los servicios del bar, le tumbó en el suelo del comedor y le pidió que respirase.

—¡Respira, chaval! ¡Respira, cojones!

Se le habían agarrotado las manos. El corazón seguía descontrolado, bombeando sangre a lo loco, y la cabeza le iba a estallar. ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No! ¡No!

¡No!

Desde que María Dolores aceptó la ayuda de sus hijos, estos habían vuelto sobre los mismos pasos que ella y habían comenzado a investigar desde el principio. Pero, al igual que su madre, no habían encontrado respuestas ni apenas colaboración. El único documento que tenían en su poder era el que certificaba el supuesto aborto que, según el juez, María Dolores no había conseguido superar.

Charito y Camilo la habían acompañado al Registro Civil, al Hospital Provincial, al cementerio, a la policía y otra vez al juez, pero todo había sido en vano. La documentación que podría haberles ayudado a iniciar una investigación no aparecía. Ni el historial clínico del niño, ni el de la madre, ni el certificado de inhumación de los restos del aborto. Nada que avalase la historia de María Dolores en un proceso judicial. Ni siquiera habían conseguido consultar el libro que registraba un extraño número de muertes de bebés a causa de una epidemia de otitis, el mismo año en que María Dolores había dado a luz. El funcionario que se lo había enseñado nunca regresó a la ventanilla, y su sustituta aseguraba que el cuaderno se había extraviado.

Todo parecía perdido cuando, una mañana en la que el yerno de María Dolores decidió buscar algún caso parecido al de su suegra en Internet, se encontró con una página web que demostraba que no eran los únicos que estaban dando tumbos. Alguien buscaba a su madre desde Valencia. Había diseñado una web que estaba plagada de información sobre adopciones irregulares, algunas muy confusas —únicamente fechas de nacimiento y lugares de adopción— y otras más detalladas, en las que se incluían archivos con certificados de nacimiento que parecían sospechosos bien porque contenían tachaduras e imprecisiones, bien porque parecía que el mismo médico hubiera firmado el nacimiento de varios niños en lugares muy distantes.

Pedro repasó cada enlace y cada certificado, conteniendo la emoción. No quería crearle expectativas a su suegra antes de tiempo. Ninguna de las descripciones que ofrecía la web sobre hijos que buscaban a sus madres se correspondía con los datos que tenía María Dolores, ningún pelirrojo con una mancha de nacimiento en la mano. No obstante, le llamó la atención una clínica privada de Valladolid, en la que ellos no habían reparado, y decidió imprimir algunos documentos.

El resto fue mucho más fácil de lo que cabía suponer. Sabía por María Dolores que el coronel había adoptado a un bebé el mismo día que la separó del suyo y, por la información recogida en la página web, cabía la posibilidad de que el niño procediese de aquella clínica privada. Así que no lo dudó, llamó a su amigo el inspector de Sanidad y le pidió que le acompañase.

El director médico les recibió en su despacho a la defensiva. Llevaba sesenta años

trayendo niños al mundo. De lo único que se le podía acusar era de haber hecho felices a cientos de mujeres: a las que había ayudado a dar a luz, y a las solteras a las que les había solucionado el problema de no poder hacerse cargo de sus bebés.

—En ese caso no tendrá inconveniente en enseñarnos sus libros de registro —le dijo el inspector de Sanidad.

—Lo haría encantado. Pero, lamentablemente, se quemaron todos en un incendio fortuito en el almacén.

De la pared del despacho del doctor colgaban numerosos títulos y diplomas que certificaban sus estudios de Medicina y su especialidad en Obstetricia, además de la asistencia a congresos y eventos científicos. Pedro se fijó en las firmas de sus títulos de licenciado y de doctor en Medicina, sacó los certificados de nacimiento que llevaba en el sobre y colocó el de José Luis en el escritorio.

—También hizo felices a muchas madres que no podían tener hijos. ¿Recuerda estos apellidos?

—Lo siento, mi memoria no llega a tanto —respondió el doctor sin haber mirado el papel, mientras Pedro se levantaba y, tras colocar los otros certificados sobre la mesa, señalaba las rúbricas estampadas en sus títulos universitarios.

—¿Le alcanzará la memoria para recordar cómo pudo certificar todos estos nacimientos y quién le concedió el don de la ubicuidad?

El médico se removió en su silla y miró las firmas ininteligibles que certificaban los documentos, los mismos trazos alargados e inclinados hacia la derecha, la misma tilde sobre la última letra y el mismo subrayado terminado en un punto.

—Alguien ha falsificado mi firma, está claro. —Y señaló las que se veía que eran una imitación.

—¿Esta también? —insistió Pedro señalando la del certificado de José Luis, al tiempo que su amigo sacaba unos impresos de una cartera y añadía:

—¡Escúcheme bien, doctor! O habla, o inicio ahora mismo una inspección sanitaria. Sabemos que esta persona está buscando a su madre biológica, y no cabe duda de que esa firma es suya. Quizá le refresque la memoria si le digo que le adoptó una pareja de Valencia y le hizo pasar por su hijo biológico.

Mientras su amigo amenazaba al médico, Pedro sacó del sobre una fotocopia del certificado del legajo de María Dolores y se la puso delante de los ojos.

—¿Recuerda a un niño pelirrojo con una marca de nacimiento en la muñeca? Era el hijo de María Dolores González Rodríguez. ¿O va a decirme que tampoco es esta su firma y que no lo dio por muerto? Tal vez prefiera que llamemos a la policía y que sus grafólogos determinen cuáles de estos certificados han sido firmados por usted.

El médico se rascó la cabeza con evidentes signos de nerviosismo, le temblaban las manos y no sabía adónde mirar. Por un momento, Pedro pensó que iba a echarles de la clínica, porque guardó silencio unos segundos y luego llamó a su secretaria por

el interfono para pedirle que acudiese al despacho.

Cuando esta abrió la puerta, el doctor examinó el legajo de aborto y el certificado de José Luis, y le pidió a su secretaria que le buscara la agenda del año que figuraba en ambos documentos. No cabía duda de que los había firmado él.

Después miró a sus visitas, adoptó un tono extrañamente conciliador y les sorprendió con una confesión:

—Guardo todas mis agendas desde que empecé a ejercer la medicina. Es posible que apuntase algo sobre estos bebés. En el Hogar Cuna había un médico con muy poca ética profesional. Murió hace muchos años, ni siquiera recuerdo su nombre. Un día nos mandó un bebé con esas características, pelirrojo y con una mancha en la mano. Lo trajo una monja que nos dijo que la madre había muerto en el parto, y nosotros teníamos en la incubadora un niño que no iba a sobrevivir.

Pasados unos minutos, la secretaria volvió con una agenda que el doctor comenzó a hojear página a página.

—¡Efectivamente! Aquí está. Al niño pelirrojo lo adoptó la pareja que tenía a su bebé en la incubadora, a punto de morir. Eran de Valencia, por eso lo he recordado. Siempre sospeché que el doctor del Hogar Cuna imitaba mi firma para sus acciones poco éticas.

Pedro le escuchaba sin creerse una palabra. Ni siquiera se creyó que el médico estuviese leyendo aquellos datos en la agenda. Más bien estaba intentando trasladar su responsabilidad a un muerto que quizá no hubiese existido nunca.

—¿Una pareja de Valencia? Demasiada casualidad, ¿no le parece?

—No, no. No se trata de una casualidad. Nosotros ya habíamos cooperado con la clínica de Valencia en varios casos de adopción. El niño de la incubadora sobrevivió milagrosamente. Yo quise llamar a los padres, pero mi colega me dijo que él se encargaría de todo. Después supe que se lo entregó a otra familia que también estaba esperando una adopción. Pero lo devolvieron un mes o dos después. Claro que ya era inviable reparar el daño que había hecho mi colega. No podíamos decirles a los padres que su niño no había muerto. Así que se lo ofrecimos a otra pareja de Valencia que no podía engendrar.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo? —El inspector se había levantado de su silla y había dado un manotazo en la mesa—. ¿Quiénes se creían ustedes que eran? ¿Pensaban que podían jugar con la vida y la muerte a su antojo?

Pedro permaneció en silencio. Recogió las copias de los certificados e intentó darle sentido a lo que acababa de escuchar. Luego se levantó e inspeccionó con detalle los títulos colgados de la pared. Entre ellos distinguió una mención honorífica por los servicios prestados en la Guardia Civil durante la guerra.

—Se lo voy a contar yo de otra forma, doctor. A ver qué le parece. Usted ejercía en el Hogar Cuna al mismo tiempo que dirigía esta clínica. No hay ningún otro

médico. Usted siguió el embarazo de María Dolores Rodríguez desde el principio. Cuando se le presentaron los dolores de parto, avisó al coronel —y señaló la mención honorífica—. Se conocían ustedes desde la guerra, ¿no es así? Pero el niño nació pelirrojo, habría despertado las sospechas de todos en el pueblo. Eso se lo confesó él mismo a mi suegra hace años. Así que usted encontró la solución en el bebé que tenía en la incubadora, el morenito de la pareja de Valencia. A ellos ni siquiera tuvo que hacerles un certificado de defunción: la mujer ingresó en la clínica embarazada y salió con un niño recién nacido. Todo salió a pedir de boca. El problema fue cuando el coronel devolvió al niño morenito. ¿A quién se le ocurrió la abominación de mandarlo con los amigos de sus padres? ¿A usted o al coronel?

Para cuando el yerno de María Dolores terminó con su teoría, el médico se había cubierto la cabeza con las manos temblorosas. El joven no andaba desencaminado. Él había formado parte del cuerpo médico de la Guardia Civil durante sus primeros años de profesión. Tras la victoria, pasó un tiempo en una institución penitenciaria ayudando a las presas a dar a luz. Luego, colgó el uniforme para montar su clínica privada al tiempo que ejercía en el Hogar Cuna con un contrato de la Administración Pública. Pero no conocía al coronel. No fue él quien le avisó de que aquella joven pelirroja estaba a punto de dar a luz. La que llamó al cuartelillo fue sor Ángela, la monja que le había ayudado con otras parturientas que no podían quedarse con los bebés. Ella fue la que trató de convencer a la señora del coronel durante toda la noche para que se quedase con el recién nacido y la que salió después con el capazo camino de la inclusa. La señora no había parado de llorar diciendo que quería un niño morenito, y el coronel les amenazó con destaparlo todo si no le conseguían uno. El niño de la privada se lo habían adjudicado a una pareja que tendría que haberlo recogido en la inclusa tres días después, por eso lo llevaron a la incubadora, pero los nuevos padres no se presentaron. La solución era perfecta. Mientras la monja iba andando hacia la inclusa, él cogió el coche y se fue a ver a la pareja de Valencia. No le costó convencerlos de que su bebé había muerto en la incubadora y de que tenían una segunda oportunidad. Cuando ellos se subieron al taxi para ir a la inclusa, él cogió al niño de la incubadora y se lo llevó a la señora del coronel. Con lo que no contaba nadie era con que el coronel devolviera a la criatura sin haber cumplido los dos meses. Ni con que todo aquel engranaje se enredaría de una forma que ni él mismo llegaba a comprender. Porque, hasta el momento en que lo mencionó aquel joven, no había sabido que las parejas de Valencia se conocían. Hacía años que utilizaban el mismo método. No les había fallado nunca. Los niños de Valencia se trasladaban a Valladolid y viceversa. Fueron tantos los niños que pasaron por sus manos a lo largo de todos aquellos años, y tantas las madres, que, cuando el coronel devolvió al morenito, él ya no se acordaba de dónde había nacido ni de quiénes eran sus padres biológicos. Sólo era un niño más de Valladolid que tenía que enviar a

Valencia.

No sé cuánto tiempo tardó en llegar la ambulancia. Para mí todo pasó en una fracción de segundo. El médico me examinó y me dijo que había sufrido un ataque de ansiedad. Yo no me había recuperado todavía del shock cuando llegaron, pero había conseguido levantarme y salir del restaurante, después de haberme liado con los platos y los vasos que encontré en el mostrador y de estrellarlos contra las paredes, al intentar darle a Cervera en la cabeza.

Hizo falta media docena de policías para reducirme en plena calle y tumbarme en el asfalto. Manolito Cervera estaba entre ellos. Cada vez que trataba de tocarme, yo me lanzaba contra su cara para colocarle un puñetazo, pero no lo conseguí. Había otro con una gorra de béisbol que no hacía más que preguntarle qué me había contado. Uno de los que había venido con él a mi casa aquella mañana por lo del robo. Cuando consiguieron inmovilizarme en el suelo, le sonó el móvil y se llevó a Cervera a empujones diciéndole que era un inútil y que lo había complicado todo.

Los sanitarios me metieron un calmante en vena y me dijeron que tenían que llevarme al hospital. Yo me negué en rotundo. Nada de hospitales. Lo único que quería era irme a mi ático y no salir de allí nunca más. Me ardía tanto la cabeza... Aun así, se empeñaron en meterme en la ambulancia, donde me hicieron un electro y pruebas de glucemia y saturación sanguínea. No me dejaron marchar hasta que comprobaron que los niveles estaban en su sitio.

Cuando llegué a mi casa puse la televisión a todo trapo para que nadie oyese mi desesperación. José Luis no podía enterarse. ¿Cómo iba a soportar lo insoportable? ¿Cómo iba a enfrentarse a aquella monstruosidad? ¿Cómo iba a hacerlo yo?

Al rato de llegar, sonó mi móvil. Era Alba Cruces. Había quedado con ella a las seis y pensé que llamaba para decirme que no la esperara. Colgó cuando saltó el buzón de voz, sin dejar ningún mensaje. A los cinco segundos volvió a llamar y a colgar. Después de cuatro o cinco llamadas sin respuesta, me envió un SMS: «Ha pasado algo horrible. Voy para tu casa». Acto seguido el teléfono sonó otra vez y lo cogí sin mirar para decirle que no viniese, que ya la llamaría yo. Pero no era ella, sino Cervera. Estuve a punto de colgar sin dejarle hablar, pero pensé que su llamada debía de guardar relación con las de Alba y lo escuché. Me preguntó si estaba solo y me aconsejó que me sentase. ¡Dios mío de mi vida! Yo todavía estaba intentando salir de mi estupor. Mi mundo se había hecho pedazos y los cascotes me estaban aplastando. Aquel maldito día se había empeñado en no terminarse nunca, y lo malo era que se estaba reservando el peor de los finales posibles.

Yo ya sabía que la muerte existe. Nos roza con su mano helada y nos marca con

su huella, sin aviso y sin compasión. A mí ya me había marcado con el accidente de mis padres. Porque, a pesar de la frialdad que había mostrado hacia ellos durante los últimos años, su muerte me había afectado mucho más de lo que habría supuesto. Me dejó huérfano de verdad, sin enemigo contra el que disparar mis ataques de ira. Sí. Yo ya había visto la cara de la muerte. La conocía bien. Pero todavía no me había enfrentado a su lado más cruel, ese que se lleva una parte de ti mismo y te envuelve en un vacío que no puede volver a llenarse. El que te obliga a reprocharte las cosas que se quedaron por hacer; lo que no dijiste; lo que no deberías haber dicho; y lo que se dio por entendido pero nunca salió de tu boca.

Era mi amigo. Mi otro yo. El contrapeso que tiraba de mí para mantenerme sujeto a la tierra y el punto sobre el que me apoyaba para dar cada salto. Mi otro lado del espejo. Mi mundo más reconocible. Mi seguridad. Mis dudas. Mi memoria. Mis silencios y mis alaridos.

Y yo era lo mismo para él, su confidente, su amigo, su cómplice, su hombro en el que llorar y su fuerza para mirar hacia delante. Su hermano. ¡Dios mío de mi vida, su hermano! Mi madre tampoco lo habría soportado.

Cuando llegó Alba, yo estaba dándome cabezazos contra el suelo y no le hice caso al timbre. Me quedé mirándola por la mirilla no sé cuánto tiempo. Después le abrí y le dije algo sobre sus cigarrillos. No recuerdo bien lo que pasó. Sólo recuerdo el agua y a ella en la bañera detrás de mí, vestida, dándome besos en la espalda. Después de bañarme, me ayudó a llegar hasta la cama y llamó por teléfono. Yo había pasado de la desesperación a los escalofríos y me castañeteaban los dientes. Algunas cosas no las recuerdo. Mi mente se bloqueó. Se me han quedado algunas lagunas que no consigo rellenar. Sé que vino alguien y me chutó otro calmante, y que Alba no se separó de mí ni de noche ni de día. Mi estado era tan lamentable que no pude ir a despedirme de José Luis. Aunque si hubiera estado en condiciones creo que tampoco lo habría hecho. No lo habría soportado. Cada vez que me despertaba, el corazón volvía a su descontrol y los dientes a su castañeteo. Supongo que llegó un momento en que Alba se asustó, porque de pronto me vi en una camilla por los pasillos de urgencias, viendo pasar sobre mí los tubos fluorescentes del techo a toda velocidad. Ella iba corriendo a mi lado, me daba la mano y me decía «Tranquilo, corazón, tranquilo».

La cosa no llegó a mayores. Me pusieron un aparato que medía los latidos del corazón y me ingresaron para controlarme la ansiedad. No he dormido más en toda mi vida. Para mí era un alivio cerrar los ojos y no tener que pensar.

De cuando en cuando, me despertaba y veía a Alba trabajar en su portátil. Debieron de pasar tres o cuatro días, quizá más, no lo sé. El caso es que una mañana en que me desperté más tranquilo, me dijo que mi madre me estaba buscando.

—Me han escrito un correo de su parte desde Valladolid. La página web de José

Luis está funcionando muy bien. ¿Quieres que le diga a tu madre que venga?

Y yo me eché a llorar y le dije que sí, que viniera, que ya era hora de terminar con todo aquello y de volver a empezar.

Porque somos lo que conseguimos hacer de nosotros mismos, eso lo tengo muy claro, pero son muchas las veces que tenemos que volver a reinventarnos.

El mensaje que Alba había encontrado en el buzón de la página web llevaba adjunto un archivo con un documento escaneado. Se trataba de un legajo de aborto en el que aparecía la misma firma que en el certificado de nacimiento de Carlos, el de José Luis y algunos otros que habían colgado en la web. El correo lo enviaba un funcionario de la Junta de Castilla y León que decía ser el yerno de una mujer que estaba buscando a su hijo, al que habían dado por muerto en una clínica de beneficencia de Valladolid hacía casi cuarenta años; añadía que un joven había estado en la ferretería de su suegra preguntando por una caja de cartón.

José Luis había supuesto que el caso de la mujer que acudió al programa de televisión para buscar a su hijo —tan parecida a Carlos que nadie podría negar que se trataba de su madre biológica— sería semejante al de otras mujeres que habían escrito en su web, a quienes habían engañado mostrándoles una caja que resultó estar vacía, de ahí que lo mencionara cuando fue a las ferreterías de Valladolid siguiendo el rastro del marido de la mujer que aparecía en las cintas, al que habían presentado como ferretero. También lo mencionó en la mayoría de los lugares donde había investigado.

El funcionario informaba asimismo de que habían encontrado algunos datos, que quizá pudieran servirle a alguien, sobre la adopción ilegal de un recién nacido por un coronel de la Guardia Civil, y su posterior entrega a una familia de Valencia, el mismo día que desapareció el niño de su suegra.

Con todos los datos que habían recabado, se podía abrir una investigación. La policía, además, le había entregado a la abogada los objetos personales de José Luis, entre ellos, el móvil en el que había registrado la conversación con Calambuig. Todo parecía encajar. Cervera se había puesto muy nervioso con la muerte del abogado y con el ingreso de Carlos. Él sólo era un peón en un tablero de ajedrez donde las figuras habían jugado con trampas. Los médicos de Valladolid y Valencia, el coronel, la monja y el taxista habían actuado durante años con tanta impunidad que se creyeron inmunes y cometieron un error. Y aquel error los llevaría a todos a la cárcel. Alba se encargaría de ello aunque le costase la vida demostrarlo. También se encargaría de probar quién ordenó al motorista que le robase el portafolios a José Luis, con la absurda intención de eliminar las pruebas, sin reparar en que sólo se trataba de copias. Los originales estaban a buen recaudo en la caja de seguridad de un banco, a nombre de los dos abogados.

A poco que el juez le apretase las clavijas, Cervera confesaría que habían sido su compañero y él los que habían entrado en el ático y en el estudio. ¿Cómo, si no,

llegaron a las casas de Carlos y de José Luis sin que ninguno de ellos hubiese denunciado los robos? Alba los había investigado a todos. Había revisado los anuarios y los directorios de las empresas de Calambuig de los últimos veinte años, y tanto el nombre del padre de Cervera como el del padre del otro policía aparecían en algunos de sus consejos de administración. Eran empresas fantasma que probablemente se habían creado para justificar ingresos irregulares. Lo que podía significar que habían sido ellos los que habían llevado a cabo la extorsión y que no sólo chantajeaban a los padres de Carlos y José Luis, sino también al constructor. Los dos habían trabajado para Calambuig en el negocio de los taxis pirata. Probablemente fuesen ellos los que se encargaran del traslado de los bebés de acá para allá.

Alba había organizado toda la información junto a la cama donde Carlos trataba de no perderse en el espanto. Durante ocho días, le había visto abrir los ojos muchas veces, empapado en sudor, y volver a cerrarlos apretándolos como si el mundo pudiera desaparecer con sólo quererlo. Ella le ponía la mano en la frente, le pedía que la mirase y le decía que estuviese tranquilo, que todo iba a salir bien. Y él la contemplaba como si sólo pudiese aferrarse a sus ojos, alargaba la mano para que ella se la sujetara, y se la apretaba diciéndole que no le abandonase. Y entonces ella se tendía a su lado, se acoplaba a su espalda y le pedía que volviera a cerrar los ojos.

—Duérmete, corazón. Duerme, duerme.

Cuando se quedaba dormido, ella volvía a repararlo todo, preparaba la entrevista que tenía que tener con el fiscal y ultimaba las denuncias que llevaría al juzgado.

Hasta que el Holter demostró que los latidos de Carlos habían recuperado su ritmo, no le dijo que había contestado el correo del funcionario de la Junta de Castilla y León. Y hasta que el cardiólogo no le quitó el aparato, no le contó que había hablado por teléfono con su madre y que esta le había preguntado si ya estaba preparado para conocerla.

El mismo día que Pedro recibió el mensaje de la abogada, cogimos los coches y nos fuimos todos para Valencia: mis hijos, mi yerno, mi nuera y mis nietos. Todos. Recuerdo aquel viaje con una zozobra... Parecía que no íbamos a llegar nunca. Mi Charito y mi Camilo venían conmigo en un coche. Detrás iba Pedro con mis nietos pequeños y con mi nuera. Y mis nietos mayores iban en otro, porque el mayor ya se había sacado el carné. Tuvimos que parar varias veces porque los niños se mareaban. ¡Angelitos! No sabían adónde íbamos y no paraban de preguntar si ya habíamos llegado. Los demás me miraban conteniendo la respiración, como yo, que no me atrevía a respirar por si acaso estaba dentro de un sueño y me despertaba.

Cuando me llamó por teléfono, la abogada me dijo que mi hijo se llamaba Carlos. Sólo con eso, ya me eché a llorar descompuesta. Pero no crea que lloraba de pena, señor juez. Parecerá una minucia, pero usted no puede figurarse la alegría que me dio. Por lo menos había conservado algo mío, la «c» que le había bordado en su canastilla. Porque yo le había llevado toda la vida en el corazón, y él, sin saberlo, me había llevado a mí en su nombre, aunque fuese sólo un poquito.

Luego de haber hablado conmigo, la abogada le mandó a mi yerno una foto por Internet, y ahí ya sí que nos volvimos todos locos en mi casa. Era igualito que yo y que Camilo, igualito, igualito. Yo siempre me lo había imaginado parecido al pobre de mi Zósimo, con sus mismos ojos verdes y azules y, ¡ya ve usted qué tontería!, también con su gorra, con aquella manera de mirar por debajo de la visera, medio escondidos los ojos, tan alto y tan guapo. Y es que, veré... no sé cómo explicárselo... yo seguía pensando que tenía que ser suyo y de nadie más. Por mucha mancha de nacimiento en la mano que tuviese. Por mucho que no pudiera ser de ninguna de las maneras, yo soñaba que algo de mi Zósimo tenía que haberse quedado en mi cuerpo para que él lo heredase. ¡Ay, señor! Era una forma de consolarme como cualquier otra, pero a mí me servía. Y cuando vi su foto supe que algo así había pasado. De algún modo, por muy imposible que fuese, yo vi a mi Zósimo en los ojos que me miraban desde el ordenador de mi yerno. Ya sé que no tiene ni pies ni cabeza, pero a mí nadie me quita la idea de que la primera vez que sentí a mi niño dentro de mí fue en el majuelo de mi abuela Mila, cuando Zósimo desapareció de mi vista montado en el mulo, después de haberme pedido que me casara con él, y yo me quedé mirando las viñas como si no las hubiera visto antes, y el verde me parecía más verde y las piedras más piedras.

Y así fue como hice el camino a Valencia, pensando en mi Zósimo y en la alegría que no pude darle.

Cuando llegamos al hospital ya era de anochecida. La abogada me dijo que era mejor que entrase yo sola. Los demás le vieron después. Ya se puede usted figurar la que se formó en aquella habitación: él se rio de encontrarse con tantos pelirrojos juntos y les gastó una broma a los mellizos y a la niña; y Charito y Camilo empezaron a contarle cosas de la familia sin dejarle tiempo a hacerse una idea de quién era cada quién.

Lo que no se puede usted imaginar, ni nadie en el mundo, es lo que yo sentí cuando le tuve delante, cuando nos quedamos los dos callados, mirándonos, y él alargó la mano para que yo se la cogiese, y me la apretó muy fuerte, muy fuerte. No. No se lo puede imaginar. Tendría que vivirlo en sus carnes para entenderlo. Pero eso no se lo deseo, ni a usted ni a nadie, porque entonces también tendría que haber vivido todo lo que a mí me pasó.

Por eso estamos hoy aquí, para que usted decida qué se hace o se deja de hacer. Mi hijo y yo hemos cumplido ya nuestra parte. Ahora le toca a usted. En sus manos lo dejo, señor juez.

NOTA DE LA AUTORA

Los personajes de esta novela son pura invención, personajes ficticios que viven una historia ficticia, y algunos de ellos en un lugar ficticio. Pero no habría podido construirlos si no hubiera leído, visto y escuchado numerosas informaciones aparecidas en los medios de comunicación a raíz de un caso real: el de dos amigos que supieron que sus padres los habían comprado a plazos. En aquel hecho me inspiré para diseñar la trama principal de la novela, que me gustaría se entendiese como un homenaje a todos los que, de alguna manera, se reconozcan en estas páginas. A ellos va dedicada. Hombres y mujeres que descubrieron, muchos por azar, que les habían robado la identidad al nacer. Con alguno me entrevisté en la fase de documentación de la novela, y me dieron las claves para buscar algunos matices que he querido trasladar a mi texto, en los que no había pensado cuando me planteé escribirla.

La novela también está dedicada a todas las madres que sufrieron el horror de los brazos vacíos y de los pañuelos sobre la cara de sus bebés, otro hecho real en el que me inspiré para uno de los capítulos. A algunas les quitaron a sus hijos por cuestiones ideológicas, como a las presas republicanas (se calculan alrededor de treinta mil niños separados de sus madres en las cárceles de posguerra); a otras por prejuicios sociales, como a las solteras obligadas a entregarlos en adopción; y a otras por la avaricia o la soberbia de algunas personas que llegaron a creer que tenían en sus manos el poder de manejar la vida y la muerte con una impunidad que ahora nos escandaliza, pero ante la que se cerraron muchos ojos y muchas bocas que podrían haberlo evitado. Algunas estimaciones hablan de que son trescientas mil personas las que pueden estar viviendo con apellidos que no les corresponden.

El pueblo donde discurre una parte de la historia también es ficticio. Me inspiré en una localidad cercana a Valladolid, en la que siempre me siento como en mi casa y a la que también quiero rendir homenaje, así como agradecer la ayuda que me prestaron algunos de sus vecinos para documentarme sobre el mundo de las viñas. También a ellos va dedicada esta novela, en la que he bautizado a algunos personajes con sus nombres u otros similares: la abuela Mila, los Caliles, el abuelo Vicente, Santiago el ferretero, María Dolores (María y Dolores).

Mi gratitud y mi homenaje también a mi familia (madre, hermanos, sobrinos, sobrinos nietos, primos y primas) y a todos los que me apoyan en este oficio de escribir, a veces tan solitario y siempre tan reparador. Especialmente a mis hijas, Dulce y Clara, y a Julia, Palmira, Ángeles, Amaya, Juantxu, Raquel, Iolanda, Pepa, Belén, Manuel, Pablo, Elia, Elena, Asun, Isabel, Charín, Sharon, Joke, Anneke,

Nuria, Consuelo, Rafaela, Ana, Clara, Carmen, Carlos, María José, Rosa, Alfonso, Chele, Maite, Mari Cruz, Pachy, Cristina, Lliure, Irene, Jorge, Adriano, Blondel, Susana, Rafael, Jaime, Enriqueta, Juan, Paz, Jorge, Julio, Tino, Martín, Lolita, Fernando, José Luis, Ignacio, Diana, Ángela, Sergio, Isabel, Fernando, José María, Miquel, Marisa, Marcos, María, Agustín, Mari Ángeles, Pruden, Ramón, Conchi, Gracia, Sole, Yael, Georgina, Mai, Marga, Mar, Belinda, Almudena, Manuela, Paloma, Olegario, Rosario, Benito, Virgilia, Berta, Inma, Bernardo, Lucía, Josep, Matilde, Antonio, Manueles, Xesca, Juan Antonio, Pedro, Nieves, Miguel, Badía, Maribel, Sara, Eva, Pilar, Juanjo, Nélyda, Teresa, Mara, Marta, Rosanna, Luis, Adolfo, Marcela, Estrella, Puri, Laura, Rocío, Fátima, Paco, Carlos, Pilar, Javier, Alejandro, Amalia, Nando J., Juanma, Noni, Pepe, Jara, Jesús, Aurora, Marcos, Esperanza, Araceli, Luisco, Tomás, Marcel, Marcelo, José Antonio, José Manuel, Nani, Lourdes, Luciano, Vera, Enrique, Hilario, Ángel, Blanca, Caty, Leonor, Cecilia, Vildan, Daniel, Granada, Beatriz, Denis, Irene, Zoe, Izaskun, Vicenta, Mercedes, Mila, Mirta y un largo etcétera que me encantaría enumerar individualmente.

Y a los autores de los documentos que consulté, en especial a Benjamín Prado, por su *Mala gente que camina*; Víctor Jorge Rodríguez, por su *Refranes y dichos populares en torno a la cultura del vino*; María José Estesó Poves, por su *Niños robados: de la represión franquista al negocio*; Ángel Suárez Aláez, por su *Historia de la Villa de La Seca*; a Juan Verde, por su *Dichos del buen beber*; a Soledad Arroyo, por su *Los bebés robados de Sor María: testimonio de un comercio cruel*; a Juan Eslava Galán, por su *Una historia de la guerra civil que no va a gustar a nadie*; a Montse Armengou y Ricard Belis, por su documental *Los niños perdidos del franquismo*; a Carlos Castilla del Pino, por su *Pretérito imperfecto (Tiempo de memoria)*.

Mi homenaje también al poeta extremeño Ángel Campos Pámpano, *In memoriam*, y mi agradecimiento a sus hijas, Paula y Ángela, por los versos que condensan el sentir de esta novela: «Mientras pueda pensarte / no habrá olvido».

Y a Dulce, por supuesto.



INMA CHACÓN. Nació en Zafra, Badajoz en 1954. Es doctora en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid y profesora de Documentación en la Universidad Rey Juan Carlos. Ha sido decana de la facultad de Comunicación y Humanidades en la Universidad Europea.

Fundó y dirigió la revista digital *Binaria: Revista de Comunicación, Cultura y Tecnología*, y fue directora del Doctorado en Comunicación, Auge Tecnológico y Renovación Socio-cultural.

La princesa india fue su primera incursión en el mundo de la narrativa. Con esta novela Inma Chacón rinde homenaje a su hermana Dulce.

A su primera novela, le siguieron *Las filipinianas*, *Nick*, una novela juvenil donde se cuenta una historia de amor a través de la red y *Tiempo de arena* finalista del *Premio Planeta 2011*.

También ha publicado los poemarios *Alas*, *Urdimbres* y *Antología de la herida*.